

CS

CS

Una publicación de la
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales



Universidad Icesi

| | |
|---|--|
| Rector Esteban Piedrahita Uribe | Secretaria del Centro de Investigaciones CIES Diana Carolina Rodríguez O. |
| Secretaria general María Cristina Navia Klemperer | Editor Felipe Van der Huck fvan@icesi.edu.co |
| Director académico José Hernando Bahamón Lozano | Asistente editorial Laura Daniela Millares Gutiérrez ldmillares@icesi.edu.co |
| Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales Jerónimo Botero Marino | Diseño y diagramación Natalia Ayala Pacini nataliaayalpb@gmail.com |
| Director del Centro de Investigaciones CIES Enrique Rodríguez Caporali | Revisión de estilo Journals & Authors info@jasolutions.com.co |
| Coordinador de la Editorial Universidad Icesi Adolfo A. Abadía | |

Consejo editorial

| | |
|---|---|
| Mauricio Archila (Ph. D.) Universidad Nacional de Colombia, Colombia marchilan@gmail.com | Ariel C. Armony (Ph. D.) University of Pittsburgh, Estados Unidos armony@pitt.edu |
| Fernando Urrea (M. Sc.) Universidad del Valle, Colombia furrealdo@yahoo.com | Igor José de Renó-Machado (Ph. D.) Universidade Federal de São Carlos, Brasil igor@power.ufscar.br |
| Juan Pablo Milanese (Ph. D.) Universidad Icesi, Colombia jmilanese@icesi.edu.co | María Antonia Garcés (Ph. D.) Cornell University, Estados Unidos mg43@cornell.edu |
| Rafael Silva-Vega (Ph. D.) Universidad Icesi, Colombia rsilva1@icesi.edu.co | Simonne Teixeira (Ph. D.) Universidade Estadual do Norte Fluminense, Brasil simonne@uenf.br |
| Aurora Vergara (Ph. D.) Universidad Icesi, Colombia avergara@icesi.edu.co | Luis Reygadas (Ph. D.) Universidad Autónoma Metropolitana de México, México lreygadas@yahoo.com.mx |
| Victor Lazarevich-Jeifets (Ph. D.) Universidad Estatal de San Petersburgo, Rusia jeifets@gmail.com | Margarita Batlle (Ph. D.) Natural Resource Governance Institute, Londres mbattle@resourcegovernance.org |
| Laura Gamboa-Gutiérrez (Ph. D.) Utah State University, Estados Unidos laura.gamboa@utah.edu | Andrés Felipe Rengifo (Ph. D.) Rutgers University, Estados Unidos arengifo@scj.rutgers.edu |
| Carmen Caamaño (Ph. D.) Universidad de Costa Rica, Costa Rica carmen.caamano@ucr.ac.cr | Andrés Malamud (Ph. D.) Universidad de Lisboa, Portugal andres.malamud@eui.eu |
| Flavia Freidenberg (Ph. D.) Universidad Nacional Autónoma de México, México ffreidenberg@gmail.com | Kia Lilly Caldwell (Ph. D.) University of North Carolina at Chapel Hill, Estados Unidos klcaldwe@email.unc.edu |
| Debra Ann Castillo (Ph. D.) Cornell University, Estados Unidos debra.castillo@gmail.com | Mercedes Prieto (Ph. D.) Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Ecuador mprieto@flacso.edu.ec |

Gracias especiales a las siguientes personas
por participar como árbitros en este número:

Fernanda Beigel
CONICET, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina

José Luis Anta Félez
Universidad de Jaén, España

Laura Mota Díaz
Universidad Autónoma del Estado de México

Sebastián Gómez Lende
CONICET, Argentina

Andrés León Araya
Universidad de Costa Rica

Mariana Nobile
FLACSO, Argentina

Pablo Francisco Di Leo
CONICET, Universidad de Buenos Aires, Argentina

Edgar Córdova Jaimes
Universidad del Sinú Elias Bechara Zainúm, Colombia

Mariana Giaretto
Universidad Nacional del Comahue, Argentina

Marco Antonio Lovón Cueva
Pontificia Universidad Católica del Perú

Jorge Luis Yangali Vargas
Universidad Nacional del Centro del Perú

Lucía del Carmen Bolaños Bolaños
Universidad Libre de Cali, Colombia

Leticia Vita
Universidad de Buenos Aires, Argentina

Nicolás Santiago Cordini
CONICET, Universidad Nacional del Litoral, Argentina

Carlos Andrés Pérez-Garzón
Universidad de Barcelona, España

Yunitzilim Rodríguez Pedraza
Universidad de Quintana Roo, México

Pedro Daniel Martínez Sierra
Universidad Nacional Autónoma de México

Victoria Aurora Ferrer Pérez
Universitat de les Illes Balears, España

Gabriela Rodríguez Hernández
Universidad Autónoma del Estado de México

Paloma Moré
Universidade da Coruña, España

Ricardo Jorquera Gutiérrez
Universidad de Atacama, Chile

Lesnay Martínez Rodríguez
Universidad Central "Marta Abreu" de las Villas, Cuba

Emma Alexandra Zamarripa Esparza
Universidad Autónoma de Nuevo León, México

Evangelina Cervantes Holguín
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, México

María Gabriela Córdoba
Universidad Nacional de Tucumán, Argentina

Revista CS es una publicación arbitrada de acceso abierto con al menos dos pares ciegos y periodicidad cuatrimestral. Tiene como objetivo principal generar un espacio de discusión interdisciplinar sobre problemáticas latinoamericanas que pongan en relación perspectivas de carácter local, nacional y global. En *Rev. CS* apostamos por abrir las ciencias sociales a un diálogo de saberes que se reconoce en la diversidad y la tensión, pero también en la especificidad de disciplinas como la antropología, la sociología, la ciencia política, la psicología y la historia, y campos de estudio como la comunicación y la cultura.

La revista privilegia la publicación de artículos de investigación y reflexión y está dirigida a profesionales y estudiantes de diferentes disciplinas de las ciencias sociales, interesados en problemas históricos y contemporáneos de América Latina y el Caribe. De igual manera, desde *Rev. CS* impulsamos redes y espacios que faciliten las interacciones entre investigadores, pensadores, activistas y diseñadores de políticas públicas de universidades, centros de investigación y organizaciones sociales. De esta manera contribuimos a los debates sobre las cuestiones que inciden y definen la situación actual de la región.

La *Revista CS* recibe artículos de manera permanente en inglés, español o portugués. Información para envío de artículos: www.icesi.edu.co/revista_cs

.....

Revista CS is an open access two blind peer-reviewed publication and appears three times a year. Its main objective is to generate a space for interdisciplinary discussion on Latin American issues which combines local, national and global perspectives. *Rev. CS* is committed to open social sciences in a dialogue of knowledge that recognizes itself in the diversity and tension, but also on the specificity of disciplines such as anthropology, sociology, political science, psychology, and history, and fields study as communication and culture.

The journal publishes mainly research and reflection articles, and is aimed at professionals and students from different disciplines of social sciences interested in historical and contemporary problems of Latin America and the Caribbean. Similarly, *Rev. CS* promotes networks and spaces that facilitate interaction between researchers, thinkers, activists and policy makers from universities, research centers and social organizations. Thus, we contribute to social debates on issues that affect and define the current situation in the region.

***Revista CS* is permanently receiving manuscripts in English, Spanish, or Portuguese. Information for submitting manuscripts: www.icesi.edu.co/revista_cs**

Esta revista está indexada en:

Índices y bases de datos

PUBLINDEX-COLCIENCIAS

REDALYC

(Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal)

SCIELO COLOMBIA

(Scientific Electronic Library Online)

EBSCO

(Fuente Académica Premier y Fuente Académica Plus)

JOURNAL SCHOLAR METRICS

(EC3 Research Group)

MIAR

(Matriz de Información para el Análisis de Revistas)

CLASE

(Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades)

DIALNET

(Difusión de Alertas en la Red)

WEB OF SCIENCE

(Emerging Sources Citation Index)

LATAM

(Estudios Latinamericanos)

PROQUEST

(Linguistics & Language Behavior Abstracts, Sociological Abstracts, Worldwide Political Science Abstracts y PAIS Internacional)

V/LEX

(vLex Networks)

SHERPA/ROMEO

(Rights METadata for Open archiving)

ERIH PLUS

Directorios y motores de búsqueda

DOAJ

(Directory of Open Access Journals)

CREDI

(Centro de Recursos Documentales e Informáticos - OEI)

LATINDEX

(Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal)

REDIB

(Red Iberoamericana de Innovación y Conocimiento Científico)

GOOGLE SCHOLAR

.....
© Derechos reservados de autor

El material de esta publicación puede ser reproducido sin autorización, siempre y cuando se cite título, autor y fuente institucional.

Sitio web y correspondencia:
www.icesi.edu.co/revista_cs
cs@icesi.edu.co

Índice

Artículos

- 11 Catalina Arteaga-Aguirre | *Valentina Cabezas-Cartagena* | *Fernanda Ramírez-Cid*
Mujeres, teletrabajo y estrategias de cuidados en el contexto de pandemia en Chile
Women, Telework, and Care Strategies in the Pandemic Context of Chile
.....
- 41 Nancy Chávez-Llamas | *Angélica Ospina-Escobar*
División sexual del trabajo y confinamiento en jóvenes de preparatoria. Un estudio de caso de Aguascalientes, México
Sexual Division of Labor and Confinement among High School Students. A Case Study from Aguascalientes, Mexico
.....
- 67 María Guadalupe Ramos-Cela | *Aurelia Flores-Hernández*
Malestares en cuidadoras de personas adultas mayores dependientes en un contexto rural de Tlaxcala, México
Distress in Caregivers of Dependent Older People in a Rural Context in Tlaxcala, Mexico
.....
- 99 Ana Cecilia Gaitán
Los programas de inclusión social juvenil en la gestión de las violencias de género: reflexiones a partir de la implementación del Programa Envión en Buenos Aires
Youth Social Inclusion Programs in the Management of Gender Violence: Reflections from the Implementation of the Envión Program in Buenos Aires
.....
- 125 Santiago Leyva-Botero | *Claudia Mejía-Betancur* | *Jose Antonio Fortou*
Más allá del clientelismo y la técnica: la *distribución política* del presupuesto gubernamental en Colombia
Beyond Clientelism and Technique: The Political Distribution of Government Budget in Colombia

Documentos

155 Juan Camilo Rúa-Serna

“Perder es ganar un poco”: narrativas sobre la derrota de Colombia en el Mundial de Italia 90

“Losing is a Little Victory”: Narrative Discourses on the Defeat of Colombia in the 1990 FIFA World Cup Italy

Mujeres, teletrabajo y estrategias de cuidados en el contexto de pandemia en Chile*

DOI: <https://doi.org/10.18046/recs.i35.4879>

*Women, Telework, and Care Strategies
in the Pandemic Context of Chile*

Catalina Arteaga-Aguirre**

Universidad de Chile (Santiago de Chile)

Valentina Cabezas-Cartagena***

Universidad de Chile (Santiago de Chile)

Fernanda Ramírez-Cid****

Universidad de Chile (Santiago de Chile)

.....

* El presente artículo se basa en la investigación “Madres, Teletrabajo y Cuidados en Pandemia”, realizada entre los meses de septiembre de 2020 y junio de 2021. Contó con el apoyo de la Red de Investigación en Interseccionalidad, Género y Prácticas de Resistencia (Red Iger), Universidad de Chile, financiada por la Vicerrectoría de Investigación y Desarrollo de la misma universidad. Artículo de investigación recibido el 23.06.2021 y aceptado el 08.11.2021.

** Académica del Departamento de Sociología, Universidad de Chile. Sus líneas de investigación son: género, cuidados, trabajo femenino, experiencia social. Coordina la Red de Investigación en Interseccionalidad, Género y Prácticas de Resistencia de la Universidad de Chile. Correo electrónico: carteaga@uchile.cl ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0365-5526>

*** Licenciada en Sociología de la Universidad de Chile. Correo electrónico: valentinacabezas88@gmail.com ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1118-0524>

**** Licenciada en Sociología de la Universidad de Chile. Correo electrónico: fernanda.ramirez.c@ug.uchile.cl ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8799-0072>

Cómo citar/How to cite

Arteaga-Aguirre, Catalina; Cabezas-Cartagena, Valentina; Ramírez-Cid, Fernanda (2021). Mujeres, teletrabajo y estrategias de cuidados en el contexto de pandemia en Chile. *Revista CS*, 35, 11-39. <https://doi.org/10.18046/recs.i35.4879>

Resumen

Abstract

La pandemia de COVID-19 ha impactado a la población en distintas dimensiones, aumentando las desigualdades. Además de los efectos en la economía y la salud, se observan transformaciones en la cotidianidad, como la masificación del teletrabajo. Este hecho ha implicado una convergencia del espacio doméstico y el laboral, afectando en gran medida a las madres trabajadoras, quienes han aumentado su carga de trabajo de cuidados, impactando sus rutinas y su salud mental. El principal objetivo del presente artículo es analizar las estrategias que desarrollan madres chilenas que teletrabajan, a partir del confinamiento, para enfrentar las tareas de cuidado y su trabajo remunerado. Mediante el análisis de 18 entrevistas semiestructuradas, se reconocen 5 principales estrategias de las mujeres en este contexto: organización ante la ausencia de control del tiempo; multiplicidad y simultaneidad de tareas; apoyo escolar y proximidad; respuesta a la sobrecarga laboral, y resistencia.

PALABRAS CLAVE:

pandemia COVID-19, teletrabajo, cuidados, maternidad, estrategias

.....

The COVID-19 pandemic has impacted the world population in different dimensions and has increased inequalities in different countries. In addition to the effects on the economy and health, transformations in daily life are observed, such as the massification of telework. This has implied the convergence of the domestic and working spaces, significantly affecting working mothers, who have increased their care workload, and impacting their daily routines and mental health. The main objective is to analyze the strategies developed by Chilean mothers, who telework from confinement measures, to deal with the conflict between care tasks and paid work. Through the analysis of eighteen semi-structured interviews, five types of strategies adopted by women in this context of double presence and unequal distribution of tasks were recognized: organizational in the absence of time control, multiplicity and simultaneity of tasks, school support and proximity, work against overload, resistance.

KEYWORDS:

COVID-19 Pandemic, Telework, Care, Motherhood, Strategies

Introducción

La actual pandemia por COVID-19 ha llevado a los gobiernos a decretar el confinamiento obligatorio para la mayor parte de las personas, lo que ha significado una reorganización de la vida al interior de los hogares. El cierre de los establecimientos educacionales y otros centros de cuidados, sumado al cambio a la modalidad de teletrabajo para quienes pueden ejercerlo, ha provocado el aumento del trabajo de cuidados al interior del hogar como consecuencia del encierro, dejando expuesta la importancia de estas actividades para la sostenibilidad de la vida y la poca visibilidad que tiene este sector en las economías de la región (Comisión Económica para América Latina y el Caribe, 2020). Ante esta situación, las mujeres teletrabajadoras han enfrentado mayormente el desafío de compatibilizar sus tiempos de trabajo remunerado, de trabajo doméstico y de cuidados. Producto del encierro, ha aumentado la carga de este trabajo no remunerado, sobre todo cuando hay presencia de hijos/as menores de edad (Del Boca; Oggero; Profeta; Rossi, 2020). Este contexto acentúa un problema que venía desde antes de la crisis sanitaria: la sobrecarga de las mujeres que trabajan de forma remunerada y que, además, deben asumir las tareas de su hogar, trabajo que no es asumido como tal, sino como algo natural de las mujeres (Brenes, 2020). Por otro lado, no se han visto apoyos ni responsabilización gubernamental e institucional para enfrentar este incremento de trabajos de cuidados en los hogares. En ese contexto, la pandemia ha incrementado la crisis de los cuidados y la brecha de género (Ramacciotti, 2020), obligando a las mujeres a generar estrategias para enfrentar la crisis y los cuidados que anteriormente se encontraban externalizados.

La pregunta que guía el presente artículo es cuáles son las estrategias que desarrollan las madres de hijos/as menores de 14 años, que teletrabajan de forma remota, para llevar a cabo las tareas de cuidado, así como su trabajo remunerado, en el contexto de las medidas sanitarias frente a la pandemia. Asimismo, indagamos en las posibilidades de resistencia de las mujeres, a los mandatos de ser madre, mujer y trabajadora. Para responder estas interrogantes, desarrollamos una metodología cualitativa a través de entrevistas semiestructuradas en modalidad *online*, a mujeres teletrabajadoras de distintas ocupaciones, con hijos/as menores de 14 años.

De esta forma, se busca aportar en visibilizar la compleja situación que han debido enfrentar las mujeres trabajadoras durante la pandemia desde la vereda de los cuidados, algo que ha sido invisibilizado durante este particular contexto. Además, el análisis aporta desde un enfoque cualitativo, reconstruyendo las experiencias y relatos de un grupo poco analizado en los estudios disponibles.

Antecedentes

Cuidados en pandemia

La situación de los cuidados en contexto de pandemia ha sido retratada por diversas encuestas de uso de tiempo en distintos países, las cuales muestran el aumento de las tareas de cuidado y su desigual distribución al interior del hogar (Boccardo; Andrade, 2020; Cadem, 2020; Ipsos, 2020). Entre las cifras que destacan, se encuentra que el 67 % de las trabajadoras de servicios públicos sienten que el trabajo de cuidados aumentó durante este escenario, e indican que estas tareas son llevadas a cabo principalmente por ellas, ya que el 70,3 % de las encuestadas se declara la principal responsable de las labores domésticas, frente al 21,9 % de hombres (Boccardo; Andrade, 2020).

De acuerdo con datos de encuestas realizadas en el país, en cuanto a actividades que más se realizan y su distribución, se evidencia también una amplia desigualdad de género. En tareas de cocinar, hacer el aseo, lavar la ropa y dedicarse al cuidado de niños, todas tienen mayor presencia femenina. Por su lado, si bien los hombres también declaran hacer estas tareas, la que tiene mayor presencia masculina es cocinar, donde el 30 % de ellos declara hacerlo, frente al 56 % de ellas. El cuidado de niños y niñas es la actividad que menos hacen los hombres, con solo un 18 %, versus un 51 % de mujeres que dice dedicarse a eso (Ipsos, 2020¹). En la misma línea, otra encuesta señala que el acompañamiento escolar en casa también es atendido mayormente por mujeres: el 67 % de madres declara acompañar a sus hijos/as en la educación en casa todos los días de la semana, versus el 43 % de padres que declara hacerlo (Palma *et al.*, 2020²). Con relación al uso del tiempo, las encuestas también dan cuenta de la desigual distribución de género. Según Cadem (2020) las mujeres dedican, en promedio, 14 horas al día a actividades tales como cuidar niños, labores domésticas (como aseo y cocinar) y ayudar a los niños en sus estudios, lo que ha

.....
1. El *Informe Claves 2020, edición abril: Chile en tiempos de coronavirus* (Ipsos, 2020) fue una colaboración entre Ipsos y La Tercera, aplicada entre marzo y abril de 2020 sobre el panel web nacional de Ipsos, a hombres y mujeres mayores de 18 años de todas las regiones, con una muestra de 599 casos a nivel nacional, y diseño no probabilístico de muestreo por cuotas.

2. “Vida en Pandemia” es un estudio longitudinal que, en su cuarto informe, muestra la desestabilización y reorganización de la vida doméstica durante la crisis del COVID-19. La encuesta analizada fue realizada entre el 13 y el 17 de julio de 2020, en línea, a una muestra heterogénea de 2552 personas, con diseño no probabilístico por cuotas.

aumentado enormemente en el actual contexto. Por su parte, los hombres dedican 8 horas diarias a estas labores (Cadem, 2020³).

Estos datos evidencian la agudización de la división sexual del trabajo, que esencializa el trabajo del cuidado de la familia y del hogar en las mujeres. Ante esta situación, un 31 % de las mujeres indica sentirse agobiada por la cantidad de tareas que debe realizar al estar en casa por las medidas sanitarias frente al coronavirus, mientras que solo un 17 % de los hombres manifiesta ese agobio (Ipsos, 2020). Esta situación es causada, principalmente, por el fenómeno de la doble presencia, que demanda la atención tanto en las tareas del hogar y de cuidado, como en el teletrabajo. El estudio de Boccardo y Andrade (2020) señala que, en el sector público, 62,3 % de las mujeres piensan siempre o casi siempre en las exigencias domésticas y familiares durante el trabajo (versus el 44,0 % de los hombres) y son ellas también quienes indican, en mayor medida que sus pares masculinos, tener tareas del hogar que interfieren con su trabajo (26,6 % indica que siempre o casi siempre) y tener que interrumpir su trabajo por el cuidado de algún miembro de su hogar (26,1 %). Esta doble presencia se da en cualquier modalidad que lleve a cabo la trabajadora –teletrabajo total, teletrabajo mixto o modalidad presencial–, aunque alcanza mayores niveles cuando se encuentra trabajando totalmente desde su casa (Boccardo; Andrade, 2020).

Mujer y teletrabajo durante la crisis sanitaria

El teletrabajo puede definirse como “el uso de tecnologías de la información y las comunicaciones –como teléfonos inteligentes, tablets, laptops y ordenadores de sobremesa– para trabajar fuera de las instalaciones del empleador” (Organización Internacional del Trabajo, 2019: 1). Durante el confinamiento, se ha instalado como alternativa, lo cual ha significado, para las mujeres con hijos/as, la compatibilización forzada del trabajo remunerado con la vida familiar, asumiendo problemas como las distracciones constantes por miembros de su familia, la adaptación de sus horarios a las necesidades de otros, la superposición de tareas, el no tener tiempos específicos de trabajo (Hilbrecht; Shaw; Johnson; Andrey, 2013), jornadas laborales más largas y aumento de carga laboral (Pérez; Gálvez, 2009). A esto se suman nuevas variables producto de la pandemia, tales como la presencia de hijos/as en casa por el cierre

.....
 3. El estudio “El Chile que viene: diferencias de género frente al covid-19”, de septiembre de 2020, fue realizado por Cadem, mediante encuestas autoadministradas aplicadas a través de entrevistas web al panel Cadem Online, con una muestra de 2597 personas, entre hombres y mujeres mayores de 18 años, de todos los niveles socioeconómicos y todas las regiones del país. Fue aplicada entre el 10 y el 14 de septiembre de 2020.

de escuelas y centros de cuidado, viéndose aumentadas sus responsabilidades. Además, la sobrecarga se ve intensificada por la condición de aislamiento físico, en la cual los lugares y tiempos de trabajo remunerado son los mismos que de trabajo no remunerado.

También, se debe tener en cuenta que esta situación se debió aceptar y llevar a cabo de forma rápida e improvisada, desde marzo de 2020 en el caso de Chile⁴, obligando a las mujeres a organizarse en un escenario de crisis, priorizando, muchas veces, el trabajo doméstico por la inmediatez de sus necesidades, mientras el remunerado es trasladado al horario nocturno, imposibilitando el tiempo de ocio y descanso (Brenes, 2020).

La superposición de espacios, la organización obligada de sus tiempos de trabajo, alimentación, ocio y convivencia, y el asumir actividades y habilidades nuevas como el ejercicio docente para ayudar a hijos/as en edad escolar, trajo consecuencias negativas para estas mujeres, tanto a nivel psicológico, como físico, anímico y social (Brenes, 2020). Se ha detectado que las madres que teletrabajan han reportado mayores niveles de ansiedad, sentimiento de soledad y se deprimen más que los padres teletrabajadores (Lyttelton; Zang; Musick, 2020).

Por otro lado, la edad de los hijos/as afecta la carga a la que se deben enfrentar sus madres. Los/as menores de 10 años son más demandantes para padres y madres, mientras que estudiantes de escuela primaria requieren más apoyo en sus estudios, lo que es suplido mayormente por sus madres; son las mujeres con títulos universitarios quienes dedican más tiempo a asistir en sus estudios a sus hijos/as. En hijos/as mayores de 15 años, la participación de sus padres es menor y son las mujeres con hijos/as entre 0 y 5 años las que declaran en mayor medida un exceso de responsabilidades domésticas (Del Boca *et al.*, 2020).

En Chile, de acuerdo con el estudio Cadem (2020), de quienes se encuentran trabajando, es mayor el porcentaje de mujeres que de hombres que han asumido la

.....
4. El 3 de marzo de 2020 llegó el primer caso de COVID-19 a Chile (“Ministerio de Salud...”, 2020), al que rápidamente se le fueron sumando más casos. Tras eso, el Gobierno decidió, el 15 de marzo, suspender las clases en jardines infantiles, colegios municipales, subvencionados y particulares (“Presidente anuncia suspensión...”, 2020). Tres días después se decretó el estado de excepción constitucional de catástrofe en todo el país (“Presidente Piñera decreta...”, 2020), lo que permitió establecer el toque de queda y las primeras cuarentenas totales. Los establecimientos escolares se mantuvieron cerrados, incorporando únicamente clases a distancia, ya fuera en línea u otro sistema, hasta julio de 2020, cuando se permitió, por primera vez, a una escuela en Chile continental volver a clases presenciales (“Liderar en tiempos...”, 2020). De todas maneras, esto no significó una vuelta definitiva a clases presenciales, la cual será obligatoria desde marzo de 2022 (“A partir de marzo...”, 2021), permitiendo, por el momento, que los establecimientos mantengan clases de forma totalmente remota o en formato híbrido (combinando clases presenciales y virtuales).

modalidad de teletrabajo durante la crisis sanitaria⁵. En este panorama, las mujeres reconocen, en mayor medida que los hombres, que un aspecto que dificulta el teletrabajo es tener que compatibilizarlo con las tareas del hogar (Cadem, 2020). En sintonía con lo anterior, de acuerdo con un estudio enfocado en la situación de trabajadores/as de servicios públicos, se señalan como dificultades para las trabajadoras el no contar con espacio propio para trabajar, trabajar con insumos no adecuados para el trabajo (no contar con escritorio o silla adecuada) y la casi nula posibilidad de desconexión tanto del trabajo remunerado como de las exigencias domésticas (Boccardo; Andrade, 2020).

A continuación, se abordan los conceptos centrales que nos orientan en el análisis, para luego describir la estrategia metodológica llevada a cabo y los resultados de la investigación.

Conceptos teóricos: cuidados y estrategias de cuidado en contexto de crisis

Cuidados

El trabajo de cuidados ha sido definido por distintos/as autores/as, para dar cuenta de las actividades orientadas al cuidado de la vida en sus aspectos tanto físicos como emocionales. Carrasco (2013) define este trabajo como aquel realizado desde los hogares, orientado al cuidado de las personas a lo largo del ciclo vital, con las dependencias específicas que implica cada etapa de la vida y en sus distintas dimensiones: cuidados directos afectivos y emocionales, cuidado del entorno, cuidado de las relaciones, cuidados en la salud y producción de determinados bienes y servicios.

Por su parte, Batthyány (como se citó en Giaconi, 2021: 1) plantea que “el cuidado puede ser entendido como un trabajo, una relación interpersonal, y como una responsabilidad socialmente construida que se inscribe en contextos sociales y económicos particulares”. Además, el trabajo de cuidados se entiende como un trabajo invisible, devaluado cultural y económicamente (Hatton, 2017). Según Glenn (como se citó en Giaconi, 2021: 1), esta devaluación y poca visibilidad “genera que el cuidado quede relegado y sea responsabilidad de aquellos grupos que carecen de poder y de estatus político, económico y social, siendo provisto principalmente por grupos desfavorecidos, entre ellos, las mujeres”.

.....
5. Con base en quienes se encuentran con trabajo, el 44% de las mujeres está teletrabajando, frente al 23% de hombres.

En las últimas décadas, el cuidado ha tomado relevancia académica y política por la llamada crisis de los cuidados, generada por el aumento de personas en situación de dependencia y la disminución de personas que realicen esta labor, por los cambios demográficos, aumento de la esperanza de vida, cambios familiares e ingreso de la mujer al trabajo remunerado (Federici, 2009).

Estrategias de cuidado

Aunque las actividades de cuidado se han naturalizado, la situación de crisis y el contexto de encierro de las mujeres en la actualidad han fomentado el desarrollo de una multiplicidad de actividades en el mismo espacio y al mismo tiempo. Ello puede ser abordado desde la noción de estrategias de cuidados (Batthyány; Genta; Scavino, 2017), las cuales se consideran como elecciones llevadas a cabo por quienes integran los hogares, y se ven influidas por factores estructurales (división sexual del trabajo, posición de clase, entre otras) y culturales (roles de género respecto a tareas de cuidados), que determinan la distribución de las tareas entre los distintos miembros involucrados.

Estas estrategias suelen desarrollarse en la esfera privada, al ser consideradas como un problema exclusivo de las familias y de las madres, quienes deben compatibilizar su empleo con labores de cuidado. El apoyo de la familia extensa o de personas externas puede estar presente, pero son principalmente las madres las encargadas de distribuir los cuidados, siendo muy limitado el apoyo desde políticas públicas que consideren este un problema social (Tobío, 1998).

Dichos conceptos serán puestos en tensión, de cara a la experiencia de mujeres que han debido confinarse en el espacio doméstico, a partir de las medidas frente al COVID-19 y desarrollar su trabajo en modalidad a distancia, con hijos/as pequeños a su cuidado.

Metodología

La investigación se orientó por la metodología cualitativa, de acuerdo con el objetivo de la investigación, dirigida a conocer las estrategias de madres teletrabajadoras en contexto de confinamiento, a partir de las medidas sociosanitarias frente a la pandemia. Esta metodología se centra en conocer y comprender las perspectivas de los sujetos, sus sentidos, sus significados y sus experiencias. Emplea métodos de análisis y de comprensión sensibles al contexto en el que los datos son producidos. Analiza una práctica real, situada, y desarrolla un proceso interactivo, en el que intervienen el/la investigador/a y los participantes (Vasilachis, 2006). En ese marco, se opta

por diseñar y desarrollar entrevistas semiestructuradas (Flores, 2009), orientadas a llevar a cabo una conversación entre las investigadoras y las trabajadoras entrevistadas, sobre temas definidos en una pauta para ese fin, de manera relativamente flexible. Se realizaron un total de 18 entrevistas, acorde a los siguientes criterios de selección de la muestra: 1) mujeres madres que vivan con hijos/as de hasta 14 años, y 2) mujeres teletrabajadoras a partir del confinamiento de marzo de 2020, en distintas modalidades

Se estableció un muestreo intencional (Izcara, 2007) de mujeres con trabajo estable en modalidad de teletrabajo por la pandemia, con diversidad de ocupaciones e ingresos, siendo la mayoría profesionales de clase media alta, aunque también se incluyeron mujeres trabajadoras del área de servicios. Se entrevistaron mujeres del sector educativo (profesoras de enseñanza básica, media y universitarias); secretarías; profesionales del área empresarial, del comercio y finanzas; profesionales del sector público, y periodistas. Todas las entrevistadas son madres de hijos/as de hasta 14 años y viven con ellos/as. Sus nombres han sido cambiados para proteger su identidad. Las principales características de las entrevistadas se incluyen en el Cuadro 1.

CUADRO 1 | Caracterización de las entrevistadas

| No. entrevista | Nombre | Edad | Ocupación | Modalidad de teletrabajo | Número y edades de hijos/as en el hogar | Otros/as integrantes del hogar y edades |
|----------------|------------|------|--|--------------------------|---|---|
| 01 | Erika | 43 | Docente universitaria | Teletrabajo total | 1 hijo (7 años) 1 hija (4 años) | Pareja (42 años) |
| 02 | Karla | 29 | Docente universitaria y asistente de investigación | Teletrabajo mixto | 1 hija (10 años) | Pareja (36 años) |
| 03 | Laura | 42 | Ingeniera comercial | Teletrabajo total | 1 hijo (12 años) 1 hija (10 años) | No |
| 04 | Natalia | 51 | Profesora | Teletrabajo total | 1 hija (12 años) | Pareja (41 años) |
| 05 | Pamela | 42 | Secretaria | Teletrabajo total | 1 hijo (8 años) | No |
| 06 | Sandra | 30 | Secretaria | Teletrabajo mixto | 1 hijo (4 años) | Pareja (35 años) |
| 07 | María José | 37 | Profesora | Teletrabajo total | 1 hijo (5 años) | Padre (65 años) Madre (59 años) |

| | | | | | | |
|----|-----------|----|-----------------------------|-------------------|---|--|
| 08 | Carola | 27 | Profesora | Teletrabajo total | 1 hijo (4 años) | No |
| 09 | Susana | 40 | Socióloga | Teletrabajo total | 1 hija (9 años) | Pareja (41 años) |
| 10 | Daniela | 35 | Trabajadora social | Teletrabajo mixto | 1 hija (18 años) 1 hija (9 años) | Madre (56 años) |
| 11 | Pía | 46 | Periodista | Teletrabajo total | 1 hija (9 años) 1 hija (11 años) | Pareja (44 años) |
| 12 | Fabiola | 54 | <i>Coach, freelance</i> | Teletrabajo total | 1 hija (16 años) 1 hijo (13 años) | Pareja (56 años) |
| 13 | Fernanda | 31 | Jefa de servicio al cliente | Teletrabajo total | 1 hijo (10 años) 1 hija (1 año) | Pareja (37 años) Prima (50 años, iba a ayudar por periodos) |
| 14 | Camila | 48 | Secretaria | Teletrabajo mixto | 1 hija (10 años) | Pareja (42 años) |
| 15 | Diana | 44 | Oficial de cumplimiento | Teletrabajo total | 1 hijo (10 años) 1 hija (6 años) | No |
| 16 | Constanza | 46 | Arquitecta | Teletrabajo total | 1 hija (15 años) 1 hija (13 años) 1 hijo (9 años) | Pareja (47 años) |
| 17 | Alicia | 38 | Tecnóloga médica | Teletrabajo mixto | 1 hija (3 años) | Pareja (38 años) |
| 18 | Cristina | 46 | Periodista | Teletrabajo total | 1 hijo (14 años) 1 hija (11 años) | Pareja (43 años) |

Fuente: elaboración propia.

Se diseñó una pauta de entrevista semiestructurada, en torno a los temas: caracterización del empleo y modalidad de teletrabajo; organización del teletrabajo; actividades de cuidados; experiencia socioemocional; cuidado infantil; acceso a apoyos institucionales y redes. Se estableció un consentimiento informado, aprobado en la sesión de entrevistas. Estas fueron realizadas vía Zoom, con una duración promedio de 1 hora y 15 minutos, desarrolladas entre noviembre de 2020 y mayo de 2021.

Para sistematizar la información, se trabajó con la codificación de la teoría fundamentada (Strauss; Corbin, 2002), en las fases de codificación abierta y axial, a partir del establecimiento de códigos y categorías. Se llevó a cabo un análisis principalmente inductivo, el cual fue discutido con la revisión teórica llevada a cabo en la fase previa al desarrollo de las entrevistas, incidiendo en nuevas lecturas y reflexiones interpretativas.

Resultados

Si bien las mujeres entrevistadas tienen ocupaciones diversas, comparten algunas condiciones transversales en relación con las características del empleo femenino en Chile, las cuales se han intensificado a partir de las medidas sanitarias implementadas desde marzo de 2020 en el país. La inserción de las mujeres en el mercado del trabajo es relativamente tardía y una de las más bajas de América Latina, aunque en aumento en los años anteriores a la pandemia (53,3 %) (Instituto Nacional de Estadísticas [INE], 2021). Asimismo, se concentran en empleos de menor calificación y remuneración. En la actualidad, el impacto de la pandemia ha sido mayor sobre el empleo de las mujeres debido a la brecha histórica que han registrado (INE, 2021). Junto a este impacto, las medidas sanitarias implicaron un cambio del lugar de trabajo a partir de las cuarentenas, lo que incidió en mayor medida en las mujeres que en los hombres.

Las mujeres entrevistadas comparten ciertas características en las formas de organización del trabajo, así como problemas y estrategias para la coexistencia de las distintas responsabilidades domésticas y laborales. Existen, sin embargo, algunas diferencias derivadas de las características socioeconómicas, lo cual impacta en las condiciones materiales de trabajo, acceso a espacios y de apoyo doméstico, como se mostrará en el análisis realizado.

Para comprender las tensiones entre los distintos espacios que conviven actualmente en el hogar, así como las estrategias desplegadas por las madres teletrabajadoras para hacer frente a estas, se describirán en primer lugar las actividades de cuidados que ellas realizan a diario en el contexto de encierro, la forma en que se han organizado y la división de tareas presente en el hogar durante este período. Posteriormente, se ahondará en cinco estrategias detectadas en las experiencias de las mujeres: de organización ante ausencia de control del tiempo; de multiplicidad y simultaneidad de tareas; de apoyo escolar y proximidad; laborales frente a la sobrecarga, y de resistencia.

Aumento de tareas de cuidados y trabajo remunerado en pandemia

A pesar de las diferencias, todas las entrevistadas señalan haber aumentado la multiplicidad de tareas de cuidado. Esto se evidencia en sus testimonios, donde mencionan que al estar más tiempo habitada la casa, las actividades de orden y limpieza se hacen necesarias con mayor frecuencia. Además, al coincidir el lugar de vivienda y trabajo, varias declaran que el desorden puede interferir en su concentración: “lo que me quita más tiempo..., como ordenar porque soy estresada, no puedo estar cuando

está todo muy desordenado, porque si está todo muy desordenado [me] empieza a tiritar el ojo, así que yo ordeno” (Susana, comunicación personal, 20.01.2021).

El aumento de tareas en el hogar ha sido asumido mayoritariamente por las madres, incluso en los hogares donde los padres también teletrabajan. En el contexto de encierro, son ellas quienes asumen principalmente las tareas de cuidado, por la dificultad de acceder a redes de apoyo familiar externas, como abuelas, tías, hermanas, que antes estaban disponibles para ayudar en estas labores. A lo anterior, se suma la carga de tener que asistir a hijos/as con las clases a distancia, lo que implica un mayor nivel de acompañamiento e involucramiento por parte de madres y padres, en comparación con las clases presenciales, como veremos más adelante, aunque esto también depende de la autonomía y edad de los hijos/as.

Las múltiples labores que realizan las mujeres a lo largo del día dan la sensación de agobio y de que nunca terminan de realizar las tareas del hogar: “ha sido igual una locura porque siento que nunca termino de ordenar y tengo varias cosas, y me gusta que todo tenga su lugar. Entonces me paso el día ordenando, la verdad, y nunca termino de ordenar” (Carola, comunicación personal, 06.01.2021).

A pesar de que la gran mayoría de nuestras entrevistadas vive con el padre de sus hijos/as, no hay una percepción de gran responsabilidad en las actividades domésticas de su parte. El apoyo escolar es donde se menciona un mayor involucramiento por parte de las parejas, aunque en general señalan que son ellas quienes más apoyan a sus hijos/as. Algunos padres se involucran con ciertas asignaturas, o los fines de semana, mientras en otros hogares esta tarea es exclusiva de las madres; aunque, a veces, el involucramiento genera conflicto entre los padres:

Y la verdad es que igual mi marido no es como yo, es como más relajado, entonces si él no quería, no la hacía [la tarea], y había semanas en que ellos no hacían ninguna tarea, entonces se me juntaba con lo de la semana que yo estaba acá en la casa, y tenía más tarea, entonces ya como que eso me estresaba un poco. (Sandra, comunicación personal, 29.12.2020)

Respecto al panorama laboral y carga de trabajo remunerado de las entrevistadas, se relata cierta improvisación, producto de lo abrupto del comienzo del trabajo remoto. En algunos casos –los menos–, por lo poco que podían hacer a distancia, la carga laboral bajó. Sin embargo, en la mayoría de los testimonios se menciona una sensación de inestabilidad respecto a la carga de trabajo que varía de acuerdo con el día, aunque prima la sensación de una mayor responsabilidad a nivel general.

Entremedio que uno está trabajando, echas la ropa en la lavadora, entremedio que estás revisando, que estoy leyendo un decreto, pongo la aspiradora que aspire (...) y entreme-

dio que estoy en la mañana, me paraba como a las 13:00, y en ese rato me paraba a ver: “ya, y ahora, ¿qué vamos a almorzar?”. (Susana, comunicación personal, 20.01.2021)

La mayoría de las entrevistadas no cuenta con un horario de trabajo remunerado delimitado, no trabaja en un horario fijo y declara que en la modalidad en línea ha extendido su jornada de trabajo, donde es común que se les exija disponibilidad más allá de su horario formal de trabajo, el cual no se respeta.

Yo siento que nos perjudicó el tema de trabajar *online*, porque teníamos nosotros un horario de trabajo, de 8:30 a 18:00, otros días, por ejemplo, yo tenía el jueves que salía a las 12:30 y, de repente, me encontraba con que, de modalidad *online* tenía una reunión de apoderados el día jueves a las 18:00, fuera de mi horario de trabajo, o los días viernes a las 18:00, fuera de mi horario de trabajo. (Carola, comunicación personal, 06.01.2021)

A la mayoría les resulta difícil calcular el tiempo real de trabajo, pues se aprecia un desdibujamiento de los límites del horario. Algunas han expresado la sensación de no parar de trabajar y de hacerlo más que en modalidad presencial: el tiempo tradicional que se ocupaba en el desplazamiento y aquel destinado al descanso después de almorzar son ahora tiempos de trabajo.

Ya no me desplazaba, ya no almorzaba en el colegio, almorzaba acá, pero como terminaba de almorzar y estaba trabajando, y terminaba y seguía trabajando, y seguía trabajando, ¿cachai? Entonces igual era como sin parar al principio, como no tenía muy claro el límite, pero también me parecía que era necesario, o sea, yo al menos entré en otra lógica. (Natalia, comunicación personal, 28.12.2020)

En otros casos, el miedo a quedar sin trabajo llevó a que las mismas entrevistadas se ofrecieran a hacer más en su empleo y aumentararan su carga laboral.

Me pasó que (...) nosotros que somos como consultores, un poco de... con miedo a que nos fueran a cancelar el contrato, empezamos a ofrecerle más cosas al cliente (...), para que nos necesitaran. Entonces empezaron a pasar más y más trabajo. (Laura, comunicación personal, 10.12.2020)

Las modalidades de teletrabajo varían en los casos analizados, evidenciando dos tipos: teletrabajo completo y teletrabajo mixto (semana por medio, o algunos días al mes presencial). Algunas han debido volver al trabajo presencial por algunos días, y agradecen recuperar el espacio propio.

.....

6. Modismo chileno: ¿entiendes?

Bueno, yo creo que también me ayudó esto de empezar, de volver a trabajar, o sea, esto de tener mi espacio de nuevo, que es superimportante y es algo que no se puede hacer en la casa, o sea, yo creo que es casi imposible, no... ese espacio por último de escuchar el silencio de uno mismo mientras uno va caminando hacia el trabajo no existía, po⁷, y pa mí siempre ha sido supernecesario. (Karla, comunicación personal, 03.12.2020)

El espacio de trabajo y el acceso a tecnología varían entre las entrevistadas, lo que da cuenta de diferencias socioeconómicas. No obstante, se dan algunas coincidencias: todas debieron adaptar algún lugar de la casa para teletrabajar, y casi todas trabajan en el mismo espacio en donde sus hijos/as tienen clases. Muy pocas trabajan en un espacio propio, como oficina con escritorio y silla correcta, pues casi todas trabajan en comedor o dormitorio con sus hijos/as a la vista.

Yo adapté un lugar como para hacer mis cosas del trabajo, obviamente no son las óptimas porque no tengo una silla ergonómica, es una silla común y corriente del comedor, la mesa es una mesa de estas de pícnic, porque no tengo un escritorio. (Pamela, comunicación personal, 28.12.2020)

Tuve que comprar, compré todo. De la empresa me pasaron celular, *notebook* y, bueno, la impresora era mía y tuve que comprar la pantalla, por comodidad mía compré el teclado, compré lámpara, compré la silla, compré el escritorio y la pizarra me la regaló mi esposo. (Fernanda, comunicación personal, 20.04.2021)

En cuanto a la evaluación de sus condiciones y modalidad de trabajo, hay diferencias importantes entre las entrevistadas. Las profesoras –3 de colegio y 2 universitarias– son las que más revelan problemas y sobrecarga de trabajo por esta nueva modalidad: el no ver a sus alumnos, que algunos no asistan a clases y la corrección de trabajos en línea implican más trabajo y presión que antes. Probablemente, esta percepción se relaciona con el cierre de las escuelas desde marzo de 2020 y la ausencia de contacto directo con los/as alumnos/as.

El trabajo es dos o tres veces más, en el caso mío como profesora, no sé otras áreas de teletrabajo, pero en el caso mío, sí; se triplicó, cuadruplicó mucho. Cosas tan simples como las que te explicaba que cuando uno está en la sala de clase, detectas un error, para la clase, corriges, los 45 te entienden y listo. Ahora no, tienes que ir uno por uno corrigiendo; es demasiado. (María José, comunicación personal, 04.01.2021)

Hacemos guías, hacemos presentaciones de PowerPoint, estuvimos trabajando también con libros, y lo que hacíamos era hacer audiolibros, cosa que los chicos pudieran

.....
7. Expresión chilena: “pues”.

ver el video con el texto y a la vez nosotros irles narrando; hacíamos actividades, juegos *online*, juegos relacionados con vocabulario, con el mismo libro, con la materia que estábamos pasando, y la clase consistía básicamente en ir mostrando los ejercicios. (Carola, comunicación personal, 06.01.2021)

Como se ha señalado, se evidencian diferencias importantes al analizar las condiciones de trabajo con relación al nivel socioeconómico de las mujeres entrevistadas, ya que algunas cuentan con mejores espacios para trabajar, adquirieron mejor tecnología e incluso ayuda externa pagada para el cuidado de sus hijos/as y el hogar.

Gracias a que tuve nana⁸, porque o si no, no sé qué hubiera hecho, por suerte que tuve nana. Hay gente que su nana no pudo venirse [a quedarse a la casa], mi nana no tenía familia, entonces se pudo venir a mi casa no más. (Laura, comunicación personal, 10.12.2020)

Sin embargo, para la mayoría, su casa es señalada como un lugar poco tranquilo para trabajar, debido a las interrupciones de sus hijos/as y las múltiples tareas que cumplen en ella.

Pregunta: Y sobre estar en la casa, ¿tú dirías que es un lugar tranquilo para trabajar?

Respuesta: No, po, no, para nada [se ríe]. No, porque no puedes evitar hacer cosas de casa, no lo puedes evitar porque estás ahí. ¿Cómo vas a decir: “ya no, no voy a barrer, me voy a sentar aquí donde están todas las migas en el suelo”? No vas... porque además tienes que hacerlo tú misma. (Susana, comunicación personal, 20.01.2021)

Estrategias de organización ante ausencia de control del tiempo

Ante el aumento de tareas de cuidado asumidas por las mujeres, son ellas las que principalmente organizan sus tiempos para realizarlas y, además, cumplir con sus trabajos remunerados. Ello ha implicado un cambio importante en comparación a sus rutinas previas a la pandemia. En este contexto, las mujeres se enfocan primordialmente en las tareas que involucran necesidades básicas o la atención de situaciones urgentes, como las actividades relacionadas directamente con los hijos/as, que son las más mencionadas como impostergables, como alimentarlos/as e indicar sus responsabilidades y aseo personal, por ejemplo.

.....
8. Trabajadora de casa particular.

Terminábamos las clases a las 13:00, y la próxima conexión era a las 15:00, entonces en ese tiempo trataba de hacer lo esencial, más que nada, que era cocinar, porque si hay que priorizar para mí, el tema del aseo, de tener todo limpio, trapeado, aspirado, no es relevante, eso lo puedo hacer cuando tenga tiempo, pero me dedicaba a cocinar, a tener el almuerzo listo, a darle el almuerzo a mi hijo para después conectarme de nuevo. (Carola, comunicación personal, 06.01.2021)

La mayoría de las mujeres menciona que el almuerzo es la actividad que más les preocupa y les toma tiempo, por lo que deben planificarlo bien para cocinar dentro de sus *tiempos libres* de trabajo, para disponer de él al momento en que sus hijos/as tienen horario de colación. Ante la urgencia de atender a estas tareas, las entrevistadas mencionan que organizan su día para realizar lo urgente a determinada hora y de forma rutinaria, dejando muchas veces el trabajo remunerado en segundo plano, además de otras actividades como el orden, la limpieza y las compras, por ser consideradas *secundarias*: “de repente eran la 1:30, 2:00 de la mañana y yo todavía estaba avanzando, entonces decía: ‘no, ya’, y ahí me tuve que empezar como a organizar con eso, porque me pasaba” (Natalia, comunicación personal, 28.12.2020).

Fue hartito porque me costaba encontrar el tiempo para trabajar tranquila, y lo que hacía en ese momento era delegar todo lo que tenía que hacer en el día, o sea, laboralmente, a mi tiempo libre, que era la noche. Entonces me quedaba en la noche o planificando o preparando material o poniendo las notas, porque era el momento en el que no me interrumpía nadie. (Carola, comunicación personal, 06.01.2021)

Ante doble presencia: estrategias de multiplicidad y simultaneidad de tareas

Una estrategia tradicional de las mujeres para hacer frente a sus múltiples actividades se relaciona con la multiactividad, aunque, en el contexto de confinamiento, se traslapan actividades con distintos tipos de exigencias: aquellas de limpieza, alimentación, cuidados, paralelamente a las que requieren habilidades específicas relacionadas con sus empleos remunerados. Este fenómeno fue identificado por Laura Balbo, a finales de la década de 1970, como *doble presencia*, refiriéndose a la situación que suelen enfrentar las mujeres al insertarse en el mundo laboral, sin que eso signifique dejar de lado su papel de principales cuidadoras (Carrasquer, 2013). Su presencia es requerida de forma simultánea en su trabajo asalariado y en el ámbito doméstico-familiar (Moreno; Moncada; Llorens; Carrasquer, 2010).

La realización de ambas tareas se traduce en que “durante el tiempo de trabajo remunerado, la persona debe gestionar sus responsabilidades domésticas y, durante

el tiempo privado, debe organizar o gestionar de alguna forma sus responsabilidades profesionales” (Ruiz; Pullas; Parra; Zamora, 2017: 35). Sin embargo, en la situación de confinamiento, tanto los espacios como los tiempos de lo privado y laboral se han superpuesto, por lo que Moré (2020) refiere a una doble presencia simultánea en tiempos de coronavirus, lo que lleva a las mujeres a intensificar la simultaneidad como estrategia para abordar las distintas exigencias.

Porque ya ser una mamá trabajadora es doble pega, y además estarlo haciendo al mismo tiempo del cuidado de los hijos es una pega tremenda (...). No es como que uno pueda dejar el cuidado de los hijos y enfocarse solo en la pega. (Carola, comunicación personal, 06.01.2021)

De esta forma, las entrevistadas mencionan comúnmente que hacen al menos dos cosas al mismo tiempo y, además, están constantemente pendientes de otras actividades o procesos mientras trabajan.

En el caso de mi hija, no es una niña inquieta ni porfiada, pero sí demanda atención. Entonces lo que a mí me ha pasado es que uno está, pero no está, estoy ahí, pero estoy en reunión, entonces estoy con audífono, por lo tanto, ella no me puede hablar porque no la escucho, o estoy sin audífono, pero estoy contestando cosas, estoy manejando presupuesto. (Susana, comunicación personal, 20.01.2021)

Además, se debe tener en cuenta que se hace referencia a doble presencia y no a *doble jornada*, porque se considera que lo que conecta el trabajo remunerado y las actividades domésticas es la parte emocional que va ligada al trabajo de cuidados: es la intersección de estos tres factores lo que configura esta condición (Tereso-Ramírez; Cota, 2017). La doble presencia también se expresa en las constantes indicaciones a pareja o hijos/as para que hagan labores del hogar, de limpieza o de cuidado, debiendo poner atención a sus actividades y a las del resto. Ello puede producir desgaste o conflicto en las relaciones familiares:

Siempre los días que yo voy a trabajar no se levanta [su hija], no se ducha y siempre primero está la pelea de que “¿por qué no te duchaste?” y todo el cuento. La hago ducharse y ordenar su pieza y todas las cosas antes de acostarse... (Karla, comunicación personal, 03.12.2020)

(...) pero yo le digo [a su pareja]: “Pero, pucha, lava los platos por lo menos”, entonces como que, claro, le dura como... después de las conversaciones le dura una semana de lavar los platos todos los días, y después como que empieza cada 3, después cada 5, y después puede pasar otra semana, dos semanas sin lavar... (Erika, comunicación personal, 03.12.2020)

Estrategias de apoyo escolar y proximidad

A partir de la suspensión de clases en el país, en marzo de 2020, todas las entrevistadas han debido aprender habilidades del ejercicio docente para ayudar a sus hijos/as con tareas escolares, además de estar frecuentemente presentes durante las clases en línea. Gran parte de la organización de las mujeres gira en torno al horario de clases de sus hijos/as, y su espacio de trabajo suele ser un lugar estratégico para supervisar las clases, lo que, si bien puede generar mayores interrupciones en el propio trabajo, implica una supervisión más directa y permanente hacia los hijos/as: “como tenían que hacer guías, yo los instalaba acá. Tenía que estar encima de ellos, si no, no lo hacían, entonces aquí nos sentábamos todos juntos en el comedor” (Laura, comunicación personal, 10.12.2020); “entonces, él se pone a trabajar ahí, y yo estoy acá, entonces cualquier cosa a veces me dice: ‘mamá, no entiendo esto’” (Erika, comunicación personal, 03.12.2020).

Las mujeres desarrollan estrategias que les permiten apoyar a sus hijos/as en sus tareas escolares y dar seguimiento a sus responsabilidades, conocer el material y calendario escolar, estudiar los contenidos entregados por los colegios, entre otros. Si bien para algunas madres estas actividades son relativamente fáciles (por ejemplo, para las profesoras), para otras suponen habilidades desconocidas hasta ahora, lo que implica frustración, ansiedad, malestar: “porque hasta yo tengo que estudiar lo que estaban estudiando para poder apoyar de verdad” (Susana, comunicación personal, 20.01.2021).

El primer periodo que empezamos con esto en la escuela fue super demandante, muy demandante, y la verdad es que yo estaba super agobiada con el tema del colegio, porque sentía que yo no podía ayudarlo bien, no estaba... yo no soy profesora, entonces no podía ni tenía la paciencia para poder ayudarlo. (Pamela, comunicación personal, 28.12.2020)

Por un lado, las clases en línea se mencionan como algo positivo porque mantienen ocupados a sus hijos/as durante el día, lo que alivia la obligación de entrete-nerlos. Por otro, las clases muchas veces generan peleas y conflictos con sus hijos/as al intentar explicar los contenidos. Sumado a eso, muchas familias no cuentan con implementos exclusivos para hijos/as, por lo que deben compartir el computador de trabajo, lo que implica que las madres adapten sus horarios de trabajo a la noche, cuando los hijos/as ya no están en clases.

Estrategias laborales frente a la sobrecarga

Como se ha mostrado, frente a la situación de sobrecarga laboral y doméstica, las mujeres despliegan una serie de estrategias cotidianas que permiten enfrentar el día a día laboral, en el contexto donde viven, lo que es muy distinto al empleo que realizaban de manera presencial. Las estrategias desarrolladas apelan a la flexibilidad y experiencia de acomodo permanente que se lleva a cabo en el caso de madres trabajadoras, aunque en estas condiciones se vive de manera más intensa y en copresencialidad de otros/as, principalmente sus hijos/as, como también describen Undurraga, Simbürger y Mora (2021), en el caso de trabajadoras del ámbito académico. Otras estrategias identificadas se relacionan con entablar diálogo con hijos e hijas, para que comprendan las responsabilidades laborales de las madres, lo que en ocasiones da resultado. Algunas estrategias específicas en el ámbito del trabajo remunerado se dan en el marco mismo de la organización laboral, que ha debido ser ajustada en esta coexistencia con lo doméstico, lo cual ha incidido en cuestionamientos de las mujeres sobre las exigencias del empleo, las dinámicas, ritmos y formas de trabajo.

Entonces, tuve que decir en el trabajo: “Mira, mis condiciones eran estas y no puedo más porque se me completó el bote”, porque yo estaba... yo me había comprometido con otros temas, tomando en cuenta que mi trabajo era por dos días a la semana y entonces ahí chantaron la moto conmigo [se ríe], ahí dijeron: “Ya, ya”. (Laura, comunicación personal, 10.12.2020)

Es que de repente me piden hacer cosas y yo les digo: “Pucha, yo no te lo puedo hacer... [no te lo puedo] entregar antes de un mes”, porque trato de ponerme 3 cosas o 4 cosas diarias, porque más de eso no puedo hacer, porque además entre la casa con los niños... (Erika, comunicación personal, 03.12.2020)

En el caso de entrevistadas con equipos a su cargo, algunas organizan el trabajo de otra manera, para permitir una mejor coordinación de actividades remuneradas y de cuidados.

Yo conversé con todos los equipos del departamento y les dije que en la hora de colación no podía ser como era antes, que solo es una hora de colación... porque ahora no solo tenías que almorzar, sino que además tenías que preparar el almuerzo, antes tu comprabas el almuerzo hecho, almorzabas en una hora y después podías volver a trabajar, así que el horario de colación en mi departamento se estableció de una a tres de la tarde. (Susana, comunicación personal, 20.01.2021)

¿Estrategias de resistencia?

Como parte del análisis, se encuentran algunas estrategias que serán nombradas *de resistencia*, en el contexto del teletrabajo de las madres. Como se ha señalado, el sistema de género adjudica el papel de cuidados a las mujeres, lo cual exacerba las desigualdades de género –entre otras– frente a este tema. Como se ha visto, estas diferencias se profundizan en el contexto de la pandemia, lo que impacta a las madres de niños/as pequeños/as en términos materiales, espaciales, temporales y afectivos, entre otros. En este escenario, pareciera haber menos posibilidad de agencia, sin embargo, se encuentran modalidades de resistencias cotidianas a nivel micro, que refieren a acciones que llevan a cabo las mujeres, para subvertir o cuestionar, al menos en algunos tiempos y espacios, los mandatos de género en torno a los cuidados y la maternidad, así como el mandato de la productividad sin fin.

Como plantea Haraway (1988), las mujeres, en tanto sujetos, interiorizan los discursos ideológicos dominantes sobre los roles de género y la maternidad, pero, al mismo tiempo que estos discursos se internalizan, también se transforman y se resisten, desarrollando significados y conductas diferentes y potencialmente opuestos (Armstrong; Murphy, 2011). Estas resistencias pueden tomar forma de pensamientos y acciones en la vida cotidiana que, aunque no confrontan directamente, tienen el potencial de comprometerse, negociar y redistribuir o transformar discursos poderosos y provocar un reordenamiento de las relaciones de poder (Hollander; Einwohner, 2004); o bien pueden tomar forma de acciones y movimientos colectivos, transformándose en sujetos políticos.

Desde esta perspectiva, se reconocen estrategias de resistencia de las mujeres, frente a los mandatos de género, de la maternidad, del ser buena madre, buena esposa, responsable del hogar y su familia. Estas estrategias son más o menos explícitas y reconocibles por ellas, pero permiten un espacio de subjetividad que rompe, en cierta medida, con la obligatoriedad de las actividades cotidianas y permite dar espacios de respiro a las mujeres.

Una actividad importante, aunque limitada y por ello valiosa para las mujeres, es la posibilidad de salir del espacio del hogar. Aunque hay permanentes restricciones a la movilidad, algunas entrevistadas aprovechan los permisos que pueden pedir, en el contexto del Plan paso a paso⁹, para hacer algún trámite, pero, además, para despejarse y hacer frente al agobio.

.....

9. El Plan paso a paso es una estrategia gradual para enfrentar la pandemia según la situación sanitaria de cada zona en particular. Se trata de 4 escenarios o pasos graduales, que van desde la cuarentena hasta la apertura inicial, con restricciones y obligaciones específicas. El avance o retroceso de un paso particular a otro está sujeta a indicadores epidemiológicos, red asistencial y trazabilidad (“Paso a paso...”, 2021).

También yo creo que es importante salir, pero a lo mejor no gastarse ese permiso, cuando hay cuarentena, o no gastarse esa posibilidad de salir en... mejor salir a otra cosa, no sé, a caminar, ¿cachai?, o a juntarte con alguien y no gastarte ese permiso o esa posibilidad de salir. (Natalia, comunicación personal, 28.12.2020)

En términos de los tiempos, el manejo de este puede ser un acto de resistencia (Wearing, 1990), como se ha desarrollado en algunos estudios que indagan en el tiempo de ocio como una práctica de resistencia en madres primerizas frente a la ideología dominante sobre la maternidad. El *tiempo libre* no tiene el mismo significado entre géneros, ni siquiera entre mujeres con hijos/as y mujeres sin hijos/as. El manejo del tiempo es un recurso estratégico de las madres para dejar momentos para ellas, sin la obligación de hacer actividades para otros, ajustando el ritmo acelerado del día y permitiendo un tiempo de calma y soledad.

Pero como que me despierto más temprano, con el sol, no sé, y ahora me estoy despertando como a las 6:30 [interrumpe su hija para preguntarle algo], me levanto temprano porque como que siento que ese es el rato para mí, porque ellos se despiertan como a las 8:00, entonces tengo ese rato para bañarme tranquila, me tomo mi café tranquila, veo estas cosas como de redes sociales o me pongo... o cualquier cosa, a veces sacarse las cejas, ese es como el rato de la mañana. (Erika, comunicación personal, 03.12.2020)

Un aspecto relevante, se refiere a las estrategias de ajuste en las formas de funcionamiento familiar y redistribución de tareas domésticas que se ha desarrollado en algunos hogares a partir de las medidas de confinamiento. Estos cambios se han dado de manera fácil en algunos casos, mientras en otros ha implicado negociaciones y conflictos. Con el tiempo, dichas modificaciones podrían impactar en el reordenamiento de las dinámicas domésticas entre los géneros y generaciones.

Eso también nos sirvió, en todo caso, porque me tuvieron que empezar a ayudar, tuvieron que empezar a lavar la loza, nos turnábamos. Además, me ayudaban a cocinar. Ya, yo cocino, el otro prepara las ensaladas, el otro guarda la loza que no había secado o guardado de la vez anterior y otro pone la mesa, porque si no yo ahí ya habría colapsado también. (Lucía, comunicación personal, 10.12.2020)

La verdad yo me despreocupo totalmente y mi marido hace todo. Él a veces me hace unas preguntas por WhatsApp como: ¿qué hago?, ¿qué cocino? o ¿viste esto?, jajaja; esas cosas, pero son superpocas, así que no, yo casi me despreocupo totalmente, yo me dedico solo al trabajo. (Samanta, comunicación personal, 29.12.2020)

Las trabajadoras han ido haciendo cambios a partir de la reflexión, conciencia y crítica frente al contexto y a sí mismas, cuestionando las altas exigencias ajenas

y propias, en los distintos ámbitos de la vida laboral y las rutinas cotidianas. Frente a ello, algunas asumen cambios de actitud y reordenan prioridades. No ha sido un proceso fácil y ello se ha dado, en algunos casos, luego de períodos críticos en las rutinas familiares o individuales, que demostraban la imposibilidad de cumplir con los mandatos en todos los frentes.

Uno de los impactos invisibilizados y poco analizados de la crisis sociosanitaria hace referencia a las consecuencias de los cambios en la salud mental, las cuales han afectado fuertemente a las mujeres. En este aspecto, las madres reconocen problemas de distinta índole e intensidad, que han enfrentado a partir de rutinas cotidianas, pero también buscando apoyo en profesionales especializados en estos temas, sobre todo en el caso de mujeres con mayores recursos.

Tomé estos últimos meses otra actitud, es como... y como que también, por ejemplo, si estoy cansada, me siento no más, po, porque como que antes como que seguía haciendo... se cumple lo que se puede no más, esa es como mi meta, o sea, como mi frase, que se haga lo que se pueda no más. (Erika, comunicación personal, 03.12.2020)

Empecé a hacer yoga por un tema de la espalda, pero también me sirvió como terapia emocional y era algo que no podía faltar en el día, de hecho, hasta el día de hoy trato de mantenerme todos los días con algún tipo de ejercicio porque eso también me alivia el tema de la mente, me despeja, ando de mejor ánimo y era como el tiempo que me podía dar. (Carola, comunicación personal, 06.01.2021)

Aunque de manera limitada por las condiciones y medidas sanitarias, el vínculo con otros y el mantenimiento de las redes familiares y de amistad han sido una estrategia de resistencia importante para enfrentar la sobrecarga de trabajo, el miedo, la incertidumbre y la monotonía: “empezamos todos los fines de semana a juntarnos en un departamento, en el otro, hacíamos comidas del mundo, inventar para no enloquecer no más, inventar cosas lúdicas y cantar y, no sé, lo que sea” (Natalia, comunicación personal, 28.12.2020).

Las mujeres desarrollan algunas resistencias en relación con las condiciones laborales y la intensificación de sus actividades. Ello les permite cuestionar la presión, a veces extrema, de los empleadores, que no consideran límites de actividades ni tampoco la condición de cuarentena y de aumento de tareas domésticas, particularmente en el caso de las madres. En ese marco, algunas trabajadoras lo expresan en el espacio laboral, o acomodan sus actividades de manera más realista a las posibilidades de cumplir los objetivos propuestos y las exigencias laborales.

Es que como que yo creo que eso, este período es como que las planificaciones ya no sirven, entonces yo creo que eso también he aprendido ahora, a como: “Ya”, o sea, claro,

trato de tenerme una organización y todo, pero también si la cuestión no resulta, ya filo, no resultó no más, po, sigo igual [se ríe]. (Erika, comunicación personal, 03.12.2020)

Conclusiones

A lo largo del artículo, se indaga sobre las actividades de cuidado (Carrasco, 2013; Batthyány, 2004; 2015), estrategias de cuidado (Batthyány *et al.*, 2017) y resistencias de las mujeres madres trabajadoras con niños pequeños, ante las medidas de confinamiento y el cambio a la modalidad de teletrabajo. A partir de sus relatos, es posible caracterizar distintos tipos de estrategias, que, aunque se superponen, analíticamente se distinguen en 5 modalidades: de organización ante ausencia de control del tiempo; de multiplicidad y simultaneidad de tareas; de apoyo escolar y proximidad; laborales frente a la sobrecarga, y de resistencia.

La condición de madres y la edad de sus hijos/as inciden en las formas como las medidas sociosanitarias impactan en sus rutinas cotidianas, así como en su salud mental, lo que se refleja en sentimientos de rabia, frustración, angustia, agobio, tristeza, entre otros. El ejercicio de las distintas responsabilidades muestra una imagen agobiante frente a las obligaciones en distintos frentes, a la vez que a la concentración de estas en espacios acotados que han debido ajustar a la nueva situación. Frente a ello, sin embargo, las trabajadoras asumen distintas acciones para hacer frente a las nuevas condiciones.

El cierre de colegios, sumado a las cuarentenas obligatorias y al teletrabajo, es el escenario material e institucional que moldea sus rutinas y responsabilidades. Sin embargo, las mujeres también despliegan una serie de estrategias de resistencia, que, de manera generalmente espontánea, van dando respiro a sus vidas, permitiendo un mejor equilibrio en el contexto de crisis. Se evidencian en este ámbito las actividades de autocuidado que desarrollan. Al mismo tiempo, se observan diferencias entre quienes antes de la pandemia podían acceder a externalizar el cuidado u obtener ayuda de las mujeres de la familia extensa, siendo esta una diferencia importante con relación a las mujeres con mayores ingresos, quienes, a pesar de la pandemia, continuaron teniendo ayuda externa remunerada, lo cual, a su vez, deja el cuidado en manos de mujeres más pobres.

En este contexto, llama la atención la ausencia de políticas y medidas del Gobierno, y de las instituciones escolares, así como de una parte importante de los empleadores, destinadas a relevar a las mujeres o apoyar a las familias en las tareas de cuidados, escolaridad y organización laboral. A pesar de la evidente sobrecarga, se sigue naturalizando e invisibilizando (Hatton, 2017) la labor de cuidado de las madres.

A partir de estos hallazgos, se evidencia la relevancia del espacio doméstico y las actividades de cuidados como ámbitos de reproducción de las desigualdades de género, lo que enfatiza la vulnerabilidad en la condición de las mujeres y las madres trabajadoras. En este escenario, se vuelve central discutir políticas, en el ámbito estatal y privado, que se orienten a hacerse cargo de los cuidados como una actividad del conjunto de la sociedad.

Referencias

- A partir de marzo de 2022 la asistencia a clases presenciales será obligatoria (11 de noviembre de 2021). *Ministerio de Educación*. Recuperado de <https://www.mineduc.cl/en-marzo-del-2022-la-asistencia-a-clases-presenciales-sera-obligatoria/>
- Armstrong, Nathalie; Murphy, Elizabeth (2011). Conceptualizing Resistance. *Health: An Interdisciplinary Journal for the Social Study of Health, Illness and Medicine*, 16(3), 314-326. <https://doi.org/10.1177/1363459311416832>
- Batthyány, Karina (2004). *Cuidado infantil y trabajo: ¿un desafío exclusivamente femenino? Una mirada desde el género y la ciudadanía social*. Recuperado de https://www.oitcinterfor.org/sites/default/files/file_publicacion/trazos_20.pdf
- Batthyány, Karina (2015). *Las políticas y el cuidado en América Latina: una mirada a las experiencias regionales*. Recuperado de <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/37726>
- Batthyány, Karina; Genta, Natalia; Scavino, Sol (2017). Análisis de género de las estrategias de cuidado infantil en Uruguay. *Cadernos de Pesquisa*, 47(163), 292-319. <https://doi.org/10.1590/198053143710>
- Boccardo, Giorgio; Andrade, Valentina (2020). *Trabajar en tiempos de pandemia. Trabajadoras y trabajadores de los servicios públicos en Chile*. Recuperado de http://pop-umbrella.s3.amazonaws.com/uploads/cdc72295-b9db-4baf-aabo-46461d86bd55_Trabajar_en_Tiempos_de_Pandemia_Informe_de_Resultados.pdf
- Brenes, Lucía (2020). Sobre espacios y tiempos en época de pandemia. *Reflexiones*, 99(2), 1-8. <https://doi.org/10.15517/rr.v99i2.42146>
- Cadem (2020). *El Chile que viene. Diferencias de género frente a la crisis del covid-19*. Inédito.
- Carrasco, Cristina (2013). El cuidado como eje vertebrador de una nueva economía. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 31(1), 39-56. https://doi.org/10.5209/rev_CRLA.2013.v31.n1.41627
- Carrasquer, Pilar (2013). El redescubrimiento del trabajo de cuidados. Algunas reflexiones desde la sociología. *Cuadernos de relaciones laborales*, 31(1), 91-113. http://doi.org/10.5209/rev_CRLA.2013.v31.n1.41633

- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (2020). *La pandemia del COVID-19 profundiza la crisis de los cuidados en América Latina y el Caribe*. Recuperado de https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/45335/5/S2000261_es.pdf
- Del Boca, Daniela; Oggero, Noemi; Profeta, Paola; Rossi, Maria Christina (2020). Women's Work, Housework and Childcare, Before and During Covid-19. *IZA Institute of Labor Economics*. Recuperado de https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=3636638
- Federici, Silvia (2009). Sobre el trabajo de cuidado de los mayores y los límites del marxismo. *Revista Nueva Sociedad*, 256, 45-62. Recuperado de https://static.nuso.org/media/articles/downloads/4103_1.pdf
- Flores, Rodrigo (2009). *Observando observadores: una introducción a las técnicas cualitativas de investigación social*. Santiago: Ediciones UC.
- Giaconi, Carolina Andrea (2021). *Mujeres, cuidado y resistencias: prácticas de resistencias de mujeres que cuidan a personas con discapacidad severa* [Tesis de maestría]. Universidad de Chile, Santiago, Chile.
- Haraway, Donna (1988). Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective. *Feminist Studies*, 14(3), 575-599. <https://doi.org/10.2307/3178066>
- Hatton, Erin (2017). Mechanisms of Invisibility: Rethinking the Concept of Invisible Work. *Work, Employment and Society*, 31(2), 336-351. <https://doi.org/10.1177/0950017016674894>
- Hilbrecht, Margo; Shaw, Susan; Johnson, Laura; Andrey, Jean (2013). Remixing Work, Family and Leisure: Teleworkers' Experiences of Everyday Life. *New Technology, Work & Employment*, 28, 130-144. <https://doi.org/10.1111/ntwe.12010>
- Hollander, Jocelyn; Einwohner, Rachel (2004). Conceptualizing Resistance. *Sociological Forum*, 19(4), 533-554. <https://doi.org/10.1007/s11206-004-0694-5>
- Instituto Nacional de Estadísticas (8 de marzo de 2021). *Género y empleo: impacto de la crisis económica por covid-19*. Boletín estadístico. Recuperado de <https://www.ine.cl/docs/default-source/genero/documentos-de-an%C3%A1lisis/documentos/g%C3%A9nero-y-empleo-impacto-de-la-crisis-econ%C3%B3mica-por-covid19.pdf>
- Ipsos (2020). *Claves 2020. Informe abril: Chile en tiempos de Coronavirus*. Recuperado de https://www.ipsos.com/sites/default/files/ct/publication/documents/2020-04/ipsos-lt_claves_2020_-_abril_covid19.pdf
- Izcara, Simón Pedro (2007). *Introducción al muestreo*. Ciudad de México: Porrúa.
- Liderar en tiempos de pandemia: propuestas para un retorno a clases presenciales distinto (9 de julio de 2020). *Educación 2020*. Recuperado de <https://www.educacion2020.cl/noticias/liderar-en-tiempos-de-pandemia-propuestas-para-un-retorno-a-clases-presenciales-distinto/>

- Lyttelton, Thomas; Zang, Emma; Musick, Kelly (2020). *Gender Differences in Telecommuting and Implications for Inequality at Home and Work*. Recuperado de <https://ssrn.com/abstract=3645561>. <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.3645561>
- Ministerio de Salud confirma primer caso de coronavirus en Chile (3 de marzo de 2020). *Ministerio de Salud*. Recuperado de <https://www.minsal.cl/ministerio-de-salud-confirma-primer-caso-de-coronavirus-en-chile/>
- Moré, Paloma (2020). Cuidados y crisis del coronavirus: el trabajo invisible que sostiene la vida. *Revista Española de Sociología*, 29(3), 737-745. <https://doi.org/10.22325/fes/res.2020.47>
- Moreno, Neus; Moncada, Salvador; Llorens, Clara; Carrasquer, Pilar (2010). Doble presencia, trabajo doméstico-familiar y asalariado: espacios sociales y tiempos. *Instituto Sindical de Trabajo, Ambiente y Salud*. Recuperado de https://www.ccoo.cat/salutlaboral/docs/Calaix%20Sindical/2011_doblepresenciaysalud.pdf
- Organización Internacional del Trabajo (2019). *Trabajar en cualquier momento y en cualquier lugar: consecuencias en el ámbito laboral*. Recuperado de https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/--americas/--ro-lima/--sro-santiago/documents/publication/wcms_723962.pdf
- Palma, Irma; Aceituno, Roberto; Duarte, Fabián; Valenzuela, Patricio; Canales, Manuel; Asún, Rodrigo; Riveros, Antonia (2020). Cuarto informe de primeros resultados desestabilización y reorganización de la vida doméstica durante la crisis del covid-19. Recuperado de <http://vidaenpandemia.cl/wp-content/uploads/2020/11/CUARTO-INFORME-DE-VIDAENPANDEMIA-DESESTABILIZACION-Y-REORGANIZACION-DE-LA-VIDA-DOMESTICA-DURANTE-LA-CRISIS-DEL-COVID-19-.pdf>
- Paso a paso, nos cuidamos (2021). *Gobierno de Chile*. Recuperado de <https://www.gob.cl/coronavirus/pasoapaso/>
- Pérez, Carmen; Gálvez, Ana María (2009). Teletrabajo y vida cotidiana: ventajas y dificultades para la conciliación de la vida laboral, personal y familiar. *Athenea Digital*, 15, 57-79. Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=53712929004>
- Presidente anuncia suspensión de clases y reduce actos públicos (15 de marzo de 2020). *Ministerio de Salud*. Recuperado de <https://www.minsal.cl/presidente-anuncia-suspension-de-clases-y-reduce-actos-publicos/>
- Presidente Piñera decreta Estado de Excepción Constitucional de Catástrofe en todo el país por 90 días para enfrentar coronavirus: “Cuidémonos entre todos” (18 de marzo de 2020). *Prensa Presidencial*. Recuperado de <https://prensa.presidencia.cl/comunicado.aspx?id=148647>
- Ramacciotti, Karina (2020). Cuidar en tiempos de pandemia. *Descentrada*, 4(2), e126. Recuperado de <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/114159>

- Ruiz, Paulina; Pullas, Paúl; Parra, Cristián Alberto; Zamora, Ruth (2017). La doble presencia en las trabajadoras femeninas: equilibrio entre el trabajo y la vida familiar. *Revista de comunicación de la SEECI*, 44, 33-51. <http://dx.doi.org/10.15198/seeci.2017.44.33-51>
- Strauss, Anselm; Corbin, Juliet (2002). *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Tereso-Ramírez, Leonor; Cota, Beatriz (2017). La doble presencia de las mujeres: conexiones entre trabajo no remunerado, construcción de afectos-cuidados y trabajo remunerado. *Margen*, 85, 1-12. Recuperado de http://www.margen.org/suscri/margen85/tereso_85.pdf
- Tobío, Constanza (1998). Roles de género y la relación familia-empleo. *Asparkia*, 9, 21-44. Recuperado de <http://www.e-revistas.uji.es/index.php/asparkia/article/view/942>
- Undurraga, Rosario; Simbürger, Elisabeth; Mora, Claudia (2021). Desborde y desazón versus flexibilidad y concentración: teletrabajo académico y género en tiempos de pandemia. *Polis Revista Latinoamericana*, 20(59), 12-38. <http://dx.doi.org/10.32735/S0718-6568/2021-N59-1594>
- Vasilachis, Irene (2006). La investigación cualitativa. En *Estrategias de investigación cualitativa* (pp. 23-64). Barcelona: Gedisa.
- Wearing, Betsy (1990). Beyond the Ideology of Motherhood: Leisure as Resistance. *The Australian and New Zealand Journal of Sociology*, 26(1), 36-58.

División sexual del trabajo y confinamiento en jóvenes de preparatoria. Un estudio de caso de Aguascalientes, México*

DOI: <https://doi.org/10.18046/recs.i35.4882>

*Sexual Division of Labor and Confinement among High School
Students. A Case Study from Aguascalientes, Mexico*

Nancy Chávez-Llamas**

Centro de Investigación y Docencia Económicas (Aguascalientes, México)

Angélica Ospina-Escobar***

Centro de Investigación y Docencia Económicas (Aguascalientes, México)

.....

* Artículo de investigación producto parcial de un proyecto en curso, denominado “Understanding Drug Consumption in Teenagers and Young Adults: Protocol for Prevention and Treatment Intervention”, que comenzó en enero de 2019 y fue financiado por Open Society Foundations. Artículo de investigación recibido el 01.07.2021 y aprobado el 27.09.2021.

** Licenciada en Psicología por la Universidad Autónoma de Zacatecas (México) y Maestra en Investigaciones Sociales y Humanísticas por la Universidad Autónoma de Aguascalientes (México). Asistente de investigación en el Programa de Política de Drogas del Centro de Investigación y Docencia Económicas, Región Centro (México). Sus temas de investigación son jóvenes, violencia, drogas, narcotráfico, narcocultura y vida cotidiana. Correo electrónico: nancy.estrella@cide.edu ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7347-9871>

*** Doctora en Estudios de Población y Maestra en Demografía por El Colegio de México (México). Catedrática Conacyt asignada al Programa de Política de Drogas del Centro de Investigación y Docencia Económicas, Región Centro (México). Sus temas de investigación son el uso problemático de drogas, reducción de daños, género, curso de vida y sociología de las emociones. Correo electrónico: angelica.ospina@cide.edu ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0768-5252>

Cómo citar/How to cite

Chávez-Llamas, Nancy; Ospina-Escobar, Angélica (2021). División sexual del trabajo y confinamiento en jóvenes de preparatoria. Un estudio de caso de Aguascalientes, México. *Revista CS*, 35, 41-66. <https://doi.org/10.18046/recs.i35.4882>

Resumen

Abstract

Este estudio de caso cualitativo, derivado de un trabajo etnográfico realizado entre agosto de 2019 y julio de 2020, describe cómo un grupo de jóvenes estudiantes de una preparatoria pública de Aguascalientes, México, experimentó el confinamiento por COVID-19. La contingencia generó una intensificación de la división sexual del trabajo entre los participantes: mientras las mujeres aumentaron su participación en el trabajo doméstico y de cuidados, los hombres incrementaron su participación en el trabajo de la construcción. Estos últimos desertaron en mayor medida de la escuela que las mujeres, lo que podría significar que las tareas domésticas no remuneradas se logran compatibilizar mejor con las tareas académicas en comparación con las ocupaciones remuneradas extradomésticas. La falta de protección social de las juventudes en México favoreció el aumento de las inequidades de género en los hogares durante el confinamiento, afectando la salud mental de los jóvenes y su autonomía.

PALABRAS CLAVE:

jóvenes, división sexual del trabajo, COVID-19, inequidades de género, México

.....

This qualitative case study describes how a group of young students from a public high school in Aguascalientes (Mexico) experienced the confinement for the COVID-19 pandemic. Our main finding is the intensification of the sexual division of labor. While women intensified their domestic and care work participation, men were pushed to enter the informal labor market to support their household economy. Men dropped out of school to a greater extent than women, which could mean that unpaid household chores are more compatible with academic tasks compared to paid extra-domestic occupations. The lack of social protection for youth in Mexico exacerbates gender inequalities among young men and women during confinement, impacting their mental health and their autonomy. The paper is based on an ethnographic experience conducted in a public high school from August 2019 to July 2020.

KEYWORDS:

Youths, Sexual Division of Labor, COVID-19, Gender Inequalities, Mexico

Introducción

En marzo del 2020, tras la llegada a México del virus SARS-CoV-2 (en adelante, COVID-19), el gobierno federal implementó varias medidas para confinar a la población, entre ellas la suspensión por parte de la Secretaría de Educación Pública (SEP) de clases en modalidad presencial y el tránsito a modalidad remota tomada desde el 17 de marzo (SEP, 2020). Bajo tal esquema culminó el ciclo escolar que terminó en julio de ese año e inició el nuevo ciclo escolar en septiembre de 2020.

De acuerdo con datos del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval, 2020a), las medidas de confinamiento tomadas para enfrentar la amenaza a la salud pública por la pandemia de la COVID-19 causaron una contracción importante de la economía; esta afectó principalmente a los hogares más pobres a causa de la pérdida de sus fuentes de empleo, o bien de la disminución de sus ingresos (Coneval, 2020b). Por ejemplo, entre febrero y mayo del 2020 los ingresos en los hogares mexicanos donde residen niños se redujeron en un 73,5 % frente a 57,7 % en hogares sin niños (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia - Unicef, 2020).

Además de constreñimientos económicos, el confinamiento convirtió los hogares en el epicentro de múltiples actividades domésticas, laborales y escolares que afectaron las dinámicas de uso del tiempo de sus miembros. Entre ellas se destaca la carga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerados que suelen realizar en mayor medida las mujeres, especialmente en los hogares con menor escolaridad acumulada y menor nivel de ingresos (Casique, 2008; Pedrero, 2004; Scuro-Somma, 2009).

En este artículo analizamos cómo el confinamiento por COVID-19 afectó de manera diferenciada las dinámicas de uso de tiempo de varones y mujeres jóvenes que son estudiantes de una preparatoria pública de Aguascalientes (México). El objetivo es describir cómo los jóvenes participantes del estudio distribuyeron sus tiempos durante el contexto de confinamiento por COVID-19 y las implicaciones que ello tuvo principalmente en su salud mental y el abandono escolar. El uso del tiempo se concibe aquí como una categoría analítica para estudiar las consecuencias sociales de la pandemia en el ámbito específico de las desigualdades de género.

Tiempo, género y desigualdad social

Partimos de la concepción del tiempo como recurso finito fundamental de los sujetos, cuya disponibilidad o carencia afecta directamente su calidad de vida presente y sus opciones de vida (Damián, 2003; Aguirre, 2009).

La literatura sociodemográfica muestra que el tiempo es un recurso especialmente importante para los hogares pobres en periodos de crisis económicas, entre otras cosas porque durante las contingencias los hogares con menos ingresos buscan la obtención de recursos monetarios a través de la inserción de un mayor número de sus miembros en el mercado laboral, realizan acuerdos de convivencia para optimizar los recursos existentes y participan en relaciones de intercambio y reciprocidad para garantizar su sobrevivencia (Barbieri; De Oliveira, 1989). Estas estrategias acarrearán cambios en las dinámicas de uso del tiempo de los miembros del hogar que serán evaluadas y negociadas en función de la posición social de cada uno de ellos. Esta última, a su vez, está condicionada por factores como la edad y el género.

La edad, en tanto construcción social, se experimenta en el marco de un conjunto de reglas y mecanismos que regulan la extensión temporal de la vida (Riley, 1987), y desde el cual se asignan expectativas y normas sociales a los sujetos, basadas en su edad cronológica. Al interior de los hogares, la posición generacional de los sujetos define el lugar de un individuo en la matriz de la familia extendida y da forma a identidades, roles y responsabilidades (Riley, 1987) que, a su vez, suponen unas maneras esperadas de uso del tiempo. Los jóvenes participantes de este estudio tienen entre 15 y 19 años, por lo que las expectativas de sus padres/madres/tutores con respecto a continuar en la escuela o ingresar al mercado laboral se tornan fundamentales, en tanto condicionan el grado de apoyo que reciben para cumplir con sus obligaciones escolares (Gaxiola-Romero; González-Lugo, 2017) y, así mismo, el grado de presión que reciben para ingresar al mercado laboral o ayudar con las tareas domésticas y de cuidado no remuneradas en el hogar.

Por género entendemos el conjunto de “prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia anatómico-fisiológica y que dan sentido [...] al relacionamiento de las personas en tanto sujetos sexuados” (De Barbieri, 1993: 192). Entendido así, el género impone una serie de normas sociales en torno al uso del tiempo de acuerdo con las representaciones sociales de lo masculino y lo femenino, y las actividades que son consideradas propias de varones y mujeres, de tal manera que refuerza y perpetúa asimetrías en las relaciones de poder y en la posesión de recursos materiales, sociales y simbólicos, y de privilegios (Aguirre, 2009; De Barbieri, 1991). Uno de los mecanismos a través de los cuales el sistema sexo/género sedimenta las desigualdades entre varones y mujeres es la división sexual del trabajo que corporiza las asimetrías de poder entre unos y otras, asegurando su distancia social (Aguirre, 2009; De Oliveira; Ariza, 2000; Eisenstein, 1999; Valenzuela, 2003).

En ese marco, la división sexual del trabajo asigna la responsabilidad de la proveeduría económica a los varones y el trabajo doméstico no remunerado¹ y de cuidados² a las mujeres (Eisenstein, 1999; Scuro-Somma, 2009). El primero se realiza en el espacio extradoméstico; el segundo, en el doméstico. Mientras que el tiempo destinado al mercado de trabajo se mercantiliza, el tiempo destinado al trabajo doméstico se convierte en un recurso moral que otorga propiedades de *bueno* o *malo* a quien lo realiza o a quien se resiste (Aguirre, 2009; Batthyány, 2009).

Así, la división sexual del trabajo institucionaliza la interacción con otros y otorga una identidad social ligada a formas específicas de *performar* el género. De ahí que mientras el trabajo remunerado suele ser central en la construcción de las identidades masculinas como proveedores (Martínez; Ferraris, 2017), la identidad de género de las mujeres se construye principalmente en términos de su potencialidad para brindar cuidados (Eisenstein, 1999; Batthyány, 2009). Este proceso refuerza la feminización del trabajo doméstico y de cuidados y naturaliza el rol de cuidadoras en las mujeres. Con la *nueva normalidad* implementada con el inicio de la pandemia por COVID-19, la feminización del trabajo se agudizó en la mayoría de los hogares, limitando a las mujeres en su autonomía y derechos (Entidad de las Naciones Unidas para la Igualdad de Género y el Empoderamiento de las Mujeres - ONU Mujeres; Comisión Económica para América Latina - Cepal, 2020)

Si bien la división sexual del trabajo supone las dicotomías remunerado/no remunerado, público/privado, proveer/cuidar, etc., existe una relación funcional entre los elementos que las conforman, pues uno y otro se afectan mutuamente, estableciendo relaciones sustitutivas y complementarias (Pedrero, 2004). Tanto el trabajo remunerado extradoméstico como el doméstico y de cuidados no remunerado supone, para las mujeres y los varones, costos monetarios y no monetarios de uso de tiempo, malestares y renunciaciones particulares (Carrasco, 2003). Las negociaciones de los miembros de la familia en torno a quién debe realizar uno u otro trabajo son complejas y contradictorias. Por ello, su análisis requiere comprender los contextos particulares en los que tienen lugar las relaciones entre varones y mujeres, en función de los roles de los miembros del hogar y las características de los hogares (Pedrero,

.....
1. Por trabajo doméstico no remunerado es aquel que es realizado por integrantes del hogar e incluye tareas como “compra de bienes y adquisición de servicios para el hogar, cocinar, limpiar la casa, lavar, planchar, cuidar mascotas y plantas, organización y gestión de tareas, pagar cuentas, realizar trámites” (Aguirre, 2009: 34).

2. El trabajo de cuidados se define como la acción de cuidar a niños, adultos o ancianos para el desarrollo y bienestar de su vida cotidiana. Implica un trabajo material, pero también una dimensión emocional y afectiva. Incluye tareas de cuidado, el juego, llevarlos a pasear, ayudarlos en los deberes y socializarlos, atención a las necesidades fisiológicas, médicas y sociales (Aguirre, 2009: 35).

2004), con la finalidad de reconocer, redistribuir y reducir la carga laboral impuesta, sobre todo, en las mujeres (ONU Mujeres; Cepal, 2020), pues la literatura muestra que el tamaño y tipo de hogares, la etapa del ciclo de vida, el nivel de ingresos y la escolaridad de los miembros son factores que inciden en la división sexual del trabajo al interior de estos (Aguirre, 2009; Batthyány, 2009; Casique, 2008; Pedrero, 2004).

En este análisis nos preguntamos cómo, en el contexto de fragilidad e inseguridad que supuso para los hogares pobres la llegada de COVID-19, se transformaron o intensificaron las dinámicas de división sexual del trabajo al interior de los hogares, y sus efectos en la salud mental de un grupo de jóvenes (hombres y mujeres) estudiantes de una preparatoria pública del municipio de Jesús María, en el estado de Aguascalientes. Al respecto, estudiamos las diferencias en el uso del tiempo como expresión de desigualdades para el desarrollo de capacidades y oportunidades entre hombres y mujeres jóvenes pobres, en el marco más amplio de la desigualdad estructural, la incertidumbre y el desencanto que experimentan millones de adolescentes en México (Busso, 2001; Reguillo, 2004; Valenzuela, 2015).

Metodología

El trabajo mostrado aquí es un estudio de caso cuyo propósito fue profundizar en las experiencias de confinamiento de un grupo de jóvenes (Yin, 2003); presta especial atención al análisis de las modificaciones que experimentaron en su vida cotidiana y uso del tiempo a partir del encierro.

Los participantes del estudio fueron cuatro mujeres y tres hombres, con edades comprendidas entre 16 y 19 años, estudiantes del turno matutino de un bachillerato técnico semiurbano del municipio de Jesús María (Aguascalientes). Los siete jóvenes provienen de hogares pobres, cuyos padres/madres o tutores tienen un nivel de escolaridad máxima de secundaria completa, que se ocupan en labores manuales de baja calificación (obreros de maquiladora, albañiles, dependientes de mostrador, vendedores informales) y reciben ingresos de hasta tres salarios mínimos mensuales³. La mayoría de los jóvenes participantes (5/7), además de estudiar, trabajaban para aportar a la economía de sus hogares y residían en colonias que percibían peligrosas debido a sus altos índices de criminalidad y consumo de sustancias psicoactivas ilegales (Ospina-Escobar; Chávez-Llamas, 2020)⁴.

3. Desde el 1 de enero de 2021, el salario mínimo diario en México corresponde a 213,39 pesos mexicanos (10 USD, aproximadamente).

4. Como parte del estudio más amplio en el que se inscribe este análisis, se levantó una encuesta de caracterización de los hogares y estudiantes de la escuela donde este realizó. Los resultados muestran que

El cuadro 1 resume algunas características de los participantes, las cuales permiten plantear que se trata de jóvenes que constituyen casos típicos⁵ de adolescentes que asisten a escuelas preparatorias públicas técnicas de colonias populares de Aguascalientes (Martínez, 2012). Esto permite profundizar en las experiencias de personas que se consideran promedio de la población de interés (Creswell, 1998).

La selección de los participantes se realizó a partir de un trabajo etnográfico realizado entre agosto y diciembre de 2019 en la escuela preparatoria donde recibían sus clases, y en el marco de un estudio más amplio: en este, los siete jóvenes participantes estaban siendo capacitados como promotores pares para prevención del uso de sustancias psicoactivas (Ospina-Escobar; Chávez-Llamas, 2020).

El director de la escuela brindó la autorización para establecer contacto con los jóvenes y firmó el consentimiento informado para poder realizar el estudio. Los participantes fueron informados del estudio y dieron su consentimiento informado de manera verbal. Los padres/madres o tutores legales fueron informados del estudio y dieron su consentimiento verbal al director de la escuela.

Tras la suspensión de las clases presenciales, se continuó el acompañamiento al grupo de pares, con quienes las autoras habían establecido relaciones de confianza y afecto. Este acompañamiento se realizó a través de llamadas telefónicas y mensajes por WhatsApp, lo que permitió mantener el contacto hasta julio del 2020 cuando finalizó el ciclo escolar. La comunicación con los jóvenes se sistematizó en diarios de campo, al igual que se hizo con la comunicación sostenida con la psicóloga de la escuela, con quien intercambiábamos de manera regular información sobre la situación académica, familiar y emocional de los jóvenes participantes. Los nombres reales fueron reemplazados por seudónimos para proteger y garantizar la confidencialidad de los participantes.

Para la sistematización y análisis de la información se siguió una perspectiva fenomenológica hermenéutica (Fuster, 2019), que permite describir e interpretar las experiencias vividas desde el punto de vista del actor a través del análisis de relatos, historias y anécdotas (Chase, 2005). El material de campo fue codificado usando el programa Atlas.Ti a partir de la construcción de seis categorías analíticas: habilidades

la presencia de pandillas, venta y consumo de drogas son las principales problemáticas que identifican los jóvenes en sus vecindarios. El 44% de los encuestados reportó trabajar además de estudiar (52% de los varones y 34% de las mujeres). Uno de cada cuatro jóvenes encuestados (20,4%) reportó que en los 12 meses previos alguna discusión entre miembros de su familia había terminado en golpes. En términos de uso de sustancias, el 85% declaró haber ingerido alcohol alguna vez en su vida y el 22% reportó haber consumido alguna sustancia ilegal (Ospina-Escobar; Chávez-Llamas, 2020).

5. Por *casos típicos* se entiende un tipo de muestreo en estudios cualitativos que se enfoca en las características promedio, o en aquellas más recurrentes en la población mayor que se estudia (Martínez, 2012).

y recursos individuales, recursos del hogar, contexto social, uso del tiempo, sociabilidad y afrontamiento. En este artículo solo presentamos los hallazgos referidos a los cambios en el uso del tiempo.

CUADRO 1 | Características sociodemográficas de los participantes del estudio

| ID | Edad | Grado escolar (semestre) | Personas con quienes vive | N.º Dep. hogar* | Ocupación de los padres/tutores | Trabaja/ ocupación | Vínculos familiares |
|--------|------|--------------------------|---|-----------------|--|--|--|
| Lety | 19 | 6.º | Padres y hermano mayor | 2 | Madre venta de comida, padre desocupado | Venta de productos de belleza | Discusiones constantes, abandono del hogar |
| Ely | 17 | 6.º | Padres y tres hermanos mayores, sobrina | 2 | Madre ama de casa, padre agricultor | Antes asistente en consultorio dental | Buena relación con hermanos y padres |
| Ana | 16 | 4.º | Padres y dos de cuatro hermanos | 2 | Madre venta de frituras, padre mecánico | Venta de frituras con la madre, venta de calzado | Relación cercana con madre y hermana |
| Mary | 15 | 2.º | Padres y tres hermanas menores | 3 | Padre obrero, madre venta comidas en calle | No trabaja por fuera del hogar | Buena relación con el padre y hermanas |
| Paco | 16 | 4.º | Tíos y prima | 2 | Tío jubilado y tía ama de casa | Mantenimiento y construcción | Separación de padres, abandono |
| Carlos | 17 | 6.º | Padres y dos hermanos | 2 | Padre área de mantenimiento, madre ama de casa | Construcción | Distanciamiento con el padre por alcoholismo, abandono económico |
| Pepe | 17 | 2.º | Padres, hermanos (3) y cuñada | 5 | Madre ama de casa, Padre desempleado | Construcción | Mala relación con madre, violencia y distanciamiento del padre, consumo problemático |

Fuente: elaboración propia.

*Dependientes en el hogar hace referencia a las personas que no aportan económicamente al hogar y que requieren apoyo de cuidados como niños y adultos mayores.

Hallazgos

Contexto social

Según datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi, 2021), Jesús María es el segundo municipio más poblado de Aguascalientes, con poco menos de 130 000 habitantes. El 24,7 % de ellos tiene entre 12 y 24 años; el 25 % vive en situación de pobreza; y el 38 % se considera población vulnerable por carencias sociales (Coneval, 2020c). En este contexto, 40 % no tiene acceso a internet y 52,8 % no tiene computadores (de escritorio o portátiles) ni tabletas digitales (Inegi, 2021).

La escuela en que desarrollamos el estudio es una preparatoria técnica que, durante el ciclo escolar 2019-2020, tuvo 681 estudiantes matriculados. Los datos de una encuesta levantada entre estudiantes en febrero de 2020 revelan que la mayoría vive en casa propia (88,8 %); 81,6 % vive en hogares nucleares donde el papá es el principal proveedor; y las madres de 59,2 % trabajan fuera de su hogar. El 80,3 % de los participantes identifican a la madre como su principal cuidadora (Ospina-Escobar; Chávez-Llamas, 2020).

En el caso de Aguascalientes, la pandemia de la COVID-19 dio lugar a pérdida de empleos formales, aumento en las tasas de desocupación e informalidad laboral⁶, situación que tuvo mayor impacto en trabajadores de bajos ingresos (hasta tres salarios mínimos) (México Cómo Vamos, 2020). Los hogares de los jóvenes participantes del estudio estuvieron afectados por estas circunstancias y ante ello, la estrategia de sobrevivencia familiar principal fue usar el tiempo de los adolescentes en beneficio de la economía familiar, situación que fue vivida de manera diferencial según la condición de género.

El reforzamiento de los mandatos de género durante el confinamiento

Aunque el confinamiento marcó un antes y un después en la organización de las actividades cotidianas de todos los participantes, la condición de género emergió en los relatos como el principal elemento diferenciador de las experiencias vividas. En particular, observamos que el confinamiento generó un reforzamiento de la separación entre el espacio doméstico y el espacio público entre hombres y mujeres jóvenes: las mujeres experimentaron mayor presión para permanecer en el espacio

.....

6. Durante el tercer trimestre del 2020 se reportaron una tasa de desocupación del 5,6% y una tasa de informalidad laboral de 41,6% (Inegi, 2020). De marzo a junio de 2020 disminuyó en 4,9% el registro de empleos formales en el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS, 2020).

privado del hogar (cumplir con los deberes domésticos lleva implícito el *quedarse en casa*); mientras que en el caso de los varones, la necesidad de apoyar económicamente sus hogares los llevó a permanecer durante la mayor parte del tiempo en la calle.

No se me hace tan raro permanecer en cuarentena, antes de esta situación no salía mucho. En casa hago el quehacer, después comienzo a hacer tareas, también le ayudo a mis hermanas con sus tareas y pues en eso se me va súper rápido el día. (Mary, 15 años, 2.º semestre, comunicación personal. 22.04.2020)

Esta separación de los espacios en función del género reforzó, entre otras cosas, la división público/privado asociada a los roles tradicionales de género, según la cual a las mujeres les corresponde apoyar las labores de crianza y cuidado, y por tanto, deben quedarse en casa (Pateman, 1996); mientras que la función *natural* de los varones es proveer y, por tanto, les corresponde salir al espacio público.

Yo tengo que hacer algo, no puedo simplemente ver cómo mi mamá batalla por darnos de comer a todos. Soy el mayor y me toca responderle. No es que ella me lo diga, es que es mi deber como hombre de la casa. (Pepe, 17 años, 2.º semestre, comunicación personal, 16.04.2020)

En todos los casos encontramos que esta división sexual del trabajo causó conflictos y resistencias por parte de los jóvenes, en especial por la renuncia que les significó la intensificación de sus obligaciones frente a sus tiempos y espacios de ocio, de socialización con pares y de realización de actividades escolares. Sin embargo, observamos que hombres y mujeres expresaron de manera distinta dichas resistencias y que tanto en unas como en otros, el acceso a recursos de diverso tipo al interior de los hogares amortiguó las tensiones generadas por este aumento en las obligaciones. Además, encontramos que la estructura de los hogares y su ciclo de vida fueron elementos que pronunciaron o menguaron dichas tensiones.

Las jóvenes y la experiencia del espacio doméstico

Antes de iniciar la pandemia, Mary salía poco de su casa y su principal espacio de socialización era la escuela, debido, principalmente, al control que ejercía su padre en relación con los espacios y amistades que frecuentaba, y al que ejercía su madre al asignarle el cuidado de sus hermanas menores⁷. Así, una vez que Mary salía de la escuela, debía regresar a casa a realizar trabajos de cuidado.

.....
7. Con edades de 1, 6 y 10 años.

Con el inicio del confinamiento, Mary vivió una intensificación de sus responsabilidades de cuidado en su hogar, ya que ambos padres se vieron forzados a trabajar fuera de casa ante la disminución de los ingresos del padre. Las obligaciones de Mary eran las mismas (cuidar a sus hermanas menores, hacer el quehacer), pero ahora debía cumplirlas sin supervisión y apoyo de su madre, y con el requerimiento adicional de asistir a dos de sus hermanas menores en sus tareas escolares. La intensidad del trabajo emocional que conlleva el cuidado de niños pequeños (Hochschild, 2008), aunada a la presión por el descuido de las propias tareas, se expresó, en el caso de Mary, en la sensación corporal de un cansancio constante y dificultad para conciliar el sueño.

Yo me siento más cansada ahora, aunque me levanto tarde... También es que me desvelo más, a veces haciendo tarea, a veces en el celular... Pero siento que tengo sueño todo el día. Antes me levantaba a las cinco treinta para alcanzar a llegar a tiempo a la prepa, pero tenía como más energía. Ahora me levanto a las nueve o a veces más tarde, depende de la hora en que mi mamá se vaya, pero tengo sueño siempre, y ya cuando por fin me voy a dormir, no logro dormirme... Pienso una cosa y otra y nomás no me duermo hasta bien tarde, y por eso estoy tan cansada. (Mary, 15 años, 2.º semestre, comunicación personal, 14.05.2020)

La aceptación y cumplimiento por parte de Mary de los roles y responsabilidades domésticas y de cuidado impuestas tras la situación de confinamiento facilitó la experiencia de poca tensión en su hogar. En su caso, su principal fuente de preocupación era el cumplimiento de sus propias tareas escolares.

[I: ¿Has sentido mayor tensión en tu casa?] La verdad es que no... Es que yo soy muy tranquila y me gusta estar en casa, entonces no me dicen nada [sus padres]. Por el contrario, siento que esta situación ha puesto como más apapachador a mi papá. El mes pasado me vio batallando con el celular que tenía para hacer la tarea y me dijo que me iba a comprar una laptop y yo pensé que no, porque ha tenido muchos problemas en su trabajo, pero la semana pasada me regaló una y... pues... yo sé que es su forma de decirme que me quiere y me apoya, porque sé que no es fácil para él sacar para comprarme eso a mí. (Mary, 15 años, 2.º semestre, comunicación personal, 15.05.2020)

En el caso de Ely, los principales efectos del confinamiento han radicado en la disminución de su autonomía y de su vida social. Antes de la pandemia, Ely trabajaba en las tardes como asistente en el consultorio dental de un tío suyo. Por las noches acostumbraba salir a casa de sus amigos o a espacios públicos (cafés, bares, cine). Con el inicio de la pandemia dejó de trabajar y pasó a permanecer la mayor parte del día en casa. Cuando salía lo hacía siempre acompañada por sus padres.

Mi vida sí ha cambiado mucho después de la pandemia. Antes salía sola más seguido, incluso me movía en transporte público y ahora, por prevención, pues trato de no salir, y si salgo, siempre es en coche, con mis papás (...). Cuando esto empezó, dejé de trabajar y sí me quedaba mucho en mi casa, pero ahora ya es demasiado, me causa mucha ansiedad estar encerrada. (Ely, 17 años, 6.º semestre, comunicación personal, 27.05.2020)

Aunque Ely también experimentó un aumento en sus responsabilidades domésticas, a diferencia de Mary, los ingresos más estables de su padre favorecieron la permanencia de la madre como cuidadora principal del hogar y que las responsabilidades domésticas fueran compartidas entre las mujeres de casa, todas mayores de 17 años, lo que convirtió estas actividades en una oportunidad de fortalecimiento de sus vínculos y de disminución del aburrimiento causado por el confinamiento. El ciclo de vida de la familia de Ely es otro elemento a su favor: a diferencia de Mary, no hay niños pequeños que requieran el cuidado de otros.

Bajamos recetas de internet y las probamos. Es como un juego, nunca había compartido cosas así con ellas, porque normalmente cada quien está en su pedo⁸. Ha sido divertido jugar con ellas, antes no lo hacíamos”. (Ely, 17 años, 6.º semestre, comunicación personal, 26.05.2020)

La presencia de niños pequeños en los hogares aumentó la sensación de estrés en las participantes. La presencia de otro cuidador, con quien se pudiera compartir las tareas de cuidado, resultó fundamental en la experiencia de las jóvenes para aliviar la sensación de agobio.

Mis hermanitos sí me estresan porque se la pasan peleándose y gritando todo el día, y por eso también es que hago las tareas por la noche, cuando por fin ya todos se duermen, o en casa de mi novio. De día es un ruidero [*sic*] todo el tiempo... Le ayudo a mi mamá lo más que puedo, pero cuidarlos o ayudarles con la tarea es muy cansado, de repente ya me siento harta y solo quiero salir. Mi mamá me entiende y por eso no me pone problema en que me salga por las tardes. Además, tengo la excusa de que voy a hacer tareas [risas]. (Ana, 16 años, 4.º semestre, comunicación personal, 06.05.2020)

La presencia de conflictos previos en el hogar emergió en los relatos de las jóvenes como una condición que se exacerbó durante el confinamiento. Ello fue evidente en el caso de Lety⁹, para quien el confinamiento supuso perder la posibilidad de salir

.....

8. Esta expresión coloquial es usada en México para referirse a que cada persona está ocupada en sus asuntos, deberes u obligaciones.

9. Lety es la menor de dos hermanos y vive con ambos padres y su hermano, tres años mayor que ella.

del espacio doméstico donde vivía situaciones de violencia y, con ello, aumentó el control que ejercía su madre sobre sus consumos y prácticas de socialización, lo que se tradujo en emociones de impotencia y frustración.

Desde que esto empezó todo se ha puesto peor y no me deja salir [la madre], porque está paranoica con el virus, entonces no tengo oportunidad de echarme un cigarro ni qué decir de un churro [cigarro de marihuana] (...) está todo el tiempo encima de mí [la madre], que haga esto, que lleve aquello, que aquí y allá y si no le obedezco me llega a puños y patadas. Yo solo espero que esto termine pronto, porque no sé cuánto tiempo más pueda aguantarme. (Lety, 19 años, 6.º semestre, comunicación personal, 22.06.2020)

La no conformidad de Lety frente a las aspiraciones de sus padres con respecto a sus estéticas, amigos y consumos fueron elementos que desde antes de la pandemia generaban tensión en el hogar, pero que durante el confinamiento se tornaron insostenibles. En estas circunstancias, Lety experimentó un aumento de sus niveles de ansiedad y su deseo de escapar de la vigilancia del mundo adulto para entrar en el espacio privado del consumo de sustancias psicoactivas con sus amigos; con ello se configuró un ciclo de tensión y conflicto pues, como era de esperarse, salir de la casa representaba una afrenta a la autoridad de la madre.

Todo el tiempo estoy enojada. Desde que me levanto pienso, “qué pinche vida” y enseguida mi mamá me grita o mi hermano me dice algo y entonces yo les grito, luego uno de los dos viene y me pega, me regreso a mi cama, lloro y solo pienso en salir... Es mi único pensamiento todo el tiempo que estoy en mi casa, “quiero estar afuera, quiero estar afuera, quiero salir de aquí”... No los aguanto. Mi hermano está todo el día echado, no hace nada y no le dicen nada, pero yo tengo que atenderlo, limpiar, cocinar, todo, solo porque soy mujer, por eso prefiero salirme, para alivianarme, respirar... (Lety, 19 años, 6.º semestre, comunicación personal, 21.04.2020)

El análisis de las experiencias de confinamiento de las cuatro jóvenes participantes del estudio muestra que ninguna característica de los hogares o de las jóvenes en sí misma es suficiente para constituir un tipo de experiencia particular del confinamiento. Es la superposición de condiciones de desigualdad lo que configura una red densa de causalidades que condiciona la experiencia del confinamiento. Al respecto, es importante subrayar que los recursos materiales e inmateriales (asociados a la calidad de los vínculos) de los hogares, así como los recursos emocionales de sus miembros, ayudaron a mitigar los impactos del confinamiento en las vidas de las jóvenes. Así mismo, no son las tareas en sí mismas las que generan la experiencia de la alienación en las jóvenes, sino el entramado de relaciones sociales al interior del

hogar que llevan y sostienen el desempeño de dichas tareas (Mora; Pujal-Lombart, 2018), y a través de las cuales las jóvenes les asignan un significado particular, bien como oportunidad para fortalecer los vínculos o como expresión de alienación, discriminación o exclusión social.

De la escuela a la obra. Varones y el mandato de la proveeduría económica

Como lo mencionamos, el cambio más importante en las rutinas de los jóvenes varones participantes de este estudio fue el aumento en sus actividades laborales remuneradas. Estas experiencias de rápida inserción en actividades manuales de baja calificación en un mercado laboral precarizado e informal, deben leerse en el contexto más amplio de la situación del empleo en Aguascalientes durante la pandemia.

Según el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS, 2020), entre febrero y julio se perdieron un total de 17 135 empleos formales y 6723 informales. Todos los varones jóvenes participantes en el estudio reportaron pérdida de los empleos de algún miembro de la familia y disminución de los ingresos del hogar, situación que los llevó a ocuparse en la actividad que estuviera disponible para ellos; en este caso, fue el trabajo informal *en la obra* como ayudantes de albañil, actividad a través de la cual devengaban entre \$ 750 y 1,000 MXN por semana (entre 37 y 45 USD).

Antes de la pandemia, Paco trabajaba los fines de semana en un salón de fiestas, en labores amplias que abarcaban limpiar y ordenar el lugar, ayudar a poner y quitar la decoración, y realizar alguna compra urgente. Este trabajo le permitía dedicarse entre semana a sus tareas académicas. En la mañana iba a clases y a partir de las cuatro de la tarde dedicaba su tiempo a hacer tareas, escuchar música y ver televisión. La escuela era el principal espacio de socialización con pares, pues no tenía amigos en su vecindario debido a la presencia de pandillas y a la alta conflictividad social que él percibía. Tras el confinamiento, Paco perdió su trabajo en el salón de eventos y pasó a emplearse en *la obra*. Desde entonces, trabajó de lunes a viernes de siete de la mañana a siete de la tarde. El cambio más drástico sentido por él fue la falta de espacios de ocio.

Solo salgo a trabajar y a la tienda, en el salón de eventos no ha habido eventos, pero ahorita estoy dando mantenimiento, si se ocupa, y buscando chambitas que me salen en la obra. El tiempo se va por las tareas, el trabajo y además estoy ayudando en la construcción y remodelación de la casa de mis tíos; es pesado, pero me gusta estar ocupado y sentirme útil. (Paco, 16 años, 4.º semestre, comunicación personal, 08.05.2020)

La experiencia de la ocupación total en detrimento de los espacios de ocio se repitió en Carlos, quien antes del confinamiento pasaba sus tardes con su grupo de

amigos. Al salir de la escuela se paseaba con sus compañeros de clase por la plaza principal del municipio (ubicada a unos 30 minutos caminando de la escuela) con el plan de *echarse unos tabacos*, y pasar un tiempo de convivencia antes de llegar a casa, alrededor de las cuatro de la tarde. Al atardecer, volvía a salir a casa de alguno de sus compañeros para grabar canciones, *armar rimas* o simplemente *echar desmadre* hasta las nueve de la noche, cuando regresaba a casa. Con el inicio de la pandemia, estos espacios de esparcimiento pasaron a ser ocupados por el trabajo *en la obra*.

En casa no estoy, tengo que trabajar mucho... El COVID para mí no existe, no se puede, hay que chambear para tragar [risas] (...). Mi dinámica si ha cambiado mucho, me siento muy estresado, con dolor de cabeza y con muchos trabajos. Ya no hay tiempo para verme con mis cuates, ni para hacer nada distinto a chambear. Además, si están en la calle, pasan los militares y te chingan, entonces ni pa' donde hacerse. (Carlos, 17 años, 6.º semestre, comunicación personal, 08.05.2020)

Si bien en algunos casos —como los de Carlos y Pepe— el alto número de dependientes en sus hogares, aunado a la condición de desempleo de los adultos, generaron condiciones claras de presión económica, no todos los participantes vivieron tales constreñimientos de manera tan intensa; sin embargo, pasaron a ocupar todo su tiempo en *la obra* debido, como en el caso de Paco, a su necesidad de sentirse útil, de *no ser una carga* y cumplir con los valores de la masculinidad hegemónica (Connell; Messerschmidt, 2005).

Pepe y Carlos comparten la experiencia de un padre en situación de abuso de sustancias y una madre como responsable principal del sostenimiento económico del hogar. En estas condiciones, responder como *hombre de la casa* significa apoyar a la madre. En el caso de Paco, la condición etaria de sus tíos (mayores de 65 años) aparece en su relato como el principal factor que lo motivó a incrementar sus horas de trabajo durante la pandemia. Los tres jóvenes varones comparten una percepción de vulnerabilidad de sus cuidadores que, en el contexto de pandemia y ante la posibilidad de quedarse en casa *sin hacer nada*, los lleva a buscar trabajo en *la obra* de manera intensiva.

No quiero que me sientan [sus tíos] como una carga. Yo trabajo para poder pagar mis cosas, mis cuadernos y las cosas que me piden en la escuela. No es que ellos me obliguen o no me den lo que necesito, es que no me gusta pedirles. (Paco, 16 años, 4.º semestre, comunicación personal, 25.05.2020)

El ser o convertirse en una *carga* pareciera connotar la pérdida del honor para estos jóvenes varones. El incumplir con el mandato de la proveeduría económica,

aun cuando solo sea una posibilidad, pareciera causar en estos varones jóvenes una descalificación profunda de su ser, que los incita de manera *natural* a ocuparse en el mercado de trabajo. Así, quedarse en casa sin aportar pareciera ir en contravía de la hombría de estos jóvenes, de modo que, ante la pérdida de la escuela como espacio de socialización y construcción de la identidad, la proveeduría económica y el trabajo se convirtieron en su principal escenario de construcción de identidades.

La condición etaria añadió una capa adicional de desigualdad pues los jóvenes no tenían la experiencia o habilidades necesarias para acceder a una mejor ocupación, aun en el espacio de *la obra*, por lo que su capital fue su cuerpo, su capacidad de trabajo, su resistencia o su fuerza. En *la obra* ocuparon la posición de ayudantes de albañil o chalanés —que corresponde al lugar más bajo—, a quienes se les asigna la realización de actividades que requieren mayor esfuerzo físico. Adicionalmente, ser menores de edad en *la obra* conllevó una posición de subordinación a los varones adultos con los que socializaban en este espacio; esto añade otra dimensión de la experiencia del *aguante* ya no solo en términos del esfuerzo físico, sino también en relación con las burlas y la *carrilla*¹⁰.

I: ¿Cómo te sientes en la obra?

P: Bien [sonrisa nerviosa y mirada evasiva]

I: Ándale, cuéntame cómo es la vida en la obra

P: [mirada evasiva], pues... ¿qué quiere que le diga?... normal, es puro trabajar, ir de arriba pa' bajo, todo el día, eso es... Cargar, descargar, hacer lo que se ocupe, si es cansado, pero uno se va acostumbrando y ya después no se hace tan pesado, es nomás aguantar

I: ¿y qué tal los compañeros?, ¿cómo te llevas con ellos?

P: Pues... Si son pesadas sus carrillas, pero te acostumbras también (...) Te aguantas porque si te quejas es peor [sonrisa tímida]. (Pepe, 17 años, 2.º semestre, comunicación personal, 15.05.2020)

La vinculación laboral en los tres casos estudiados estuvo mediada por familiares mayores que trabajaban de tiempo completo como albañiles, quienes invitaron a los jóvenes a la obra y facilitaron su contratación. De este modo, la presencia de familiares (tíos, primos, padre) que trabajaban previamente en *la obra*, no solo favoreció el acceso a saberes y experiencias previas en torno a los oficios a realizar, sino que operó como una extensión de vínculos de confianza y credibilidad a través de los cuales los jóvenes accedieron al trabajo. Sin embargo, la vinculación laboral

10. Expresión coloquial muy común en México que significa hacer bromas pesadas a una persona.

de estos jóvenes a través de un adulto (padre y tíos, principalmente) extendió al espacio laboral la posición de subordinación que ocupaban en el espacio doméstico.

A través de su desempeño como ayudantes de albañil, los jóvenes demuestran frente a los otros varones con quienes comparten su espacio social (familiares, vecinos, amigos, compañeros de escuela) su valía en tanto varones-proveedores, y en esa medida accedieron a prestigio y estatus en sus hogares, pero en el espacio público, “ámbito privilegiado en el cual las acciones se despliegan para que sean vistas y evaluadas” (Rosas, 2008: 36).

Así, la experiencia de trabajo en *la obra* constituyó para estos jóvenes varones un escenario clave de socialización y de aprendizaje de las maneras legítimas de ser hombre. A través de la experiencia en *la obra*, los jóvenes se expusieron a formas particulares de vivir y *performar* su masculinidad; ello suponía, entre otras cosas, no quejarse frente al cansancio ni ante la incomodidad que les pudieran causar las bromas de sus compañeros, y saber cuándo responder o callar frente a la *carrilla*. Lo anterior les permitió sobrevivir en un mundo de varones, en la medida en que evitaban exponer sus vulnerabilidades (Seidler, 1995, como se citó en Rosas, 2008).

Si bien es cierto que los hogares de los participantes varones enfrentaron una reducción de sus ingresos como consecuencia de la pandemia por COVID-19 —motivador principal para salir al mercado laboral—, encontramos también que los varones, a diferencia de las mujeres, no encontraban un lugar en el espacio doméstico, donde se sentían especialmente incómodos. Pareciera como si antes y durante la pandemia la casa no fuera un espacio para ellos y que, como ocurrió en dos de los tres casos aquí analizados, la calle fuese el espacio principal de sus dinámicas de sociabilidad:

Nunca me ha gustado quedarme en casa. Siempre hay mucha gente, mucho calor, y nomás me estreso. Prefiero ir a casa de primos, de unos cuates que tengo ahí cerca o estar cotorreando en la calle (...) la casa nomás es para dormir [risas]. (Carlos, 17 años, 6.º semestre, comunicación personal, 09.05.2020)

De esta manera *salir a trabajar* puede entenderse en el caso de estos jóvenes no solo como una estrategia de sobrevivencia económica, sino también como una manera *masculina* de responder a la incertidumbre y a la suspensión de la cotidianidad generada por la contingencia. El trabajo sin descanso se constituyó en un recurso que les permitió escapar de la realidad de sus hogares e incluso de sí mismos, entregándose a la templanza que exige el trabajo manual, lo que favoreció cierto distanciamiento de la experiencia emocional que supuso el confinamiento.

Es que el trabajo es pesado y ya llego a las nueve más o menos y la neta llego agotado, ceno con mis tíos y me duermo luego, luego porque no aguanto más... Me paro muy

temprano, a las cinco ya estoy en pie y estoy todo el día chambeando, de pie. Sólo me siento cuando comemos. En la noche ya los pies me duelen y solo quiero dormirme, no hay tiempo para más. (Paco, 16 años, 4.º semestre, comunicación personal, 28.06.2020)

Por otro lado, con la pandemia la calle también quedó suspendida como espacio de sociabilidad; y pasó a estar ocupada principalmente por agentes de seguridad del Estado que patrullaban las calles día y noche, asegurando la menor presencia posible de personas en el espacio público. Ha sido ampliamente documentado cómo la criminalización de las juventudes empobrecidas es una práctica muy consolidada en México (Reguillo, 2004; Valenzuela, 2015), que se vio reforzada y legitimada en el contexto de pandemia, aumentando las tensiones de los jóvenes varones frente al ejercicio de su autonomía y de sus identidades. Por ejemplo, Pepe fue detenido por la policía al ser sorprendido usando sustancias psicoactivas en la vía pública y fue enviado a tratamiento forzado, por lo que no pudo regresar a la escuela.

De acuerdo con registros de la institución escolar de 153 jóvenes que cursaban el sexto semestre al inicio de la pandemia (86 varones y 67 mujeres), 18 de ellos (11 hombres y 7 mujeres) no concluyeron el ciclo escolar, lo que representa una pérdida del 13 % del total de inscritos (13 % de los varones *vs.* 10 % de las mujeres). De los siete jóvenes participantes del estudio, dos desertaron faltando pocos meses para terminar el ciclo escolar. Al hacer la comparación con el ciclo anterior, las autoridades escolares reportan que la deserción al finalizar el ciclo escolar 2019-2020 aumentó un 20 % frente al nivel reportado en el ciclo 2018-2019.

Reflexiones finales

Los relatos aquí presentados evidenciaron el impacto del confinamiento sobre el uso del tiempo en los jóvenes pobres y escolarizados de Aguascalientes. Ante la pérdida de empleos e ingresos, la principal estrategia de sobrevivencia en los hogares pobres fue recurrir a la mano de obra disponible, en particular a la de los jóvenes de ambos sexos, pero la manera en que ello se materializó tuvo importantes diferencias asociadas al género. Mientras los varones se vieron forzados a incorporarse al mercado laboral en condiciones precarias e inestables, bajo la figura de ayudante de albañil, las mujeres se vieron forzadas a pasar más tiempo en sus casas, donde estaban a cargo de labores domésticas y de cuidado no remuneradas. De este modo, los relatos muestran cómo la sobrevivencia económica de los hogares estuvo asegurada por la capacidad de trabajo de los jóvenes, lo que en el corto plazo afectó negativamente su salud mental, el ejercicio de su autonomía y su permanencia en la escuela. En

el largo plazo podría significar la reproducción intergeneracional de la pobreza por los efectos de la escolaridad trunca, así como la vinculación precaria y temprana a mercados laborales informales.

La reclusión de las mujeres en el espacio doméstico y la imposición de las tareas domésticas resultan problemáticas no solo por la experiencia compartida de *la casa como obligación*, sino porque los roles de género estructuran y orientan a los sujetos regulando sus interacciones, y promueven ciertos tipos de relación entre los miembros del hogar que normalizan y perpetúan la subordinación de las jóvenes (Aguirre, 2009; De Oliveira; Ariza, 2000; Eisenstein, 1999; Valenzuela, 2003). En segundo lugar, la asignación exclusiva del trabajo doméstico a las jóvenes se convierte en un obstáculo concreto y determinante para su integración en los procesos productivos y políticos (De Barbieri, 1991), lo mismo que para una mejora sustantiva en su calidad de vida, en tanto limita el acceso de las jóvenes a recursos económicos propios, a decidir sobre los recursos que se generan en el hogar y a beneficiarse de estos (Aguirre, 2009; De Barbieri, 1991; De Oliveira; Ariza, 2000; Eisenstein, 1999; Valenzuela, 2003; ONU Mujeres; Cepal, 2020).

La incorporación precaria de los varones jóvenes al mercado laboral también resulta problemática, en tanto refuerza las condiciones de reproducción intergeneracional de la pobreza (Mora; De Oliveira, 2011). Adicionalmente, la subordinación generacional bajo la cual los jóvenes de este estudio se incorporaron al mercado laboral reproduce los roles tradicionales de género, lo cual obstaculiza los procesos de cambio cultural que también se promueven desde la escuela.

Tanto mujeres como varones tuvieron que reducir los tiempos destinados a las labores escolares para cumplir con los nuevos roles asignados. Esto llevó a que la experiencia de la escuela fuese percibida como *carga* y a una sobresaturación de sus tiempos, con pocos espacios para el ocio. En estos contextos, una mayor proporción de varones en comparación con las mujeres abandonaron la escuela, interrumpiendo sus trayectorias educativas. Este diferencial podría denotar que el espacio doméstico, aun con todas las limitaciones que supone, es más compatible con las actividades escolares que el espacio del trabajo remunerado por fuera del hogar. En el presente estudio es importante enfatizar que los varones participantes accedieron a trabajos manuales de baja calificación que requerían uso intensivo del cuerpo, los cuales les causaban agotamiento extremo al final de la jornada, situación que impedía que los varones destinaran tiempo a realizar actividades escolares al llegar a sus casas. Con vendría poner a prueba esta hipótesis con nuevo material empírico que permitiera comprender mejor cómo el espacio doméstico se compatibiliza con las actividades escolares, y cuáles son las barreras para el desempeño académico que generan los espacios de trabajo remunerado a los que accedieron los varones del estudio.

Con la suspensión de la escuela, la reclusión en el espacio doméstico y el ingreso temprano en el mercado laboral, los participantes en el estudio vieron limitado el ejercicio de su autonomía debido, por un lado, a la reducción de los espacios de ocio; y por otro, a la mayor presencia militar en las calles. Antes de la pandemia, la calle ofrecía un espacio para ser ellos mismos, para *cotorrear* y transgredir. Con el confinamiento, las calles quedaron desiertas y fueron ocupadas por Policía y Guardia Nacional, por lo cual los jóvenes que se resistían a quedarse en casa quedaron expuestos al despliegue de medidas punitivas por parte del Estado, desde las cuales ciertas prácticas y expresiones identitarias son estigmatizadas y criminalizadas, lo que aumentó el descontento y la tensión. Al respecto resulta fundamental replantear la presencia del Estado en las colonias populares y el control punitivo de la pobreza que se ejerce a través de la presencia excesiva de fuerza militar en estos espacios de la ciudad.

La doble jornada, en conjunto con la situación de incertidumbre que generó la pandemia, los constreñimientos económicos que enfrentaron los hogares y la mayor represión y pérdida de espacios de autonomía, contribuyeron a que los jóvenes experimentaran problemas de salud mental bajo la forma de dificultad para conciliar el sueño; cansancio crónico; dolor de cabeza; irritabilidad; depresión, y aumento en la intensidad y frecuencia de uso de sustancias psicoactivas. Las estrategias a través de las cuales los jóvenes lidiaron con estas dificultades estuvieron mediadas nuevamente por los recursos que ofrecía la familia y los apoyos que brindó la escuela. En estas condiciones, los relatos que aquí se presentaron ejemplifican cómo la pandemia por la COVID-19 aumentó las condiciones de desigualdad social de los hogares en México, así como las condiciones de inequidad de género entre hombres y mujeres jóvenes.

Los hallazgos muestran que la escuela pública, aun con sus carencias y deficiencias, toma vital importancia en el caso de los jóvenes pobres, al ser una de las pocas instituciones públicas que ofrecen protección en un contexto plagado de inequidades de todo tipo, incluidas las de género. Como bien lo plantea Reguillo (2004), el drama de la crisis estructural y sus impactos en las dinámicas cotidianas y en las biografías de los sujetos juveniles pasa por la imposibilidad de acceder o mantener activos que se traduzcan en insumos para mejorar o mantener sus condiciones de vida. La supresión de la escuela como espacio de encuentro y formación coadyuvó a la descapitalización de los jóvenes del presente estudio.

La historia de cómo siete jóvenes estudiantes de preparatoria de un municipio suburbano de Aguascalientes vivieron la contingencia por COVID-19 permite comprender los mecanismos a través de los cuales se acrecienta y reproduce la desigualdad en las poblaciones vulnerabilizadas. Con esto se subraya la urgencia de diseñar

políticas públicas que respondan a las maneras en que se intersectan el género, la edad y el nivel socioeconómico.

El reparto de responsabilidades al interior de los hogares, así como la división sexual del trabajo tan tradicional que aquí encontramos, deben leerse en el marco de las relaciones Estado-familia-mercado (Aguirre, 2009). Los datos aquí analizados muestran que, debido al debilitamiento de las políticas de bienestar social que se ha vivido en México desde la década de 1990, la responsabilidad principal del bienestar de los sujetos recae sobre los hogares. En esa medida, es indispensable fortalecer las políticas de bienestar social que favorezcan la protección de las familias durante contingencias como las vividas por la COVID-19. El cambio cultural necesario para flexibilizar la división sexual del trabajo al interior de los hogares, lo mismo que para ampliar los derechos sociales y económicos de los jóvenes pobres en México, necesita condiciones materiales para poder ejecutarse; y es responsabilidad del Estado garantizarlas.

Referencias

- Aguirre, Rosario (2009). Uso del tiempo y desigualdades de género en el trabajo no remunerado. En *Las bases invisibles del bienestar social. El trabajo no remunerado en Uruguay* (pp. 23-85), editado por Rosario Aguirre. Montevideo: Unifem.
- Batthyány, Karina (2009). Cuidado de personas dependientes y género. En *Las bases invisibles del bienestar social. El trabajo no remunerado en Uruguay* (pp. 87-123), editado por Rosario Aguirre. Montevideo: Unifem.
- Busso, Gustavo (junio, 2001). *Vulnerabilidad social: nociones e implicancias de políticas para Latinoamérica a inicios del siglo XXI*. Trabajo presentado en Seminario Internacional “Las Diferentes Expresiones de la Vulnerabilidad Social en América Latina y el Caribe”, Santiago de Chile.
- Casique, Irene (2008). Participación en el trabajo doméstico de hombres y mujeres en México. *Papeles de población*, 14(55), 173-200. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1405-74252008000100008&script=sci_abstract
- Chase, Susan E. (2005). Narrative Inquiry. Multiple Lenses, Approaches, Voices. En *Collecting and interpreting qualitative materials* (pp. 57-94), editado por Norman Denzin e Yvonna Lincoln. Thousand Oaks: Sage Publications.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social - Coneval (2020a). *La crisis sanitaria generada por la COVID-19 y sus consecuencias económicas ponen en riesgo avances en desarrollo social y puede afectar en mayor medida a grupos vulnerables* [Comunicado de

prensa]. Recuperado de https://www.coneval.org.mx/SalaPrensa/Comunicadosprensa/Documents/2020/Comunicado_o6_POLIITICA_SOCIAL_EN_CONTEXTO_COVID_19.pdf

Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social - Coneval (2020b). *La política social en el contexto de la pandemia por el virus SARS-CoV-2 (COVID-19) en México*. Recuperado de https://www.coneval.org.mx/Evaluacion/IEPSM/Documents/Politica_Social_COVID-19.pdf

Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social - Coneval (2020c). *Pobreza municipal 2010, Aguascalientes*. Recuperado de https://www.coneval.org.mx/coordinacion/entidades/Aguascalientes/Paginas/pob_municipal.aspx

Creswell, John (1998). *Qualitative Inquiry and Research Design: Choosing Among Five Traditions*. Thousand Oaks: Sage.

Connell, Robert W.; Messerschmidt, James (2005). Hegemonic Masculinity: Rethinking the Concept. *Gender & Society*, 19(6), 829-859. <https://doi.org/10.1177/0891243205278639>

De Barbieri, Teresita; De Oliveira, Orlandina (1989). Reproducción de la fuerza de trabajo en América Latina: Algunas hipótesis. En *Las ciudades latinoamericanas en la crisis* (pp.19-29), compilado por Martha Schteingart. Ciudad de México: Trillas.

De Barbieri, Teresita (1991). Los ámbitos de acción de las mujeres. *Revista Mexicana de Sociología*, 53(1), 203-224. <https://doi.org/10.2307/3540834>

Damián, Araceli (2003). La pobreza de tiempo: una revisión metodológica. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 18(52), 127-162. <http://dx.doi.org/10.24201/edu.v18i1.1173>

De Oliveira, Orlandina; Ariza, Marina (2000). Género, trabajo y exclusión social en México. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 15(43), 11-33. <http://dx.doi.org/10.24201/edu.v15i1.1065>

Eisenstein, Zillah (1999). Constructing a Theory of Capitalist Patriarchy and Socialist Feminism. *Critical Sociology*, 25(2-3), 196-217. <https://doi.org/10.1177/08969205990250020901>

Fuster, Doris (2019). Investigación cualitativa: Método fenomenológico hermenéutico. *Propósitos y Representaciones*, 7(1), 201-229. <http://dx.doi.org/10.20511/pyr2019.v7n1.267>

Gaxiola-Romero, José Concepción; González-Lugo, Sandybell (2019). Apoyo percibido, resiliencia, metas y aprendizaje autorregulado en bachilleres. *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, 21(e08), 1-10. <https://doi.org/10.24320/redie.2019.21.e08.1983>

Hochschild, Arlie Rusell (2008). *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Madrid: Katz.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática - Inegi (2020). *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo Nueva Edición. Tercer trimestre de 2020*. Recuperado de https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/enoe/15ymas/doc/enoe_n_presentacion_ejecutiva_trim3.pdf

- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática - Inegi (2021). *Censo de población y vivienda de México. Indicadores sociodemográficos básicos*. Recuperado de <https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2020/>
- Instituto Mexicano del Seguro Social - IMSS (2020). *Registro de empleos formales*. Recuperado de <http://www.imss.gob.mx/prensa/archivo/202012/827>
- Martínez, Carolina (2012). El muestreo en investigación cualitativa. Principios básicos y algunas controversias. *Ciência & Saúde Coletiva*, 17(3), 613-619. <https://doi.org/10.1590/S1413-81232012000300006>
- Martínez, Mario; Ferraris, Sabrina (2017). Trabajo y masculinidad: el rol del proveedor en el México urbano. En *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México* (pp. 322-341), coordinado por Marie-Laure Coubés, Patricio Solís y María Eugenia Cosío-Zavala. Ciudad de México: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- México Cómo Vamos (2020). *El impacto del Covid-19 sobre el empleo formal en los estados*. Recuperado de <https://mexicocomovamos.mx/publicaciones/2020/07/el-impacto-del-covid-19-sobre-el-empleo-formal-en-los-estados/>
- Mora, Enrico; Pujal-Llombart, Margot (2018). El cuidado: más allá del trabajo doméstico. *Revista Mexicana de Sociología*, 80(2), 445-469. Recuperado de <http://www.scielo.org.mx/pdf/rms/v80n2/0188-2503-rms-80-02-445.pdf>
- Mora, Minor; De Oliveira, Orlandina (2011). Jóvenes Mexicanos en medio de la crisis económica: los problemas de la integración laboral. *Sociedade e Estado*, 26(2), 373-401. <https://doi.org/10.1590/S0102-69922011000200017>
- Entidad de las Naciones Unidas para la Igualdad de Género y el Empoderamiento de las Mujeres - ONU Mujeres; Comisión Económica para América Latina - Cepal (2020). *Cuidados en América Latina y el Caribe en tiempos de COVID-19. Hacia sistemas integrales para fortalecer la respuesta y recuperación*. Recuperado de https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/45916/190829_es.pdf
- Ospina-Escobar, Angélica; Chávez-Llamas, Nancy (2020). Bien Puestos. Una intervención para la reducción de riesgos y daños asociados al uso de sustancias en jóvenes de preparatoria. *Cuadernos de Trabajo del Monitor del Programa de Política de Drogas (CIDE)*, 35, 1-43. Recuperado de https://politicadedrogas.org/PPD/documentos/20210106_111911_ct35_bien_puestos_ppd_1.pdf
- Pateman, Carole (1996). Críticas feministas a la dicotomía público/privado. En *Perspectivas feministas en teoría política* (pp. 31-52), coordinado por Carmen Castells. Barcelona: Paidós.
- Pedrero-Nieto, Mercedes (2004). Sabia virtud de conocer el tiempo. El uso del tiempo en función del género: análisis comparativo entre México y Europa. *Revista de Economía Mundial*, 10(11), 77-101. Recuperado de <http://rabida.uhu.es/dspace/bitstream/handle/10272/447/b1376676.pdf?sequence=1>

- Reguillo, Rossana (2004). La performatividad de las culturas juveniles. *Estudios de juventud*, 64(4), 49-56. Recuperado de <http://www.injuve.es/sites/default/files/64tema4.pdf>
- Riley, Matilda (1987). On the significance of age in sociology. *American Sociological Review*, 52(1), 1-14. <https://doi.org/10.2307/2095388>
- Rosas, Carolina (2008). *Varones al sol de la migración. Migración internacional y masculinidades de Veracruz a Chicago*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Scuro-Somma, Lucía (2009). Pobreza y desigualdades de género. En *Las bases invisibles del bienestar social. El trabajo no remunerado en Uruguay* (pp. 125-153), editado por Rosario Aguirre. Montevideo: Unifem.
- Secretaría de Educación Pública (2020). *Boletín No.196 Convivirán, en el futuro, modelo de educación presencial y a distancia: Esteban Moctezuma Barragán*. Recuperado de <https://www.gob.mx/sep/es/articulos/boletin-no-196-conviviran-en-el-futuro-modelo-de-educacion-presencial-y-a-distancia-esteban-moctezuma-barragan?idiom=es>
- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia - Unicef (9 de julio de 2020). *UNICEF: COVID-19 impacta más a hogares con niños y adolescentes* [comunicado de prensa]. Recuperado de <https://www.unicef.org/mexico/comunicados-prensa/unicef-covid-19-impacta-m%C3%A1s-hogares-con-ni%C3%B1os-y-adolescentes>
- Valenzuela, José Manuel (2015). *El sistema es antinosotros. Culturas, movimientos y resistencias juveniles*. Tijuana, México: El Colegio de la Frontera Norte/Universidad Autónoma Metropolitana/Gedisa.
- Valenzuela, María Elena (2003). *Desigualdades de género y pobreza en América Latina*. Santiago de Chile: Organización Internacional del Trabajo.
- Yin, Robert K. (2003). *Case Study Research: Design and Methods*. Thousand Oaks: Sage.

Malestares en cuidadoras de personas adultas mayores dependientes en un contexto rural de Tlaxcala, México*

DOI: <https://doi.org/10.18046/recs.i35.4891>

Distress in Caregivers of Dependent Older People in a Rural Context in Tlaxcala, Mexico

María Guadalupe Ramos-Cela**

Preparatoria Hermenegildo Galeana (Tlaxcala, México)

Aurelia Flores-Hernández***

Universidad Autónoma de Tlaxcala (México)

.....

* El presente artículo surgió de la tesis de maestría (concluida y titulada) “Testimonios de cuidadoras de adultos mayores en el espacio sociocultural de Ixtacuixtla, Tlaxcala”, elaborada por María Guadalupe Ramos-Cela bajo la dirección de Aurelia Flores-Hernández y desarrollada en el Seminario Población y Desarrollo en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias sobre Desarrollo Regional (Ciisder) de la Universidad Autónoma de Tlaxcala (UATx, México). Para los estudios de maestría la estudiante recibió una beca de parte del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México (Conacyt). Artículo de investigación recibido el 29.06.2021 y aprobado el 08.11.2021.

** Maestra en Análisis Regional del Ciisder de la UATx (México). Docente en la Preparatoria Hermenegildo Galeana (México). Correo electrónico: marbouquet67@gmail.com ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5421-5136>

*** Doctora en Antropología de la Université Laval (Canadá). Académica de carrera titular A en el Ciisder de la UATx (México). Reconocida por el Sistema Nacional de Investigadores (SNI) del Conacyt y Perfil Deseable del Programa para el Desarrollo Profesional Docente (Prodep) de la Secretaría de Educación Pública (SEP, México). Correo electrónico: aure7011@yahoo.com ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8465-7485>

Cómo citar/How to cite

Ramos-Cela, María Guadalupe; Flores-Hernández, Aurelia (2021). Malestares en cuidadoras de personas adultas mayores dependientes en un contexto rural de Tlaxcala, México. *Revista CS*, 35, 67-97. <https://doi.org/10.18046/recs.i35.4891>

Resumen

Abstract

En este trabajo, a partir de las vivencias de mujeres cuidadoras, se reflexiona acerca de los malestares y los síntomas que se derivan de estos y que son coligados por ellas con la labor de cuidados, visto que las desigualdades de cuidar se centran en contextos socio-culturales específicos. Se recurre a una metodología de corte cualitativo con un diseño de investigación narrativo de tópicos. La recolección de datos se llevó a cabo mediante la entrevista a profundidad. Una de las contradicciones de cuidar radica en que las mujeres sienten el deber de cuidar de otra persona, y de este modo lo normalizan. Habida cuenta de los hallazgos, parece que, en el México rural, las cuidadoras no tienen alternativa: en un sistema sexo-género patriarcal solo es posible resistir a la naturaleza agobiante del trabajo de cuidados a través del amor y la gratitud, sin importar el cuidado de sí mismas.

PALABRAS CLAVE:

malestares, cuidadoras rurales, cuidados, personas mayores

.....

Based on the experiences of women caregivers, we reflect in this paper on the discomforts and the symptoms that arise from them, which they associate with caregiving, considering that the inequalities of caring are centered in specific sociocultural contexts. A qualitative methodology with topic narrative research design is used. The data collection was done through in-depth interviews. One of the contradictions of caregiving is that women feel the duty to take care of another person, and in this way, they normalize it. Considering the findings of this study, it seems that in rural Mexico, female caregivers have no choice: in a patriarchal sex-gender system it is only possible to resist the overwhelming burden of caregiving through love and gratitude, regardless of taking care of themselves.

KEYWORDS:

Distress, Rural Caregivers, Care, Older People

Introducción

Cuidar de otra persona es la tarea de encargarse de su protección y su bienestar. En términos éticos, involucra una acción recíproca y contacto de una persona consigo misma y con otra, con base en un compromiso y un deber moral de ayudar y proteger a los demás; esto supone que, al ver una necesidad ajena se siente la obligación para resolverla, evitar el daño y brindar atención. El cuidado no se centra exclusivamente en el cuidado “del cuerpo biológico sino en el cuidado del cuerpo social” (Robles-Silva, 2001: 563): implica actividades que deben hacerse y necesidades a satisfacer (Comas d’Argemir, 2014). Estos quehaceres se realizan no solo para atender penurias materiales, sino también necesidades afectivas-emocionales; en conjunto, tareas tendentes a proveer bienestar físico, psíquico y emocional (Mayobre; Vázquez, 2015).

En la teoría feminista, el debate sobre los cuidados tiene larga historia. Carrasco, Borderías y Torns (2011) indican ciertas rutas que en las discusiones de esta escuela se han planteado. Una de ellas es la diferenciación entre trabajo doméstico y labores de cuidado, fuertemente debatida en los años setenta y ochenta del siglo XX. En la actualidad, sigue siendo tema de reflexión y han surgido otros conceptos: trabajo reproductivo, doble presencia, carga global del trabajo, uso del tiempo, trabajo de cuidado, *care* y más (Mayobre; Vázquez, 2015). Otros ejes de preocupación son el tiempo dedicado a los cuidados y el escenario de la vida cotidiana como centro de estos elementos de anclaje para análisis macroeconómicos y de política social.

Desde la perspectiva feminista de la economía, el tiempo de los cuidados se aleja de una visión hegemónica centrada en el mercado (Esteban, 2017), con lo que se reemplaza este paradigma económico por el cuidado de la vida. En este último, la importancia de los cuidados es clave en el análisis de la política social y de bienestar, que pugna por que las necesidades y la provisión de los cuidados sean una cuestión colectiva y universalizada, no exclusivamente familiar y de las mujeres. El principio fundamental es que, en el mundo, la necesidad de cuidados es de todas las personas a lo largo de la vida, con lo que la demanda y la intensidad de estos últimos puede ser diferenciada según el momento vital (Carrasco *et al.*, 2011). Se sugiere, así, que ver los cuidados como una cuestión de derechos humanos es impostergable, así como el vínculo entre el cuidado de las personas y el cuidado de la naturaleza, con énfasis en que la sostenibilidad de la vida debe ser el eje.

Las propuestas feministas acerca de los cuidados son diversas. Coinciden por completo en ciertos aspectos, y en otros solo de forma parcial: en algunas se privilegian dimensiones materialistas y de redistribución social y económica; en otras, cuestiones de éticas y políticas (centradas en derechos y especificidades). Esteban (2017) opina que las primeras están asociadas a las políticas de redistribución en

tanto las segundas con las políticas de reconocimiento. En este texto nos inclinamos por la segunda óptica. En la reflexión feminista, la ética del cuidado es un concepto central, toda vez que desde este se distingue una red de relaciones en el mundo del que nos sentimos parte y se crea un reconocimiento de corresponsabilidad entre personas. Al respecto, Gilligan (2013: 34) puntualiza:

La ética del cuidado nos guía para actuar con cuidado en el mundo humano y recalca el precio que supone la falta de cuidado: no prestar atención, no escuchar, estar ausente en vez de presente, no responder con integridad y respeto.

Esta autora identifica que el razonamiento moral es diferenciado entre mujeres y hombres. Las primeras se autodescriben en términos de relación con el otro y no mencionan logros académicos o profesionales; mientras que los segundos actúan de forma distinta: consideran derechos individuales, de separación y de autonomía. A estos actos, Lagarde (1993) los explica con la categoría “servidumbre voluntaria” que ubica a las mujeres al servicio del otro, sin cuestionar la situación de inferioridad y la relación de dominio en las que se sitúan y son situadas. El enfoque de la ética de cuidado plantea el rechazo a las supuestas habilidades innatas o de naturaleza femenina para proveer cuidados, sustituyendo el otro generalizado por el *otro concreto* con quien se mantiene un diálogo real, con capacidad de escucha y con una relación en variadas direcciones (Fascioli, 2010).

En la teoría feminista, la procuración de los cuidados se funda en dos modelos. Cuando el sistema de cuidados es regulado por el Estado, el mercado y la organización social como objeto de política pública, mercancía o derecho, se le reconoce como *desfamiliarizador*; mientras que cuando la responsabilidad del cuidado corresponde a las familias –y dentro de ellas se la asigna, en particular, a las mujeres–, se lo identifica como *familista*.

En las localidades rurales de México prevalece el modelo familista (Aguirre, 2008). También hay que precisar que, para el caso mexicano existe poco o nulo interés de parte del Estado por estimular acciones en materia de política pública para la protección y la provisión de los derechos de las personas dedicadas al cuidado. En especial, cuando el trabajo de cuidados es realizado por mujeres no se reconoce como un derecho sino como una obligación familiar, aunque esta tarea solo la desempeñe de modo individual una mujer. Esto significa que el cuidado tiene género, es unipersonal y responde a un mandato moral: la obligación de cuidar, de la que las mujeres rurales se pueden librar con mucha dificultad.

La normativa legal mexicana no contempla ninguna regulación concreta sobre el trabajo de cuidados, y menos aún respecto del término *cuidador* o *cuidadora*; las

diversas leyes que deberían hacerlo no tienen claridad sobre ello. Aún más, en México la política pública no ha orientado su interés en atender la situación de las personas dedicadas al cuidado de otras, y menos a las mujeres cuidadoras del medio rural. Solo el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (Issste) cuenta con dos acciones: un Curso de Apoyo para Cuidadores Informales de Personas Envejecidas y otro Curso de Apoyo para Cuidadores Informales de Personas Envejecidas Frágiles y con Demencia (Villa-Sánchez, 2019). Ninguna de estas estrategias se dirige de manera directa a las mujeres cuidadoras rurales.

En esta lógica de los cuidados, ni las cuidadoras ni las personas beneficiarias directas de los cuidados están consideradas en los mecanismos estructurales para favorecer el derecho al cuidado. En el México rural –de por sí territorialmente abandonado en muchos aspectos–, las opciones, la cobertura o las alternativas de servicios de cuidados por parte del mercado y de los programas gubernamentales (hospitales, casas de asistencia, asilos, apoyos sociales, médicos a domicilio u otros) son nulas frente a la oferta disponible en las áreas urbanas.

Las familias rurales están lejos de la posibilidad de contratar servicios de cuidado, de acceder a ellos o de pagar asistencias de cuidado. En estos hogares, caracterizados por ingresos y niveles socioeconómicos precarios, son las mujeres quienes se encargan de los cuidados. En estos contextos socioculturales rurales, el cuidado se ha normalizado como una costumbre que es así y nunca cambiará, a diferencia de cierto sector de mujeres en las ciudades a quienes la oferta de servicios les brinda opciones para escapar de la fuerte carga del trabajo de cuidados.

En el modelo familista, el cuidado se sostiene por el apego, los sentimientos de lealtad, la reciprocidad y la solidaridad entre integrantes de un núcleo familiar (Losa, 2006 como se citó en Arias-Sánchez; Saavedra-Macías; Avilés-Carvajal, 2017). La estabilidad emocional, la comodidad y la intimidad son algunas de las ventajas identificadas en este patrón, mientras que las desventajas pueden ser las dificultades económicas y los conflictos familiares que derivan en exceso de trabajo físico y emocional en la persona cuidadora principal o cuidadora familiar (Robles-Silva, 2006). En este esquema, la persona cuidadora se elige de acuerdo con un conjunto de estereotipos tradicionales de género, que ubican a las mujeres como ideales y aptas para hacerse cargo de los cuidados y satisfacer el perfil de cuidadoras. Será poco probable, en cambio, que los hombres participen en el cuidado de personas mayores envejecidas toda vez que no lo han hecho en la crianza de sus hijos, razón por la que se opta por presentarlos como sostén económico (Robles-Silva, 2001). Como los cuidados implican una carga subjetiva fundamental (emocional, afectiva y amorosa) Carrasco *et al.* (2011:72) declaran que se corre el riesgo de que sobre este elemento se construya

una identidad femenina basada en el cuidado y la maternidad, la llamada mística del cuidado, negando que en muchas situaciones es de una gran dureza, no cumple los requisitos de amor que se le suponen y se realiza básicamente por la obligación moral socialmente construida que presiona a las mujeres.

La función del cuidado conduce a asumir la responsabilidad de largo plazo de todo lo que este implica y la dedicación de tiempo intenso tanto para las actividades propias del cuidado como otras tareas derivadas del trabajo doméstico. Por lo general, este rol recae en un familiar femenino cercano –esposa, hija, nieta, cónyuge– (Crespo-López; López-Martínez, 2007; Flores; Rivas; Seguel, 2012) involucrado en “un cuidado que bebe de la tradición y que resulta difícil de subvertir” (Mayobre; Vázquez, 2015: 94), sea por escenarios personales o por falta de capacidad para negociar en la familia. En concreto, en situaciones en que los hombres no se comprometen con las tareas de los hogares y en el cuidado de familiares dependientes, las mujeres son las cuidadoras principales (Agulló-Tomás; Zorrilla-Muñoz; Gómez-García, 2018). Además de la singularidad y el género que imperan al definir quién se hará cargo del cuidado, el parentesco, la convivencia, los vínculos emocionales, la situación económica, la disponibilidad de tiempo libre y la actividad laboral de quien cuida son también indicadores que lo definen. Otros autores sugieren el estado civil, la etnia y la clase (Mayobre; Vázquez, 2015), la edad, el que la cuidadora trabaje o no, la residencia compartida y la ultimogenitura (Robles-Silva, 2001).

Mayobre y Vázquez (2015) mencionan que esta elección obedece a obligaciones sociales, imperativos morales, culturales y mandatos de género vinculados a la posición y situación de las mujeres en las familias. Estas autoras citan a Finch (como se citó en Mayobre y Vázquez, 2015) con los conceptos de *sentido de obligación* y *responsabilidad filial*, bastante conectados entre sí y ambos útiles para comprender las motivaciones de cuidado. Al respecto, Comas d'Argemir (2014: 175) arguye que

esta atribución de la responsabilidad de cuidar a la familia ha dificultado considerar como trabajo las actividades de cuidado, aunque impliquen horas, dedicación y la aplicación de saberes y habilidades que se van aprendiendo a lo largo de la vida.

La socialización enseña a las mujeres a proveer cuidados a otra persona en distintos momentos de su vida, lo que significa que, como se dijo, habrá diferentes necesidades de cuidados según el ciclo vital humano (Carrasco *et al.*, 2011). El imaginario colectivo y el discurso social sostiene a las mujeres como cuidadoras idóneas por su supuesta esencia femenina y cualidades innatas, de tal forma que “la cuestión del cuidado se construye con base en símbolos y reglas sociales que implican un aprendizaje cultural desde edades tempranas para que las mujeres respondan fielmente

a ello, llegando a constituirse en parte de su identidad femenina” (Arrollo-Rueda, 2010:17). Comas d’Argemir (2014:176) acota lo siguiente al respecto:

El altruismo, junto con el amor, aparecen en el imaginario social como atributos constitutivos de la familia. La práctica muestra sin embargo que este altruismo está desigualmente repartido, que hay tensiones y también intereses asociados a las prácticas de cuidado. La generosidad está presente, pero también lo está la respuesta instrumental al suministro de cuidados, valorando cómo afectan al tiempo disponible y a la organización vital, por ejemplo.

Desde temprana edad, las mujeres han cuidado, cuidan y cuidarán de otras personas: en la infancia y la adolescencia, a hermanos; una vez unidas, a cónyuges; más tarde, a sus hijos; y posteriormente a parientes adultos mayores dependientes. En estos últimos casos, para las mujeres los cuidados implican amplia dedicación y gran intensidad de trabajo, dadas las demandas específicas de protección que algunas personas en esta etapa de la vida requieren al no poder valerse por sí mismas, ser poco capaces de satisfacer sus propias necesidades (movilidad, vestir, bañar) e incluso de realizar tareas cotidianas o instrumentales (hacer compras, salir a la calle, pasear), o relacionadas con el trabajo doméstico (aseo, alimentación, limpieza) y otras que aparecen por padecimientos y enfermedades (administración de tratamientos, rehabilitación o citas médicas).

El cuidado en el momento de envejecer requiere confiar en otras personas; demanda tiempo, habilidades, fuerza física y estabilidad emocional, situaciones que muchas veces superan la vida de las mujeres. Acota Comas d’Argemir, (2014: 167): “No hay un cuidado universal; siempre es particular, socialmente construido. Hay una gran diversidad cultural en las formas de cuidar y de distribuir el trabajo de cuidados”. Sin embargo, la situación de dependencia de una persona tiene que ver con condiciones de mayor vulnerabilidad entre un grupo u otro, y según el momento del ciclo vital requerirán distintos cuidados.

En contextos de cuidado en donde la atención deviene de condiciones de discapacidades, los impactos producidos en las cuidadoras afectan su salud, quienes dejan del lado o abandonan el cuidado de sí y multiplican sus tareas dentro y fuera de los hogares. En plazo mediato, ellas devendrán también en sujetos de cuidados y atención (Arrollo-Rueda, 2010; Félix-Alemán; Aguilar-Hernández; Martínez-Aguilar; Ávila-Alpírez; Vázquez-Galindo; Gutiérrez-Sánchez, 2012), situación que les produce “sentimientos de angustia, pues desconocen cómo será su envejecimiento y quién cuidará de ellas cuando se vean incapacitadas” (Mier-Villarías; Romeo-Pérez; Canto-Combarro; Mier-Villarías, 2007: 32).

Malestares de género en las cuidadoras

Estas afectaciones que las mujeres padecen como resultado de la dedicación a los cuidados se identifican como malestares. De modo general, en este texto los malestares (esto es, autoperibirse con mala salud o sentirse mal) son concebidos como sufrimientos anímicos o en el cuerpo. En apariencia no tienen causa orgánica demostrable desde el punto de vista clínico, aunque sí cobran manifestación en ciertos síntomas somáticos –físicos– o sensaciones –subjetivas– como tristeza, sentimiento de vacío, descontento permanente, quejas constantes, deterioro de la autoestima, insomnio, apatía, fatiga, preocupación, nervios, irritabilidad, miedo, culpa, desmoralización e inseguridad, dolores musculares de las articulaciones o de cabeza, vómitos y vértigo (Calderó-Beá; Alfonso-Cano; Barceló-Barceló; León-Martínez; Tourné-García; Sánchez-López, 2008; Velasco-Arias, 2005). Otras repercusiones pueden ser reducción del tiempo de ocio, anulación de vacaciones, ausencia de la posibilidad de frecuentar amistades o tener vida social, abandono de actividades y hábitos previos al cuidado, depresión, cansancio, deterioro de la salud, imposibilidad de trabajar fuera del hogar, dificultades económicas, disminución de la jornada laboral asalariada o renuncia al trabajo, y extensión de la jornada doméstica, entre otros (Delicado-Useros; García-Fernández; López-Moreno; Martínez-Sánchez, 2001).

Es de importancia especial considerar que la presencia de los malestares es diferenciada según género, de tal manera que hombres y mujeres tienen formas diferentes de sentirlos y de expresarlos. Así, las experiencias personales y su significado cobran relevancia en su comprensión. Una de las razones que explican tales diferencias se sostiene en los mandatos hegemónicos de género, intrínsecos en una organización social patriarcal: estos condicionantes de género inciden de forma directa en la salud de las mujeres, con lo que provocan síntomas físicos y psíquicos (Calderó-Beá *et al.*, 2008; Berenzon-Gorn; Galván-Reyes; Saavedra-Solano; Bernal-Pérez; Mellor-Crummey; Tiburcio-Saíenz, 2014; Velasco-Arias, 2005).

Entre las mujeres, los malestares se asocian a distintas situaciones de la vida y del contexto social (familia, trabajo, comunidad), y en especial a preocupaciones y problemas de lo cotidiano. Esto último por los papeles o funciones de género que les han sido atribuidos (madres, esposas, hijas, cuidadoras, proveedoras), que se convierten en condicionantes centrales de género (Berenzon-Gorn *et al.*, 2014). Puntualiza Velasco-Arias (2005) que ciertos factores asociados al malestar son psicosociales y se apoyan en consensos e ideales sociales de género, de tal suerte que producen sobrecargas en el parteaguas de modelos tradicionales de género altamente estereotipados.

En la reflexión acerca de los cuidados, los malestares de género son difusos y, como problemas de salud mental, afectan a las mujeres, pero no tienen origen

biológico o fisiológico; más bien, según lo indica Velasco-Arias (2005), devienen del plano simbólico, que pone a las mujeres en escenarios socioculturales donde deben enfrentarlos a partir de su posición subjetiva. De este modo, los malestares en hombres y mujeres se representan en formas distintas de enfermar y maneras diferentes de afrontarlos. Las mujeres cuidadoras sienten que el bienestar propio está siendo afectado y se quejan “sintiéndose mal o expresando incomodidad” (Berenzon-Gorn *et al.*, 2014: 314).

En el caso que nos ocupa, las repercusiones en las mujeres dedicadas a los cuidados de modo exclusivo pueden ser de índole diversa (laborales, económicas, de ocio, físicas o psicológicas), y sin importar el grado de cada una o del conjunto, toda consecuencia sobre los distintos ámbitos de las vidas de las cuidadoras puede acabar afectando a su salud. Estos problemas, que devienen de la imposición social del cuidado como un rol basado en estereotipos de género, producen lo que se ha denominado *malestares de género* o *malestares de las mujeres* (Berenzon-Gorn *et al.*, 2014; Calderó-Beá *et al.*, 2008; Maruaga; Pascual, 2013; Velasco-Arias, 2005).

De manera particular, en esta investigación la cuestión central es dar respuesta a un cuestionamiento: ¿de qué maneras los malestares –y los síntomas que producen– aquejan la vida de mujeres rurales cuidadoras de personas adultas mayores con enfermedades crónico-degenerativas? La pretensión es reflexionar acerca de los malestares –y sus síntomas– que ellas asocian con la labor de cuidados, visto que las contradicciones y desigualdades de cuidar se centran en contextos socioculturales específicos, se reproducen en la vida cotidiana y se derivan de mandatos tradicionales de género en un sistema patriarcal. En concreto, el objeto de estudio son las situaciones particulares de cuidados a partir de las vivencias de las cuidadoras.

Proposición metodológica

Para lograr este objetivo, la investigación se ancló en una mirada cualitativa como método conveniente para exponer y reflexionar sobre la diversidad de este fenómeno. En opinión de Martínez-Salgado (2012: 615), esta orientación busca sobre todo “lograr un conocimiento intensivo, profundo y detallado de y sobre los casos en los que tiene lugar el fenómeno de interés, generalizable para otras situaciones [muy similares] en las que dicho fenómeno ocurre”. Desde el paradigma cualitativo, el abordaje general o el diseño está caracterizado por mayor flexibilidad en los pasos a seguir para alcanzar el objetivo, un acercamiento directo en campo y un recorrido por diversos aspectos en relación con el objeto de estudio.

En este sentido, esta investigación priorizó la narrativa de las vivencias que las mujeres entrevistadas expresaron respecto a la función de cuidar. De este modo, la

narrativa se constituyó como el esquema de investigación, centrada en un suceso de la vida de las mujeres: ser cuidadoras. Es decir, se adoptó un diseño narrativo de tópicos (Salgado-Lévano, 2007) sin la intención de extrapolar cuantificaciones amplias o valoraciones numéricas, como lo hacen otros métodos; más bien se optó por distinguir las situaciones particulares de cuidados a partir de las vivencias de mujeres cuidadoras. El plan o diseño contempló las estrategias, el procedimiento, la recolección de datos (narrativas), el procesamiento, el análisis y la interpretación que se describirán.

El número de entrevistadas correspondió a un muestreo selectivo o intencional y de diversidad. A diferencia de una muestra cuantificable, lo anterior permite elegir participantes en función de su contribución a esclarecer los propósitos de la investigación y a comprender el fenómeno en su complejidad, pues “lo decisivo aquí no es el tamaño de la muestra, sino la riqueza de los datos provistos por los participantes” (Martínez-Salgado, 2012:617). Además, este tipo de muestreo resguarda todas las variedades relevantes que existan del fenómeno mediante lo nombrado como saturación de información o del dato; “[incluso] en ese nivel bajo de detalle una pequeña muestra puede proporcionar una suficiente saturación” (Jansen, 2013: 51).

Para efectos del presente estudio, lo anterior supone que las características particulares de las mujeres, descritas más abajo, sugieren la pluralidad para entender las situaciones habida cuenta de indicadores como la edad, el estado civil, el tiempo dedicado al cuidado, el parentesco con la persona cuidada y el tipo de relación laboral, entre otros; y, además, certifican la potencialidad de los datos y la reflexión, dado que:

En un estudio cualitativo, la saturación es una cuestión empírica, y no tanto una teórica... El objetivo no es detallar en forma exhaustiva los conceptos para un dominio teórico (es decir, para cubrir todas las posibilidades teóricas), sino cubrir la diversidad relevante (en términos de los objetivos) en una población empíricamente definida, la cual podría comprender solo un pequeño número de unidades. (Jansen, 2013: 52)

Se partió del principio de que la saturación está presente cuando “se ha escuchado ya una cierta diversidad de ideas y con cada entrevista u observación adicional no aparecen ya otros elementos” (Martínez-Salgado, 2012: 617). En este caso, la abundancia de la información se identificó por la repetición continua y coincidente de malestares, dificultades y retos personales (físicos y emocionales) que las mujeres expresaban respecto a cuidar a alguien.

En atención a las recomendaciones de Jansen (2013) y Martínez-Salgado (2012), la investigación se cerró con cinco entrevistas, toda vez que en los retratos de estas mujeres la información era suficiente y relevante para profundizar en detalle sobre

los malestares alrededor de los cuidados, y los datos obtenidos permitirían huellas para futuras investigaciones. Este mismo número corresponde al total de participantes en la investigación.

El trabajo de campo se realizó entre los meses de enero y marzo del año 2016. Para la identificación de las cuidadoras se usó la técnica *bola de nieve*: a través de recorridos en campo se seleccionó a la primera mujer y luego se le pidió comunicar si conocía a otra en una situación similar. El criterio único de inclusión fue el autorreconocimiento como cuidadora de algún familiar adulto mayor. Para obtener la recuperación testimonial se empleó la entrevista en profundidad con un guion temático aplicada a mujeres (ver Cuadro 1) que compartían la experiencia de cuidar, en un contexto rural donde el cuidado informal de gratitud que ellas otorgan es el primero y único recurso que provee cuidados a familiares adultos mayores con alguna enfermedad crónico-degenerativa y en situación de dependencia.

De hecho, estas fueron las razones que justifican desarrollar esta investigación en este sector de México: a) se estudia un sistema de cuidados en el medio rural mexicano, caracterizado por la ausencia de políticas sociales por parte del Estado y la falta de servicios ofertados por el mercado que convengan a los intereses de las sociedades rurales y en particular de las cuidadoras; y b) ello significa que la organización y los servicios de cuidados (de asistencia o renumerados) son nulos, y el único y cercano apoyo para cuidar se centra en las mujeres, quienes sostienen los cuidados –sin devengar pago alguno– por tradición sociocultural y mandatos hegemónicos de género y redes de parentesco, dado que, en el mundo rural, la familia continúa bajo atributos de un modelo familista del cuidado.

En conjunto, estas circunstancias hacen pertinente al estudio: es innegable y sigue siendo necesario reflexionar acerca de las implicaciones de la carga de los cuidados en las vidas de las mujeres: en este caso, los malestares y sus síntomas. De este modo, la academia puede contribuir a promover una sociedad justa y genéricamente equitativa. Lo contrario sería fomentar una cultura indolente e indiferente que ha naturalizado a las mujeres como excelentes cuidadoras aun a costa de sus propias vidas.

La guía de entrevista identificó las características de las cuidadoras y de las personas receptoras de los cuidados y la distribución del trabajo de cuidados. Además, se exploraron dos dimensiones para facilitar el análisis: 1) aspectos en la salud; y 2) aspectos económicos/laborales. Para la exposición en este documento, el análisis de la información obtenida retoma principalmente el primero. La aplicación de las entrevistas se realizó en un solo momento, aunque previamente se había hecho contacto con cada cuidadora para explicar la intencionalidad de la investigación. En esa cita se convenía (de mutuo acuerdo) la siguiente fecha para la entrevista, cuyo promedio de duración ascendió a 1 hora y 30 minutos.

CUADRO 1 | Contenidos de la guía de entrevista

| Dimensiones centrales | | |
|---|--|--|
| Caracterización de cuidadoras, personas cuidadas y distribución de los cuidados | 1. Aspectos en la salud | 2. Aspectos económicos y laborales |
| CATEGORÍAS TEMÁTICAS | | |
| <p>Perfil sociodemográfico de las cuidadoras (edad, escolaridad, situación laboral, composición familiar) y de las personas cuidadas (edad, padecimientos, tratamientos, cuidados especiales)</p> <p>Distribución del trabajo de cuidados (quién se hace cargo, de qué se hace cargo, qué actividades de cuidado realiza, por qué se repartieron de esa forma las labores, tiempo dedicado para sí y a qué lo destina).</p> | <p>Tipo de dependencia de la persona cuidada, tipos de tratamientos y medicación, actividades de rehabilitación, visitas médicas, dietas alimenticias, afectaciones corporales, emocionales y amorosas, maltratos por parte de personas cuidadas o conflictos con familiares, organización de la rutina personal y ruptura de expectativas personales.</p> | <p>Actividad económica o generadora de ingresos, compatibilidad con tareas de cuidado, cobertura económica para cuidados, repartición de gastos entre integrantes de la familia, costos de tratamientos médicos para persona cuidada y renuncia a mejores empleos.</p> |

Fuente: elaboración propia.

Las entrevistas se realizaron en escenarios elegidos por las cuidadoras. Tres de ellas se sintieron cómodas en sus hogares; dos más, a fin de evitar que algún familiar las escuchara, se entrevistaron fuera de estos (una en un local de comida y la otra en el parque). Durante el diálogo se mantuvo una actitud abierta y receptiva, que evitaba la desaprobación. La plática fluyó de manera libre, en tanto se permitió que las entrevistadas hablaran sin interrupciones.

La participación de las mujeres fue voluntaria y anónima; en la exposición de sus testimonios, y para proteger su identidad, se usan seudónimos. A cada participante se le explicó la finalidad de la entrevista y se solicitó su autorización para grabarla. En el inicio de cada grabación se testifica de modo verbal la invitación a participar y la enunciación del consentimiento por parte de las mujeres. En este tipo de investigaciones aplicadas en el campo mexicano, con dificultad la población interrogada firma un formato escrito para dar su aprobación, en especial debido a la desconfianza frente al destino de sus firmas. Martínez-Salgado (2012: 615) sugiere que en la investigación cualitativa “la aceptación de los informantes es un elemento conceptualmente imprescindible y éticamente intrínseco”; responde, más bien, a una relación de confianza que se establece entre quien investiga y las personas investigadas. Sumado a todo esto, es preciso mencionar que un comité profesional interno

del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias sobre el Desarrollo Regional de la Universidad Autónoma de Tlaxcala (México) aprobó el proyecto de investigación del que se desprende este documento, al cumplir con razones académicas y éticas que de ningún modo vulneraban los derechos humanos de las cuidadoras.

Para el tratamiento de la información se siguieron las recomendaciones de Jansen (2013) y Mejía-Navarrete (2011). Primero, se recurrió a la lectura de las narrativas previamente transcritas, gestionadas mediante procesador de texto (lo que incluyó resumirlas, seleccionarlas, ordenarlas y clasificarlas). Enseguida se hizo “una lectura temática de cada texto, reconociendo la peculiaridad de cada narrativa y una lectura relacional del conjunto de los textos” (Mejía-Navarrete, 2011:49), se extrajeron las características singulares de cada caso y se identificaron semejanzas y diferencias entre narrativas. Después se elaboró un análisis descriptivo en espiral, lo que llevó a reducir los relatos en partes o por secciones, y permitió la atribución de significados o características. Este proceso no es lineal; implica un vaivén entre un momento y otro (Mejía-Navarrete, 2011). Luego, se adelantaron la sistematización y el análisis de los datos con miradas descendente y ascendente; y se focalizaron a las mujeres en el contorno de la problemática estudiada y en un contexto sociocultural específico. La mirada descendente dio oportunidad de distinguir “la diversidad dentro de un objeto” (diferenciando); mientras que la ascendente “especifica aquello que se tiene en común, respectivamente, con otros objetos, dimensiones o categorías (sintetizando)” (Jansen, 2013: 54). Al final se realizó una interpretación cualitativa, apoyada en fundamentos teóricos de estudios similares.

Resultados

En este apartado, los hallazgos están organizados alrededor de los malestares de género, que derivan del compromiso de las mujeres con el trabajo de cuidados y que afectan sus vidas. Se destaca que, en el medio rural, las condiciones de vida suelen ser más precarias y las mujeres dedicadas a los cuidados soportan cargas de trabajo intenso por razones variadas. Una de ellas corresponde a las dinámicas de una división sexual del trabajo tradicional: esto es, desde niñas deben responsabilizarse del cuidado de los integrantes en una familia. En opinión de Yanguas-Lezaun, Leturia-Arrázola y Leturia Arrázola (2000), ello es producto de la intensidad y complejidad de las labores de cuidado, de la sobrecarga de tareas que este implica, de los posibles conflictos familiares y de las condiciones sociales, culturales y económicas; en concreto, del contexto personal, familiar y comunitario en donde ocurre el cuidado. Reflexionemos entonces acerca de estas situaciones de cuidado, del desgaste físico y emocional que vivencian las mujeres cuidadoras rurales.

¿Quiénes son las cuidadoras y quiénes las personas cuidadas?

Las cuidadoras residen en Villa de Mariano Matamoros, cabecera municipal de Ixtacuixtla, Tlaxcala (México). Esta localidad se encuentra clasificada como urbana por su número de habitantes; sin embargo, sus tradiciones culturales la demarcan como un espacio de diversidad sociocultural. Ejemplos de ello son el desarrollo de la festividad de carnaval y sus disfraces de diablos, la veneración del Santo Patrono San Felipe Apóstol, la fabricación de alebrijes, la preparación y la venta de merengue, y la elaboración de arreglos florales (ambas actividades de producción en pequeña escala).

Las cuidadoras mantienen un vínculo de parentesco y *corresiden* con la persona receptora de los cuidados. Solo dos cuentan con vivienda propia; las demás no tienen ningún patrimonio individual. Ninguna tiene pareja marital. Todas se declaran solteras, pero dos son separadas y con descendientes a su cargo. Todas se responsabilizan directamente de la vida doméstica de los hogares. En otros estudios, las principales candidatas identificadas destinadas a realizar la función de cuidado son hijas solteras, o bien hijas casadas con ciertas características –madres solteras, viudas o divorciadas– (Arrollo-Rueda, 2010). El promedio de edad entre las cuidadoras es de 37 años; la de menor edad tiene 21 años; y la mayor, 56. Ello indica que se trata de mujeres de edad joven y mediana que iniciaron su actividad como cuidadoras en edades tempranas –26 años en promedio–, ciclo que ha significado varios años de dedicación, energía y tiempo en actividades de cuidados.

El grado máximo de escolaridad de las participantes es universitario; tres más cuentan con bachillerato o nivel técnico; y una solo cursó la educación primaria (ver Cuadro 2). Por su parte, las personas cuidadas tienen distintos grados de dependencia, derivada de enfermedades crónico-degenerativas y terminales (cáncer, artritis reumatoide, diabetes e hipertensión arterial), situación que las ha sometido a extenuantes tratamientos clínicos: cirugías, sesiones de radiación, quimioterapias o fisioterapias, entre otros. El promedio de edad de las personas cuidadas es de 75 años. En un solo caso el abuelo es receptor de los cuidados; en el resto son madres, padres y tíos consanguíneos.

Respecto al tiempo destinado al cuidado, prevalece quienes lo realizan por las tardes, pero inician sus jornadas muy temprano. Al respecto, Alberti-Manzanares, Zavala-Hernández, Salcido-Ramos y Real-Luna (2014: 392) descubren que

el cuidado de enfermos y discapacitados requiere de mucha dedicación y esfuerzo por parte de las mujeres pues, además de las actividades cotidianas, dedican atención permanente a estas personas. El trabajo aumenta al levantarse más temprano o dormir más tarde para poder cumplir con todo.

Entre las cuidadoras de este estudio, un día cotidiano dependerá del tipo de actividad extra doméstica en la que se ocupan y de las necesidades de cuidado. La mayoría de las personas cuidadas requiere ayudas especiales para el desarrollo de sus actividades cotidianas por dificultades en el desplazamiento y la movilidad. Incluso, en un caso la adaptación de espacios ha sido fundamental en la rehabilitación. Igualmente, algunas personas demandan el consumo de medicamentos para calmar dolores o prevenir náuseas y vómitos; por indicaciones específicas (control de tiroides, alivio de quemaduras); por el uso de productos medicinales o tratamientos con altos costos (bloqueadores, esteroides); por visitas médicas periódicas, estudios anuales, necesidad de transporte y dieta alimenticia especial (que implica la preparación de alimentos bajos en grasas y azúcares), o por dietas blandas y fáciles de digerir, abundantes en hierro. En conjunto, son estas atenciones especiales e individualizadas (ver Cuadro 2). Alberti *et al.* (2014) encuentran que cuidar de una persona a quien le resulta imposible cuidar de sí misma ha implicado para las mujeres un aprendizaje terapéutico, herbolario, de tratamientos médicos y de enfermería, habilitaciones que las cuidadoras de Ixtacuixtla han aprendido de forma paulatina.

CUADRO 2 | Caracterización de las mujeres cuidadoras y de las personas adultas mayores cuidadas

| Perfiles de las cuidadoras | | | Persona receptora de cuidados | |
|---|----------------|--|-------------------------------|---|
| Cuidadora/ tiempo destinado al cuidado | Edad (años) | Estado civil/ actividad económica | Familiar/ edad | Enfermedad y requerimientos de cuidados |
| Eli/5 años | 21 años | Soltera/ empleada medio tiempo y estudiante | Abuelo 82 años | Cáncer Medicamentos con horario fijo (3 veces al día) Pomadas para resequedad y quemaduras producto de radiaciones Protector solar y exposición mínima al sol Alimentación especial |
| María/10 años | 36 años | Soltera/ vendedora alimentos | Madre 88 años | Artritis reumatoide Medicamentos Ayuda para desplazar y para vestir Visitas médicas |

| | | | | | |
|---|---------|--------------------------------------|------------------|---|---|
| Victoria/20 años | 56 años | Soltera (separada)/ obrero | Padre 81 años | Cáncer | |
| | | | | Radiaciones y quimioterapias Alimentación especial Medicamentos con horario fijo (2 veces al día) Ayuda para desplazar | |
| Luz/3 años | 24 años | Soltera/ profesora | Madre 63 años | Diabetes e hipertensión arterial | |
| | | | | Alimentación especial Medicamentos con horario fijo Exposición mínima al sol Cremas para resequedad | |
| | | | Tía 69 años | Cáncer de mamá y tiroides | |
| Radiaciones y quimioterapias Medicamentos con horario fijo Alimentación especial Protector solar Técnicas de rehabilitación con cuerdas y esfuerzo nulo Drenado de sangre y medición cada 24 horas | | | | | |
| Ana/10 años | 45 años | Soltera (separada)/ secretaria | Padre 85 años | Tío 71 años | Hipertensión arterial |
| | | | | | Medias compresoras para favorecer la circulación Medicamentos con horario fijo Ayuda para desplazar |
| | | | | | Hipertensión |
| | | | | | Visitas médicas Medicamentos con horario fijo Ayuda para desplazar Alimentación especial |

Fuente: elaboración propia.

Malestares en las cuidadoras

El cuidado informal es el único recurso viable en esta población. La mayoría de las cuidadoras son vulnerables en términos patrimoniales y económicos. Son excepciones Luz, que no enfrenta apremios por su condición de hija única (ha sido provista desde la infancia por su madre y sus 2 tíos); y María, que ha generado su propio patrimonio; el resto de las mujeres se sostiene con niveles mínimos de sub-

sistencia. Eli tiene como único derecho el cuidar al abuelo; su posición es vulnerable y su presencia en la casa de él es incierta. Los ingresos que consigue le bastan para sobrevivir y comprar medicamentos.

Otras dos cuidadoras dijeron tener disputas con familiares debido a cuestiones económicas, de herencias o posesión de bienes materiales, lo que les ha propiciado malestares como estrés, enojo y preocupación. En el primer caso, al morir el padre de Ana, la casa y los terrenos fueron repartidos, pero ella fue excluida debido a la suposición de que ya se había quedado con dinero de la venta de un terreno sin la aprobación de sus hermanos; además, le recriminan porque “no lo cuidaba bien [a su padre]”. Ella no reclama y se consuela sabiendo que cuida a su padre sin esperar algo a cambio y “le correspondía”. En una situación de cuidado siempre habrá algún integrante en los hogares que se muestre inconforme con la cuidadora y la forma en como el cuidado es ejecutado, pero difícilmente esta actitud es restituida para tomar la función de cuidar, y mucho menos de buscar algún tipo de solución.

Cuando mi papá enfermó, mis hermanos no se hicieron cargo; tuve que llevarlo a vivir conmigo. Ellos siempre se quejaron de que no lo atendía bien, que le hacía falta medicamentos o comodidades, pero nunca hicieron nada. En ese tiempo también me hacía cargo de los gastos de mis hijas y de él. Era mucho dinero y mi papá me dijo que vendiéramos un terreno para pagar lo que se necesitaba. En cuanto mis hermanos lo supieron, los problemas no se hicieron esperar, no les importo para qué era el dinero, me dijeron que era una aprovechada. (Ana, comunicación personal, 20.10.2017)

Las mujeres son las únicas que se encargan del cuidado. No obstante, son recriminadas cuando su modo de hacerlo no satisface a la parentela. La necesidad de cuidado del adulto mayor causa disputas familiares sobre la cuidadora y el dinero necesario para dicha labor (Félix *et al.*, 2012).

En el segundo caso, Victoria también afronta un conflicto con los hermanos por la herencia: le piden que abandone la casa paterna sin considerar que por dedicarse al cuidado del padre no consiguió patrimonio propio, no cuenta con vivienda y abandonó sus estudios:

Ahorita solo me hago cargo de mis dos hijos y mi papá. A veces me causa estrés y me pone triste pues no sé cómo manejar ambas cosas; mi día es muy largo y cansado. (Victoria, comunicación personal, 23.10.2017)

Además, el hecho de dedicarse al cuidado ha obligado a Victoria a rechazar empleos mejor remunerados e, incluso, a dejar trabajos temporalmente, pues el cuidado en épocas de crisis de salud del padre requiere más tiempo. Aunque de

forma ocasional se apoya en ahorros o recibe de parte de sus hermanos comida o dinero, esto siempre es insuficiente. En la actualidad, la única oportunidad laboral que ha encontrado por su edad es ser obrera; el hecho de que la empresa se ubique cerca de su hogar le resulta favorable para realizar las tareas de cuidados.

Ana y Victoria fueron cuidadoras, primero, de sus madres; y posteriormente, al morir ellas, brindaron cuidados a los padres y se quedaron a cargo de la organización doméstica. Están separadas de sus cónyuges como resultado de uniones violentas, lo que las obligó a regresar a *vivir bajo el mismo techo* o compartir la vivienda paterna; ello acarreó la obligación moral de cuidar. Es importante recordar que “nadie cuida a un anciano a la distancia” (Robles-Silva, 2001:572) y en el medio rural, los hombres no se ocupan de la casa ni del cuidado de niños, niñas, personas ancianas o enfermas; corresponde a las mujeres dedicar tiempo y energía a estas actividades (Alberti *et al.*, 2014). Refieren Félix *et al.* (2012) que los hombres cuidados –padre o marido– ejercen su derecho de voto para elegir quién les cuidará, como un mecanismo para ratificar su dominio sobre la mujer designada y perpetuar su rol de cuidadora central.

Ana es la mediana de cuatro hermanos y Victoria es la primogénita de siete. En opinión de ambas, esta posición como hijas las condujo a asumir las responsabilidades del cuidado de sus progenitores porque ninguno de sus consanguíneos lo quiso hacer, con lo que se dio continuidad a una lógica o norma culturales del cuidado. Ellas comparten las características de las mujeres de la “generación sándwich” (Miller citada en Carrasco *et al.*, 2011:42), con lo cual se ubican simbólicamente como *atrapadas* –cual tajadas de jamón y queso en el emparedado– entre las obligaciones de cuidar a la prole, por un lado; y velar por sus ascendentes, por otro. En estos contextos familiares, las labores de cuidado se multiplican y se diversifican, y son las cuidadoras quienes resienten mayormente el deterioro de su salud. La dedicación de estas mujeres a un doble cuidado les hace cumplir múltiples roles (madre, trabajadora, hija) atravesadas por su función central como cuidadoras, con lo que descuidan las prácticas para cuidarse y ser cuidadas (Vaqui-ro-Rodríguez; Stieповich-Bertoni, 2010).

Las dificultades del cuidado repercuten en la vida personal y en las relaciones familiares de las cuidadoras, la sobrecarga de trabajo trae consigo fracasos sentimentales, depresión, tristeza, malestar corporal y abandono de sus sueños. Mayobre y Vázquez (2015) encuentran que el trabajo doméstico adicional, sumado a la labor de cuidados, deriva en rupturas profesionales y precarización económica en las cuidadoras. La cotidianidad de la vida de las mujeres antes de ser cuidadoras es completamente transformada: dejan de trabajar, se distancian socialmente, renuncian a actividades recreativas o de ocio, experimentan rupturas maritales o amorosas, y se diversifican sus responsabilidades, entre otros cambios (Giraldo-Molina; Franco-Aguedelo, 2006).

Victoria y María tuvieron que renunciar a oportunidades de trabajo que pudieron significar cambios positivos. La segunda asegura que cuidar de su madre le brinda satisfacción, aunque también ha debido rechazar proyectos laborales y ascensos económicos, como lo sugieren Mier *et al.* (2007: 32) “la vida de las cuidadoras gira y se organiza en torno del cuidado (hábitos, horarios, actividades, ocio...), lo cual produce en ellas un malestar y una sensación de ahogo o exceso de trabajo”. El cuidado requiere disposición de tiempo completo, no tiene horarios y exige capacidad plena física y emocional para realizarlo.

En esta investigación, las entrevistadas reconocen que en algún momento de su trayectoria como cuidadoras se han visto obligadas a elegir entre el cuidado, abandonar su empleo, aceptar otras oportunidades laborales, continuar sus estudios, o incluso contraer matrimonio o iniciar un noviazgo. Alberti *et al.* (2014) acotan que la dedicación intensa de las mujeres en las labores de cuidados reduce tanto el tiempo para sí como otras posibilidades y expectativas personales (estudiar, tener un empleo, contar con patrimonio, tener libertad en la movilidad, cuidar su salud).

Entre las cuidadoras de Ixtacuixtla el empleo intermitente forma parte de sus trayectorias laborales, siempre y cuando este último se ajuste a los horarios del cuidado, tenga flexibilidad en lo que atañe a las peticiones de permisos o se encuentre cerca de sus hogares.

He dejado pasar muchos trabajos y no sé a lo mejor hubiera tenido la oportunidad de estar en otro lugar y en mejores condiciones, pero en ocasiones lo evitaba porque luego mi mamá se ponía mal y pensaba ‘mejor no voy porque qué tal si estoy trabajando y de repente me hablan’. Ella está acostumbrada a mí y no a mis hermanas. Yo sé cómo la he cuidado y sé qué debo hacer cuando se pone mal o qué le gusta y qué no le gusta. (María, comunicación personal, 15.10.2017)

En esta experiencia se acentúa el hecho de que María siente satisfacción y orgullo de dedicarse a cuidar a su madre, postergando sus propios deseos y resignándose a vivir de este modo. Al respecto, Crespo-López y López-Martínez (2007) indican que el cuidado implica, por una parte, que quien cuida debe conocer las necesidades de la persona cuidada; y por otra debe saber cómo atenderlas. En la feminización de la obligación filial (Robles-Silva, 2006), el cuidado se afianza y se asume como una obligación moral: los progenitores sienten que sus descendientes deben cuidarles cuando lo necesiten. De esta manera, y de forma preferente, las hijas asumirán el cuidado como un deber que les corresponde (Aldana-González; García-Gómez, 2011) aun a costa de dedicarle casi todo su tiempo libre, rechazar oportunidades de empleo, o incluso dejar de trabajar para cuidar, por lo general en solitario (Ruiz-Ríos; Nava-Galán, 2012).

Otros malestares que se generan en las cuidadoras son de orden emocional, relacional, sumados a las mencionadas reducción de tiempo libre y afectaciones de órdenes laboral y económico. Algunos estudios indican que el aumento de estrés guarda relación con la falta de ayuda de parte de familiares (Félix *et al.*, 2012). Al respecto, Victoria enuncia que entre los motivos de discusión constante con sus parientes se encuentra el dinero: ella no recibe de su parte ningún tipo de apoyo y cuando este ocurre, es ocasional. La función de cuidadores secundarios exime a hermanos y a otros familiares de la responsabilidad de cuidar, no obstante, pero la presionan para que cumpla sus deseos.

A pesar de los problemas entre familia por la parte económica, mis hermanos vienen a visitar a mi papá una o dos veces por semana y pocas veces aportan algo de dinero. Creen que dando cien pesos cada mes basta y sobra. Incluso, hay un hermano que casi no viene y otro en Estados Unidos que tampoco lo apoya ni económica, ni emocionalmente. (Victoria, comunicación personal, 23.10.2017)

En el estudio de Félix *et al.* (2012), las cuidadoras se perciben abandonadas, con falta de apoyo familiar y carentes de redes sociales, sin acompañamiento. Las emociones no positivas, tales como la angustia y la impotencia ante adversidades producidas por conflictos familiares, el exceso de responsabilidades y de carga de trabajo, y el estrés, son en conjunto malestares que el trabajo de cuidados produce entre las cuidadoras, que por lo general lidian con ellos en silencio y a solas. La depresión es otra de estas afecciones:

He tenido que enfrentar la depresión sola, porque fui la que lo vio desmayar, vomitar, que se pusiera a llorar al sentir que algunos de sus hijos no están cerca, sentir que se va a morir solo. Él se pone a platicar cosas de su niñez, lo que sufrió, como desahogo y para hacerte reflexionar acerca de tu vida, pero dices: '¡Dios, yo también estoy mal como nieta!' Al ver que sus hijos no lo asisten de la manera que quisiera me da depresión, verlo triste me rompe el alma, ver que le da miedo enfermarse de nuevo, terminar en una cama y no poder hacer nada, para mí es muy difícil. (Eli, comunicación personal, 05.11.2017)

Arrollo-Rueda (2010) encuentra que la dedicación de las mujeres al cuidado como actividad laboral produce un fuerte desgaste físico y emocional, principalmente porque no cuentan con apoyo familiar permanente. La experiencia de Eli podría sugerir que las estrategias de afrontamiento o contención emocional para aliviar la carga de cuidado, que debilita la salud emocional de las cuidadoras, son prácticamente inexistentes: sufrir por y al igual que el otro acarrea trastornos emocionales de gran costo en las vidas de las cuidadoras, en especial cuando subsanar esos malestares no depende solo de ellas:

Mis hermanos vienen cada [vez] que se acuerdan [de] que tienen padre. Es algo que a él le duele. Uno como hijo lo ve y lo siente, y sabe qué es lo que le duele. Aunque yo trato de justificarlos diciéndole que si no vienen es porque tienen sus ocupaciones, pues no puedo evitar verlo triste. (Victoria, comunicación personal, 23.10.2017)

Otorgar apoyo emocional, acompañar y escuchar preocupaciones y angustias son actividades también esenciales en los cuidados (Crespo-López; López-Martínez, 2007). En estos contextos, curar las tristezas mediante la escucha y la atención son habilidades emocionales que las cuidadoras practican de forma continua para beneficio de sus seres queridos, pero se olvidan de curarse a sí mismas. Al respecto, Arrollo-Rueda (2010) identifica que las mujeres cuidadoras restringen su capacidad de pedir y exigir apoyo, y desatienden sus problemáticas porque, en la lógica de sus creencias, esa es la vida que “les tocó”. María también expresa que al sufrimiento propio, traducido en depresión y angustia, se suma el sufrimiento de la persona querida:

Cuando ella estuvo muy mala, pensé que se moriría. Para mí fue algo terrible: pensé que ya se me iba y me deprimí mucho, ya no comía y andaba muy triste, y cuando la llevé al doctor y la dieron de alta, la vi un poquito mejor, ya caminaba bien y cosas así; fue cuando me puse bien. (María, comunicación personal, 15.10.2017)

Además, para esta mujer, el hecho de dedicarse a las tareas de cuidado que le brinda a su madre, dentro de las que se encuentra el brindarle y el apoyo físico para su desplazamiento, le ha causado fuertes dolores corporales:

La verdad me he lastimado un poco de la cintura y del cuerpo, por las cargadas para llevarle al baño o ayudarle a vestir cuando no se puede mover por el dolor, pero eso a mí no me importa, primero es ella. (María, comunicación personal, 15.10.2017)

El trabajo de cuidado es mayormente difícil en casos de dependencia y de posturación física (Pinto-Afanador, 2004). Las dorsalgias y lumbalgias son algunas de las principales consecuencias físicas que los cuerpos de las cuidadoras padecen; los riesgos en la salud producidos en las cuidadoras dependerán del nivel de gravedad de la persona cuidada (Mier *et al.*, 2007). Esta situación puede complicarse en función de la red de recursos de apoyo familiar, económicos, sociales y de salud con los que se cuente (Robles-Silva, 2008).

En la revisión que realizan Toro-Moraga y Rivas-Riveros (2016) encuentran que, derivado del aumento de la carga de trabajo, los malestares directos en las cuidadoras pueden ser desde problemas osteoarticulares, dolores de piernas, cabeza o espalda, cansancio, y otros como la depresión y la ansiedad.

Las necesidades de cuidado son particulares en cada caso, pues los contextos familiares de las personas cuidadas y de las cuidadoras ostentan características

diferentes. El cuidado de una persona mayor en condiciones de salud funcional no será igual que las necesidades de aquellas con limitaciones físicas derivadas de una enfermedad crónica degenerativa. Ello causa impactos desemejantes en las vidas de las cuidadoras. Las experiencias de Eli y María muestran que uno de los principios básicos del autocuidado –darse tiempo para sí– es entre las cuidadoras una puerta de difícil apertura:

Quería salir a una cita y ya no le avisé al muchacho que no iba llegar, lo dejé plantado porque mi abuelo había llegado recién del hospital, sus intestinos ya no le funcionaban, entonces mis tíos tenían que ir y no estaban, mi mamá tampoco, solo uno se hizo responsable de traerlo y pues yo tuve que quedarme para asistirlo, y ya no fui a mi cita. (Eli, comunicación personal, 05.11.2017)

Las cuidadoras que sostienen una situación de cuidado demandante deben reducir sus actividades sociales. Pese a su corta edad, Eli realiza la labor de cuidado de modo exclusivo. En ocasiones recibe ayuda de parte de parientes, pero la falta de tiempo para sí ha hecho que sus relaciones de amistad o afectivas sean escasas. Esta situación también ha sido vivenciada por María y Luz: la primera no ha pactado ningún enamoramiento; y la segunda se ha negado a aceptar ofrecimientos de ese tipo, pese a haberlos recibido. Estos casos confirman que “el rol de cuidadoras principales es más difícil de compatibilizar con otros intereses y actividades personales” (Delicado *et al.*, 2001: 3). De este modo, estimulaciones y perspectivas de un propósito de vida son secundarias para estas mujeres: dedican todo el tiempo que les es posible al cuidado del otro (Aldana-González; García-Gómez, 2011). Otras situaciones que producen estragos dañinos y complican la labor de cuidados son los desacuerdos entre la cuidadora y la persona receptora de cuidados, ya que

toda acción de cuidar conlleva una interacción entre dos personas, quien cuida y quien recibe el cuidado (...) el tipo de relación que se establecía tenía que ver con la situación de salud, también con las relaciones de ambas personas previas a la situación de cuidado, con el contexto familiar, con las situaciones de estrés, con la disponibilidad o no de apoyo, entre otros. (Giraldo-Molina; Franco-Aguedelo, 2006: 48)

Esto sugiere que si bien la relación entre cuidadora y persona cuidada puede estar cimentada en sentimientos afectivos y amorosos, eso no asegurará que el conflicto, la agresión o el maltrato nublen la intimidad armoniosa entre dos seres humanos queridos entre sí. El desgaste o malestar emocional y físico entre las cuidadoras y la situación de dependencia de las personas cuidadas están presentes y afloran ante momentos de estrés, cansancio o preocupación (Comas d’Argemir, 2014). La

experiencia entre María y su madre cuidada es un ejemplo de cuán complejo resulta el cuidado en estas condiciones:

Lo malo es que cuando mi mamá está con sus dolores se pone de malas. A veces me ha aventado las cosas y la verdad sí me sentía mal, pero ya después no. Empecé a reflexionar que yo no entendía lo que ella sentía y que por eso se ponía en ese plan. Lo único que hago cuando pasa es tratar de calmarla con masajes en las articulaciones, darle algún antojo. (María, comunicación personal, 15.10.2017)

El trabajo de cuidados produce impactos negativos en las mujeres que lo ejecutan: aislamiento social; disminución o cese de actividades que se realizaban antes de asumir la función del cuidado; sentimientos contradictorios; culpabilidad, impotencia, enojo o conformismo ante el rigor del trabajo y la ausencia de libertad; y roces en la relación con la persona que se cuida, que provocan un fuerte sentimiento de desasosiego o malestar (Mayobre; Vázquez, 2015). En otro caso muy similar, Luz compartió lo siguiente:

En un principio afrontar la situación de cáncer fue duro para ella y no la culpo, yo no lo entendía y por más que traté de hacerle saber que estaba con ella y no la dejaría, parecía que no le importaba y se comportaba como si fuera una enemiga. Con las radiaciones y las quimioterapias estaba insoportable, en la clínica dijeron que tenía que comer y cuando le decía que lo hiciera se molestaba y me gritaba, me hacía sentir mal. (Luz, comunicación personal, 05.11.2017)

Estas actitudes recurrentes hacen que el cuidado se convierta en una importuna carga y que las cuidadoras sean objeto de maltrato y violencia. Sin embargo, un núcleo amortiguador emocional que protege estos sinsabores y ayuda a resistir las confrontaciones es, precisamente, la relación positiva-afectiva entre cuidadora y persona cuidada, que se afianza en el cariño, la confianza y el apego filial. Con esto, en las cuidadoras se produce una sensación de que las tareas de cuidado son menos pesadas. Esta relación emocional, construida en el trato cotidiano, el vínculo de parentesco y las historias personales compartidas entre cuidadora y persona cuidada, influyen en la manera como la cuidadora percibe la situación de cuidado y el impacto que este tiene en su vida. La presencia de sentimientos positivos puede generar relaciones de calidad, lo que hace posible que el nivel de estrés disminuya.

Para Eli, los cuidados a su abuelo sobrevienen del afecto que le une a él y restan importancia a otros aspectos de su vida personal (escolar o sentimental). Por su parte, María banaliza el pesado trabajo de cuidado con la relación óptima que ha establecido con su madre a lo largo de su vida. El minimizar asuntos íntimos ocasiona en

las cuidadoras insatisfacción, tristeza, cansancio, cefalea y dolores musculares (en espalda, cadera y piernas). Además, en la cotidianidad del trabajo de cuidados se ha constatado la presencia de trastornos psicológicos relacionados con la ansiedad, la depresión, las alteraciones del sueño, la apatía y la irritabilidad, considerados agentes estresores (López-Gil; Orueta-Sánchez; Gómez-Caro; Sánchez-Oropesa; Carmona de la Morena; Alonso-Moreno, 2009; Mayobre; Vázquez, 2015).

Precisamente otra de las consecuencias para las cuidadoras es la reducción o falta de tiempo y la imposibilidad de participar en actividades, ambas vinculadas al apoyo social (Domínguez-Guedea, 2016). La complejidad de los cuidados perjudica tanto a la cuidadora como al desempeño diario del cuidado. El exceso de tareas en el que las cuidadoras están comprometidas impacta de forma positiva en la economía familiar, pero en sus propias vidas crea desenlaces de distinta índole; los inevitables malestares en su salud física y emocional son algunos de ellos.

Conclusiones

Las mujeres de la localidad del centro de México representan la única opción para proveer cuidados a familiares con distintos grados de dependencia. Las implicaciones de los cuidados son ambivalentes y desiguales: por una parte, el cuidado se nutre con lazos de reciprocidad basados en el amor y el cariño, que hacen cuidar a otra persona; y por otra, el cuidado está plagado de malestares en la vida de quien lo realiza –las mujeres, en este caso–.

Sin la pretensión de la representación generalizable, el estudio muestra casos que en detalle profundizan sobre la complejidad de los cuidados en el mundo rural. Asumirse como mala hija no parece ser un camino que las entrevistadas quieran recorrer; es preferible ser abnegada, obediente y responder de forma conveniente a los mandatos socioculturales y estereotipados de género. Sin embargo, las vivencias de las mujeres alertan que involucrarse en la responsabilidad de cuidar de otro tiene afectaciones tangibles: dedicarse al cuidado ha detenido o condicionado el desarrollo personal e íntimo que ellas hubieran querido asumir de otro modo.

Precisamente, una aportación de este estudio para los debates teóricos acerca de los cuidados es que se centra en los malestares, sus contornos y las contradicciones a partir de la vivencia de las propias cuidadoras. En tales vivencias, el género se ubica como una categoría primordial para comprender las desigualdades. De este modo, se presta atención, por un lado, a visibilizar que las mujeres tienen presencia; y por otro, a oponerse a la desvalorización social que se les atribuye tanto a ellas como a la labor de cuidado en razón de considerarlas de naturaleza y virtud femenina, y en su lugar, reconocer que los cuerpos de las mujeres importan.

Las vivencias exploradas en este texto reafirman que los cuidados en el México rural de la segunda década del siglo XXI siguen sosteniéndose en mandatos socioculturales tradicionales de género y compromisos de amor, cariño y gratitud de parte de las mujeres, aun cuando ello les implique a estas mujeres renunciar a su propio bienestar, alejándolas de principios de autonomía y libertad y significándoles descuido físico y emocional. En este sistema sexo-género patriarcal, las cuidadoras no distinguen alternativas para devenir seres para sí.

Dada la ausencia de estrategias de política pública, es preciso orientar ciertas acciones para que las cuidadoras sean portadoras de derechos y reciban protección del Estado, pues en este último recae la obligación institucional de garantizar ese derecho. Así entonces, las leyes deben reformarse. Sobre esto, pensar en una regulación salarial o de pensiones puede ser una estrategia; quizás también, los programas de apoyo gubernamental deberían contemplar ayuda para las cuidadoras, apoyo monetario, pero también contención emocional, tal como se viene otorgando a otros grupos de la población objeto de cuidados. Para las cuidadoras, estar fuera de casa se convierte en un momento-espacio propio que las aísla de los malestares provenientes de los cuidados. De igual modo, ser escuchadas es otra manera de consuelo o refugio que las mujeres encuentran: la necesidad de hablar y de que se les preste atención es un grito de auxilio entre las entrevistadas.

Por otro lado, es indispensable que los contornos culturales tradicionales que perfilan a las mujeres “por naturaleza como cuidadoras” se quebranten. Hay que desanclar la norma sociocultural hegemónica a la que no le importa el cuidado de las mujeres y les impide el goce de la vida. Seguir comprometiéndolas como cuidadoras exclusivas es inhumano; la participación y la corresponsabilidad de los hombres es central. Los malestares de género –y sus síntomas– no pueden ser perennes y seguir sosteniéndose en la creencia de que el cuidado es de *naturaleza propia* de las mujeres. Las narrativas de las vivencias aquí presentadas indican que la vida plena de las mujeres cuidadoras seguirá en riesgo en tanto esta costumbre continúe reproduciéndose.

Referencias

Aguirre, Rosario (2008). El Futuro del cuidado. En *Futuro para las Familias y Desafíos para las Políticas* (pp. 23-34), compilado por Irma Arriagada. Santiago de Chile: Cepal. Recuperado de https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/6915/S0800234_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y

- Agulló-Tomás, María Silveria; Zorrilla-Muñoz, Vanesa; Gómez-García, María Victoria (2018). Género y evaluación de programas de apoyo para cuidadoras/es de mayores. *Prisma Social Revista de Ciencias Sociales*, 21, 391-415. Recuperado de <https://revistaprismasocial.es/article/view/2469>
- Alberti-Manzanares, Pilar; Zavala-Hernández, Mirna; Salcido-Ramos, Blanca; Real-Luna, Natalia (2014). Género, economía del cuidado y pago del trabajo doméstico rural en Jilotepec, estado de México. *Agricultura, Sociedad y Desarrollo*, 11(3), 379-400. <https://doi.org/10.22231/asyd.v11i3.90>
- Aldana-González, Gabriela; García-Gómez, Liliana (2011). La experiencia de ser cuidadora de un anciano con enfermedad crónica en San Cristóbal Ecatepec, México. *Revista Aquichan*, 11(2), 158-172. Recuperado de <https://aquichan.unisabana.edu.co/index.php/aquichan/article/view/1898/2458>
- Arias-Sánchez, Samuel; Saavedra-Macías, Francisco Javier; Avilés-Carvajal, Isabel (2017). El cuidado, una actividad de riesgo en tiempos de crisis: Una revisión de la investigación con cuidadoras españolas. *Psicoperspectivas*, 16(1), 42-54. Recuperado de <https://www.psicoperspectivas.cl/index.php/psicoperspectivas/article/viewFile/796/603>
- Arrollo-Rueda, María Concepción (2010). El cuidado en la vejez avanzada: Escenarios y tramas de violencia estructural y de género. *Iberofórum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, 10, 1-21. Recuperado de <https://ibero.mx/iberoforum/10/index.html>
- Berenzon-Gorn, Shoshana; Galván-Reyes, Jorge; Saavedra-Solano, Nayelhi; Bernal-Pérez, Pilar; Mellor-Crummey, Lauren; Tiburcio-Saínez, Marcela (2014). Exploración del malestar emocional expresado por mujeres que acuden a centros de atención primaria de la Ciudad de México. Un estudio cualitativo. *Salud Mental*, 37(4), 313-319. <https://doi.org/10.17711/SM.0185-3325.2014.036>
- Calderó-Beá, María Dolores; Alfonso-Cano, María del Carmen; Barceló-Barceló, Inmaculada; León-Martínez, Luis Pilar; Tourné-García, Marina; Sánchez-López, María Isabel (2008). Acercamiento al malestar psicosocial de mujeres y hombres desde la atención primaria de salud. *Archivos en Medicina Familiar*, 10(4), 137-143. Recuperado de <https://www.medigraphic.com/cgi-bin/new/resumen.cgi?IDARTICULO=26818>
- Carrasco, Cristina; Borderías, Cristina; Torns, Teresa (2011). Introducción. El trabajo de cuidados: antecedentes históricos y debates actuales. En *El trabajo de cuidados. historia, teoría y políticas* (pp. 13-95), editado por Cristina Carrasco; Cristina Borderías; Teresa Torns. Madrid: Los libros de la Catarata.
- Comas d'Argemir, Dolors (2014). Los cuidados y sus máscaras. Retos para la antropología feminista. *Mora*, 20, 167-182. Recuperado de <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/mora/article/view/2339>

- Crespo-López, María; López-Martínez, Javier (2007). *El apoyo a los cuidadores de familiares mayores dependientes en el hogar: desarrollo del programa Cómo mantener su bienestar*. Recuperado de <https://www.imserso.es/InterPresent2/groups/imserso/documents/binario/apoyocuidadores.pdf>
- Delicado-Useros, María Victoria; García-Fernández, Miguel Ángel; López-Moreno, Belén; Martínez-Sánchez, Pilar (2001). Cuidadoras informales. Una perspectiva de género. *Revista de enfermería*, 13, 1-5. Recuperado de <https://ruidera.uclm.es/xmlui/handle/10578/373>
- Domínguez-Guedea, Miriam Teresa (2016). Bienestar en Cuidadores Familiares de Adultos Mayores: Un Derecho, una aspiración y un constructo psicológico. *Revista Iberoamericana de Diagnóstico y Evaluación - e Avaliação Psicológica*, 1(41), 104-117. Recuperado de <https://www.aidep.org/sites/default/files/articles/R41/Art9.pdf>
- Esteban, Mari Luz (2017). Los cuidados, un concepto central en la teoría feminista: aportaciones, riesgos y diálogos con la antropología. *Quaderns-e de l'Institut Català d'Antropologia*, 22(2), 33-48. Recuperado de <https://raco.cat/index.php/QuadernseICA/article/view/333111>
- Fascioli, Ana (2010). Ética del cuidado y ética de la justicia en la teoría moral de Carol Gilligan. *Revista ACTIO*, 12, 41-57. Recuperado de <http://www.actio.fhuce.edu.uy/images/Textos/12/Fascioli12.pdf>
- Félix-Alemán, Aurora; Aguilar-Hernández, Rosa María; Martínez-Aguilar, María Luz; Ávila-Alpírez, Hermelinda; Vázquez-Galindo, Laura; Gutiérrez-Sánchez, Gustavo (2012). Bienestar del cuidador/a familiar del adulto mayor con dependencia funcional: una perspectiva de género. *Revista de enfermería y humanidades. Cultura de los Cuidados*, 33, 81-88. <https://doi.org/10.7184/cuid.2012.33.11>
- Flores, Elizabeth; Rivas, Edith; Seguel, Fredy (2012). Nivel de sobrecarga. El desempeño del rol del cuidador familiar de adulto mayor con dependencia severa. *Ciencia y Enfermería*, 18(1), 29-41. <http://dx.doi.org/10.4067/S0717-95532012000100004>
- Gilligan, Carol (2013). El daño moral y la ética del cuidado. *Cuadernos de la Fundación Víctor Grífols i Lucas*, 30, 10-39. Recuperado de <http://www.secpal.com/%5CDocumentos%5CBlog%5CCuaderno30.pdf>
- Giraldo-Molina, Clara Inés; Franco-Aguedelo, Gloria María (2006). Calidad de vida de los cuidadores familiares. *Revista Aquichan*, 6(1), 38-53. Recuperado de <https://aquichan.unisabana.edu.co/index.php/aquichan/article/view/79/162>
- Jansen, Harrie (2013). La lógica de la investigación por encuesta cualitativa y su posición en el campo de los métodos de investigación social. *Paradigmas. Una revista disciplinar de investigación*, 5(1), 39-72. Recuperado de https://issuu.com/unitec-cpa/docs/p_v5n1
- Lagarde, Marcela (1993). *Los cautiverios de las mujeres: madres, esposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- López-Gil, María Jesús; Orueta-Sánchez, Ramón; Gómez-Caro, Samuel; Sánchez-Oropesa, Arancha; Carmona de la Morena, Javier; Alonso-Moreno, Francisco Javier (2009). El rol de cuidador de personas dependientes y sus repercusiones sobre su calidad de vida y salud. *Revista clínica de medicina familiar*, 2(7), 332-339. Recuperado de <https://archivo.revclinmedfam.com/articulo.php?pagina=35&art=72>
- Martínez-Salgado, Carolina (2012). El muestreo en investigación cualitativa. Principios básicos y algunas controversias. *Ciência & Saúde Coletiva*, 17(3), 613-619. Recuperado de <http://www.cienciaesaudecoletiva.com.br/artigos/el-muestreo-en-investigacion-cualitativa-principios-basicos-y-algunas-controversias/9129>
- Maruaga, Soledad; Pascual, Pilar (2013). *La salud mental de las mujeres: la psicoterapia de equidad feminista*. Madrid: Asociación de Mujeres para la Salud.
- Mayobre, Purificación; Vázquez, Iria (2015). Cuidar cuesta: un análisis del cuidado desde la perspectiva de género. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 151, 83-100. <http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.151.83>
- Mejía-Navarrete, Julio Víctor (2011). Problemas centrales del análisis de datos cualitativos. *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social*, 1, 47-60. Recuperado de <http://relmis.com.ar/ojs/index.php/relmis/article/view/43/46>
- Mier-Villarías, Iratxe; Romeo-Pérez, Zuriñe; Canto-Combarro, Ainara; Mier-Villarías, Roberto (2007). Interpretando el cuidado. Por qué cuidan solo las mujeres y qué podemos hacer para evitarlo. *Zerbitzuan Revista de Servicios Sociales*, 42, 29-38. Recuperado de <http://www.zerbitzuan.net/documentos/zerbitzuan/Interpretando%20el%20cuidado.pdf>
- Pinto-Afanador, Natividad (2004). La cronicidad y el cuidado familiar, un problema de todas las edades: los cuidadores de adultos. *Avances de Enfermería*, 22(1), 54-60. Recuperado de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/avenferm/article/view/37941>
- Robles-Silva, Leticia (2001). El fenómeno de las cuidadoras: un efecto invisible del envejecimiento. *Estudios demográficos y urbanos*, 16(3), 561-584. <http://dx.doi.org/10.24201/edu.v16i3.1109>
- Robles-Silva, Leticia (2006). El cuidado a los ancianos: la feminización de la obligación filial. En *Miradas sobre la vejez. Un enfoque antropológico* (pp. 247-298), coordinado por Leticia Robles-Silva, Felipe Vázquez-Palacios, Laureano Reyes-Gómez e Imelda Orozco-Mares. México: El Colegio de la Frontera Norte/Plaza y Valdés.
- Robles-Silva, Leticia (2008). The Caregiving Trajectory Among Poor and Chronically Ill people. *Qualitative Health Research*, 18(3), 358-368. <https://doi.org/10.1177/1049732307313753>
- Ruiz-Ríos, Ana Elizabeth; Nava-Galán, María Guadalupe (2012). Cuidadores: responsabilidades-obligaciones. *Revista de enfermería neurológica*, 11(3), 163-169. Recuperado de <http://www.medigraphic.com/pdfs/enfneu/ene-2012/ene123i.pdf>

- Salgado-Lévano, Ana Cecilia (2007). Investigación cualitativa: diseños, evaluación del rigor metodológico y retos. *Liberabit*, 13(13), 71-78. Recuperado de: http://ojs3.revistaliberabit.com/publicaciones/revistas/RLE_13_1_investigacion-cualitativa-disenos-evaluacion-del-rigor-metodologico-y-retos.pdf
- Toro-Moraga, Yeni Leticia; Rivas-Riveros, Edith (2016). Cuidadores informales rurales de pacientes dependientes severos. *Revista Iberoamericana de Educación e Investigación en Enfermería*, 6(1), 56-62. Recuperado de <https://www.enfermeria21.com/revistas/aladefe/articulo/192/cuidadores-informales-rurales-de-pacientes-dependientes-severos/>
- Vaquiro-Rodríguez, Sandra; Stiepovich-Bertoni, Jasna (2010). Cuidado informal, un reto asumido por la mujer. *Ciencia y Enfermería*, 16(2), 9-16. <http://dx.doi.org/10.4067/S0717-95532010000200002>
- Velasco-Arias, Sara (2005). Síndromes del malestar de las mujeres en atención primaria. *Mujeres y Salud: revista de comunicación interactiva*, 16, 11-15. Recuperado de http://matriz.net/mys16/16_22.htm
- Villa-Sánchez, Sughei (2019). *Las políticas de cuidados en México. ¿Quién cuida y cómo se cuida?* México: Fundación Friedrich Ebert. Recuperado de <http://library.fes.de/pdf-files/bueros/mexiko/15303.pdf>
- Yanguas-Lezaun, José Javier; Leturia-Arrázola, Francisco Javier; Leturia-Arrázola, Miguel (2000). Apoyo informal y cuidado de las personas mayores dependientes. *Papeles del psicólogo*, 76, 23-32. Recuperado de <http://www.papelesdelpsicologo.es/resumen?pii=836>

Los programas de inclusión social juvenil en la gestión de las violencias de género: reflexiones a partir de la implementación del Programa Envión en Buenos Aires

DOI: <https://doi.org/10.18046/recs.i35.4658>

Youth Social Inclusion Programs in the Management of Gender Violence: Reflections from the Implementation of the Envión Program in Buenos Aires

Ana Cecilia Gaitán**

Universidad Nacional de San Martín (Buenos Aires, Argentina)

.....

* Este artículo se deriva del proyecto de investigación “Mujeres, autonomía y participación. Un análisis sobre las continuidades y discontinuidades en las propuestas estatales para la inclusión social de jóvenes de sectores populares en Buenos Aires”, financiado por el CONICET (Argentina) a través de una beca posdoctoral (2018-2020). También contó con el apoyo de la Secretaría de Relaciones Exteriores mexicana (SRE) a través de la Beca de Excelencia para extranjeros del Gobierno de México (2019). Artículo de investigación recibido el 17.02.2021 y aceptado el 08.07.2021.

** Doctora en Antropología de la Universidad de Buenos Aires (UBA, Argentina). Investigadora asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET) con sede de trabajo en el Laboratorio de Investigaciones en Ciencias Humanas (LICH) de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM, Argentina). Docente en la UBA y en la UNSAM. Integrante del Programa de Estudios Sociales en Género, Infancia y Juventud (CEDESI-UNSAM). Correo electrónico: agaitan@unsam.edu.ar ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7972-9034>

Cómo citar/How to cite

Gaitán, Ana Cecilia (2021). Los programas de inclusión social juvenil en la gestión de las violencias de género: reflexiones a partir de la implementación del Programa Envión en Buenos Aires. *Revista CS*, 35, 99-123. <https://doi.org/10.18046/recs.i35.4658>

Resumen

Abstract

En las dos últimas décadas, tanto en Argentina como en el ámbito regional, ha emergido un conjunto de programas destinados a jóvenes con *derechos vulnerados* o *en riesgo de exclusión*, tendientes a garantizar su integración al sistema educativo y al mercado laboral. A partir del análisis del programa Envión en la provincia de Buenos Aires, este artículo ofrece reflexiones sobre la manera en que estas iniciativas de inclusión social pueden también operar como dispositivos encargados de gestionar el sufrimiento de mujeres jóvenes pobres; y sobre el modo en que dicha gestión puede presentar ambivalencias y tensiones entre destinatarias y trabajadoras que invitan a explorar con detenimiento las relaciones entre jóvenes pobres, violencias y cuidados. Los datos presentados fueron producidos en el marco de dos investigaciones cualitativas centradas en los procesos participativos orquestados por el Envión entre 2013 y 2017.

PALABRAS CLAVE:

Estado, mujeres jóvenes, sufrimiento social, violencias de género

.....

In the last two decades in Argentina and at the regional level, a set of programs aimed at young people with *violated rights* or *at risk of exclusion* have emerged, aimed at guaranteeing their integration into the education system and the labor market. Based on the analysis of the Envión Program in the province of Buenos Aires, this article offers reflections on how these social inclusion initiatives can also operate as devices for managing the suffering of poor young women, and on how such management can present ambivalences and tensions between clients and state workers, which invite a careful exploration of the relationships between poor young people, violence, and care. The data presented was produced within the framework of two qualitative investigations focused on the participatory processes orchestrated by Envión between 2013 and 2017.

KEYWORDS:

State, Young Women, Social Suffering, Gender Violence

Introducción

En el ámbito regional, durante las dos últimas décadas ha emergido un conjunto de programas destinados a adolescentes y jóvenes con *derechos vulnerados* o *en riesgo de exclusión*, tendientes a garantizar su integración en el sistema educativo y al mercado laboral. En Argentina, el surgimiento de estos programas se enmarcó en el contexto de institucionalización de los derechos de niñas y adolescentes y se vinculó a la pretensión estatal de refundar su vínculo con la juventud pobre (Llobet *et al.*, 2013). Como lo indiqué en un artículo previo (Gaitán, 2019), y de acuerdo con los señalamientos expuestos en Llobet, Gaitán, Medan y Magistris (2013), estos programas propusieron metodologías de trabajo más flexibles; en ellos, pretensiones de horizontalidad y conceptos de la educación popular se combinaban con la idea de voluntariedad, plasmada en un *contrato*¹ a través del cual les destinataries se comprometían con su situación (Gaitán, 2019: 289). Además, para conseguir aquella distancia respecto de actores estatales represivos –policía o poder judicial– y tradicionales –escuela– y lograr acercarse de un modo diferente a los jóvenes, apelaban a la acción y saberes de militantes sociales y referentes territoriales, y establecían los barrios donde aquellos vivían como espacios estratégicos para la intervención (Llobet *et al.*, 2013, como se citó en Gaitán, 2019: 289).

Estos programas han sido objeto de análisis de investigaciones locales que han avanzado en indicar al menos dos cuestiones significativas sobre ellos. En primer lugar, la manera paradójica en que generan disciplinamiento, a la vez que habilitan la ampliación de ciudadanía, bien porque favorecen el acceso directo a derechos o porque crean condiciones para que les jóvenes aprendan a demandarlos (Llobet *et al.*, 2013). En segundo lugar, en la construcción del riesgo y de la exclusión inherente a sus definiciones institucionales, estos programas visibilizan algunas situaciones como riesgosas y problemáticas, mientras invisibilizan otras (Gaitán, 2017; Llobet, 2008; Medan, 2013).

Con la recuperación de dichos aportes, en el presente artículo busco ofrecer nuevas reflexiones respecto a la manera en que aquellos programas estatales pueden ser leídos como dispositivos encargados de gestionar el sufrimiento de mujeres jóvenes pobres. Esto en tanto, de un lado, reconocen la condición de vulnerabilidad de estas

.....

1. Utilizo itálicas para introducir la voz nativa y términos propios de las sujetas de investigación. Estas introducciones se producen a través de pasajes de entrevistas y registros de campo. También las utilizo para relativizar determinados términos o indicar su polisemia. Además, cabe señalar que opto por utilizar el lenguaje inclusivo a partir del uso de la letra *e*, con dos propósitos: expresar la diversidad y complejidad de las relaciones sociales e identidades, y cuestionar el binarismo con el que han sido pensadas. En cuanto a las destinatarias y trabajadoras del programa, interlocutoras directas de ambas investigaciones, me refiero a ellas como mujeres, en tanto se autopercebían como mujeres cisgénero.

mujeres, relativizada por otros actores sociales como, por ejemplo, los medios de comunicación masivos que (re)producen estereotipos de aquellas como *malas víctimas* de las violencias de género (Arduino, 2014); y de otro lado, despliegan acciones de protección en esa línea (Llobet, 2015). Para ello me centraré en Envi3n: este es uno de los programas de la provincia de Buenos Aires dirigidos a la poblaci3n juvenil con mayor alcance. Indicaré la forma en que este programa, destinado a j3venes de sectores populares, constituía un escenario particular de un proceso social más amplio de gesti3n de las vulnerabilidades y violencias de género.

Los datos que presento fueron producidos en el marco de dos investigaciones que han puesto el foco en los procesos participativos (Cornwall, 2008), orquestados por el programa de inclusi3n social juvenil Envi3n, en su encarnadura en dispositivos juveniles locales en dos municipios del conurbano bonaerense entre los años 2012 y 2017. En consonancia con el planteamiento de Andrea Cornwall (2008), considero las propuestas de participaci3n orquestadas por este programa como procesos políticos en que discursos institucionales, traducidos en prácticas concretas, se despliegan para regular las acciones de las destinatarias dentro y fuera del programa. En estos procesos participativos, las j3venes mujeres pueden transgredir sus posiciones como destinatarias pasivas y refutar los intentos de gobierno que recaen sobre ellas.

El artículo se encuentra organizado en cuatro apartados. En el primero repongo aspectos metodol3gicos centrales de ambas investigaciones; allí detallo las estrategias priorizadas para la construcci3n y análisis de datos. En el segundo presento aspectos generales del programa Envi3n. En el tercero apporto luces sobre los trabajos reflexivos puestos en juego en dos propuestas participativas elaboradas localmente para gestionar las violencias que enfrentaban las destinatarias; atiendo tanto el trabajo reflexivo de las agentes estatales e investigadoras encargadas de diseñar y llevar adelante dichas propuestas, como el de las destinatarias. En las conclusiones señalo cómo aquellas propuestas de participaci3n que Envi3n ofrecía a las j3venes mujeres, y que se erigían y tramaban sobre una labor reflexiva tendiente a redefinir sus identidades, lejos de ser armoniosas, presentaban ambivalencias y tensiones que invitan a explorar con detenimiento las relaciones que las mujeres j3venes pobres mantienen con las violencias y los cuidados –invitaci3n que fuera también colocada recientemente por otras investigaciones en Argentina– (Cozzi, 2019; Masson, 2020).

Sobre la producci3n y análisis de los datos

Como lo mencioné en el apartado introductorio, los datos presentados aquí fueron producidos en el marco de dos investigaciones que se centraron en los procesos participativos (Cornwall, 2008) orquestados por el programa Envi3n. La primera,

de carácter etnográfico, corresponde a mi pesquisa doctoral (2012-2016): en ella procuré aportar a la comprensión de los modos de gestión contemporáneos de la maternidad juvenil y el género en el marco de programas estatales destinados a la inclusión social de jóvenes. El trabajo de campo fue realizado principalmente en la Casa de la Juventud La Estrella², una de las sedes del Envión en el municipio de Morón. Dado que el eje central de la perspectiva etnográfica es el análisis de las situaciones que se viven cotidianamente y suelen no ser documentadas (Achilli, 2005), optar por aquella perspectiva permitió brindar claridades sobre aquello que refería a lo informal e intersticial de la política social considerada, así como captar la complejidad y no linealidad de las relaciones sociales que se producían cotidianamente en el marco de su implementación (Cerletti; Gessaghi, 2012). En esta investigación empleé diferentes estrategias metodológicas. Si bien llevé a cabo entrevistas semiestructuradas, abiertas y en profundidad, y relevé y analicé fuentes secundarias, privilegié la “participación con observación” (Guber, 2004).³

La segunda pesquisa, en cambio, se trató de una investigación - acción participativa (Sirvent; Rigal, 2014) realizada en el año 2016. Esta se inscribe en una historia de trabajo conjunto entre el Programa de Estudios Sociales en Género, Infancia y Juventud de la Universidad Nacional de San Martín y el Centro Juvenil la Llamita, uno de los lugares donde se implementaba el programa Envión en el municipio de San Martín. Este segundo proyecto emergió tras la demanda de dicho Centro de que el Programa de Estudios Sociales en Género, Infancia y Juventud, espacio en el que me desempeñé como investigadora, colaborase en el fortalecimiento de la participación de sus jóvenes destinatarias^{4 5}. Para lograr este objetivo, el Centro Juvenil nos propuso diseñar un espacio propio para ellas. En la planificación conjunta entre el Centro y el Programa, aquel espacio se pensó con una dinámica flexible que permitiese recoger los emergentes de cada encuentro e integrarlos al objetivo de la iniciativa: habilitar un ambiente seguro y de confianza en el que las destinatarias pudiesen construir vínculos con otras mujeres, a partir de problematizar los estereotipos y las relaciones sociales basadas en desigualdades de género.

.....
2. Con el objetivo de resguardar la identidad de los sujetos que han colaborado con esta investigación, se mantiene el anonimato de los barrios. Los nombres utilizados son ficticios.

3. El corpus de la tesis contó con 31 entrevistas a autoridades, coordinadores, profesionales, operadores barriales, operadoras juveniles, destinatarias e integrantes de OSC, y con 88 registros de campo.

4. El programa forma parte del Centro de Estudios Desigualdades, Sujetos e Instituciones (Cedesi - Unsam).

5. El Programa y el Centro Juvenil comenzaron a trabajar colaborativamente en el año 2015 y desde entonces, hasta el 2018 impulsaron diferentes proyectos. Agradezco profundamente a las Dras. Llobet y Medan, directoras del Cedesi y del Programa respectivamente, por invitarme a diseñar y adelantar junto con ellas la experiencia investigativa del año 2016.

Esta experiencia, que se desarrolló durante un año, se enmarcó en un taller ya existente en el Centro, denominado *proyecto de vida*, y llevado a cabo de forma alternada por cuatro talleristas: una de ellas era trabajadora del Envi3n de La Llamita y coordinadora del mencionado taller; las otras tres, entre ellas yo, nos desempeñábamos como investigadoras del Programa de Estudios Sociales en Género, Infancia y Juventud. En el marco de esta pesquisa, produjimos 31 registros escritos de lo observado en cada taller y de las charlas informales que manteníamos con las destinatarias y los trabajadores del Centro Juvenil. Con base en dichos registros escribimos dos informes que fueron entregados y discutidos con aquellos agentes estatales.

El análisis en ambas investigaciones se centró en dos núcleos de datos: las interacciones cotidianas entre las talleristas y los agentes estatales encargados de implementar los programas, y las destinatarias y los discursos e ideas que aquellas manifestaron en el marco de las entrevistas semiestructuradas y en profundidad, así como en las diversas charlas informales.

Envi3n: bases de un programa para la *juventud excluida*

Envi3n es un programa de transferencias condicionadas de ingresos, destinado a personas de edades comprendidas entre 12 y 21 años, residentes en la provincia de Buenos Aires y *en situaci3n de vulnerabilidad social*⁶. Al realizar las dos investigaciones que aqu3 se recuperan, los objetivos formales del programa eran integrar a les jóvenes en el sistema educativo y el mercado laboral, y ofrecerles un espacio de contenci3n donde pudieran realizar actividades deportivas, recreativas y culturales⁷. Si bien el programa dependía del Ministerio de Desarrollo de la provincia de Buenos Aires, su implementaci3n se encontraba a cargo de las áreas de niñez y adolescencia y de juventud de los municipios⁸. Así, las actividades de Envi3n solían desarrollarse en dispositivos locales destinados a jóvenes donde también se implementaban otros programas y políticas públicas para ellos, y que correspondían a distintos niveles de gobierno. En San Mart3n, el programa Envi3n se implementaba en los centros juveniles del distrito, en Mor3n y en las casas de la juventud locales. Como lo señalan Medan, Gaitán y Llobet (2019), estos centros y casas, a diferencia de otros dispositivos de protecci3n, como, por ejemplo, los Servicios Locales, se caracterizan por ser

.....

6. La transferencia económica es percibida directamente por cada joven.

7. Véase https://www.gba.gob.ar/desarrollo_de_la_comunidad/asistencia/envion

8. Actual Ministerio de Desarrollo de la Comunidad.

espacios organizados para que los jóvenes los transiten y habiten sin mediaciones burocráticas de turnos, y con horarios flexibles.

Al igual que otras iniciativas similares destinadas a la inclusión social de jóvenes, producto de una preocupación generacional, Enviñón buscaba que los destinatarios lograsen construir un *proyecto de vida*; la incorporación al mercado de trabajo formal resulta su más acabada expresión (Gaitán, 2019; Llobet, 2009; Medan, 2013). En su diseño programático se sugería que en las sedes se trabajase sobre las capacidades subjetivas de los jóvenes de manera que puedan construir proyectos de vida propios a través de una transferencia condicionada de ingresos, además de asistencia legal, acompañamiento y oferta de espacios de formación y recreación.

En las dos implementaciones del programa estudiadas, no tener un *proyecto de vida*⁹ aparecía esbozado por los trabajadores como un riesgo que amenazaba la inclusión social de los destinatarios; algo sobre lo que ellos y los jóvenes debían trabajar, y que suponía un conjunto de compromisos y obligaciones. Así lo mencionó una de las trabajadoras del Enviñón de Morón:

Porque son pibes que vienen como más... en principio, supongo que, por las características de ellos, vienen más pensando o estando en lo inmediato, en lo cotidiano, pero como un presente muy presente, no hay ningún tipo de proyecto, es difícil detectar lo que les pasa, a veces los pibes en la cabeza es un quilombo, ya para uno a veces es difícil decir 'Bueno, me pasa esto, necesito esto'. Y si bien nosotros podemos ayudarlos en esto de la escucha, no son cosas que estén acostumbrados, entonces, para ellos también es un espacio donde se encuentran con un otro institucional, donde tienen que cumplir un determinado rol que es darle las respuestas que el profesional le pide; si pegás buena onda el pibe se va a abrir un poco más, pero todo eso es un proceso, pero a la vez, el proceso es algo que tiene que pasar, porque yo [en relación a un destinatario] estoy cobrando una beca, entonces, hacia algún lugar... (profesional, comunicación personal, 03.10.2014)

Poner a los jóvenes en una inmediatez donde la idea de un *proyecto de vida* se encontraba ausente constituía la justificación que Enviñón –y otros programas similares– utilizaba para ubicarles como personas carentes. Al esbozar la juventud como una etapa incompleta y de transición hacia un estado supuestamente pleno de adultez, el programa Enviñón establecía una preocupación transicional en que la

.....
9. El concepto de proyecto de vida es una categoría paradigmática. Esta emergió alrededor de la década de 1950 y en el auge del modelo del Estado de Bienestar, asociada con las tareas definidas como propias del fin de la adolescencia: salida del hogar parental mediante la independencia económica lograda a través de un empleo o profesión, y formación de una familia propia (Llobet, 2008).

edad aparecía, en gran parte, como la dimensión a la que invocaba para comenzar a definir a sus destinataries y sus intervenciones (Medan, 2013).

Si bien la edad constituía la primera preocupación sobre la cual desplegar acciones, esta se intersectaba en el discurso de los trabajadores de las dos sedes analizadas de manera compleja con la clase social y el género. De acuerdo con su mirada, ser joven en un barrio de sectores populares tornaba la inmediatez en algo aún más riesgoso. En sintonía con los datos presentados por Medan (2013), para los trabajadores del Envión de La Llamita y de La Estrella, esa malla de riesgos que envolvía a los destinataries por el hecho de ser jóvenes de aquel barrio atentaba contra sus posibilidades concretas de construir *proyectos de vida* legítimos. La carencia de un proyecto vital no solo era un fenómeno indeseable y peligroso en sí mismo, sino también producto de otras situaciones riesgosas. Por ejemplo, de necesidades básicas insatisfechas, instituciones estatales ausentes o brutalmente presentes, familias *disfuncionales* o *ineficientes*, grupos de pares inapropiados, mandatos y dinámicas barriales conflictivas (Gaitán, 2019: 293). Pero, para estos trabajadores existían diferencias según el género de los destinataries (Gaitán, 2019: 2020)¹⁰. Al igual que en otros programas con objetivos similares, ambas implementaciones del Envión reservaban la violencia, el delito y el consumo de drogas y alcohol para los varones; mientras que para las mujeres correspondían las violencias de género y una sexualidad *problemática* (Gaitán, 2019: 294). En sintonía con la masificación del movimiento feminista y la reactualización de sus demandas históricas, cuando se trataba de jóvenes mujeres eran la falta de autonomía y la exposición a ciertas expresiones de la violencia de género lo que las volvía vulnerables y amenazaba. Por lo tanto, el armado de un *proyecto de vida* se encontraba asociado al forjamiento de *autonomía*, así como a la desnaturalización y sustitución de comportamientos y relaciones violentas en que las jóvenes se encontrarían inmersas. Esto bajo el considerando de los trabajadores de que sus intervenciones coexistían con múltiples instituciones (estatales y no estatales) y microprácticas sancionatorias, que desplegaban instrucciones –en disputa– respecto de cómo aquellas jóvenes debían vivir sus vidas y desarrollar una feminidad apropiada. También con la reinstalación de discursos públicos (mediático y judicial) que ponían en circulación expresiones negativas de las biografías de las jóvenes pobres *víctimas* de violencias de género, con el objeto de culpabilizarlas de la violencia de la que eran blanco (Arduino, 2014).

Desde estas significaciones y preocupaciones, en las implementaciones locales del Envión estudiadas se forjaban propuestas de participación específicas para las destinatarias, tendientes, entre otras cuestiones, a neutralizar la violencia expresiva

10. Las interpretaciones e intervenciones de los trabajadores de ambos *enviones* solían montarse sobre estructuras de sexo-género binarias y cisnormadas.

de la que son blanco (Llobet, 2015), y cuestionar y desandar sus intenciones y efectos domesticadores de sus experiencias juveniles y feminidades.

Para concluir este apartado, cabe señalar que dichas propuestas se desplegaban en el marco de una ausencia, en los ámbitos nacional y provincial, de políticas públicas integrales y líneas de acción específicas para la prevención y erradicación de las violencias contra las jóvenes mujeres.

Talleres de chicas: una apuesta para gestionar las violencias de género

Al igual que el discurso de derechos y de inclusión social, el de género guiaba parte de las prácticas de los dos equipos del Enviñon considerados. A pesar de que el diseño del programa no hacía referencia a la desigualdad de género, ambos equipos la habían puesto como uno de los temas prioritarios de la intervención.

En el caso del Enviñon La Estrella de Morón, los trabajadores habían destinado numerosos esfuerzos a cumplir con los lineamientos establecidos por el Plan Municipal de Igualdad de Oportunidades entre Varones y Mujeres (PIO)¹¹: entre ellos, articulaciones con otros dispositivos del área de Género; *asambleas*¹² destinadas a los ejes de educación sexual integral y de aborto; y actividades en conjunto con trabajadoras del área de Salud para repasar la utilización de los métodos anticonceptivos. Por su parte, el equipo del Enviñon La Llamita de San Martín también consideraba que la igualdad de derechos entre los jóvenes era un tema central por atender, y por ello sostenía vínculos con dos actores estatales clave: el Centro de Atención Primaria de la Salud (CAPS) del barrio y el Programa de Estudios Sociales en Género, Infancia y Juventud de la Universidad Nacional de San Martín.

Como parte de las prioridades establecidas desde ambas implementaciones, y frente a la preocupación por el incremento de las ausencias de las destinatarias en otros espacios colectivos, en La Estrella y en La Llamita los trabajadores habían configurado propuestas de participación específicas para ellas. En el caso del primer

11. Morón no se encontró ajeno al giro subnacional en los procesos de elaboración y ejecución de políticas de igualdad de género que se produjo a la par de la emergencia de nuevas agendas globales para los derechos de las mujeres (Rodríguez-Gustá, 2010). En el año 2004 se creó la Coordinación de Políticas de Género; tres años después se transformó en Dirección de Políticas de Género y contó con un presupuesto, personal y oficinas propias (Rodríguez-Gustá, 2010). Un intento por transversalizar la política de género fue la elaboración e implementación de Planes de Igualdad de Oportunidades entre Varones y Mujeres (PIO) (2006-2008 y 2010-2014).

12. Entre los espacios de discusión colectivos, cada semana tenía lugar la *asamblea*.

Envi3n, decidieron *reabrir* el *taller de belleza* y transformarlo en un grupo de mujeres que les permitiese a las destinatarias *deconstruir sus identidades femeninas*. Promocionado como *taller de chicas*, dicho espacio poco recuper3 del esp3ritu y la din3mica del viejo *taller de belleza*¹³ y se configur3 m3s como una propuesta para trabajar con las j3venes cuestiones vinculadas a los estereotipos de g3nero, la sexualidad, el placer, la autoestima, las relaciones sexo afectivas y los noviazgos. En sinton3 con la observaci3n de la coordinadora del programa en La Estrella, hab3an procurado “llenarlo de contenidos” (coordinadora, comunicaci3n personal, 24.04.2014).

En el caso del Envi3n La Llamita, la incorporaci3n de un espacio propio para las destinatarias surgi3 en el marco de la demanda del Centro Juvenil al Programa de Estudios Sociales en G3nero Infancia y Juventud de la (Cedesi-Unsam)¹⁴. En la planificaci3n conjunta entre el Centro y el Programa, el espacio se pens3 con una din3mica flexible que permitiese recoger los emergentes de cada encuentro e integrarlos al objetivo del proyecto: habilitar un espacio seguro y de confianza en el que las destinatarias pudiesen construir v3nculos con otras mujeres a partir de problematizar los estereotipos y las relaciones sociales basadas en desigualdades de g3nero. Como se mencion3 p3ginas atr3s, esta experiencia se desarroll3 durante un a3o y se enmarc3 en un taller ya existente en el Centro, denominado *proyecto de vida*¹⁵.

.....

13. A diferencia de otros talleres que eran guiados por el equipo del Envi3n o por talleristas, el de *belleza* estaba conducido por exdestinatarias que, cobrando doble beca, hab3an sido reincorporadas al programa bajo la figura de operadoras juveniles. Este taller hab3a sido propuesto por las destinatarias y buscaba construir un espacio de encuentro semanal donde aprendiesen a maquillarse y peinarse utilizando recursos gestionados por el programa. Durante el transcurso del 2013, el taller dej3 de funcionar. La escasez de recursos, las *desinteligencias* del programa en la forma de gestionarlos y las irregularidades del pago de las becas por parte del gobierno provincial hab3an tornado oscilantes las asistencias de las destinatarias y de la operadora juvenil a cargo en ese momento. De acuerdo con los trabajadores, esta 3ltima hab3a manifestado que, ante la falta de pago de la doble beca por parte del programa, su novio hab3a empezado a cuestionar su participaci3n en el taller.

14. En San Mart3n no exist3a un plan de igualdad de oportunidades entre varones y mujeres. De todas maneras, la Secretar3a de Desarrollo Social local desplegaba acciones vinculadas a la promoci3n de la igualdad de derechos y oportunidades de las mujeres. Desde el a3o 2012, el municipio cuenta con el Sistema de Protecci3n Integral para Mujeres que Padecen Violencia, a cargo de la Subsecretar3a de Inclusi3n e Integraci3n Social. As3 mismo, bajo la 3rbita de la Secretar3a de Desarrollo Social se encuentran la Direcci3n de Pol3ticas de G3nero y la L3nea Gratuita de Protecci3n de Derechos 0800 888 5678, que atienden durante las 24 horas del d3a, los 365 d3as del a3o.

15. Desde el 2015, las Dras. Llobet y Medan, investigadoras del Programa de Estudios Sociales de Infancia y Juventud (Cedesi-Unsam) comenzaron a colaborar con proyectos de dos centros juveniles, entre ellos el de La Llamita.

Propuestas

En sintonía con lo que indiqué en un trabajo previo (Gaitán, 2019: 298), la construcción de ambos espacios se erigía bajo la expectativa de los trabajadores e investigadoras de que hablar de lo propio, así como escuchar lo que las otras participantes tenían para decir, permitiría a las jóvenes iniciar una introspección desnaturalizadora de sus cotidianidades. Esto les permitiría, en un escenario de múltiples constreñimientos, construir *otra mirada* sobre ellas mismas; modificar relacionamientos con otras mujeres, hijos, novios y familiares (Gaitán, 2019; 2020); y posicionarse desde *otro lugar* frente al uso del tiempo, las decisiones sobre sus cuerpos y la distribución de las tareas en el hogar (Gaitán, 2020: 293).

Por ejemplo, en una de las actividades observadas en La Estrella, las agentes estatales habían propuesto trabajar sobre estereotipos de género a partir de las ilustraciones feministas realizadas en el periodo 2014-2015 por la artista brasileña Carol Rossetti. Las ilustraciones formaban parte del Proyecto Mujer, con el cual esta diseñadora buscaba disponer mensajes positivos para las mujeres. En ese encuentro, en una ronda que trabajadoras, destinatarias y esta investigadora habíamos armado, a cada una nos correspondió una fotocopia en blanco y negro de una de aquellas ilustraciones, acompañada de frases como “El novio de Elisa decía que ella nunca podría dejarlo porque nadie más amaría una ‘mujer incompleta’. Elisa No se siente incompleta desde que su amor propio y el apoyo de sus amigos, le permitieron librarse de una relación abusiva”. Cada una debía leer la suya y luego compartirla con las demás. La expectativa de las trabajadoras que coordinaban ese encuentro era que las ilustraciones y las frases funcionasen como un disparador para conversar, principalmente, sobre las relaciones entre mujeres, las parejas y los límites (Gaitán, 2019).

En el taller de La Llamita, las relaciones sexoafectivas, los noviazgos y las amistades también eran temas recurrentes porque emergía de la conversación con las jóvenes, así como por su tratamiento en el marco de actividades diseñadas para tal fin. Por ejemplo, en una oportunidad, y como parte de nuestras inquietudes como talleristas y lo que para nosotras constituía un emergente recurrente en los encuentros y en las redes sociales de las jóvenes, se trabajó sobre la dificultad y el desganado que manifestaban las destinatarias al construir amistades con otras mujeres. De la misma forma que en la actividad con las ilustraciones de Carol Rossetti en La Estrella, en La Llamita se leyó en voz alta una nota publicada pocos días antes: “La amistad entre mujeres: ser amigas, hermanas” (2016). El objetivo era reflexionar sobre los estereotipos de género puestos en juego al pensar las relaciones entre mujeres. Uno de sus primeros párrafos decía lo siguiente:

Nos enseñaron que la amistad entre mujeres existe y que no la hay entre varones y mujeres. Pero que la amistad entre mujeres existe hasta que hay un varón en el medio. Siempre desde esa idea heterosexista y patriarcal. La rivalidad entre mujeres, la competencia, es una estructura cultural más del patriarcado. No es natural que las mujeres compitamos entre nosotras por un varón, por quien es más linda, flaca; todos los cánones de belleza que el patriarcado y capitalismo nos han impuesto. ¿A quién no le pasó? (...). (“La amistad entre mujeres: ser amigas, hermanas”, 2016)

Así, ambos espacios se encontraban orientados a la desnaturalización y apropiación reflexiva-crítica de determinadas ideas, y a la transformación de prácticas, valores y relaciones. Los dos compartían la preocupación de las jóvenes por la falta de autonomía en la toma de decisiones y la exposición a múltiples expresiones de la violencia de género, incluidas las descalificaciones públicas que condenaban moralmente sus comportamientos sexuales y las relaciones con sus cuerpos. En este sentido, resulta sugerente el siguiente pasaje; registra parte de los intercambios entre trabajadoras y jóvenes hacia el final de un encuentro destinado a elaborar el cuestionario de la encuesta sobre violencia de género, el cual aplicaríamos semanas después a vecinas del barrio La Llamita:

Angélica [tallerista] plantea que es necesario que haya una pregunta sobre salud. Sol [destinataria] asiente y dice que tiene que haber una sobre “los abortos que a veces no quieren hacer”. Claudia [tallerista] le aclara cómo es la situación del aborto actualmente en nuestro país. Sol menciona lo que Soraya [destinataria] le comentó que le ha pasado: que los médicos le habían dicho “que había estado embarazada y que había perdido el embarazo”. Dice no tener muchos detalles al respecto y no continúa hablando sobre ello, pero asegura: “¡No lo iba a tener al hijo porque su mamá la mataba!” Ya llegado al final de la primera parte del cuestionario, se resuelve no incorporar toda la segunda parte sobre violencia obstétrica y, en cambio, incorporar una pregunta más general sobre la atención recibida por las mujeres en el sistema de salud. Claudia termina leyendo las preguntas del último tramo de la encuesta que son los datos sociodemográficos. Sol pregunta si cuando los padres son violentos con las hijas también es violencia de género. Claudia responde que sí y trae como ejemplo aquellas situaciones en las que las madres les dicen a sus hijas “¡no te comportes como una puta!” Angélica plantea que la violencia de género “no está afuera”. (Registro de campo, 11.07.2016)

Si bien las jóvenes decidieron dejar afuera del cuestionario preguntas sobre la violencia obstétrica y en instituciones de salud, las talleristas resolvimos continuar trabajando sobre estos ejes e incorporar la temática de aborto al *taller de chicas*¹⁶. Esto

16. Al realizar las dos investigaciones, en la Argentina el aborto se encontraba tipificado por el Código Penal como un delito contra la vida y las personas, y establecía reclusión para quien lo efectuara y la

se realizó a partir del trabajo durante tres encuentros y tomando como disparador el caso de Belén, una joven tucumana pobre, que en marzo del 2014 fue detenida luego de tener un aborto espontáneo en un hospital público: del hospital, con dolores abdominales fuertes, pasó al penal, esposada. En 2016, el caso se hizo público luego de que la letrada feminista Soledad Deza se convirtiera en su abogada, y organismos nacionales e internacionales de derechos humanos y los feminismos transformaran ese evento obstétrico adverso, convertido en un caso policial y luego judicial, en un hecho político (Deza, 2016). Si bien Belén era un poco mayor que las destinatarias y vivía en la otra punta del país, la atención del personal de salud aquel 21 de marzo de 2014 y el tratamiento que hizo de su caso el poder judicial se encontraban plagados de prejuicios y estereotipos de género, tal como algunas de las consultas y relaciones que las jóvenes mantenían con el sistema de salud, y que emergían en conversaciones que ellas o nosotras iniciábamos. El caso de Belén era político: se trataba de una mujer presa por abortar y permitía trabajar con las destinatarias la ciudadanía debilitada de las mujeres jóvenes de sectores populares, e identificar qué actores se constituían en garantes del derecho a interrumpir sus embarazos: *quiénes nos cuidan y quiénes no*. Durante esos tres encuentros, en los que se reflexionó sobre aborto, salud sexual y reproductiva, derechos de las mujeres y violencias obstétrica e institucional, se leyeron noticias periodísticas sobre el caso de Belén; se conversó con una médica generalista y directora del Centro de Atención Primaria de la Salud del barrio la Llamita, e integrante de la Red de Profesionales de la Salud por el Derecho a Decidir; y las jóvenes elaboraron dos materiales audiovisuales. Las discusiones y el trabajo realizado en el *taller de chicas* sobre el derecho al aborto y la criminalización de las mujeres pobres que acceden a la práctica, da cuenta de la labor reflexiva implicada en la propuesta de los talleres analizados.

Respuestas

En ambas investigaciones se vislumbró que las destinatarias experimentaban múltiples formas de violencias en sus vidas cotidianas. Era común que, en el marco

.....
 mujer que se causara o consintiera esa práctica. Aun así, se reconocían como no punibles los casos en que se encontraba en peligro la vida o salud de la mujer embarazada, o cuando el embarazo provenía de una relación sexual no consentida. A pesar de que la legislación argentina contemplaba causales en que el aborto no era punible, las mujeres en dichas circunstancias no podían –en gran medida– acceder a un aborto legal y seguro en los servicios públicos de salud. Allí, muchos profesionales insistían en exigir autorización judicial para proceder con la interrupción del embarazo. Esto se debía al desconocimiento de los permisos de la ley penal, al temor a persecuciones criminales o a la objeción de conciencia. Durante la escritura de este artículo, el congreso argentino legalizó, en diciembre de 2020, la interrupción voluntaria del embarazo en las primeras 14 semanas de gestación.

de conversaciones que manteníamos por fuera de los talleres, hablaran sobre las situaciones judiciales y penales de los varones de sus vidas, y sobre las relaciones que ellos tenían con la policía y el delito. Como me lo comentaba Gala una tarde mientras merendábamos con su hijo más pequeño:

Gala: él [su pareja] tiene... la carátula es homicidio, robo, portación. Pero igual le hizo 9 meses y salió porque se comprobó que nada que ver. Si fue o no fue, se comprobó que no. Le hizo 9 meses, que fue un montón, pero a la vez no fue nada, de 22 años a 9 meses... Y él fue a juicio y yo tenía que presentarme como testigo. Dos días era el juicio y fue el primer día y ya le dijeron que salga, o sea, menos mal, porque si yo hubiera declarado, yo me pongo nerviosa y le hago entrar en cana¹⁷

Ana: ¿y por qué tenías que declarar vos?

Gala: porque él supuestamente el día del homicidio, digamos, él declaró que estaba en el baile conmigo y con la hermana y unas amigas, todas teníamos que declarar. Y yo le dije 'Yo me pongo nerviosa, sea o no sea verdad me pongo nerviosa, vas a quedar preso por mi culpa' [risas]. Entonces, no. Y justo él salió en septiembre y para cuando él nació [hijo menor destinataria], tuvo el juicio a los días, yo le decía que no, que no; fue el bebé [hijo menor destinataria] y Luis [hijo mayor destinataria] estaba, fuimos pero no... el primer día del juicio fue él [pareja] solo con la madre, yo no fui, y el segundo ya me dijo que no tenía que ir a declarar: un alivio. (comunicación personal, 24.11.2015)

El nerviosismo que a muchas de ellas les causaba el hecho de declarar frente a un tribunal por alguna de las causas judiciales de sus parejas o familiares, y los largos viajes a los penales a visitarlos, eran temas de conversación recurrentes. Muchas veces, cuando eran sus novios los que se encontraban alojados cumpliendo condenas, lo hacían a escondidas de su familia y con el temor de ser descubiertas. Algunas de las jóvenes, las que eran madres, también recorrían e interactuaban de forma cotidiana con otras instituciones estatales, tales como los jardines de infantes, el centro de salud del barrio y los hospitales donde hacían los controles de salud más importantes y habían tenido a su(s) hijo(s). Los relatos de sus partos se configuraban en torno al recuerdo de miedos, expectativas, ansiedades y retos de familiares y médicos; y casi siempre derivaban en algún chiste para descomprimir. A veces los retos también provenían de sus parejas: en ciertas ocasiones aparecían poniendo restricciones a sus decisiones no solo respecto de sus cuerpos y las relaciones que establecían con otros pares (principalmente varones), sino también frente al uso de sus tiempos. En esas mismas conversaciones flotaban ilusiones y deseos de las jóvenes de conseguir

.....

17. *En cana* es una frase coloquial utilizada en Argentina para referirse a ser detenido o ir a la cárcel.

algún trabajo que, aunque mal pago, les permitiera tener un tiempo solo para ellas, fuera del barrio, lejos de sus casas y del cuidado de sus hijos y hermanites. Pero, cual burbuja, esas oportunidades laborales surgían y se desvanecían con rapidez por su informalidad y precariedad –hecho que las tornaba inconstantes–, así como por la falta de apoyo y desaprobaciones de sus familiares y, a veces, de sus parejas, que en ocasiones les pedían quedarse en sus casas. Por ejemplo, Mora estaba constantemente en la búsqueda de encontrar algún empleo cuyos ingresos le sirviesen para complementar la doble beca que recibía por ser la operadora juvenil del Envi3n en La Estrella. Concretar esto era algo que deseaba intensamente, no solo porque entendía le permitiría tener y administrar su propio dinero como quisiera, sino porque consideraba que le posibilitaría poner un corte a las tareas dom3sticas, aunque solo fuera por unas horas: “salir [de su casa] y despejarme” repetía cuando tomábamos mate en la sede del Envi3n de La Estrella. Tambi3n, disgustada, nos contaba a otras destinatarias y a mí que ese deseo solía toparse con la negativa de Darío, su novio y padre de sus dos hijas: se oponía a que ella trabajase fuera del hogar. Embarcada en continuas confrontaciones, en una oportunidad, Mora decidió separarse para “poder hacer sus cosas”: “me había prohibido ir al Envi3n”, confesó en una entrevista con otras destinatarias. Estas negociaciones, en las que cuestionaba mandatos tradicionales, podían ser más abiertas y disruptivas –separarse un tiempo–, o más silenciosas –anotarse a una capacitación sin consultarle nada–, y una vez hechas, le transmitía su resolución con cierto temor. A pesar del agotamiento que le causaban las acciones de control de Darío, su falta de apoyo para que trabajase fuera de la casa y los celos que se incrementaban durante los períodos en que él consumía sustancias psicoactivas, mantener esa relación, que Darío se *hiciera cargo* de ella y sus hijas en términos afectivos y económicos, era algo que Mora valoraba y le causaba orgullo. Era un logro dentro de lo que ella me planteaba como sus expectativas; estas giraban en torno a tres metas, de las cuales había conseguido cumplir dos: formar una familia y lograr vivir sola con su pareja y sus hijas en una casa. Le quedaba conseguir un trabajo pago.

Así, las destinatarias no se encontraban ajenas a los debates que se producían en sus entornos cotidianos sobre los modos *apropiados* de ser mujer y madre, y a veces compartían en los talleres temores y situaciones que les causaban angustias. Pero, por lo general, no lo hacían en términos introspectivos, ni con la expectativa de reflexionar en torno a la forma como sus experiencias se encontraban vinculadas a los modos genéricos restrictivos del patriarcado, como lo esperábamos las talleristas. Por ejemplo, podían despotricar contra los controles y los malos tratos de sus novios, pero aun así no se identificaban colectivamente como *víctimas de violencia de género*, ni iniciaban acciones comunitarias sobre dicha temática, como se esperaba desde la institución. Muchas de ellas aprovechaban los espacios para salir de sus casas y

evadir tareas domésticas, y para construir diálogos complejos con pares mujeres. En esos diálogos podían compartir información valiosa relacionada con médicos y ayuda social, por ejemplo; también podían hacer circular chismes y bromas, con los que opinaban sobre los comportamientos maternos y las feminidades de otras jóvenes que conocían por pertenecer al barrio. La acción de chismear y bromear sobre esas otras mujeres ofrecía un espacio central de circulación de comentarios, datos y anécdotas que permitía a las jóvenes reforzar posiciones morales frente a nosotras (Fassano, 2008).

A manera de ejemplo de lo anterior, cuando se discutió la temática del aborto en La Estrella, lejos de arribarse a un consenso respecto de cómo dicho derecho se encontraba restringido para las mujeres, varias de las destinatarias respondieron mencionando y condenando a sus pares del barrio que habían decidido interrumpir sus embarazos. Algo similar, pero con otro tema, había ocurrido en La Llamita cuando, luego de hacer una encuesta sobre violencia de género en el barrio, se pretendió profundizar en una de las preguntas: la circulación de las mujeres en el espacio público.

Verónica [tallerista] plantea que, en algunas oportunidades en el espacio, ellas han utilizado el término “callejera” o “callejar”, les pregunta qué significan esos términos y en un principio todas se quedan calladas. Las coordinadoras insistimos con la pregunta. Ramona responde con cara de como si no fuera nada y nos dice que significa hacer cosas por la calle, estar por la calle, nada más. Enseguida Selva [su tía, apenas unos años mayor que ella] se ríe y le dice que hay una diferencia entre su andar por la calle y el de ella. Resalta que ahora solo sale con su marido, o va a lo de la mamá con la bebé, no como Ramona y Carolina [hermana de Selva] que sí callejean. Ramona y Carolina también ríen y le responden “¡callate, sucia!”. Entre ellas suelen decirse “sucias” como broma. Rocío [otra destinataria] en cambio, responde por lo bajo y en tono más serio y con un dejo irónico “depende de lo que hagas, está bien o mal” [estar en la calle]. Cuando Verónica le pregunta qué quiere decir con eso, Rocío no lo amplía y permanece callada. (Registro de campo, 08.08.2016)

Luego de ese intercambio, Ramona y Carolina dejaron la sala y la actividad. Según lo que comentaron las jóvenes, otra amiga que no participaba del espacio había pasado a buscarlas para ir a pasear. Al partir, y nuevamente con una sonrisa, Selva nos dijo que en verdad se iban a *callejar*, más ahora que su prima ya no estaba de novia. Al quedar menos mujeres en el espacio, Selva y las talleristas continuaron conversando sobre el tema, mientras las otras destinatarias optaron por guardar silencio.

Que se fueran antes de los talleres o que se quedaran en silencio frente a una propuesta de trabajo formaba parte de los modos en que muchas de las destinatarias participaban de las propuestas diseñadas para ellas. Como se indicó en un trabajo

previo (Gaitán; Llobet; Medan, 2015), si bien el silencio puede ser interpretado como una señal de resistencia activa con el objeto de no responder verbalmente a la interpelación (MacLure; Holmes; Jones; MacRae, 2010), también puede ser entendido como una manifestación no de una resistencia a la interpelación a hablar, sino más bien, al análisis de les que intervienen –en este caso, las talleristas–; puede constituir un límite a la interpretación y a las posibilidades de intervención (Gaitán *et al.*, 2015). Ese silencio circulaba en las propuestas de participación: un silencio que escondía algo y cuya presencia inquietaba e incomodaba a las talleristas, quienes solíamos arriesgar interpretaciones al respecto. Así lo indicó en una mañana una de las profesionales que había participado en la planificación del *taller de belleza* en La Estrella, y que estaba a cargo de otros talleres (como Jóvenes y Memoria¹⁸):

Todo el tema de la violencia, si bien los convoca, porque ellos hay una identificación... en realidad hay una vivencia, yo ahí me estoy replanteado si ellos realmente después cuando vienen a la Casa de la Juventud tienen ganas de hacer eso o de encontrarse con pares y boludear y hablar de otro tipo de cosas. Yo, en Jóvenes y Memoria, siempre como que estoy coordinando y proponiendo, es un espacio para mí más de investigación y de denuncia sobre los derechos humanos, es un lugar donde está bueno poder hablar de esas cosas. El tema es que yo veo que se arma debate, pero por ahí con algunos no, porque quieren estar, pero no tienen ganas de estar hablando de cosas serias (...) por ahí hacer, no sé, el insight de pensar lo que te pasa, lo que te duele, la injusticia y todo eso, es algo medio pesado. (Profesional, comunicación personal, 03.10.2014)

En este mismo sentido, luego de cinco meses de realizar el taller en La Llamita, y en el marco de una reunión de evaluación de la propuesta, las talleristas escribimos lo siguiente:

Las chicas dejaron de ir al taller cuando les preguntamos o les insistimos que entren al espacio. Tenemos que hacer actividades más formales y estructuradas, pero tratando de bajar menos línea¹⁹, para que hablen más, porque últimamente, como parte de hacer una estrategia más horizontal, contamos mucho sobre nuestras propias vivencias y con eso estamos bajando una línea que quizás, o probablemente, choque con sus propios valores y formas. (Registro de campo, 12.09.2016)

.....
18. Dicho programa se encuentra coordinado por la Comisión Provincial por la Memoria de la Provincia de Buenos Aires. Su objetivo es lograr que les jóvenes investiguen, narren y se apropien de las experiencias del pasado reciente de manera colectiva.

19. Forma coloquial en Argentina de expresar que se instala una idea o pensamiento determinado en otra(s) persona(s).

La existencia de esos silencios de lo no hablado emergía de la complejidad de las vidas cotidianas de las destinatarias del Envión de La Estrella y La Llamita. Ellas se encontraban insertas en un entramado complejo de relaciones sociales, de contingencias y de experiencias vividas. Sus historias sobre las relaciones con sus hijos, los varones y las otras mujeres eran ambiguas y enmarañadas. Comprenderlas en su complejidad requería una escucha atenta, minuciosa y empática, de un ejercicio constante por atender al modo en que las relaciones de género, cómo toda relación social, al ser multidimensionales, resultaban irreducibles a un único y universal set de prioridades acordadas. Las talleristas reconocíamos esto y hacíamos esfuerzos por mantenernos atentas y críticas respecto de cómo, algunas de nuestras “expectativas de clase media”, se colaban en nuestras prácticas. De todos modos, la pretensión de hacerlo no significaba que lo lográramos siempre.

Reflexiones abiertas

En el marco de ambas investigaciones se vislumbró que las destinatarias del programa Envión experimentaban diferentes formas de violencias en el marco de sus vidas cotidianas en los barrios. Allí, donde la precariedad desbordaba las situaciones de trabajo y se encontraba extendida a otras esferas de la vida –condiciones habitacionales, alimentarias o sanitarias– (Fernández-Álvarez; Pacífico; Señorans, 2020), aquellas jóvenes, ubicadas en posiciones asimétricas respecto de sus pares varones y otros adultos de su grupo de parentesco y del contexto barrial, e incluso de trabajadores estatales e investigadoras, convivían y experimentaban diferentes formas de violencia, las cuales organizaban sus experiencias y relaciones. Sus experiencias de exclusión y vulnerabilidad se encontraban asociadas a expresiones de violencia social en su faceta generacional, de género e institucional. Si bien los programas sociales como el estudiado trataban de comprender estas asociaciones en aras de proponer soluciones que garantizaran el derecho de las jóvenes a vivir vidas libres de violencias y *autónomas*, encontraban obstáculos al no comprender en su totalidad cómo las desigualdades culturales, espaciales y económicas se intersectaban e interactuaban entre sí. Esto se evidenciaba en el relativo conocimiento de las formas en que las violencias circulaban entre las destinatarias no solo desarmando relaciones, sino también construyendo universos sociales (Das, 2007b).

Los límites en la interpretación respecto a la manera en que las formas de violencia y precariedad atravesaban y atraviesan la vida cotidiana de las jóvenes de sectores populares, al tiempo que organizan sus relaciones y sensibilidades en los barrios, no se han producido solo en el ámbito de las políticas de inclusión social

y de las militancias feministas; también se han presentado en el de las ciencias sociales. En este último caso, dicho límite se relaciona con la escasa articulación analítica entre los procesos de violencia social y la regulación de la población juvenil en su intersección con otros clivajes identitarios, tales como la clase y el género (Greenshaw, 1989). Solo algunos trabajos recientes (Llobet, 2015) han comenzado a atender esta situación.

Habida cuenta del señalamiento hecho desde la antropología sobre la cotidianidad e inestabilidad de la violencia (Das, 2007a; 2008; Garriga-Zucal; Noel, 2010; Han, 2012), y de que tal inestabilidad, producto de la relacionalidad de las experiencias de los sujetos, es crucial para comprender cómo la realidad de la violencia incluye su virtualidad y su potencial para hacer y deshacer mundos sociales (Das; Kleinman; Mamphela; Reynolds, 2000), parece entonces significativo enfatizar en los siguientes interrogantes: ¿El miedo y las confrontaciones que impregnan los relatos y recuerdos de experiencias centrales en las vidas de las jóvenes pueden desarmar y crear de forma simultánea nuevas formas de relacionamientos y prácticas? ¿De qué manera esas múltiples violencias inciden en la configuración de las construcciones de *autonomía*? ¿Exhiben las violencias un costado productivo? ¿Comparten territorio con los afectos? ¿Cuáles son los efectos regulatorios de las formas de violencia y la precariedad que estas jóvenes experimentan como parte de ser jóvenes mujeres en un barrio empobrecido? ¿Las experiencias y las historias de violencia les permiten construir posiciones en un marco de múltiples constreñimientos? Estas preguntas resultan significativas para un campo en conformación en la Argentina respecto de las formas de circulación y regulación de las violencias entre jóvenes, que hasta el momento se ha centrado principalmente en la relación de los varones con el delito y las fuerzas policiales (Cozzi, 2015; Rodríguez-Alzueta, 2016). Para responderlas será necesaria una aproximación a las violencias que reclame no solo atender las estructuras económicas e institucionales, locales y globales que la causan, como lo hacen lecturas más estructuralistas del fenómeno (Monárrez-Fragoso, 2009; Segato, 2003), sino también una mirada etnográfica que preste atención a los modos en que las diversas formas de violencia traman los márgenes urbanos en la cotidianidad (Das 2007b; Ortega, 2007); en palabras de Jimeno (2019), apostar a un vaivén constante entre las dimensiones estructurales de la violencia y su vivencia individual. Propuesta que ya hiciera la antropología sobre el sufrimiento social, ligada a la búsqueda de nuevas formas de pensar e interpretar las complejas relaciones entre actos de violencia, significación, representación, hegemonía o resistencia (Ferrándiz-Martín; Feixa-Pampols, 2004: 160). En consonancia con investigaciones locales (Castilla, 2020; Franco-Patiño; Llobet, 2020; Llobet, 2020), el asunto radica en desarrollar una aproximación que revele la manera como las violencias, los cuidados, las insti-

tuciones estatales y la precariedad se articulan en relaciones íntimas, compromisos y expectativas de las jóvenes de sectores populares (Han, 2012).

Referencias

- Arduino, Ileana (2014). Melina Romero. La Mala Víctima. *Revista Anfibia*. Recuperado de <http://revistaanfibia.com/ensayo/la-mala-victima/>
- Castilla, María Victoria (2020). Violencias, amor y cuidados maternos en mujeres pobres de Buenos Aires. *Etnografías Contemporáneas*, 6(10), 132-153.
- Cerletti, Laura; Gessaghi, Victoria (2012). Clases sociales, trabajo de campo y desigualdad, discusiones a partir del enfoque etnográfico. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, 13, 31-48.
- Cornwall, Andrea (2008). Unpacking 'Participation': Models, Meanings and Practices. *Community Development Journal*, 43(3), 269-283.
- Cozzi, Eugenia (2015). De juntas, clanes y broncas: Regulaciones de la violencia altamente lesiva entre jóvenes de sectores populares en dos barrios de la ciudad de Santa Fe. *Delito y Sociedad*, 1(39), 72-102. Recuperado de <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/52816>
- Cozzi, Eugenia (24 de marzo de 2019). No toda la violencia que se ve en los barrios está ligada al narcotráfico. *La Capital*. Recuperado de <https://www.lacapital.com.ar/policiales/no-toda-la-violencia-que-se-ve-los-barrios-esta-ligada-al-narcotrafico-n1748895.html>
- Crenshaw, Kimberlé (1989). Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics. *University of Chicago Legal Forum*, 1989(1), 138-67.
- Das, Veena (2007a). *Life and Words: Violence and the Descent into the Ordinary*. Berkeley: University of California Press.
- Das, Veena (2007b). La antropología del dolor. En *Veena Das: sujetos de dolor, agentes de dignidad* (pp. 69-94), editado por Francisco Ortega. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Das, Veena (2008). Violence, Gender, and Subjectivity. *The Annual Review of Anthropology*, 37, 283-299.
- Das, Veena; Kleinman, Arthur; Ramphela, Mamphela; Reynolds, Pamela (Eds.) (2000). *Violence and Subjectivity*. Berkeley: University of California Press.
- Deza, Soledad (2016). *Libertad para Belén. Grito Nacional*. Buenos Aires: Cienflores.

- Fassano, Patricia (2008). *El chisme: una práctica que performatiza la sociabilidad del barrio*. Trabajo presentado en el IX Congreso Argentino de Antropología Social, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Misiones, Posadas, Argentina.
- Fernández-Álvarez, María Inés; Pacífico, Florencia; Señorans, Dolores (2020). Parar la olla durante la pandemia. *Revista Anfibia*. Recuperado de <http://revistaanfibia.com/ensayo/parar-la-olla-durante-la-pandemia/>
- Ferrándiz-Martín, Francisco; Feixa-Pampols, Carles (2004). Una mirada antropológica sobre las violencias. *Alteridades*, 14(27), 159-174. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/747/74702710.pdf>
- Franco-Patiño, Sandra; Llobet, Valeria (2019). Los Centros de Desarrollo Infantil y los procesos de institucionalización del cuidado de la infancia en la provincia de Buenos Aires. Dinámicas territoriales de género. En *Marchas y contramarchas en las políticas locales de género* (pp. 59-86), editado por Ana Laura Rodríguez-Gustá. Buenos Aires: Clacso. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20200227055551/Marchas-y-Contramarchas.pdf>
- Gaitán, Ana Cecilia (noviembre, 2017). *Juventud y maternidad en el barrio. Etnografía de las negociaciones de sentidos y prácticas en la implementación de políticas sociales en el conurbano bonaerense* [Tesis de doctorado]. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.
- Gaitán, Ana Cecilia (2019). Construir “otra mirada”. Tensiones en la participación de jóvenes mujeres en una política social en el Área Metropolitana de Buenos Aires. En *¡Aquí los jóvenes! Frente a las crisis* (pp. 284-310), coordinado por Gerardo Gutiérrez Cham y Olaf Kaltmeier. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Gaitán, Ana Cecilia (2020). Juntas, hablar de lo propio y escuchar lo de otras. Efectos imprevistos y tensiones en una propuesta estatal de participación juvenil centrada en la autonomía femenina. En *Infancias y juventudes a 30 años de la Convención sobre los Derechos del Niño. Políticas, normativas y prácticas en tensión* (pp. 277-308), compilado por Paula Isacovich y Julieta Grinberg. José C. Paz: Edunpaz.
- Gaitán, Ana Cecilia; Llobet, Valeria; Medan, Marina (2015). “¿Alguien por casualidad quiere decir algo?” Reflexiones sobre las interpretaciones de los silencios en programas de inclusión para jóvenes. *Servicios Sociales y Política Social*, 107, 101-114.
- Garriga-Zucal, José; Noel, Gabriel (2010). Notas para una definición antropológica de la violencia: un debate en curso. *Publicar*, 8(9), 97-121.
- Guber, Rosana (2004). *El salvaje metropolitano Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Han, Clara (2012). *Life in Debt: Times of Care and Violence in Neoliberal Chile*. Berkeley: University of California Press.

- Jimeno, Myriam (2019). *Cultura y violencia: hacia una ética social del reconocimiento*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- La amistad entre mujeres: ser amigas, hermanas (2016). *Marcha: una mirada popular y feminista de la Argentina y el mundo*. Recuperado de <https://www.marcha.org.ar/la-amistad-entre-mujeres-ser-amigas-hermanas/>
- Llobet, Valeria (2008). Las políticas sociales para la infancia, la psicología y el problema del reconocimiento. *Investigaciones en Psicología. Revista del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Psicología*, 14(2) 73-94. Recuperado de <https://www.aacademica.org/valeria.llobet/74.pdf>
- Llobet, Valeria (2009). Género y políticas sociales para la infancia y la adolescencia: ¿una relación ausente? En *Política Social en América Latina y Género: Configuraciones-Reconfiguraciones en la participación de las mujeres* (pp.173-194), compilado por Susana Ortale y Rocío Enríquez. Buenos Aires: Biblos.
- Llobet, Valeria (2015). Políticas y violencias en clave generacional en Argentina. En *Juvenicidio: Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España* (pp. 215-224), coordinado por José Manuel Valenzuela Arce. Tijuana: Colegio de la Frontera Norte.
- Llobet, Valeria (2020). El encierro de los niños y la distribución desigual de la precariedad. *Sociedad e Infancias*, 4, 283-284. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/SOCI/article/view/69632>
- Llobet, Valeria; Gaitán, Ana Cecilia; Medan, Marina; Magistris, Gabriela (2013). Este espacio es para que ustedes hablen. La legitimación de la intervención en los programas sociales. En *Sentidos de la exclusión social. Beneficiarios, necesidades y prácticas en políticas sociales para la inclusión de niños y jóvenes* (pp. 129-159), coordinado por Valeria Llobet. Buenos Aires: Biblos.
- MacLure, Maggie; Holmes, Rachel; Jones, Liz; MacRae, Christina (2010). Silence as Resistance to Analysis: Or, on Not Opening Ones Mouth Properly. *Qualitative Inquiry*, 16(6), 492-500.
- Masson, Laura (2020). Introducción del Dossier La violencia perturbadora. Mujeres y uso de la fuerza. *Etnografías Revista del Centro de Estudios de Antropología*, 6(10), 121-131. Recuperado de <https://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/etnocontemp/article/view/524>
- Medan, Marina (2013). *El gobierno de la "juventud en riesgo" y los programas de prevención social del delito en el AMBA: entre la seguridad y la inclusión* [Tesis de doctorado]. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.
- Medan, Marina; Gaitán, Ana Cecilia; Llobet, Valeria (2019). El Estado local y el territorio. Aspiraciones de cercanía y transformaciones en la institucionalidad de los sistemas de protección y promoción de niños y jóvenes. En *De la desjudicialización a la refundación de los derechos. Transformaciones en las disputas por los derechos de los niños y las niñas (2005-*

- 2015) (pp. 315-352), coordinado por Valeria Llobet y Carla Villalta. Buenos Aires: Teseo. Recuperado de <https://www.teseopress.com/desjudicializacion/>
- Monárrez-Fragoso, Julia (2009). *Tramas de una injusticia. Feminicidio sexual sistémico en Ciudad Juárez*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- Ortega, Francisco (2007). Rehabitar la cotidianidad. En *Veena Das: Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. (pp.15-69), editado por Francisco Ortega. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Rodríguez-Alzueta, Esteban (Comp.) (2016). *Hacer Bardo. Provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos*. La Plata: Malisia.
- Rodríguez-Gustá, Ana Laura (2010). *¿Qué es la gestión transversal territorial de género? Una comparación de Morón y de Montevideo*. Trabajo presentado en V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, Buenos Aires, Argentina.
- Segato, Rita (2003). *Las estructuras elementales de la violencia*. Buenos Aires: Unqui.
- Sirvent, María Teresa; Rigal, Luis (2014). La investigación acción participativa como un modo de hacer ciencia de lo social. *Revista Decisión*, 38, 32-37. Recuperado de <https://www.crefal.org/decisio/images/pdf/decisio-48-49/decisio-48-49-arto5.pdf>

Más allá del clientelismo y la técnica: la *distribución política* del presupuesto gubernamental en Colombia*

DOI: <https://doi.org/10.18046/recs.i35.4745>

Beyond Clientelism and Technique: The Political Distribution of Government Budget in Colombia

Santiago Leyva-Botero**

Universidad EAFIT (Medellín, Colombia)

Claudia Mejía-Betancur***

Universidad EAFIT (Medellín, Colombia)

Jose Antonio Fortou****

Universidad EAFIT (Medellín, Colombia)

.....

* Este artículo de investigación científica y tecnológica es producto final del proyecto de investigación “La distribución del presupuesto discrecional en Colombia: un análisis desde la política distributiva”, financiado por Colciencias y la Universidad EAFIT (Colombia) bajo la modalidad de Jóvenes Investigadores e Innovadores en 2014-2015. El proyecto fue desarrollado en el Centro de Análisis Político y el Grupo de Investigación Sociedad, Política e Historias Conectadas, adscritos al Departamento de Gobierno y Ciencias Políticas de la Universidad EAFIT. Un borrador de este artículo fue presentado en el VIII Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política en julio de 2015 en Lima, Perú. Agradecemos al estudiante de Economía de la Universidad EAFIT Esteban Alemán por su colaboración en la recopilación de datos; a la estudiante de Ciencias Políticas de la Universidad EAFIT María Bran por su asistencia en la organización del texto final; y a los profesores Orlando Espinosa Santiago (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México) y Luis de la Calle (Centro de Investigación y Docencia Económicas de la Ciudad de México, México) por sus valiosos comentarios a versiones preliminares de este artículo. La base de datos y el código utilizado para analizarla estarán disponibles en un repositorio público de la plataforma GitHub (www.github.com/josefortou). Artículo de investigación recibido el 06.04.2021 y aceptado el 24.09.2021.

** Doctor en Management (Public Governance) de la Lancaster University (Inglaterra). Profesor titular del Departamento de Gobierno y Ciencias Políticas y coordinador de la Maestría en Gobierno y Políticas Públicas de la Universidad EAFIT (Colombia). Correo electrónico: sleyvabo@eafit.edu.co ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5940-1413>

*** Magíster en Gobierno y Políticas Públicas de la Universidad EAFIT (Colombia). Joven Investigadora Colciencias (2015), miembro del grupo de investigación Sociedad, Política e Historias Conectadas de la Universidad EAFIT. Correo electrónico: cmejiab@gmail.com ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0481-1623>

**** Doctor en Ciencia Política de The Ohio State University (Estados Unidos). Profesor Auxiliar del Departamento de Gobierno y Ciencias Políticas y jefe del pregrado en Ciencias Políticas, Universidad EAFIT (Colombia). Autor responsable y de correspondencia. Correo electrónico: jfortour@eafit.edu.co ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3127-4288>

Cómo citar/How to cite

Leyva-Botero, Santiago; Mejía-Betancur, Claudia; Fortou, Jose Antonio (2021). Más allá del clientelismo y la técnica: la *distribución política* del presupuesto gubernamental en Colombia. *Revista CS*, 35, 125-153. <https://doi.org/10.18046/recs.i35.4745>

Resumen

Abstract

En este artículo examinamos la distribución presupuestal por el ejecutivo central en un régimen presidencialista desde la literatura sobre la distribución *táctica*. Nuestro objetivo es evaluar empíricamente teorías existentes sobre la racionalidad política de este fenómeno. Iniciamos con una revisión de la literatura comparada, con énfasis en la distribución orientada hacia votantes y miembros del legislativo. Derivamos tres hipótesis que capturan tres modelos teóricos distintos: distribución técnica, distribución hacia votantes y distribución hacia el legislativo. Posteriormente, analizamos una base de datos original sobre la distribución de cupos indicativos presupuestales en Colombia durante el primer gobierno del presidente Juan Manuel Santos (2010-2014). Mediante un análisis de regresión, mostramos que los incrementos en el grado de representación en el congreso se asocian positivamente con el monto de las asignaciones presupuestales. Este hallazgo da soporte empírico a teorías sobre la política distributiva no programática orientada al legislativo.

PALABRAS CLAVE:

presupuesto del Estado, congreso, presidencialismo, política distributiva, Colombia

.....

We examine the distribution of budget by the national executive power in a presidential system from the standpoint of the literature on *tactical* distribution. Our objective is to empirically test theories on the political rationale of this phenomenon. We begin with a comparative literature review, emphasizing voter and congress-oriented distribution. We derive three hypotheses that capture three distinct models: programmatic, voter-oriented, and legislative-oriented distribution. Then, we analyze an original dataset of budget distribution through *cupos indicativos* in Colombia during president Juan Manuel Santos' first term (2010-2014). Using regression analyses, we show that increases in legislative representation have a positive association with the amount of resources distributed, which lend empirical support to theories of nonprogrammatic legislative-oriented distributive politics.

KEYWORDS:

State Budget, Congress, Presidentialism, Distributive Politics, Colombia

Introducción

En 2011, tras la aprobación de la Ley de Regalías en Colombia, el entonces ministro de hacienda Juan Carlos Echeverri señaló que con este nuevo sistema de transferencias presupuestales sería posible “repartir la mermelada en toda la tostada nacional” (“Aprobada la reforma a las regalías”, 2011). Esta frase llevó a que, desde entonces, el uso del término mermelada se convirtiera en un sinónimo de la distribución de recursos del presupuesto nacional por parte del presidente con fines políticos. La oposición le dio una connotación negativa al término, asociándolo con intereses electorales, corrupción e intercambios por apoyos legislativos. Así mismo, este vocablo se ha utilizado para denotar la negociación con políticos regionales mediante la asignación de cupos de gasto —conocidos como cupos indicativos en el país— por parte del presidente.

Las profundas diferencias en la asignación de cupos indicativos por departamento en Colombia invitan a examinar la distribución del presupuesto nacional en detalle. Mientras que en su primer periodo el presidente Juan Manuel Santos (2010-2014) no distribuyó recursos por cupos indicativos a departamentos con necesidades objetivas como Chocó, o recursos naturales como Arauca, otros —Antioquia, Atlántico y Córdoba— recibieron sumas elevadas. ¿Qué revelan estas diferencias sobre el uso táctico que da el presidente a recursos discrecionales para poder negociar con élites políticas locales y regionales? ¿Es posible explicar esta distribución del presupuesto de los cupos indicativos desde un punto de vista estratégico?

El objetivo de este artículo es entender este asunto desde la literatura comparada en ciencia política sobre la distribución política de los presupuestos nacionales, globalmente y en Latinoamérica. El fenómeno de la distribución política del presupuesto no es nuevo, ni exclusivo del caso colombiano: términos como *pork barrel* o *électorisme* son utilizados en otros contextos para referirse a este tipo de mecanismos de negociación política a través del presupuesto. De hecho, dentro de la ciencia política existe una literatura alrededor de la incidencia de la política en la distribución del recurso, o política distributiva (Nazareno; Stokes; Brusco, 2006; Stokes; Dunning; Nazareno; Brusco, 2013; Golden; Min, 2013; Hicken; Nathan, 2020). Esta literatura busca examinar y entender los factores que explican la distribución del presupuesto, en especial cuando se puede demostrar que los criterios no son técnicos y que, por el contrario, se recurre a estrategias para mantener el poder, relacionadas con la entrega de algunos incentivos a actores o regiones que puedan beneficiar los intereses de quien asigna los recursos.

Esta literatura se ha desarrollado principalmente en países como Estados Unidos, cuyo sistema electoral mayoritario y uninominal, unido al bipartidismo y la burocracia

cia institucionalizada, devienen en el uso de estrategias diferentes a las que pueden utilizarse en un contexto como el latinoamericano o colombiano. Sin embargo, los trabajos sobre este tema se han globalizado con estudios de China (Jiang; Zhang, 2020) y el Medio Oriente (Blaydes, 2020), entre otros. Así mismo, existen referentes importantes en las democracias presidencialistas de Latinoamérica. En los últimos 30 años han aparecido trabajos sobre Argentina, México y Brasil que han incorporado variables como la representación política en el legislativo (Porto; Sanguinetti, 1996; González, 2012; Calvo; Murillo, 2004; González; Mamone, 2012; González; Mamone, 2015), la política social (Garay; Palmer-Rubin; Poertner, 2020) y la filiación partidista (Díaz-Cayeros; Estévez; Magaloni, 2016), los cuales han permitido avanzar en la comprensión del fenómeno de la política distributiva.

Sin embargo, estos trabajos analizan países con un régimen federal que otorga un amplio poder a los niveles intermedios de gobierno. Esto genera la oportunidad de explorar si estas teorías, en conversación con aquellas desarrolladas en Estados Unidos, pueden ayudar a explicar el proceso de distribución política de recursos en un país unitario y presidencial como Colombia. De tal forma, este artículo se une a una pequeña literatura sobre el uso de mecanismos tácticos de distribución presidencial en Colombia, distinta al cuerpo de estudios robusto sobre clientelismo en el país, que sigue vigente hoy (González-Tule; Guzmán-Mendoza; Tuirán-Sarmiento, 2021). Se destacan trabajos como el de Mejía-Guinand, Botero y Rodríguez-Raga (2008) sobre los Consejos Comunales de Gobierno durante el gobierno de Álvaro Uribe (2002-2010), en el cual analizan el gasto en infraestructura vial desde la literatura sobre política distributiva. Por su parte, Leyva-Botero (2012) hace un análisis en clave de relaciones intergubernamentales de los mismos Consejos Comunales. Recientemente, Benson (2021) ha enlazado los ciclos electorales con la redistribución estratégica de tierra en el país. En comparación, los cupos indicativos del período de Santos (2010-2018) han sido poco estudiados. Valencia y Ávila (2014) analizan los mismos datos que utilizamos en este artículo, pero de manera descriptiva y con el fin de evidenciar estrategias electorales por parte de congresistas, no del presidente. En años más recientes, Bonilla-Mejía e Higuera-Mendieta (2017) y Rodríguez-Valero y Maldonado-Gómez (2020) han estudiado este fenómeno, pero desde perspectivas económica y normativa, respectivamente. En consecuencia, todavía tenemos mucho por explorar en cuanto al alcance de la distribución presupuestal en Colombia como mecanismo táctico. De ahí el valor de tomar los únicos datos conocidos sobre la distribución política del presupuesto durante el periodo presidencial de Santos y explorarlos con más detalle bajo el enfoque que proponemos.

En este artículo realizamos un análisis estadístico de la distribución departamental de los cupos indicativos entre los congresistas de la coalición del gobierno

Santos. Para ello construimos una base de datos original que utiliza información filtrada a la prensa sobre cupos indicativos por departamento, así como estadísticas oficiales. Mostramos que la distribución de recursos por cupos indicativos tiene una asociación positiva y significativa con la representación legislativa. Este hallazgo sugiere que el presidente utiliza una estrategia de distribución presupuestal basada en privilegiar a los votantes fieles (los *core voters*), mediante la negociación con élites políticas regionales. En esto, coincidimos con Mejía-Guinand *et al.* (2008) cuando concluyen que los criterios políticos pesan más que los técnicos en el momento de explicar la distribución del gasto a nivel territorial en Colombia. De esta manera, aportamos elementos importantes para entender el funcionamiento del régimen político y territorial colombiano. Así mismo, los hallazgos sobre el caso colombiano nos ayudan a pensar y repensar la política distributiva en otros sistemas presidenciales y unitarios en la región.

Iniciamos el artículo con una revisión de la literatura sobre política distributiva y presupuesto táctico para contextualizar la discusión y la manera en la que abordamos el problema. Después, plantearemos una serie de hipótesis derivadas de los principales modelos teóricos en la literatura. Posteriormente, discutiremos la estrategia empírica que utilizamos para evaluar estas hipótesis, incluyendo la selección de casos, variables y fuentes de información; y para terminar, presentaremos y discutiremos los resultados estadísticos para aportar a la comprensión del fenómeno desde una perspectiva explicativa a la luz del contexto colombiano.

¿Por qué los presidentes recurren a la distribución táctica del presupuesto?

Explicar la distribución del presupuesto por parte del ejecutivo es un asunto central para el estudio de la política. Las estrategias de distribución política del presupuesto por parte del ejecutivo pueden ser utilizadas para garantizar apoyo electoral o legislativo, o incluso para implementar políticas que sean de la preferencia de los electores. En este apartado revisaremos la literatura sobre política distributiva no programática, enfocándonos en teorías sobre la distribución táctica del presupuesto. Sobre este último punto, identificamos dos escuelas. Unos sugieren que la distribución de recursos por parte del ejecutivo se realiza con el fin de movilizar apoyos electorales, sea de votantes leales (*core voters*) o indecisos (*swing voters*), con lo que observaríamos una mayor destinación de recursos donde hay un número mayor de estos votantes; mientras otros trabajos argumentan que los presidentes distribuyen recursos a las unidades territoriales más representadas en el legislativo, con el fin

de mantener lealtades políticas de representantes electos. Contrastaremos estas teorías de la distribución táctica del presupuesto con instancias de distribución programática. Al final, derivaremos hipótesis de cada una de estas tres teorías con el fin de evaluarlas empíricamente.

Política distributiva no programática y presupuesto táctico

La primera distinción en la literatura sobre política distributiva se presenta entre dos tipos de distribuciones: programática y no programática (Stokes *et al.*, 2013; Hicken, 2011). La distribución *programática* (o de política pública) es aquella que ocurre bajo un criterio conocido y discutido públicamente para distribuir los recursos del presupuesto. En otras palabras, en este caso la distribución del presupuesto sigue programas de gobierno y se guía por criterios objetivos o necesidad.

La distribución *no programática* ocurre cuando no existen criterios claros (o transparentes), ni discusión pública al respecto. Esta opacidad puede implicar que sean las razones políticas las que orienten la asignación del gasto público. Este tipo de decisiones de gasto de carácter no programático (y específicamente político), también se conocen en la literatura como *presupuesto táctico*, término utilizado por Dixit y Londregan (1996) para hablar de recursos que se destinan de manera estratégica para ganar elecciones, como proyectos de construcción y otras estrategias conocidas en Estados Unidos como *pork barrel politics*. En economía, esta noción ha sido desarrollada desde la literatura sobre ciclos políticos presupuestales y reelección (Rogoff, 1991). Dentro del universo de políticas distributivas no programáticas encontramos dos subtipos (Stokes *et al.*, 2013). En las relaciones clientelares, la recepción del beneficio (el presupuesto) depende del voto de un individuo; pero si no depende del comportamiento electoral, hablamos de sesgo partisano, un tipo que incluye el uso electoral de programas y presupuesto públicos, así como el *pork barrel*.

En un primer nivel, el grado de politización de la distribución fiscal en un país puede variar de acuerdo con sus instituciones políticas. Por ejemplo, los conflictos previos por el presupuesto y las reglas sobre su uso definen “si la negociación entre políticos [...] es más decisiva que el criterio fiscal” (Gordin, 2009: 7). El régimen político también importa. En los regímenes presidencialistas (en especial aquellos con reelección) el uso del presupuesto táctico por parte del ejecutivo es especialmente importante, dado que una de sus metas principales es la reelección. Este segundo punto implica que los presidentes son actores que están en competencia electoral y se preocupan por la manera como el gasto presupuestal puede beneficiar sus intereses políticos.

La literatura sugiere que los presidentes pueden usar activamente el presupuesto de manera táctica para resolver algunos de sus problemas en la política electoral, y que lo hacen de manera local o territorial. Los incentivos para dar ese uso político al presupuesto son bastante altos (Mebane; Wawro, 2002): por un lado, los presidentes enfrentan competidores en varios niveles de gobierno que quieren reclamar para sí el crédito por la ejecución de programas y presupuesto; y por otro, la cadena del gasto público, que va desde el presidente en la cúspide hasta el ciudadano, es larga y tenue, lo cual puede generar una falta de claridad sobre a qué actor político se le puede acreditar el gasto. Pero para que el gasto local tenga incidencia en las elecciones presidenciales, las decisiones de inversión que benefician a estos votantes tienen que poder rastrearse hasta el presidente. En estos escenarios, la decisión estratégica para el presidente es o bien hacerle ver a los votantes que el presupuesto les ha llegado por su decisión, o delegarles esta relación a los políticos locales y las élites parlamentarias. En otras palabras, el presidente puede definir mecanismos de asignación directa, o depender de las maquinarias políticas y relaciones clientelares de las élites políticas locales.

A partir de esta idea, Mebane y Wawro (2002) proponen que el gasto presidencial puede ser orientado a los votantes o las élites. En el primer caso, es decir, si los presidentes deciden ser identificados directamente con el gasto, es importante que este sea poco complejo e institucionalizado, para que los votantes puedan ver más fácilmente la intervención directa del presidente (Simison, 2014). Cuando un presidente no puede construir una relación directa con los electores a partir del presupuesto táctico, el gasto se puede orientar a mantener en una coalición a las élites políticas. En la relación entre las élites parlamentarias y el presidente, puede darse el caso en que este les delegue a aquellas la intermediación del presupuesto en las regiones, bien como premio por su apoyo, o como estrategia de convencimiento para que realicen su cambio de bando. De hecho, Simison (2014) muestra que la distribución de recursos en regímenes presidenciales tiende a ser usada para la construcción de coaliciones legislativas: ya que hay menores incentivos que en un régimen parlamentario para crear coaliciones estables, la distribución de recursos se convierte en una estrategia clave. A continuación, redirigimos la distinción entre distribución hacia los votantes y hacia las élites para hablar de dos escuelas teóricas: los que sugieren que los presidentes redirigen el voto pensando directamente en votantes con fines electorales y aquellos que argumentan que lo hacen pensando en el poder legislativo que tienen distintas unidades territoriales y las élites políticas que las representan.

Votantes leales e indecisos

Existen diversas explicaciones al problema de la distribución política del presupuesto (Golden; Min, 2013), pero el principal punto de referencia es el debate clásico entre las teorías que señalan que el presidente direcciona el presupuesto táctico hacia los votantes fieles o *core voters* o hacia los indecisos, los *swing voters*. En otras palabras, una asignación presupuestal orientada a los votantes. Más recientemente, la llamada hipótesis del *campo de batalla electoral* se sumó al debate, mostrando otros posibles equilibrios en los que el presidente dirige gasto hacia distritos en los que ambos partidos bordean el 50 % de las preferencias de voto (Larcinese; Snyder; Testa, 2013) o hacia los bastiones de su partido y de la oposición por igual (Horiuchi; Lee, 2008). En otras más, hay una dimensión temporal: Mebane y Wawro (2002) sugieren que, en la primera parte de su período, los presidentes privilegian las élites para compensar su apoyo en las elecciones; mientras que en la segunda mitad privilegian a los votantes, en busca de la reelección. Por último, algunos argumentan que la estrategia es retrospectiva y que la distribución de recursos es una recompensa para los distritos que han sido electoralmente leales (Catalinac; Bueno de Mesquita; Smith, 2020).

En este debate, Cox y McCubbins (1986: 378) proponen que “los políticos (...) invierten poco (si algo) en los grupos de oposición, algo más en los grupos de indecisos, y aún más en los grupos de apoyo”. Según esto, a los *core voters* se les apunta con beneficios privados para retener su lealtad, mientras que otros grupos de votantes serán favorecidos con bienes públicos cuando la lealtad de la base leal del partido es insuficiente para ganar las elecciones (Díaz-Cayeros *et al.*, 2012). Esta tesis de los *core voters*, que ya había sido debatida en Lindbeck y Weibull (1987) y sigue vigente (Cox, 2010; Stokes, 2005; Stokes *et al.*, 2013), fue confrontada diez años después por Dixit y Londregan (1996), quienes afirman que en contextos en los que han avanzado la burocratización y la consolidación del servicio civil, la asignación del presupuesto empieza a depender más de criterios técnicos y menos particularistas, por lo que resulta mucho más rentable para un gobernante destinar el presupuesto táctico a los *swing voters*. En otras palabras, la hipótesis de los *swing voters* asume que el desarrollo de una burocracia moderna y consolidada ha llevado a que las maquinarias políticas dejen de ser útiles como mecanismo distributivo para el presidente.

En Latinoamérica, el debate en torno a las explicaciones de la distribución táctica del presupuesto inicialmente giró en torno a estas dos hipótesis. Así, por ejemplo, en el contexto de los países en desarrollo, la hipótesis de los *core voters* parece ser más relevante porque la lealtad de los votantes está condicionada a que las maquinarias políticas sigan concediendo sus favores, pues de no hacerlo, los electores son susceptibles a ser movilizados por competidores políticos (Díaz-Cayeros *et al.*, 2012). Si bien en contextos institucionalizados las inversiones en los *core voters* pueden

ser *irracionales* porque no consideran la condicionalidad de la lealtad partidista, son relevantes en contextos en los que la desinstitucionalización de los partidos imposibilita la construcción de lealtades fuertes (Díaz-Cayeros *et al.*, 2012; Mebane; Wawro, 2002). A su vez esto implica que, en el contexto latinoamericano, el principal reto para los políticos es conservar la lealtad de los *core voters*, especialmente cuando la posibilidad de ser reelecto está en juego. El trabajo de González y Mamone (2015) muestra que en Argentina y Brasil el gasto presidencial está motivado por consideraciones políticas del tipo *core vs. swing*. Dado esto, cualquier estrategia por llegar al *swing voter* podría implicar perder los *core voters*, cuya lealtad no está asegurada y está condicionada a la continuidad de los incentivos materiales.

Representación política

En contraposición a estas teorías sobre la distribución no programática con fines electorales y orientada hacia los votantes, han surgido argumentos adicionales a partir del estudio de la representación o sobrerrepresentación de algunos distritos electorales, especialmente en Latinoamérica (Porto; Sanguinetti, 2001; Gibson; Calvo; Falleti, 2004; Calvo; Murillo, 2005), pero también en Estados Unidos (Lee, 2000). La sobre y subrepresentación es una situación común en sistemas electorales proporcionales. Dada la naturaleza inexacta de las fórmulas de traducción de votos en curules, algunas unidades territoriales (provincias, regiones, estados, departamentos, etc.) están sobrerrepresentadas en el legislativo. Esto significa que tienen más poder político que el que deberían tener si solo se tuvieran en cuenta criterios objetivos como el tamaño de su economía, la población o el nivel de pobreza en la misma. Por esta razón, hay incentivos para que el presidente dirija gasto hacia estas unidades y sus élites políticas. Esto conecta con trabajos que muestran cómo los presidentes utilizan la distribución tanto de gasto (*pork*) como de bienes de coalición (ministerios) para conseguir apoyo legislativo (Raile; Pereira; Power, 2011).

En regímenes federales como los de Argentina y Brasil, parte de la literatura sugiere que la representación política de entidades territoriales explica de manera significativa cómo los presidentes destinan los recursos de su presupuesto táctico: distribuyen más recursos en los lugares más sobrerrepresentados. Pero la eficiencia del gasto táctico en términos electorales aumenta cuando los distritos electorales más pequeños y periféricos son aquellos más sobrerrepresentados, dado que es posible comprar la lealtad de los *core voters* con relativamente pocos recursos. En efecto, la delegación del gasto a las élites locales cobra mayor importancia cuando un país tiene una cota más alta de periferalización (Gibson; 2012), es decir, cuando “la distribución de las transferencias está sesgada hacia las unidades subnacionales más dependientes de las transferencias” (Gordin, 2009: 7). Esta situación se combina

con la sobrerrepresentación y produce casos en los que la excesiva periferalización, sumada a una alta politización del gasto, termina por generar una *descentralización cooptativa* en la que el centro maneja cifras relativamente pequeñas del presupuesto, para controlar regiones con alta incidencia en el congreso (Gordin; 2009). La periferalización puede ser mayor en un régimen presidencialista con el nivel de representación de las regiones periféricas en el congreso, dado que esta aumenta los incentivos políticos para que el presidente dirija el presupuesto táctico hacia allí.

En resumen, esta revisión muestra que la utilización del presupuesto y las transferencias discrecionales por parte de los presidentes con fines políticos tácticos es comparativamente común. Si bien existen variadas explicaciones, para países en desarrollo como los de Latinoamérica hay unas causas más probables. Así mismo, esta revisión ilustra que existen múltiples estrategias y tácticas distributivas que resultan racionales en distintos escenarios, según sea la posibilidad del presidente para reelegirse o para que su sucesor gane en los siguientes comicios. Estas decisiones incluyen las diferentes opciones de priorizar a los votantes leales o apostar por los indecisos. Adicionalmente, la literatura muestra que el bajo desarrollo económico y político condiciona las estrategias distributivas; y de igual modo vemos que distintas instituciones políticas, como el sistema electoral y de partidos y el régimen (presidencial vs parlamentario, federal vs. unitario), también condicionan la elección de bienes públicos o privados para la estrategia distributiva.

Algunas hipótesis

A partir de la literatura y los diferentes modelos teóricos expuestos, planteamos tres hipótesis sobre la incidencia de distintos factores en la distribución del presupuesto por parte del ejecutivo central a nivel territorial (distritos electorales u otras unidades administrativas subnacionales). Empezamos por una hipótesis derivada de las teorías que suponen una distribución programática del presupuesto:

H₁) Distribución programática: unidades territoriales con niveles de pobreza más altos reciben una mayor cantidad de recursos.

Si rechazamos esta hipótesis, significa que la distribución del presupuesto tiene una destinación política y no puramente programática o basada en necesidades. En este orden de ideas, derivamos dos hipótesis a partir de teorías sobre la distribución no programática o táctica del presupuesto público por parte del ejecutivo:

H₂) Core voters: unidades territoriales con más partidarios del presidente reciben más recursos.

Si hay evidencia en esta dirección, podríamos afirmar que existe una distribución táctica (no programática) orientada hacia los *core voters* como recompensa por su comportamiento electoral pasado, o bien como incentivo frente a una futura elección. Finalmente:

H₃ Representación política: unidades territoriales con mayor representación en el legislativo (como porcentaje de las curules) reciben más recursos.

Si aceptamos esta última hipótesis, los recursos que distribuye (tácticamente) el presidente serían un elemento de negociación y las unidades territoriales más representadas en el legislativo cobran importancia para extender o mantener el poder presidencial. A continuación, evaluamos de forma empírica estas tres hipótesis.

Métodos: estudiar la distribución táctica del presupuesto en Colombia

¿Cómo distribuyen el presupuesto los presidentes en sistemas unitarios? En esta sección, buscamos dar respuesta a los interrogantes planteados anteriormente y evaluar las tres hipótesis que derivamos por medio del análisis una base de datos original sobre la distribución geográfica del presupuesto distribuido a los congresistas de la coalición del primer gobierno de Juan Manuel Santos (2010-2014). Para esto, recogimos datos a nivel departamental sobre los montos asignados a estos legisladores por concepto de cupos indicativos, así como información electoral, socioeconómica y demográfica a nivel departamental. Con esta información, estimamos una serie de modelos de regresión lineal que nos permiten evaluar las hipótesis y estimar el efecto de la representación política sobre la distribución táctica del presupuesto.

Variable dependiente: montos por cupos indicativos

En Colombia, los cupos de gasto asignados por el presidente a legisladores se conocen como cupos indicativos. La importancia de estos cupos se hizo clara desde el inicio del primer período del presidente Santos, cuando se evidenció que había priorizado la figura para darle más juego a los congresistas. El mecanismo como tal había sido creado en el año 2000 por el propio Santos como Ministro de Hacienda del presidente Andrés Pastrana (1998-2002), con el argumento de llevar el presupuesto nacional a las regiones para fomentar su desarrollo. Desde su creación, la figura fue fuente de múltiples debates políticos. Sin embargo, los cupos indicativos,

a pesar de representar una porción pequeña del presupuesto, son una figura clave para entender las dinámicas de negociación del presidente con el Congreso que le apoyó en la aprobación de reformas tan contenciosas, incluidas las necesarias para aprobar el Acuerdo de Paz con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en 2016.

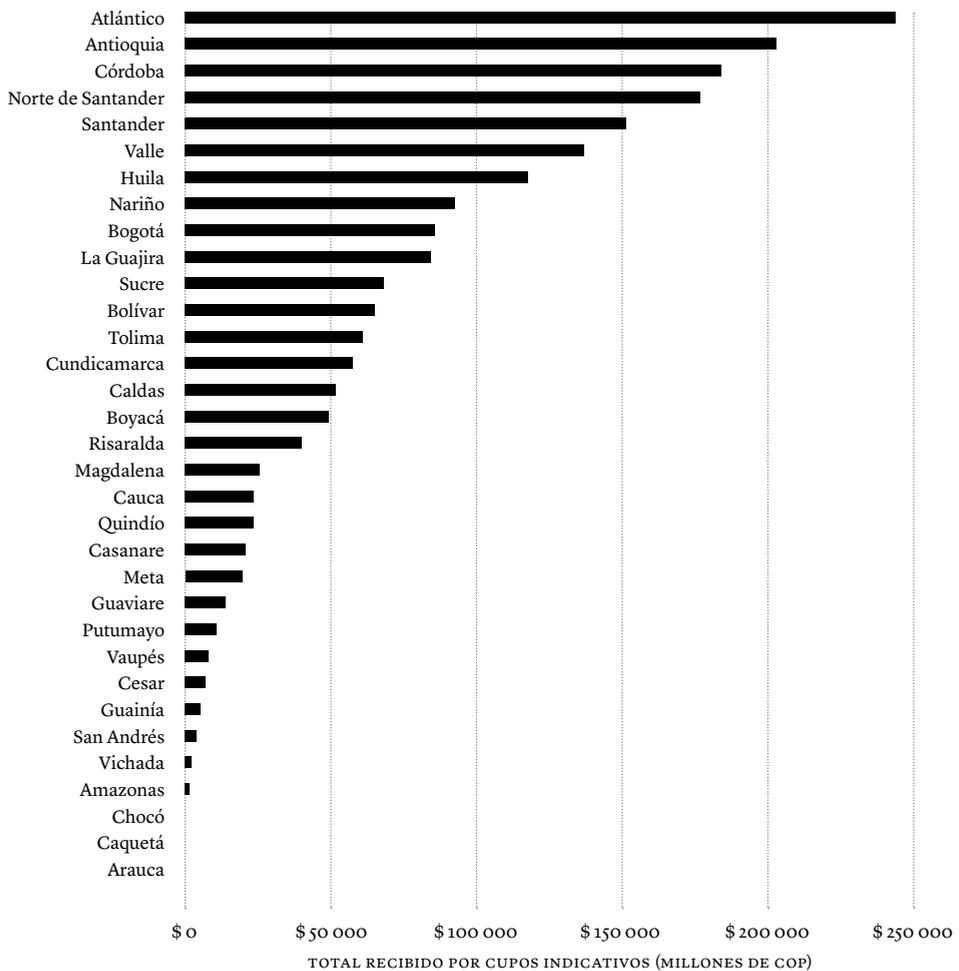
Medir los recursos destinados a cada departamento por el presidente colombiano es una tarea difícil. La escasez de información en torno a la distribución de cupos se debe a que el Congreso colombiano no tiene iniciativa de gasto ni veto; toda la negociación presupuestal se da manera informal entre el presidente y el Congreso, en especial cuando el primero necesita apoyo legislativo. Formalmente, en términos presupuestales la labor del Congreso se resume en aprobar la Ley de Presupuesto, en la que se incluyen partidas generales dentro de las cuales no se detalla la distribución táctica. Esto implica que todas las negociaciones entre el ejecutivo y el legislativo se dan de manera informal. Por esto, una vez existen las partidas generales de la Ley, hay un espacio o *zona gris* para la negociación entre el ejecutivo y el legislativo, y la asignación de cupos indicativos o partidas presupuestales a congresistas. Lo que complica aún más la disponibilidad de información es que esta destinación táctica del presupuesto por parte del presidente para negociar el apoyo del Congreso es inconstitucional y está abiertamente penalizada por la ley.

Dada la opacidad del proceso, la única información sobre la distribución de cupos indicativos disponible públicamente consiste en una base de datos filtrada a la prensa y publicada en el portal web *Las 2 Orillas* en 2014 (“La mermelada parlamentaria de puestos y contratos”, 2014). Estos datos fueron dados a conocer inicialmente ante la Comisión de Acusaciones de la Cámara de Representantes por parte del representante Ernesto Macías; este último argumentó que allí se evidenciaba la asignación por parte de la Presidencia de cupos indicativos y puestos de trabajo de los cuales podían disponer los congresistas de la coalición de gobierno, en apariencia a cambio de la aprobación de proyectos importantes para el gobierno y del apoyo en la reelección del presidente en el 2014. Sin embargo, Macías nunca reveló la fuente y la Comisión de Acusaciones se declaró impedida para investigar la denuncia. La importancia única de esta información también se evidencia en que en 2018 la Corte Suprema de Justicia anunció una indagación preliminar a los congresistas teniendo como base la información de esa base de datos (“Corte Suprema de Justicia abre indagación preliminar a todo el Congreso”, 2018). La Contraloría General, la entidad fiscalizadora superior del país, ha señalado que desde 2004 se han gastado en Colombia 57 billones de pesos en cupos indicativos, aunque no reveló el panel histórico de datos (“En 14 años se entregaron \$57 billones a parlamentarios por cupos indicativos: Contraloría”, 2018). Lo cierto es que la ausencia de información

y las profundas diferencias en la asignación de cupos por departamento muestran la importancia de examinar estos datos más a fondo.

Pese a estas dificultades, algunos investigadores han analizado estos datos (Valencia; Ávila, 2014; Bonilla-Mejía; Higuera-Mendieta, 2017; Rodríguez-Valero; Maldonado-Gómez, 2020), pero con perspectivas y objetivos distintos. Con esto en

FIGURA 1 | Distribución de cupos indicativos en Colombia a nivel departamental, 2010-2014



Fuente: elaboración propia.

mente, extrajimos la información sobre los montos recibidos por los congresistas de la coalición del gobierno Santos por concepto de cupos indicativos de estos datos. La información filtrada solo incluía legisladores de partidos pertenecientes a la coalición de gobierno. Agregamos estos datos a nivel departamental con el fin de entender la relación entre las regiones y el centro en la distribución presupuestal. Nuestra variable dependiente es el monto total (en millones de pesos colombianos) recibido por los congresistas de cada departamento del país. La Figura 1 muestra una variación importante en los recursos recibidos por congresistas de cada departamento del país para ejecutar proyectos en esos territorios.

Variables independientes

Además de información sobre la distribución cupos indicativos a nivel departamental entre los congresistas de la coalición de gobierno Santos (2010-2014), recogimos una serie de datos a nivel departamental que nos ayudan a evaluar empíricamente las hipótesis planteadas anteriormente.

En primer lugar, recolectamos un grupo de variables de carácter demográfico y económico, las cuales permiten evaluar el gasto desde una perspectiva programática o técnica (H_1). En este sentido, utilizamos la pobreza como una manera de medir las necesidades objetivas de los departamentos, tal y como lo proponen varios trabajos (Simison, 2014; Fried, 2012; Mejía-Guinand *et al.*, 2008; Porto; Sanguinetti, 1996; González, 2012; González; Mamone, 2012; Nazareno *et al.*, 2006). En particular, utilizamos el índice de necesidades básicas insatisfechas (NBI) a nivel departamental para julio de 2011, según los cálculos del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). Este índice brinda una visión integral de las necesidades y la pobreza al integrar indicadores de ingreso, acceso a servicios y calidad de vivienda en una sola medida.

Adicionalmente, incluimos una medida del producto interno bruto (PIB) per cápita por departamento en miles de millones de pesos (base 2005). Esta variable está presente en varios análisis empíricos (Ames, 1995; Milesi-Ferretti; Peroti; Rostagno, 2000; González; Mamone, 2012; Cadot; Roller; Stephan, 2005). Aquí, utilizamos al promedio de los años 2010, 2011 y 2012 según datos del DANE, teniendo en cuenta que esta era la información disponible para los tomadores de decisiones en ese período. Esto nos permite medir el ingreso de los departamentos estudiados y dimensionar su importancia dentro de la economía del país. Además, incluimos una variable *dummy* para diferenciar aquellos departamentos que tenían como actividad económica principal la minería y la extracción del petróleo de aquellos que no, ya que esto podría distorsionar su PIB per cápita y estar relacionado con la distribución de gasto y presupuesto territorial.

En segundo lugar, incluimos otro grupo de variables que permiten evidenciar si la distribución de los cupos indicativos evidencia una estrategia táctica de *core voters* (H_2). Para operacionalizar este concepto, identificamos las regiones donde la coalición del presidente Santos era mucho más fuerte. Utilizar resultados de las elecciones presidenciales puede conllevar problemas, ya que Santos fue elegido en 2010 con un amplio apoyo de los votantes simpatizantes del expresidente Uribe y luego, en 2014, por una coalición opuesta al uribismo. Así mismo, descartamos resultados de elecciones a gobernador, porque para este caso importa más si las mayorías regionales formaban parte o no de la coalición de gobierno, y porque los gobernadores tienen poco poder en el sistema colombiano en comparación con los congresistas de su departamento. En cambio, a partir de datos de la Registraduría Nacional, calculamos el porcentaje de alcaldes municipales pertenecientes a partidos de oposición en cada uno de los departamentos. Para el caso colombiano, Bonilla-Mejía e Higuera-Mendieta (2017) encuentran que los alcaldes alineados con el gobierno nacional reciben más transferencias discrecionales, lo cual subraya la importancia de esta variable. Además, puesto que la literatura sugiere que la estrategia de distribución hacia *core voters* se hace menor conforme aumenta la burocratización, incluimos el índice de desempeño integral (IDI) a nivel departamental siguiendo la medición del Departamento Nacional de Planeación (DNP). Este índice evalúa la eficacia, eficiencia y gestión del gobierno subnacional en el país con base en ejecución de presupuestos, desempeño fiscal, cumplimiento de normativas y prestación de servicios públicos.

Incluimos un tercer grupo de variables para explorar la hipótesis de representación política (H_3); de nuevo, partimos de la estrategia empírica utilizada por trabajos existentes (Gibson; Calvo, 2001; Calvo; Murillo, 2004; González, 2012; Simison, 2014). Primero, incluimos la población de cada departamento (como porcentaje del total del país). En segundo lugar, calculamos el nivel de representación en la Cámara y el Senado colombianos por departamento. La medida corresponde al porcentaje de congresistas pertenecientes a cada departamento. En el caso de los representantes a la Cámara, su conexión con un departamento es clara: son elegidos en circunscripciones multinominales departamentales. Este sistema guarda proporcionalidad con la población departamental, con excepción de algunos departamentos (por ejemplo, Amazonas, Arauca y Vaupés) a los cuales se les asigna una representación mínima de dos congresistas a pesar de tener poblaciones muy pequeñas.

Mientras, el Senado colombiano tiene una circunscripción multinominal única de carácter nacional, lo cual dificulta asociar senadores con departamentos específicos. Sin embargo, la distribución de votos de numerosos senadores está altamente concentrada en algunos departamentos y municipios, como muestran Crisp e Ingall (2002), Basset (2015) y Milanese y Manfredi (2018). De esta manera, asociamos

senadores a departamentos según la distribución y concentración de sus votos en las elecciones de 2010; por ejemplo, el Departamento de Antioquia cuenta con aproximadamente el 13 % de la población del país, pero solo el 7 % del total de los senadores en el Congreso. Además, examinamos los niveles de participación política en cada departamento, medidos como el porcentaje de votantes en las elecciones al Congreso de 2014. Niveles más altos de participación aumentan el número de curules en el Senado que puede obtener un departamento según la medida que discutimos anteriormente.

Para cerrar, y con el fin de incorporar el nivel de periferización del gasto y entender la importancia de las estrategias tácticas y la posible configuración de una *descentralización cooptativa* (Gordin, 2009), medimos el nivel de dependencia de los departamentos de las transferencias a través de una de las dimensiones del índice de desempeño fiscal del DNP (peso de las transferencias con relación a los ingresos totales de los departamentos). El Cuadro 1 muestra estadísticas descriptivas para todas las variables descritas anteriormente.

CUADRO 1

Estadísticas descriptivas de las variables dependientes e independientes, 2010-2014

| Variable | Media | [Mín. - máx.] |
|--|-----------|-----------------------|
| Total de cupos (millones de COP) | 61 592,27 | [0 - 243831] |
| Total de cupos (millones de COP), Senado | 35 250,55 | [0 - 185 821] |
| Total de cupos (millones de COP), Cámara | 26 341,73 | [0 - 104 139] |
| Índice NBI | 38,19 | [9,2 - 79,19] |
| PIB per cápita (miles de millones de COP) | 7966,40 | [3018,12 - 22 608,81] |
| Explotación minera y petrolera (indicador binario) | 0,12 | [0 - 1] |
| Alcaldes miembros de la oposición (porcentaje) | 31,98 | [0 - 100] |
| Índice de Desempeño Integral | 58,82 | [31,66 - 76,14] |
| Congresistas (porcentaje) | 3,03 | [0,76 - 12,21] |
| Senadores (porcentaje) | 3,03 | [0 - 13,86] |
| Representantes (porcentaje) | 3,03 | [1,24 - 11,18] |
| Participación electoral en legislativas (porcentaje) | 0,47 | [0,35 - 0,64] |
| Dependencia de transferencias (porcentaje) | 67,86 | [26,22 - 89,52] |
| Población (porcentaje) | 3,03 | [0,08 - 16,22] |

Fuente: elaboración propia.

En síntesis, esta colección de datos nos permite evaluar de forma empírica las teorías discutidas en la revisión de literatura comparada en el caso colombiano y, al mismo tiempo, sacar algunas conclusiones sobre la política distributiva en el país.

Análisis: la *mermelada* durante el primer gobierno Santos

¿Qué factores se asocian más con la distribución territorial de recursos y presupuesto por parte del presidente? ¿Encontramos evidencia de un tipo de distribución programática o de estrategias políticas en el caso de los cupos indicativos del gobierno Santos? En esta sección respondemos a estas preguntas analizando los datos discutidos previamente. Nuestro análisis se centra en la estimación de modelos de regresión lineal para estimar, por un lado, la relación entre variables que capturan las distintas teorías descritas en la sección anterior; y por otro, la distribución presupuestal a nivel departamental en el país.

Nuestro propósito es entender mejor la variación en la distribución territorial del presupuesto a partir de las teorías prevalentes en la literatura. Para responder estas preguntas, estimamos una serie de modelos de regresión lineal en los que la variable dependiente es el monto total por cupos indicativos recibido por los congresistas de cada departamento durante el primer gobierno Santos. Como variables independientes incluimos las medidas discutidas en la sección anterior, lo cual nos permite evaluar las tres hipótesis que derivamos de la literatura. Consignamos los resultados de este análisis en el Cuadro 2. La columna 1 (Todos) muestra resultados de un modelo en el que la variable dependiente es el total de cupos destinados a senadores y representantes de la coalición de gobierno; en la columna 2 (Senado) tomamos solo las asignaciones a senadores; y en la 3 (Cámara), solo los montos adscritos a representantes a la Cámara. En las columnas 4-6 —“Todos (sin D. C.)”, “Senado (sin D. C.)” y “Cámara (sin D. C.)”— estimamos estos mismos modelos, pero omitiendo la observación de Bogotá D. C. de la muestra, con el fin de evaluar si la inclusión del Distrito Capital (una observación atípica en términos de influencia política, calidad de vida y producción económica) afecta los resultados.

En primer lugar, discutimos el ajuste de los modelos en general. Si bien contamos con pocas observaciones ($N = 33$; 32 departamentos más Bogotá), los modelos muestran un buen ajuste a los datos basado en los valores de la estadística R^2 , lo cual significa que capturamos una buena parte de la variación en la distribución del presupuesto. Adicionalmente, este ajuste no está influenciado por la observación de Bogotá D. C., pues su exclusión del análisis no afecta de forma significativa los resultados: los coeficientes y errores estándar en las columnas 1-3 son similares a los de las columnas 4-6. Por último, no hay evidencia fuerte de heteroesquedasti-

cidad de los residuos: una prueba de Breusch-Pagan resulta en $p > 0,05$ para todos los modelos, excepto para el de la columna 4. Como salvaguarda, estimamos y reportamos errores estándar consistentes con heteroskedasticidad tipo HC2 y con propiedades útiles en muestras pequeñas para todos los modelos y coeficientes (MacKinnon; White, 1985).

CUADRO 2 | Modelos de regresión de montos totales asignados por departamento vía cupos indicativos, 2010-2014

| | Todos | Senado | Cámara | Todos (sin D.C.) | Senado (sin D.C.) | Cámara (sin D.C.) |
|------------------------------|----------------------------|-----------------------------|--------------------------|----------------------------|----------------------------|---------------------------|
| PIB per cápita | -1,94 (2,78) | -2,42 (1,49) | 0,41 (1,75) | -1,68 (2,72) | -2,31 (1,47) | 0,90 (1,58) |
| NBI | 1209,03 (1043,61) | 1004,35 (777,76) | 208,65 (413,88) | 1265,88 (918,92) | 1044,66 (725,21) | 39,17 (291,00) |
| Explotación minera | 58 496,85 (34 978,65) | 54 358,78*** (18 867,02) | -507,56 (21 810,71) | 50 949,40 (40 142,71) | 53 015,26** (21 091,04) | -13 398,80 (20 520,37) |
| Oposición (% de alcaldes) | -733,18 (494,94) | -443,78 (306,60) | -243,35 (217,11) | -183,18 (384,41) | -211,01 (325,63) | 49,55 (123,87) |
| IDI | 252,61 (1182,94) | -541,39 (950,54) | 991,80 (581,18) | 530,41 (1149,38) | -455,53 (972,54) | 917,77* (450,90) |
| Congresistas (%) | 41 282,14** (17 544,88) | | | 36 475,59** (16 335,24) | | |
| Senadores (%) | | 12 668,58** (5040,95) | | | 12 682,11** (4627,09) | |
| Representantes (%) | | | 24 401,47* (13099,88) | | | 9792,01 (9236,90) |
| Participación (%) | 165 247,86 (167 330,97) | 141 509,62 (153 538,28) | 71 515,79 (46 025,30) | 248 931,93 (196 785,81) | 167 328,41 (171 491,86) | 91 513,35* (47 784,61) |
| Dependencia | -1926,86 (1250,05) | -2122,62** (987,36) | 248,56 (460,57) | -1568,76 (1230,75) | -1981,66* (995,99) | 490,63 (362,03) |
| Población (%) | -19 549,06 | -4490,70 | -11674,37 | -10741,79 | -2174,25 | 1241,36 |

| | | | | | | |
|-------------------------------|--------------|--------------|-------------|--------------|--------------|---------------|
| | (15 445,31) | (6017,24) | (9616,38) | (12 465,14) | (5304,77) | (6130,69) |
| (Intercepto) | 19 790,63 | 108 512,64 | -124 364,90 | -88 595,07 | 67 031,80 | -142 833,11** |
| | (174 206,36) | (134 554,94) | (83 231,18) | (175 104,04) | (147 058,66) | (66 826,12) |
| N | 33 | 33 | 33 | 32 | 32 | 32 |
| R² | 0,670 | 0,655 | 0,601 | 0,727 | 0,673 | 0,739 |
| R² ajustado | 0,540 | 0,520 | 0,445 | 0,615 | 0,539 | 0,632 |

Nota: errores estándar consistentes con heterocedasticidad (HC2) en paréntesis.

* p < 0.1, ** p < 0.05, *** p < 0.01.

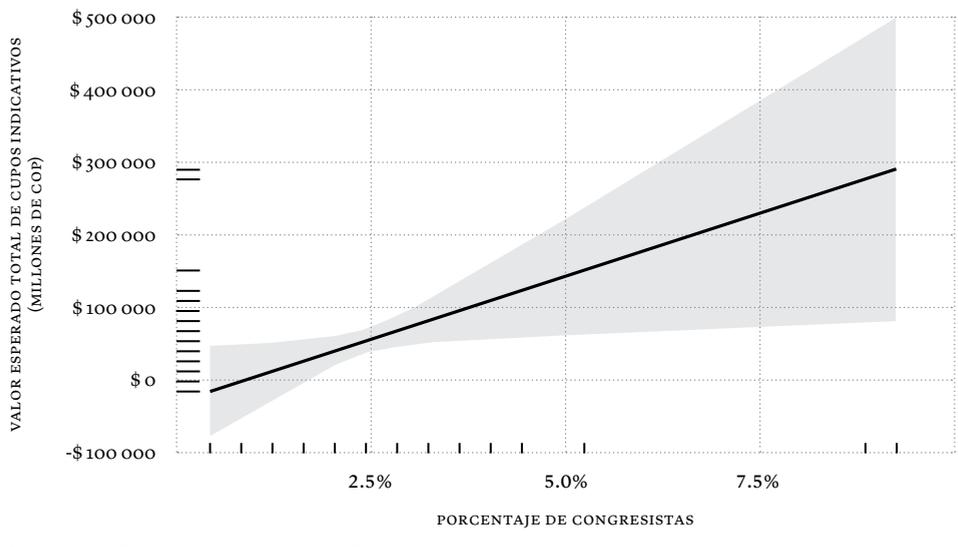
Fuente: elaboración propia.

En cuanto a resultados sustantivos, no encontramos sustento empírico para H_1 (distribución programática) y H_2 . Ninguna de las variables que operacionalizan las teorías sobre criterios objetivos (H_1) y la distribución no programática orientada a votantes (H_2) tiene una relación estadísticamente significativa con la variable dependiente de manera consistente en todos los modelos. La evidencia no apoya la idea de que el presidente destina los recursos de los cupos para aquellos departamentos con más necesidad o en los que hay más *core* o *swing voters*, aunque sí parece que en comparación con departamentos sin explotación minera, los departamentos mineros reciben significativamente más recursos. Así, estas tesis centrales del debate sobre política distributiva en Latinoamérica y en términos comparativos no aparecen claramente en el caso colombiano. En cambio, sí encontramos evidencia que nos invita a pensar en los factores de representación y negociación (H_3). La variable de representación en el Congreso consistentemente presenta una asociación positiva y estadísticamente significativa con los montos otorgados por departamento, tanto en total, como a senadores y representantes. En promedio, departamentos con mayores niveles de representación, medida como el porcentaje de congresistas de ese departamento, recibieron mayor cantidad de recursos por concepto de cupos indicativos. Más precisamente, *ceteris paribus*, un aumento de 1 % en la representación total de un departamento se asocia con un aumento de aproximadamente 41,282 millones de pesos colombianos en los cupos indicativos dirigidos hacia los congresistas de ese departamento. Teniendo en cuenta el rango de ambas variables (ver Cuadro 1), la magnitud de este coeficiente no es solo estadísticamente significativa, sino sustantivamente importante. En general, este hallazgo está en sintonía con trabajos anteriores como el de Mejía-Guinand *et al.* (2008), quienes sostienen que las consideraciones políticas primaban sobre las técnicas en la asignación de recursos para la construcción de vías en el país.

La Figura 2 permite visualizar estos resultados con más claridad. Aquí, mostramos el efecto marginal de un aumento en la representación legislativa (en Senado y Cámara) sobre los montos recibidos a nivel departamental por concepto de cupos indicativos. *Ceteris paribus*, pasar de 2 % a 5 % de representación en el Congreso se asocia con un aumento de aproximadamente 123,846 millones de pesos en cupos indicativos. Esta es una diferencia estadísticamente significativa y sustancial: solo 6 departamentos recibieron sumas más altas en este periodo. El análisis nos lleva a concluir que los departamentos con más Representantes en el Congreso recibieron más recursos por parte del presidente, y que un aumento en la representación se asocia fuertemente con aumentos importantes en la recepción de recursos. En términos teóricos, encontramos evidencia a favor de H_3 ; más representación política en el legislativo implica más distribución y recepción de presupuesto. Nuestro análisis apunta a una distribución táctica del presupuesto en sistemas presidencialistas y unitarios como el colombiano.

Finalmente, tras este análisis empírico agregado, es preciso explicar cómo esta distribución puede ser estratégica para un presidente que quiere consolidar una mayoría parlamentaria. En concreto, para entender la importancia del uso táctico

FIGURA 2 | Efectos marginales de la representación en Cámara sobre la distribución de presupuesto por departamento, 2010-2014



Fuente: elaboración propia.

de recursos con preferencia hacia departamentos más representados en el Congreso es importante explorar la importancia que estos recursos tuvieron durante la presidencia de Santos para formar una coalición política en el Congreso. Como lo señala Simison (2014), el deslinde entre ejecutivo y legislativo en los regímenes presidencialistas dificulta la creación de coaliciones estables, por lo cual la distribución no programática de recursos se vuelve una estrategia importante. En el contexto colombiano, Pachón-Buitrago y Carroll (2018) hacen énfasis en la dificultad de construir coaliciones ejecutivo-legislativo y de traducirlas en ventajas legislativas.

Frente a estas dificultades, el presidente Santos tenía la tarea de construir una coalición partiendo de su ruptura con Uribe en 2010, lo cual lo dejaba con menos aliados en el Congreso. Además, lo debía hacer en el marco de un período breve antes de la campaña electoral y la reelección de 2014. Esta situación fue ilustrada por el jurista colombiano Rodrigo Uprimny en una entrevista radial:

(...) una vez elegido un congresista, él tiene su período fijo de 4 años y su suerte no depende mucho de la del gobierno, (...) puede distanciarse políticamente del gobierno, y el gobierno no puede hacer mucho porque no puede disolver el parlamento. Esa separación orgánica estricta entre el congreso electo por un período, cuando no es un régimen bipartidista, sino multipartidista, [lleva a que los gobiernos no tengan] mayorías en el congreso, [y tengan que recurrir] a distintas estrategias, a veces ideológicas, para tratar de configurar una mayoría ideológica, pero eso muchas veces no funciona, entonces recurren a este tipo de prácticas [los cupos indicativos] para desbloquear y hacer avanzar proyectos. (Hora 20, 2018)

De igual modo, más allá del estilo propio de Santos, esta situación de fragmentación de la coalición ideológica, dependencia de maquinarias y caída de la popularidad también genera incentivos para cambiar la canasta y distribuir más bienes privados, en vez de públicos. Precisamente, los cupos indicativos cumplen con las características de un bien privado, pues son excluyentes y desincentivan a los *polizones* o *free-riders* (Olson, 1965). De nuevo, esto coincide con lo planteado en el modelo de distribución no programática orientada hacia aquellos territorios con mayor representación política en el legislativo (*H*₃).

Conclusión

En este artículo exploramos las teorías principales para explicar la distribución de los presupuestos según criterios políticos, a través del análisis de las partidas presupuestales asignadas de manera discrecional por el presidente en el Congreso colombiano, llamadas cupos indicativos. Empezamos revisando la literatura con el

fin de trazar las principales líneas de pensamiento y derivar una serie de hipótesis empíricamente evaluables. Posteriormente, realizamos un análisis estadístico de la distribución departamental de montos totales por concepto de cupos indicativos entre miembros de la coalición del primer gobierno de Juan Manuel Santos (2010-2014). Encontramos que la representación de un departamento en el Congreso se asocia positiva y significativamente con una mayor recepción de esos recursos por parte de miembros de la coalición de gobierno. Esta evidencia apoya las teorías enfocadas en la distribución táctica legislativa del presupuesto. A la vez, no encontramos soporte empírico para las teorías que sugieren una distribución programática u orientada hacia los votantes.

Estos hallazgos empíricos permiten intuir que la distribución de cupos indicativos se convirtió en un mecanismo privilegiado de negociación entre el presidente y el legislativo, el cual se orientaba hacia los departamentos con un alto número de congresistas en relación con su población. Conjeturamos que, con esta estrategia, el gobierno buscaba lograr la aprobación de proyectos estratégicos y, quizás, la reelección presidencial en 2014. Así mismo, una implicación de nuestro trabajo es que las reformas orientadas a aumentar la representación política en el legislativo de ciertas regiones pueden tener efectos sobre la distribución de recursos y, por tanto, son una herramienta poderosa con efectos más allá de la representación simbólica.

En un contexto como el colombiano y otros similares en Latinoamérica, este hallazgo aporta en la comprensión de un fenómeno de gran importancia. Más que seguir criterios técnicos u objetivos, o de estar sujeto a las dinámicas electorales de la lucha por votantes (sean *core* o *swing*), la distribución no programática o táctica de recursos del presidente responde a una lógica política en el legislativo. Nuestros hallazgos empíricos nos permiten comenzar a entender los cálculos políticos que realizan los presidentes al distribuir recursos; ilustramos esto con el caso de la distribución de cupos indicativos en Colombia.

En este escenario, se evidencia la continuación de una historia de mecanismos de distribución discrecional de recursos que dan cuenta de una necesidad del centro de establecer nexos con los políticos regionales y de valerse de su apoyo para mantener ciertos niveles de orden en los territorios; esto ha llevado a que se entreguen auxilios parlamentarios y se concentren fondos de cofinanciación, entre otras formas de llevar presupuestos a regiones (en especial, a aquellas pobres) con baja presencia del Estado, donde con cantidades relativamente pequeñas de dinero se pueden lograr importantes réditos políticos. La evidencia que mostramos y la literatura que revisamos sugieren que este accionar se debe a un comportamiento estratégico del presidente: al percibir un mayor peso en los departamentos más representados en el Congreso, decide otorgarles más recursos por cupos indicativos a sus legisladores.

En el marco de la distribución táctica, este artículo también permite abrir algunas preguntas adicionales sobre las estrategias políticas del presidente Santos, dada su necesidad de conformar una nueva coalición después de romper con la coalición uribista. Sobre lo anterior, se debe recordar que la decisión de llevar a cabo el proceso de paz con las FARC le implicó a Santos la ruptura con el presidente Uribe. En tal sentido, esto llevó a Santos a perder el manejo de la coalición de derecha que lo apoyó para lograr su primera presidencia y que llevaba ocho años en el gobierno. Lo anterior, en un entorno donde era posible la reelección presidencial, obligó al presidente a buscar la conformación de una nueva coalición, sobre la base de la búsqueda de la paz, pero también sobre incentivos materiales que le permitieran unir a su apuesta diferentes clientelas.

Finalmente, es importante advertir que entender la manera en que se ha utilizado el presupuesto en Colombia de manera táctica para mejorar la gobernabilidad y asegurar éxitos electorales, cobra especial relevancia en el contexto actual. El presidente Iván Duque (2018-2022) se ha propuesto acabar con este tipo de distribuciones presupuestales de tipo político, que él asocia en su discurso con la corrupción. Esta estrategia de *apolitización* aparente de la distribución del presupuesto le ha representado problemas para aprobar algunos de sus proyectos claves en el congreso, tales como el Plan de Desarrollo, la reforma tributaria y sus objeciones a la Justicia Especial para la Paz (JEP). Lo anterior pone de manifiesto la necesidad de entender con más profundidad el papel que juegan las estrategias de intermediación y negociación con el Congreso mediante la distribución del presupuesto.

Referencias

- Ames, Barry (1995). Strategy under Open-List Proportional Representation. *American Journal of Political Science*, 39(2), 406-433. <https://doi.org/10.2307/2111619>
- Aprobada la reforma a las regalías (9 de junio de 2011). *El Espectador*. Recuperado de <https://www.elespectador.com/content/aprobada-la-reforma-las-regal%C3%ADas>
- Basset, Yann (2015). ¿Whipped Vote?: Personalization of Voting Behavior and Electoral Paths of Colombian Senators. *Revista de Ciencia Política*, 35(3), 489-507. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-090X2015000300002>
- Benson, Allison L. (2021). From targeted private benefits to public goods: Land, distributive politics and changing political conditions in Colombia. *World Development*, 146. <https://doi.org/10.1016/j.worlddev.2021.105571>

- Blaydes, Lisa (2020). Distributive Politics in the Middle East. En *Routledge Handbook of Middle East Politics* (pp. 471-479), editado por Larbi Sadiki. Abingdon: Routledge.
- Bonilla-Mejía, Leonardo; Higuera-Mendieta, Iván Gonzalo (2017). Political alignment in the time of weak parties: electoral advantages and subnational transfers in Colombia. *Documentos de Trabajo sobre Economía Regional y Urbana*, 260.
- Cadot, Oliver; Roller, Lars-Hendrick; Stephan, Andreas (2005). Contribution to productivity or pork barrel? The two faces of infrastructure investment. *Journal of Public Economics*, 90(6-7), 1133-1153. <https://doi.org/10.1016/j.jpubeco.2005.08.006>
- Calvo, Ernesto; Murillo, María Victoria (2004). Who Delivers? Partisan Clients in the Argentine Electoral Market. *American Journal of Political Science*, 48(4), 742-757. <https://doi.org/10.1111/j.0092-5853.2004.00099.x>
- Catalinac, Amy; Bueno de Mesquita, Bruce; Smith, Alastair (2020). A Tournament Theory of Pork Barrel Politics: The Case of Japan. *Comparative Political Studies*, 53(10-11), 1619-1655. <https://doi.org/10.1177/0010414019897677>
- Corte Suprema de Justicia abre indagación preliminar a todo el Congreso (13 de febrero de 2018). *El Espectador*. Recuperado de <https://www.elespectador.com/noticias/judicial/corte-suprema-de-justicia-abre-indagacion-preliminar-a-todo-el-congreso/>
- Cox, Gary (2010). Swing voters, core voter and distributive politics. En *Political Representation* (pp. 342-357), editado por Ian Shapiro; Susan C. Stokes; Elisabeth J. Wood; Alexander S. Kirshner. New York: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511813146.015>
- Cox, Gary; McCubbins, Matthew (1986). Electoral politics as a redistributive game. *Journal of Politics*, 48(2), 370-389. <https://doi.org/10.2307/2131098>
- Crisp, Brian; Ingall, Rachel (2002). Institutional Engineering and the Nature of Representation: Mapping the Effects of Electoral Reform in Colombia. *American Journal of Political Science*, 46(4), 733-748. <https://doi.org/10.2307/3088430>
- Díaz-Cayeros, Alberto; Estévez, Federico; Magaloni, Beatriz (2016). *The Political Logic of Poverty Relief: Electoral Strategies and Social Policy in Mexico*. New York: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9781316492710>
- En 14 años se entregaron \$57 billones a parlamentarios por cupos indicativos: Contraloría (7 de junio de 2018). *El Espectador*. Recuperado de <https://www.elespectador.com/noticias/judicial/en-14-anos-se-entregaron-57-billones-a-parlamentarios-por-cupos-indicativos-contraloria/>
- Fried, Brian (2012). Distributive Politics and Conditional Cash Transfers: The Case of Brazil's Bolsa Familia. *World Economics*, 40(5), 1042-1053. <https://doi.org/10.1016/j.worlddev.2011.09.022>

- Garay, Candelaria; Palmer-Rubin, Brian; Poertner, Mathias (2020). Organizational and Partisan Brokerage of Social Benefits: Social Policy Linkages in Mexico. *World Development*, 136, 1-12. <https://doi.org/10.1016/j.worlddev.2020.105103>
- Gibson, Edward (2012). *Boundary Control: Subnational Authoritarianism in Federal Democracies*. New York: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9781139017992>
- Gibson, Edward; Calvo, Ernesto (2001). Federalism and Low Maintenance Constituencies: Territorial Dimensions of Economic Reform in Argentina. *Studies in Comparative International Development*, 35(3), 32-55. <https://doi.org/10.1007/BF02699765>
- Gibson, Edward; Calvo, Ernesto; Falleti, Tulia (2004). Reallocative Federalism: Territorial Overrepresentation and Public Spending in the Western Hemisphere. En *Federalism and Democracy in Latin America* (pp. 173-196), editado por Edward Gibson. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Golden, Miriam; Min, Brian (2013). Distributive Politics around the World. *Annual Review of Political Science*, 16, 73-99. <https://doi.org/10.1146/annurev-polisci-052209-121553>
- González, Lucas (2012). The redistributive effects of centralization and decentralization across subnational units. *Latin American Research Review*, 47(3), 109-133. <https://doi.org/10.1353/lar.2012.0046>
- González, Lucas; Mamone, Ignacio (2012). La economía política de la distribución federal de obra pública en Argentina. *Desarrollo Económico*, 51(201), 59-80.
- González, Lucas; Mamone, Ignacio (2015). Who Distributes? Presidents, Congress, Governors, and the Politics of Distribution in Argentina and Brazil. *Revista Ibero-americana de Estudios Legislativos*, 4, 17-32. <https://doi.org/10.12660/riel.v4.n1.2015.49203>
- González-Tule, Luis; Guzmán-Mendoza, Carlos Enrique; Tuirán-Sarmiento, Ángel (2021). Clientelismo personalizado en Colombia: una aproximación histórico-institucional a un estudio de caso. *Revista Sociedade e Cultura*, 24. <https://doi.org/10.5216/sec.v24.57225>
- Gordin, Jorge P. (2009). The Politics of Fiscal Decentralization Revisited: A Typology and Comparative Evidence. *Fédéralisme Régionalisme*, 9(2), 1-13.
- Hicken, Allen (2011). Clientelism. *Annual Review of Political Science*, 14, 289-310. <https://doi.org/10.1146/annurev.polisci.031908.220508>
- Hicken, Allen; Nathan, Noah L. (2020). Clientelism's Red Herrings: Dead Ends and New Directions in the Study of Nonprogrammatic Politics. *Annual Review of Political Science*, 23, 277-294. <https://doi.org/10.1146/annurev-polisci-050718-032657>
- Hora 20 (14 de febrero de 2018). *Caracol Radio* [programa de radio]. Recuperado de <https://alacarta.caracol.com.co/audio/097RD21000000064171/>

- Horiuchi, Yusaku; Lee, Seungjoo (2008). The Presidency, Regionalism, and Distributive Politics in South Korea. *Comparative Political Studies*, 41(6), 861-8-82. <https://doi.org/10.1177/0010414006298900>
- Jiang, Junyan; Zhang, Muyang (2020). Friends with benefits: Patronage networks and distributive politics in China. *Journal of Public Economics*, 184. <https://doi.org/10.1016/j.jpubeco.2020.104143>
- La mermelada parlamentaria de puestos y contratos (2014). *Las 2 Orillas*. Recuperado de <http://www.las2orillas.co/la-mermelada-parlamentaria-de-puestos-contratos/>
- Larcinese, Valentino; Snyder, James M.; Testa, Cecilia (2013). Testing Models of Distributive Politics using Exit Polls to Measure Voters' Preferences and Partisanship. *British Journal of Political Science*, 43(4), 845-875. <https://doi.org/10.1017/S0007123412000245>
- Lee, Frances (2000). Senate Representation and Coalition Building in Distributive Politics. *American Political Science Review*, 94(1), 59-72. <https://doi.org/10.2307/2586380>
- Leyva-Botero, Santiago (2012). Las relaciones intergubernamentales en Colombia (2002-2010): Un análisis de los Consejos Comunales de gobierno. *Análisis Político*, 25(76), 125-144.
- MacKinnon, James G.; White, Halberd (1985). Some heteroskedasticity consistent covariance matrix estimators with improved finite sample properties. *Journal of Econometrics*, 29(3), 305-325. [https://doi.org/10.1016/0304-4076\(85\)90158-7](https://doi.org/10.1016/0304-4076(85)90158-7)
- Mebane, Walter; Wawro, Geoffrey (2002). *Presidential Pork Barrel Politics*. Inédito.
- Mejía-Guinand, Luis Bernardo; Botero, Felipe; Rodríguez-Raga, Juan Carlos (2008). ¿Pavimentando con votos? Apropiación presupuestal para proyectos de infraestructura vial en Colombia, 2002-2006. *Colombia Internacional*, 69, 14-42. <https://doi.org/10.7440/colombiaint68.2008.01>
- Milanese, Juan Pablo; Manfredi, Luciana (2018). Nationalization of the Legislative Vote, Visibility and Reputation in the Written Press: An Analysis of Candidates' Strategies for the 2014 Colombian Senate Election. *Journal of Iberian and Latin American Research*, 24(3), 199-213. <https://doi.org/10.1080/13260219.2019.1623289>
- Milesi-Ferretti, Gian Maria; Perotti, Roberto; Rostagno, Massimo (2000). Electoral Systems and Public Spending. *The Quarterly Journal of Economics*, 117(2), 609-657. <https://doi.org/10.1162/003355302753650346>
- Nazareno, Marcelo; Stokes, Susan C.; Brusco, Valeria (2006). Réditos y peligros electorales del gasto público en la Argentina. *Desarrollo Económico*, 46(181), 63-88. <https://doi.org/10.2307/4151101>
- Olson, Mancur (1965). *The Logic of Collective Action: Public Goods and the Theory of Groups*. Cambridge: Harvard University Press.

- Pachón-Buitrago, Mónica; Carroll, Royce (2016). The Unrealized Potential of Presidential Coalitions in Colombia. En *Legislative Institutions and Lawmaking in Latin America* (pp. 122-147), editado por Eduardo Alemán; George Tsebelis. Oxford: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780198777861.001.0001>
- Porto, Alberto; Sanguinetti, Pablo (1996). *Las transferencias intergubernamentales y la equidad distributiva: el caso argentino*. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el CaribeCepal.
- Porto, Alberto; Sanguinetti, Pablo (2001). Political determinants of intergovernmental grants: Evidence from Argentina. *Economics & Politics*, 13(3), 237-256. <https://doi.org/10.1111/1468-0343.00092>
- Raile, Eric D.; Pereira, Carlos; Power, Timothy J. (2011). The Executive Toolbox: Building Legislative Support in a Multiparty Presidential Regime. *Political Research Quarterly*, 64(2), 323-334. <https://doi.org/10.1177/1065912909355711>
- Rodríguez-Valero, Luis Alfredo; Maldonado-Gómez, Néstor (2020). Las políticas distributivas en Colombia: de los auxilios parlamentarios a las partidas de inversión social regional o 'mermelada tóxica'. *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas*, 50(132), 1-28. <https://doi.org/10.18566/rfdcp.v50n132.a01>
- Rogoff, Kenneth (1991). Equilibrium Political Budget Cycles. *The American Economic Review*, 80(1), 21-36.
- Simison, Emilia (2014). Estrategias distributivas presidenciales en contextos cambiantes de centralización fiscal y nacionalización partidaria: Transferencias discrecionales en Argentina durante presidencias peronistas. *Revista de Ciencia Política*, 34(3), 561-582. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-090X2014000300003>
- Stokes, Susan C. (2005). Perverse Accountability: A Formal Model of Machine Politics with Evidence from Argentina. *American Political Science Review*, 99(3), 315-325. <https://doi.org/10.1017/S0003055405051683>
- Stokes, Susan; Dunning, Thad; Nazareno, Marcelo; Brusco, Valeria (2013). *Brokers, Voters and Clientelism: The Puzzle of Distributive Politics*. New York: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9781107324909>
- Valencia, León; Ávila, Ariel (2014). *Herederos del mal. Clanes, mafias y mermelada. Congreso 2014-2018*. Bogotá: Ediciones B.

“Perder es ganar un poco”: narrativas sobre la derrota de Colombia en el Mundial de Italia 90*

DOI: <https://doi.org/10.18046/recs.i35.4871>

“Losing is a Little Victory”: Narrative Discourses on the Defeat
of Colombia in the 1990 FIFA World Cup Italy

Juan Camilo Rúa-Serna**

Laboratorio de Derechos Sociales, Económicos y Culturales DescLAB (Bogotá, Colombia)

.....
* Ensayo realizado con recursos propios en el marco de la Maestría en Ciencia Política de la Universidad de los Andes. El ensayo se elaboró en el marco del seminario Política, Fútbol y Cultura Popular.

** Abogado y especialista en Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario de la Universidad de Antioquia (Colombia), politólogo de la Universidad Nacional de Colombia y magíster en Ciencia Política de la Universidad de los Andes (Colombia). Investigador asociado del Laboratorio de Derechos Económicos, Sociales y Culturales (DescLAB). Correo electrónico: juancamiloruas@gmail.com ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3877-168X>

Cómo citar/How to cite

Rúa-Serna, Juan Camilo (2021). “Perder es ganar un poco”: narrativas sobre la derrota de Colombia en el Mundial de Italia 90. *Revista CS*, 35, 155-179.
<https://doi.org/10.18046/recs.i35.4871>

Resumen

Abstract

Este ensayo busca reconstruir e interpretar los discursos y narrativas que se elaboraron durante la eliminación de la Selección de Fútbol de Colombia que participó en el Mundial de Italia 1990. Mediante ese ejercicio, se busca proponer una reflexión sobre los mecanismos sociales de afrontamiento de la derrota. A partir de un ejercicio de revisión y sistematización de prensa y recursos audiovisuales en el que se analizan discursos de jugadores y periodistas deportivos, se reconstruye el valor simbólico que se le asignó a la derrota y a la participación de Colombia en esa competencia. El ensayo permite observar el papel retórico, estético y ético que se puede elaborar a partir de la derrota y su relación con las identidades colectivas en el ámbito deportivo.

PALABRAS CLAVE:

derrota, fútbol, discursos sociales, Selección Colombia, Mundial de Italia 90

.....

This article seeks to reconstruct and interpret the discourses and narratives elaborated during the elimination of the Colombian soccer team that participated in the 1990 FIFA World Cup Italy. This exercise proposes some thoughts on the social mechanisms to cope with defeat, and it is based on the analysis and organization of press articles and audiovisual resources of speeches given by players and sports journalists. With this information, we reconstruct the symbolic value assigned to the defeat and participation of Colombia in that competition. This research allows us to observe the rhetorical, aesthetic, and ethical role that can be elaborated from defeat and its relationship with collective identities in the sports field.

KEYWORDS:

Defeat, Soccer, Social Speech, Colombia National Soccer Team, 1990 FIFA World Cup Italy

¿Hay hazaña más propia de América Latina que la de estos
bucaneros que practicaron la dignidad rebelde del alarde
sin premio?
Juan Villoro

Rueda de prensa: contexto y propósitos de este texto

Me gustaría escribir algo que fuera un cuento o un análisis o una reflexión o una interpretación sobre la derrota. Para ser más concreto, sobre el significado de la derrota para la selección Colombia de 1990. En el cuento, un hombre estaría en la tribuna del San Paolo, gritando, vociferando, insultando. Insultando a Roger Milla y gritándole a los jugadores de la selección. El hombre fijaría todas sus esperanzas en los 11 minutos restantes y recordaría los menos de 10 minutos que les tomó a Riva y Rivera darle el pase a Italia en México 70, contra la brutal aplanadora que gobernaba Gerd Müller; recordaría los poco más de 10 minutos en los que Ghiggia y Schiaffiano silenciaron al Maracaná e hicieron esos goles, únicos en la historia, sinónimos de silencio, piedras filosofales al revés que hicieron de las tribunas un encuentro fúnebre; recordaría los 8 minutos que le tomó a la Alemania de Fritz Walter ponerse en pie y anotar los dos goles que abrieron el camino para el milagro de Berna ante la poderosa Hungría. El gol de Redín auparía los ánimos del hombre de mi cuento, le trenzaría los dedos para rogar por el empate o la victoria y continuar en el Mundial.

Ese cuento (o ese análisis o esa reflexión o esa interpretación) sobre la derrota tendría que responder a una pregunta clave: ¿cuál es el valor de la derrota? ¿Qué nos dice? ¿Qué significados simbólicos y estéticos y éticos podemos ver en ella? Ese cuento (o ese análisis o esa reflexión o esa interpretación) tendría que fijarse en la derrota de Colombia en el Mundial Italia 90. 27 años, 4 meses, 13 días y 90 minutos habían pasado desde la última participación de Colombia en un mundial. Los estadios de Chile, en 1962, habían sido los últimos —y, de hecho, los primeros— que habían presenciado las posibilidades del fútbol colombiano en una competencia mundialista. Había quedado desde entonces, como máximo recuerdo, aquel empate épico ante la gigantesca Unión Soviética, en el que Marcos Coll le anotó a Lev Yashin, la Araña Negra, el único gol olímpico de la historia de los mundiales.

Tras 27 años, pues, los jugadores dirigidos por Francisco “Pacho” Maturana quisieron escribir una nueva página en la historia del fútbol colombiano. Una página en un libro que, por supuesto, ya tenía cientos de páginas escritas, bajo múltiples formas de escritura. Es decir, una historia compleja, terreno de múltiples tensiones y de todas las formas de encuentros y desencuentros; una historia con varios puntos

de partida y de llegada. Trabajos como los de Galvis (2008) han señalado algunos de esos quiebres: de un primer nacimiento en los primeros años del siglo XX a un segundo comenzar tras la caída de El Dorado, esa época del fútbol colombiano en la que innumerables jugadores extranjeros vinieron a patear a las escuadras de los arcos colombianos; de la era Maturana —la del “milagro” (Peláez, 1994)— a la renovación en la primera década del siglo XXI. Otros trabajos, como el de Bolívar (2016), nos ayudan a entender, desde la experiencia de vida y los recuerdos de los jugadores, los retos, cambios y experiencias con las que tuvieron que lidiar los futbolistas de los años 60 y 70 en el fútbol colombiano, una etapa histórica en la que se vivió un proceso de profesionalización con rasgos sociales muy particulares.

La historia del fútbol colombiano, como nuestra propia historia personal, no puede tomarse, entonces, como una línea en la que hay un único punto de llegada y un único punto de partida. Ya Bourdieu (1997: 74-75) nos había advertido de los riesgos de pensar la vida como un todo, como un conjunto consistente y coherente que puede entenderse de forma lineal y teleológica, como si hubiera una orientación última que hace que cada persona llegue a convertirse en lo que es por un proceso que toma todas las formas del “destino”. Para seguir esa advertencia, la *historia de vida* de la Selección Colombia de 1990 no puede entenderse como un punto de llegada en el que las otras selecciones no serían más que piezas accesorias. Se trata, mejor, de un grupo humano que jugó bajo unas condiciones sociales y temporales específicas.

La clasificación a Italia 90 supuso una doble alegría. Por una parte, el simple hecho de regresar a un mundial suponía un triunfo para un fútbol colombiano que había visto 6 torneos orbitales desde las gradas; por otra, coincidieron un grupo de jugadores, cuerpo técnico y directivas que habían dado muestras de su capacidad no solo para jugar, sino, además, para hacerlo con un estilo vistoso y ganador. A nivel de clubes, ya Maturana había conquistado la Copa Libertadores de 1989, en un dramático encuentro ante Olympia de Paraguay por la vía de los penales. De esta manera, se ajustaban los “cinco centavitos” que le habían faltado al peso en las finales de 1985, 1986 y 1987, en las que América de Cali se había quedado con la celebración entre los dientes (Arango; Samper; Garavito, 2008). La Selección Colombia de 1990, cuya base era gran parte del Atlético Nacional de Maturana, parecía destinada entonces a logros de otra escala. Así lo recuerda Carlos “El Pibe” Valderrama, al recordar las sensaciones que quedaron tras la clasificación:

De los momentos gratos del fútbol, ese [refiriéndose al partido contra Israel]. ¿Por qué? Porque era después de veintipico de años que no íbamos a un mundial. Después de formar un gran equipo, y una nueva generación, porque todo el mundo estaba enloquecido con el fútbol colombiano, porque teníamos muy buenos jugadores, y

no podíamos perder esta oportunidad, porque después nos iba a costar mucho más. (...) Me monté en el bus para ir llorando. Porque sabíamos que habíamos logrado un objetivo inmenso para el fútbol colombiano. (Villegas, 2013)

Más allá de los resultados, la participación de Colombia en el Mundial de Italia 90 es una compleja historia que permite entender algunos rasgos de nuestra sociedad. Y uno de los capítulos más inquietantes de esa historia está en la eliminación del mundial. La derrota parece ser siempre el final de un camino, la ruptura de todas las posibilidades. En el mundo del deporte, en el contexto de un campeonato, la derrota suele ser el sinónimo de una muerte que nos manda al más allá. El objetivo de este texto no es otro que el de preguntarnos cómo se vivió la eliminación de la Selección Colombia ante Camerún, cómo se elaboró esa derrota, qué narrativas y qué explicaciones han construido los jugadores para lidiar con ella y qué narrativas se crearon desde la prensa colombiana.

En las siguientes líneas propongo una reconstrucción o una exploración o una reflexión (y a ratos quizás una invención) sobre esa derrota a partir de un ejercicio de investigación que se nutrió de la lectura y revisión de 59 artículos de prensa publicados entre el 8 y el 28 de junio de 1990, en *El Colombiano*, *El Espectador* y *El Tiempo*; así como de la revisión de 17 entrevistas radiales a integrantes de la Selección que participó en ese mundial, como René Higuita, Leonel Álvarez, Carlos Valderrama, Francisco Maturana, Freddy Rincón y Luis Carlos Perea, disponibles en las plataformas en línea de *El Alargue*, *Café Caracol*, *6 a.m. Hoy por Hoy* y *La Jugada*, entre otros. La lectura de estos insumos se nutrió de ciertas categorías de análisis retomadas de bibliografía secundaria especializada en deportes y fútbol.

Para construir mis reflexiones, el texto se divide, a la manera de un juego, como un partido de fútbol hecho de palabras y papel, de la manera que sigue. En primer lugar, el lector asistirá a una charla en el camerino en la que hablaré sobre el sentido de hablar sobre la derrota y, en específico, sobre el tipo de derrota a la que estoy refiriéndome. Con esto, tendremos claridad frente al lenguaje que utiliza el texto, base indispensable para este juego de conjunto que es la relación entre lectores y escritores. En el primer tiempo del texto, la pelota estará en la cancha de los jugadores. Allí nos enfocaremos en las narrativas de los jugadores, en su voz, en sus explicaciones, en la forma en la que entienden la derrota y la tramitan y la viven y la palpan y recuerdan. En el segundo tiempo, la prensa liderará la ofensiva. Nos detendremos en sus explicaciones, sus apuestas narrativas, sus énfasis. Veremos qué sentido le dan a la derrota, cómo la entienden. Finalmente, en el silbatazo final, cuando suenen los tres pitazos fúnebres, ofreceré algunas reflexiones para cerrar el texto, sin pretender cerrar su tema: los textos, como los partidos, no tienen un final...

La charla en el camerino: ¿por qué pensar en la derrota?

Cierro los ojos y el tipo de mi cuento me dice que se siente en una lucha perdida contra el tiempo. “¿Por qué estás manecillas van tan deprisa? ¿Por qué avanzan y avanzan y avanzan?”, me pregunta o imagino que lo hace, y luego se pregunta (o imagino que lo hace) si saltar no será un buen remedio para que los minutos pasen más despacio: me argumenta (o imagino que lo hace) que si tiempo y espacio son aristas del mismo espectro, saltar tan fuerte tendría que desequilibrar el espacio y por lo tanto el tiempo. El tipo de mi cuento me hace pensar que quizás por eso se salta tanto en el estadio, para mover y detener el tiempo, los que van ganando y los que van perdiendo. El tipo de mi cuento se preguntaría por el tiempo primero y sobre la derrota después. ¿Qué podría decir de la derrota? ¿Qué se imaginaría?

La derrota es mucho más que un resultado ligado a un marcador cuantitativo, en el que de una vez y para siempre se fija un recuerdo objetivo. Un resultado —de victoria, empate o derrota— es mucho más que el registro final de un juego que se detiene y deja de producir sentidos y significados en el mundo social. A partir de los espectáculos deportivos, se producen toda suerte de sentidos, de imaginarios sociales, de narrativas en las que complejíssimos actores sociales vuelcan sus formas de ver y entender el juego, pero también sus formas de ver y entender la vida. Un partido de fútbol es mucho más que los 90 minutos que pasan entre los pitazos iniciales y los finales, y la derrota no está al margen de esa disputa que se extiende en el tiempo. Al ser un campo disputado, la derrota no es una categoría estática, ni es esencialmente negativa o positiva.

Inspirado en la metodología analítica que propone Alabarces (2006) para pensar la noción de *aguante*, entiendo que la derrota también puede verse, más allá de un mero resultado, como una retórica, una estética y una ética.

El resultado deportivo es un fenómeno que se disputa, principalmente, a través de la palabra. Las voces de los hinchas, jugadores, escritores y periodistas buscan darle sentido y forma a lo que ocurrió durante el encuentro. Terminados los 90 minutos, los protagonistas se ensanchan, los 11 jugadores dan paso a un número indeterminado de participantes que entran en el juego de continuar el juego a través de los dientes y los labios y la lengua. Con la palabra se elaboran explicaciones, justificaciones y simbologías que le dan un valor y un significado concreto a la derrota. Es decir, se trata de una retórica que se construye desde lo colectivo, desde los tejidos de expresiones personales que se encuentran y debaten en escenarios comunicativos compartidos como la prensa o los micrófonos. Pienso entonces aquí en la retórica no como una pura construcción individual, sino como la construcción de un imaginario colectivo que se expresa a través de “mecanismos y discursos justificatorios” (Korstanje, 2009:

288). Aquí la retórica, en suma, se traduce en un vehículo, en una *forma* que puede llenarse de *contenidos* estéticos y éticos.

Hay en la derrota un contenido estético porque en ella intervienen debates y discursos sobre la fidelidad a una determinada forma y estilo de juego, y sobre las posibilidades que se derivan de su despliegue y práctica. Es decir, hay una estética de la derrota porque aquí la forma de jugar, el estilo de juego, adquiere un papel de primer orden en los discursos de justificación. El principio básico del que se parte es que, antes que los resultados, está la forma en que se juega, y, allí, la derrota puede ser, simplemente, la consecuencia de esa apuesta estética (García, 2016: 108). Jugar bajo una idea de lo que es un bello juego, aunque implique riesgos, aunque lleve a la derrota. El valor del *estilo* se convierte en un principio que guía la interpretación de lo que se constituye o no como pérdida. Dentro de las simbologías que se construyen alrededor del fútbol, como lo ha señalado Archetti (1995: 425), “los triunfos y el estilo no suelen ir juntos”. Se construye entonces un dilema estético en el que el triunfo puede llegar a ser la traición a un estilo, mientras que la derrota se vería como la prueba de la fidelidad a una forma, a una manera de ser y estar en el mundo, de entender y disfrutar del juego.

Y hay en la derrota un fuerte contenido ético porque a partir de ella y en ella se cruzan debates sobre las relaciones que se establecen entre vencedores y vencidos. La idea borgeana de que la derrota tiene una dignidad que la victoria no conoce, expresa, en últimas, una posición sobre los balances de poder que se evidencian en un resultado deportivo. La idea de que la imagen de los vencidos —silenciosos, cabizbajos— es más noble que la de los vencedores —ruidosos, humillación en los ojos y en las voces y en las manos, enfermos de arrogancia— viene a recordarnos que, mediante las victorias y los resultados, se establecen también roles y posiciones en el entorno deportivo y social. De ahí que, como lo ha señalado Abad Faciolince (2011), la celebración de la derrota es también la celebración de una postura filosófica de contenido ético, una postura que nos lleva a ponernos en el lugar de los vencidos, de los derrotados, de los silenciosos que no humillan al otro, sino que cargan con ese dolor de haber perdido con estoicismo y valentía. Es decir, celebrar la derrota es también celebrar que no nos hemos convertido en aquellos vencedores que *pasan sobre* los vencidos. Se trata a fin de cuentas de no ocupar —o, por lo menos, de no ocupar por mucho tiempo— el sospechoso mérito de estar en el primer lugar, de estar en la cúspide del balance de poder entre vencedores y vencidos.

El contenido ético de la derrota está dado, además, por el debate que suscita entre las ideas de *proceso* y *resultado*, entre el valor del camino y el deseo de alcanzar una meta. La pregunta sobre cuánto estamos dispuestos a entregar para obtener un resultado puede llevarse hasta el punto de cuestionar qué tanto de la propia identi-

dad se desvanece al privilegiar la búsqueda de un resultado sobre la conservación de un estilo. Desde esta forma de ver la derrota como una justificación, perder tiene un contenido ético porque evidencia una elección moral: ser fiel a un determinado estilo, a una forma de jugar, a unas posibilidades de juego, aunque ello resulte en las consecuencias menos deseables. La tensión que se vive en el desarrollo del *proceso* también le da un contenido ético a la derrota. Como lo ha señalado Huizinga (1983: 24), la tensión tiene un contenido ético porque “pone a prueba las facultades de los jugadores: su fuerza corporal, su resistencia, su inventiva, su arrojo, su aguante y también sus fuerzas espirituales”. Y ese contenido ético no está dado porque la tensión se diluya ante la aparición de un resultado favorable; al contrario, la derrota puede significar una cualificación de ese reto, de esas dificultades: aguantar a pesar de haber perdido; querer seguir resistiendo, a pesar de la derrota, puede utilizarse discursivamente para construir un imaginario de valentía y de coraje a partir del temple ante la adversidad.

Primer tiempo: las narrativas de los jugadores

Higuita, Higuita, Higuita. ¿Por qué vos? ¿Por qué no la reventaste? ¿Por qué no le diste una patada tan fuerte, tan atronadora, tan inigualable a la pelota que alguno de tus guayos apuestos hubiera tomado rumbo cierto hacia la cabeza del tal Milla? ¿Ah? Decime, hombre, respondeme. Date la vuelta, dame la cara. ¿Es que no oís mis pensamientos, o qué? ¿No me oís aquí comiéndome las uñas? Imposible, Loco, el San Paolo no es tan grande. Cierro los ojos, Higuita, e imagino otro rumbo: Perea te pasa la pecosa y vos la ves como la representación de todos los males, como cabeza del diablo, como una mala noticia y ¡bum!, el rechazo nos parece a todos un trueno y termina en los cachetes de uno de los africanos bullosos de la occidental... No, no, no, qué estoy diciendo. ¿Cómo va a ser la pelota una cabeza del diablo, una mala noticia? El otro día te oí, Loco, en una entrevista, explicando el porqué de tu locura. Te oí diciéndole al periodista de turno que, desde niño, no querías otra cosa que tener siempre la pelota. No soltarla nunca. Estar con ella todo el tiempo, dormir con ella, bañarte con ella, caminar hacia el colegio haciendo vintiunas y treintaiunas y cuarenta y todas. Que no querías pasarla nunca, que querías driblar a medio equipo, dejarlos a todos regados por el campo, impedir la separación. Yo también quería lo mismo siempre, Higuita. Abro los ojos, Loquito, y qué bueno que no caíste en el mal gusto de mandar la bola hacia el azul de Nápoles. Mejor la derrota que la chambonería, mejor la derrota que jugar con miedo. Ni que estuviéramos enfrentándonos a Italia... (El tipo (o la tipa) de mi cuento)

Al preguntárseles por sus recuerdos de Italia 90, y al hacer énfasis en la eliminación, algunos de los jugadores y figuras de la Selección —especialmente Higuita, Valderrama y Maturana— muestran en sus palabras una particular preocupación por las responsabilidades frente a la derrota. Sus discursos, en este punto, giran en torno a una responsabilidad que se puede leer en doble vía, como responsabilidad colectiva y como responsabilidad individual. Estas narrativas de la responsabilidad transmiten un fuerte contenido ético en el que se juegan unas dinámicas contradictorias de despersonalización y personalización de la culpa.

Hay, en primer lugar, una narrativa que se teje sobre la idea de las responsabilidades compartidas. En un juego de conjunto, los errores nacen de equivocaciones comunes. La derrota se lee aquí ya no como un resultado causal en el que la jugada del último jugador es la variable independiente que ocasionó la debacle, sino como un fallo mucho más complejo de una táctica. Falla la táctica y su implementación, el despliegue de una propuesta de juego; una falla en la que, en diversos grados, todos los jugadores tienen parte. Los discursos de los integrantes de la Selección transmiten el contenido ético de la derrota cuando dejan ver, en sus palabras, la idea de que perder puede ser la consecuencia de asumir un determinado estilo, de defender una cierta concepción del juego. Higuita, uno de los jugadores que ha sido señalado como uno de los máximos culpables, señala que, en realidad, su estilo de juego estaba pensado en un trabajo para el equipo, que “no era un trabajo como de individualismo, ‘El Loco’, no; era un trabajo más de equipo, que me necesitaban como líbero, y yo me veía también en esa necesidad de colaborar en esos achiques de líbero” (Villegas, 2014). Una explicación similar ofrece Valderrama, que, al preguntársele por las responsabilidades individuales en el Mundial de Italia 90 —se había sugerido, incluso, que antes del partido se presentaron desencuentros económicos con la Federación—, sostiene que ese era, simplemente, su estilo de juego, y que, en el caso de Higuita, no era la primera vez que hacía ese tipo de jugadas; antes bien, ellas servían como empuje emocional y de coraje para el equipo:

Esa era una parte de motivación que el ‘Loco’ nos daba a nosotros, por eso lo hacía, lo que pasa es que ahí salió malo y fue en el Mundial. Esa fue la diferencia. A veces teníamos partidos malos y el ‘Loco’ salía y nos motivaba, con esas salidas, para salir adelante. Eso nos daba confianza y no fue la primera vez. Yo me acuerdo de un *Wembley*, el primer partido que jugamos contra Inglaterra. Que ese equipo nos tenía allá y dale y dale y, de pronto, el ‘Loco’ salió y ya ahí el equipo cambió y dijimos: “No, señor. Vamos pa’ lante”. (Villegas, 2013)

La narrativa de la solidaridad en la derrota nace de relaciones de empatía que se tejen en el grupo, a partir de un escudo protector que se forma a través de la palabra.

Maturana fue clave en elaborar una defensa del conjunto, al evitar señalar, en todas sus declaraciones, a un responsable individual de las derrotas del equipo (Galvis, 2008: 47). La derrota se explica, desde su punto de vista, desde la implementación de un sistema de juego. Para Maturana, las salidas de Higuita, por ejemplo, no obedecían a repentinos impulsos, ni a una esencial irresponsabilidad en la estructura de su personalidad. El sistema de juego de la Selección, en línea, propiciaba que, en algunas oportunidades, esta se ensanchara por la búsqueda del balón de algunos de sus hombres, evento en el cual la pelota terminaba en la zona colombiana y allí tenía que estar Higuita, como líbero, como último hombre, para rechazarla. Incluso, cuando Higuita decidía amagar, se activaban varios dispositivos de seguridad para precaver los posibles riesgos (Clopatofsky, 1990b: 219-220).

Estas narrativas sobre el papel del *estilo de juego* pueden leerse tanto desde un contenido ético como desde un contenido estético. Maturana, en algunas de sus entrevistas, ha señalado la idea de que se puede vivir con un fracaso, pero no “negociando principios y valores” (Peláez, 2009). Se puede perder, pero siempre y cuando se mantenga la fidelidad a una idea de juego que se desea transmitir y mantener. Esta fidelidad se enlaza también con lo estético, en la medida en que el estilo de juego que defendía la Selección era un juego vistoso, de riesgos, que expresaba una identidad y una bandera que se quería defender. Es decir, se establecía un compromiso (una ética) con la idea del fútbol espectáculo (una estética). Esta conciencia había surgido algunos años antes del mundial, como lo manifiesta el mismo Maturana: “Regresamos de la Copa América con una bandera adicional en nuestros mástiles: la del fútbol espectáculo, de cuyo rescate nos habíamos encargado” (Clopatofsky, 1990b: 18). Las palabras de un cruzado. Cierro los ojos e imagino a Maturana trajeado de una extraña armadura, ya no blanca y con una cruz roja estampada en el pecho, sino multicolor, con su ejército de piratas melnudos y barbados, defendiendo la bandera del estilo, del fútbol espectáculo. Una bandera que expresa, ante todo, la defensa de una dignidad estética, de una idea de aquello que es jugar bonito. Así lo dice Maturana:

Difícilmente verán a los once colombianos metidos en su arco o botando el balón para sacar un empate con Alemania. Tengan la seguridad de que, si en alguna contingencia corremos el riesgo de perder un juego en los últimos minutos por salir desde nuestro campo tocando el balón, dominándolo, vamos a salir derrotados porque nunca renunciaremos a nuestra filosofía de juego. (Clopatofsky, 1990b: 232)

Esta narrativa de la responsabilidad compartida convive, sin embargo, con las atribuciones de responsabilidades individuales. Aunque se habla de una solidaridad que nace de la ejecución de un estilo de juego de conjunto, algunos integrantes de

la Selección sintieron un señalamiento mayor que el de otros de sus compañeros. Maturana y René Higuita, y especialmente este último, han tenido que “responder” a muchas más preguntas que sus compañeros. Maturana ha señalado que los directores técnicos, al diseñar los planteamientos de juego, son los que suelen cargar con el peso de la culpa; así lo expresa cuando dice que cuando se pierde, “el porcentaje es del 100% para el técnico, porque es más fácil asumir responsabilidades, y cuando se gana, el porcentaje es de los jugadores” (Arizmendi, 2006). Pero más que el técnico, ha sido quizás René Higuita uno de los jugadores que ha tenido que cargar con más intensidad el peso de la eliminación en Italia 90, pues, como veremos en la siguiente sección —sobre las narrativas de la prensa— su imagen se convirtió, en primera instancia, en un símbolo de la derrota. Al preguntársele sobre el gol de Milla, señala que es un gol doloroso, por lo que significó para el resultado y por la eliminación, pero insiste en la responsabilidad compartida de todo el equipo. Sin embargo, nos dice, el único responsable terminó siendo él:

Y yo digo: aquí hay otro responsable. Acá, el mayor responsable es Redín, porque nosotros vamos 1 a 0 y vamos tirando todo, entonces cuando Redín hace el 2 a 1 dice: “Si Higuita no se equivoca, entonces...” Ahí uno dice: “¡eh!”, entonces quién sabe pues si Redín hubiera hecho el empate... Entonces, cuando uno ve que hay como una injusticia de un pasado que en eso no existe, pues enfrente y acepto la responsabilidad. Al arquero siempre lo muestran sacando el balón de adentro... (Peláez, 2010)

La solidaridad se resquebraja y se expresa un sentimiento de injusticia al asignársele a él la responsabilidad, cuando, desde su punto de vista, hay elementos que no pueden preverse ni controlarse. Incluso si no se hubiera equivocado, podemos leer en este fragmento, nada garantiza que Redín hubiese hecho el gol del empate. Quizás, ese gol fue una reacción del equipo ante la segunda anotación de Milla; quizás no se habría producido de ninguna otra manera. Es decir, entra en la construcción de una responsabilidad la difusa idea de un “quién sabe qué hubiera pasado si...”, cuya carga se convierte en una injusticia con la que lidiar. Es por esta razón, quizás, que Higuita se muestra reacio a hablar sobre sus fracasos. A la pregunta de Peláez, en esa misma entrevista —hecha con motivo de su retiro del fútbol—, sobre sus fracasos, Higuita le contrapregunta, con la misma decisión con la que salía del arco a regatear, “¿por qué tengo que mencionar los fracasos? No, yo tengo que mencionar son las virtudes. Para qué mencionar los errores cuando todo el mundo los está viendo. No, eso para el libro...”. Con ello, quizás Higuita nos está mostrando que entiende el papel que tienen *los otros* en la elaboración de una derrota. En buena medida, el primer capítulo de ese libro fue escrito por la prensa en el momento mismo de la eliminación. En las siguientes líneas interpretaremos algunas de sus páginas.

Segundo tiempo: las narrativas de la prensa

La Selección Colombia que participó en los mundiales de 1990 y 1994, nos dice Juan Villoro (2006), jugaba como si hubiera tenido permiso para perder, jugaba como si ya hubiera jugado, como si nada estuviera ya en disputa. Las narrativas de la prensa pueden entenderse como una evidencia empírica de esa intuición literaria. Hay allí un discurso de orgullo que nace del estilo de juego de la Selección y, especialmente, del carisma y personalidad de sus jugadores. El riesgo, la tensión que produce jugar como juegan, se transmite como un logro en sí mismo. El mensaje implícito que puede leerse allí es una invitación a continuar con la esencia de esa forma de ser y estar en el mundial. Ese orgullo es particularmente evidente frente a un jugador como Higuita. No hay, de hecho, en ninguno de los artículos revisados —¡ni en uno solo de ellos!— alguna voz de crítica a su manera de jugar. La prensa se deshacía en elogios, embrujados por un juego que les parecía un evidente regalo del futuro. Higuita era un símbolo de la sublevación, de la innovación, de la ruptura de lo establecido.

En este punto, el papel de los medios de comunicación para pensar el fútbol y la derrota resulta de la mayor relevancia. Como lo han mostrado los trabajos de Portelli (1991) y Frydenberg (2013), los medios de comunicación contribuyen a la constitución del fútbol como un campo de disputas ideológicas. Aquí parto de una premisa básica que está en Frydenberg: los medios de comunicación no tienen un papel pasivo, no se limitan simplemente a difundir información, o a formar al público. Los medios ayudan a visibilizar e influyen en la cristalización de ciertas narrativas y ciertas formas de entender el fútbol y de entenderse como parte de ese espectáculo. Es decir: son partícipes de la organización y práctica del juego. Y esto, claro, también tiene consecuencias a la hora de asumir una derrota. Si la prensa es partícipe y *permite* un determinado estilo de juego, y construye discursos de orgullo sobre él, cuando ese estilo falla, la narrativa busca algún grado de coherencia —nunca absoluta, jamás unánime— y se muestra más empática y solidaria y, de esta forma, las opiniones e informaciones que se transmiten pasan del plano de la inculpación y la agresividad al de la compañía moral.

La prensa, al construir una legitimación discursiva del estilo de la Selección, intervenía en la forma misma de desarrollar el espectáculo. El apoyo que se ejerce a través de la palabra nunca es neutral, y revela apuestas y visiones sobre el juego. De lo que se trata, en definitiva, es de problematizar la visión de la comunicación del deporte como mera transmisión, como mera transferencia de información, para ver las potencialidades que se abren en esta comunicación, al entender que ella también es un campo de mediaciones en el que se producen interrelaciones entre agentes sociales (Meneses; Avalos, 2013: 41).

Algunos de los artículos señalan la admiración que despierta la Selección Colombia en otros técnicos (“Colombia es empeño, humildad y sacrificio”, 1990), y aquí es particular el caso de Sacchi, técnico del Milan, entonces uno de los clubes más poderosos de Europa. Sacchi se había enfrentado a Maturana en la Intercontinental, en un apretado partido que se fue a la prórroga y en el que el italiano venció. De esto, nos dice el artículo, nació una admiración que se extiende a la Selección. Otros artículos hacen énfasis en el coraje de Colombia a la hora de enfrentar a seleccionados de peso (Vélez, 1990a), con ocasión del empate ante Alemania. La idea de que Colombia es grande contra los grandes y chico contra los chicos constituirá, en la derrota ante Camerún, uno de los referentes más constantes de explicación de la eliminación.

Pero, quizás, la narrativa de orgullo más poderosa se construyó en torno a la idea de la fidelidad a un estilo particular, al estilo sudamericano. Una declaración de Maturana (“Somos fieles al estilo...”, 1990) resulta particularmente dicente, al decir que fueron fieles a ese estilo sudamericano, “que siempre los caracterizó” y que, por ello, “independientemente de lo que suceda de ahora en adelante”, lo importante es que intentaron algo. Se juega aquí con la idea de que Colombia era el único país realmente diferente, el único novedoso del campeonato: “No he visto a ninguna otra escuadra que haya presentado argumentos futbolísticos distintos, pues el torneo es toda una imitación de México 86, sin que se vea entre esos equipos copia a la misma gente que tenía Bilardo” (“Colombia es el único diferente”, 1990).

Aquí es clave, para comprender el contenido estético que tiene el discurso justificatorio sobre la derrota, acudir a la categoría de *artista libre* (Elias, 1991), que se “opone” a la de *artista funcionario*. Digo “opone”, entre comillas, porque son categorías móviles: los artistas pueden hacer tránsitos de la una a la otra. El artista funcionario es funcional a un interés que está por fuera de la esfera de sus deseos personales. Aquí, el arte que se crea obedece a directrices externas, desde un canon externo. Ese canon, nos dice Elias, nos muestra unos valores concretos que determinan formas de expresarse que imponen ciertas élites, un gusto que expresa una tradición. El artista libre, por su parte, confía en sus dotes individuales y expresa un arte que nace de sí mismo, de sus apuestas y deseos individuales. El artista tiene independencia y poder frente a quienes consumen su arte. La narrativa de orgullo que se establece por jugar con una fidelidad al estilo sudamericano y por romper con la imposición de jugar bajo el esquema de México 86, puede verse como una expresión de esa distinción. La Selección Colombia, en los discursos de la prensa, jugó de una forma distinta a la que planteaba el campeonato mundial. El canon era expresado por todos los demás equipos que, al decir de Maturana, jugaban como en México 86. México 86 impuso un canon de juego que quería ser copiado para

garantizar resultados. Las selecciones no jugaban de acuerdo a su estilo —según esta narrativa—, ni proponían una forma personal de jugar, sino que se ajustaban de manera funcional a lo que imponía una cierta meta compartida: vencer. Colombia, sin embargo, buscó salirse del molde.

A nivel individual, se construyó un discurso de orgullo sobre Higuita que lo elevó a símbolo de la personalidad y estilo de la Selección. Un discurso en el que Higuita “no es el loco, ni el sobrador, ni el fanfarrón. Es René Higuita el inigualable, el de las condiciones innatas insuperables, el de la convicción, el de la calidad” (“Higuita. El grito de combate”, 1990). Un Higuita que, como lo afirmó Valdano en una columna de opinión publicada por 2 diarios nacionales, mostraba el talento de un verdadero adelantado a su tiempo, y por ello merecía ese apodo de “Loco”, reservado a quienes venían de un tiempo más allá del tiempo, de un futuro todavía no escrito (Valdano, 1990). Un discurso que, ciertamente, reconocía las dudas previas que se tenían sobre la participación de Higuita en el Mundial, cuando se pensaba que “el mayor peligro, y hasta irresponsabilidad era traer a un certamen de este peso a un portero de la irracionalidad de René Higuita” (“Se necesitan dos René Higuita”, 1990); pero que, al mismo tiempo, veía la materialización de un estilo que valía la pena replicar en la Selección, un estilo de chispa y vida.

El enfrentamiento ante los alemanes fue un escenario que propició estas narrativas de orgullo y satisfacción frente al desempeño de Higuita. Así, vemos que algunos artículos señalaban declaraciones de algunos integrantes del seleccionado alemán en las que afirmaban que no les gustaría tenerlo en el equipo, pues cada intervención suya les “causaría escalofríos” (“Higuita me provoca escalofríos”, 1990). Aquí hay un énfasis en un elemento que retomaré en las siguientes páginas: el drama, lo que produce jugar bajo ese estilo, que no puede ser asumido por cualquiera, ni siquiera por los favoritos a ganar el campeonato. Estas declaraciones fueron acompañadas de otras, dichas por el propio Higuita, en las que señalaba que no le tenía miedo a la artillería alemana, sino que, antes bien, deseaba que saltaran a la cancha sus mejores jugadores (“Higuita: ‘No le temo a la artillería alemana’”, 1990).

La construcción de una narrativa de orgullo sobre un Higuita que es jugador y artista se transmite, de paso, a toda la Selección, pues como lo señalaba Valdano, “si es cierto que ‘ser artista es atreverse a fracasar’, tan artista es Maturana como Higuita. Uno por arriesgar y el otro por confiar en el riesgo” (Valdano, 1990). Lo mismo podría decirse, entonces, de los demás integrantes de la Selección, artistas del riesgo, malabaristas en la cuerda floja, por ser partícipes del peligro compartido. Esta construcción de orgullo, creo, generó que la narrativa que se estableció después de la eliminación fuera mucho más empática y solidaria, como veremos en los párrafos que siguen. Esto, claro, no debe hacer pensar que se creó un discurso homogéneo

y único, y aquí es útil Portelli (1991). La idea de las *disputas ideológicas* es clave para entender el fútbol y las narraciones que se crean en torno a él como un campo en el que coexisten significados y valoraciones no siempre idénticas. La narrativa sobre la derrota de la Selección, aunque pueda entenderse bajo unos signos compartidos, bajo un lenguaje común, en realidad es variopinta y ofrece diferentes explicaciones para lo que pasó. La derrota parece dulce, pero también es agria y la responsabilidad es compartida y, sin embargo, por lo menos implícitamente, se materializa en un jugador que la representa (Higuita). Hay deseos que se encuentran y complejizan la lectura, porque sí, caímos, caímos de una bella manera, pero podríamos haber no caído y continuado. Aquí señalo tres retóricas concretas sobre la derrota.

La responsabilidad del “Loco” Higuita

Una primera línea descansa sobre la culpabilidad de Higuita. Higuita fue, en buena medida, la representación de esa derrota (“Colombia: chao al mundial”, 1990). Algunos artículos señalan que la derrota vino cuando Higuita se equivocó, y que esa equivocación, que algún día iba a llegar, llegó en el momento menos indicado (“Colombia pagó caro su error”, 1990). Esta idea del error esperado en el momento más inesperado se repite constantemente, con el énfasis de que fue precisamente el error del “hombre que fue bandera de Colombia en el Mundial” (“Una amarga despedida”, 1990). De hecho, salvo *El Colombiano* —el periódico regional de Antioquia, la tierra de René—, todas las publicaciones usaron imágenes exclusivamente de Higuita para acompañar los textos de los artículos en los que se hablaba de la derrota, durante los primeros días.

Vale la pena hacer una anotación sobre el cubrimiento diferencial que hicieron los medios frente a Higuita. Además de que *El Colombiano* incluyó imágenes de otros jugadores en los artículos sobre la derrota, las imágenes en las que figuraba Higuita resultaban menos derrotistas: en ellas se deja ver el momento en el que el jugador, a pesar de perder el dominio sobre la pelota, decide perseguir a Milla, aunque sabiéndose vencido.

Algunos de los artículos reproducen las ruedas de prensa en las que Higuita participó. En ellas, el jugador deja ver que tiene conciencia de la carga que tendrá que asumir en términos de responsabilidad y asume la crítica que recibe, aunque con la salvedad de que no cambiará su estilo de juego. Un importante elemento es que busca desmentir la idea de que juega de la forma en que juega para dar un espectáculo que va más allá de lo futbolístico. Su estilo de juego, nos dice, está orientado hacia las necesidades del equipo y hacia la consecución de la victoria:

Y no es que piense primero en el espectáculo y luego en el resultado. En el fútbol siempre hay que salir a ganar y eso es lo que hago. Es un estilo que mis compañeros comprenden, que tiene la total confianza del técnico y que, repito, me ha dado resultado. (“René Higuita: ‘lo siento, pero hoy me equivoqué’”, 1990)

Este énfasis en el error de Higuita revela la especial carga a la que son sometidas los arqueros, cuyos errores terminan por ser más protuberantes y evidentes que los de los demás (“Por ser arquero son más protuberantes los errores”, 1990; “Goleado René Higuita”, 1990). Aquí se anota una idea clave para la construcción de la culpabilidad: la visibilidad de quien comete el error. Los arqueros son notables cuando se equivocan, sus errores no pasan desapercibidos y eso pasa, quizás, porque lo que sigue inmediatamente al error es la concreción del gol. De la misma forma que tenemos dificultades para identificar los procesos sociales que se esconden tras nuestras tragedias sociales y políticas, de la misma manera que confundimos lo inmediato con la razón fundante, de la misma manera que simplificamos el conjunto de factores que intervienen en la construcción de nuestra realidad social, así mismo terminamos por asumir que la responsabilidad del gol está solo en el último que tocó la pelota...

Pero, además de la culpabilidad, la narrativa incorpora un espacio para la redención, para la reivindicación del caído. Hay, en últimas, un agradecimiento que se expresa en el hecho de que Higuita ayudó a transmitir una imagen de Colombia que se alejaba de aquella tan ligada a la violencia del narcotráfico de finales de los años 80 (Clopatofsky, 1990a). Una redención que parte de una mirada empática sobre la persona, sobre lo que podrían haber vivido él y su familia (“En la casa de René Higuita...”, 1990). Incluso el cubrimiento del regreso de la Selección al país nos deja ver el cariño con el que fueron recibidos los jugadores y, especialmente, Higuita.

Otros señalan que el hecho de convertir a Higuita en un chivo expiatorio no es otra cosa que la consecuencia con la que tienen que lidiar los que “hacen historia” (Vélez, 1990b). Es decir, un revanchismo que nace de la incomprensión de un estilo que se sale de los moldes. Incluso, algunos días después de la derrota, se empezó a retomar la idea de que a Higuita le esperaba una carrera prometedor, llena de éxitos, en la que podría desplegar su talento y estilo (“Higuita será superior a Gatti”, 1990).

Del triunfalismo a la derrota, lo que se pierde cuando se gana

Otra importante línea retórica descansa sobre la tesis de que Colombia perdió como consecuencia del triunfalismo de haber empatado ante Alemania y de haber llegado a octavos de final. Esta explicación descarta las responsabilidades individuales y

se detiene en el colectivo. Aquí se habla de un “triumfalismo vano” y de un “folclorismo” que nos hizo creer que, después de un empate, habíamos rozado el cielo (“Colombia creyó rozar el cielo”, 1990). Es decir, la celebración del empate ante los alemanes nos habría llevado “de la euforia a la depresión. De la alegría contenida a las lágrimas sentimentales” (Peláez, 1990). Este triunfalismo está ligado, además, a una subestimación implícita sobre el rival, Camerún.

La línea explicativa básica es que la derrota es más dolorosa, más amarga, porque estábamos enfrentando a un equipo al que *podríamos haberle ganado*. Es decir, contra un rival que no era invencible, “con debilidades y falencias” (“Una amarga despedida”, 1990; “Colombia: chao al mundial”, 1990). A Colombia podría haberle correspondido Italia, pero al jugar con Camerún, se había asumido que era un equipo que, sobre el papel, podría derrotarse. Uno de los artículos lo señala de manera directa, casi brutal: la derrota resultaba más dolorosa porque “la caída ante Camerún significaba quedar por fuera del Mundial, cederle el puesto a un equipo aparentemente más débil, más inexperto, más torpe” (“Sin tiempo para llorar”, 1990). Se retoman, pues, las líneas discursivas que se habían establecido ya desde las fechas previas a la eliminación, cuando se sostenía que Colombia se crecía ante los grandes y se empequeñecía ante los pequeños. Aquí podemos ver uno de los choques de las retóricas sobre la Selección, pues, por una parte, se construye un orgullo frente al juego que respeta un estilo, lo que podría leerse como una forma de resistencia frente a las formas hegemónicas de jugar —el canon de México 86— y frente a los grandes equipos con los mayores recursos técnicos y financieros, pero, al mismo tiempo, hay un lenguaje que resulta agresivo contra la Selección camerunesa, al decir que la derrota duele más por haber sido ante un equipo al que Colombia podría haberle ganado. Es decir, se establece la idea de que Colombia era superior y de que tendría que haberle ganado a Camerún, lo que niega la propia historia deportiva de ese equipo y su contexto concreto.

La derrota como parte de un proceso

Bajo esta línea retórica, la eliminación de Colombia debe leerse como parte de un proceso más amplio en el que los triunfos y derrotas se leen a la luz de unos objetivos (“¡Cumplimos!”, 1990; “Nostalgia sí, frustración no!, 1990; “A Colombia le debemos el homenaje de la comprensión”, 1990). Es frente al cumplimiento de esos objetivos que puede dársele una dimensión a la eliminación: allí, en esos balances generales, la derrota cumple un papel preciso en un juego que se extiende más allá de los 90 minutos, en un camino que toma más de 1 o 2 encuentros. Esos objetivos, ligados a la clasificación y a superar lo hecho en Chile 62, fueron cumplidos, y lo que sigue

después de la derrota es continuar un proceso que resulta prometedor, lleno de luz (“Colombia creyó rozar el cielo”, 1990), en el que participa un grupo humano que tiene una voluntad de continuar con el despliegue de su estilo y habilidades (“El fútbol es de logros, no de merecimientos”, 1990); un balance que, como lo sostuviera el profesor Marroquín¹, toma en cuenta que en ese proceso se partió de una historia propia y de una estructura y una organización con la que trabajar (“Llegamos lejos”, 1990). Se trata de una nueva forma de entender la derrota, de dimensionarla, de ponerla en un contexto. Un triunfo sobre el propio pasado. Colombia nunca había avanzado a octavos de final y, en esa oportunidad, esa marca se superó, como si se tratara de una forma concreta de la victoria.

Este tono se mantiene cuando se habla del regreso, del retorno de la Selección al país (“Bienvenida, Selección Colombia”, 1990). Se mantiene, pero también se hace más festivo, más esperanzador. El regreso de los “gladiadores” —palabra usada por algunos periodistas— toma toda la forma de un regreso hacia el futuro. Regresar después de una eliminación, sí, pero para retomar el rumbo, para repensar el camino.

Aquí la idea de los “gladiadores” que caen y regresan para retomar el camino también permite que pensemos en un elemento clave para entender el partido de la eliminación: la categoría de *drama y transfiguración*. Gumbrecht (2006), al hablar sobre la memoria y la transfiguración en el deporte, señala la relación que hay entre competencia y drama. Gumbrecht acepta que, efectivamente, a los atletas y a los espectadores los motiva el deseo de ganar. Los atletas quieren ganar y los espectadores quieren ver a su equipo ganar, pero ello se ha sobredimensionado. La consecuencia de este sobredimensionamiento es que se ha prestado poca importancia al impacto que tiene el drama sobre la forma en que vemos y recordamos los eventos deportivos. Desde la propuesta de este autor, el drama de la competencia es el responsable de la transfiguración de los grandes atletas en nuestra percepción y nuestra memoria.

Los elementos dramáticos fueron fundamentales en la eliminación de Colombia en Italia 90. Un partido disputado, reñido en los minutos reglamentarios y que se va al alargue, ante una Selección a la que, sobre el papel, podía ganársele. Un 0 a 0 que se suspende en el aire durante tanto tiempo y en el que la posibilidad de un error se vuelve más costosa. Equivocarse al filo del final se presiente como una puñalada de la que no hay posibilidad de levantarse. Ingresa al campo Milla, un jugador de 38 años. 38 años que en el fútbol es sinónimo de retiro a la ultratumba. Hace el primer gol, pero Colombia puede empatar y prolongar la ilusión. Y viene el error, ¿de Higuaita?, ¿de Perea?, ¿del equipo?, y el gol. Es una caída dramática. Dramática la carrera de Higuaita tras Milla, tan inútil y, precisamente por eso, por lo inútil de esa

1. Luis Alfonso Marroquín (1948-2020) fue el primer técnico en llevar a la Selección Colombia a un mundial sub-20 en 1985. Fue promotor de destacados jugadores colombianos, entre ellos René Higuaita.

carrera que no podrá impedir el gol, el drama se realza. Este dramatismo ya había sido adelantado por la prensa, al registrar las opiniones de algunos jugadores y técnicos de otras selecciones. Uno de ellos —como ya lo he señalado— decía que, con Higuita, tendría un infarto asegurado. Los colombianos también, ese día y siempre, estuvieron al borde de un infarto. El drama que interviene en la percepción y la memoria para transfigurar a Higuita y a la Selección y sus triunfos y derrotas tiene que ver, también, con el pulso que se intensifica.

Lo que esto logra, en últimas, es una reducción en la importancia que se le asigna a perder. Es decir, allí se forjan los elementos para que recordemos ese mundial, no solo porque nos eliminaron en octavos ante Camerún, sino por la forma en la que caímos ese día. Una derrota en el tiempo reglamentario, por 2 goles del montón, aburridos y sin vida, quizás, nos habría hecho pensar más en la derrota por sí misma. En su lugar, caímos, sí, pero qué espectacular caída. Gumbrecht (2006: 78) también se refiere a esto cuando dice que todos los espectadores y los hinchas hacemos una *inversión emocional* en el juego, y que esa inversión emocional no se pierde, incluso cuando perdemos, siempre y cuando sea en un evento dramático y bello.

Pitazo final: algunas reflexiones para cerrar el encuentro

A través de la palabra, la derrota no se vuelve una victoria. Sin dejar de ser una pérdida, sin dejar de inscribirse con dolor en el presente de los que la viven y en el pasado de quienes la recuerdan, alrededor de las pérdidas se elaboran complejas narrativas mediante las cuales jugadores, hinchas y prensa expresan sus visiones sobre el fútbol. En ese sentido, como hemos visto, la derrota no señala una muerte, ni es necesariamente la marca de un final. No es un correlato deportivo del ir al más allá, ni una metáfora del fin de una historia. Al contrario, en ella se articulan y despliegan nuevos juegos que, en buena parte, se transmiten y tramitan a través de la palabra.

Como he intentado mostrar en estas páginas, la derrota puede elaborarse, compartirse, pensarse y recordarse a partir de una retórica que se nutre de contenidos éticos y estéticos. Algunos de los relatos de los jugadores y técnicos dejaron ver un contenido ético ligado a la defensa de un estilo táctico y la construcción de un proceso en el que estaba en juego una identidad. Estas narrativas contrastan con las de la prensa, enfocadas en construir unas explicaciones que, aunque con fuertes contenidos éticos, daban un lugar protagónico a lo estético, a la defensa del fútbol espectáculo. Estos diversos énfasis nos dejan ver que, si bien la prensa construyó una retórica de orgullo sobre el estilo de la Selección, la lectura de ese *estilo* no era unívoca. Lo que en la prensa podía verse como la apuesta por un talento que despliegan jugadores con personalidades tan particulares, tan exóticas, tan rebeldes, en el discurso de los

jugadores y técnicos era visto, en muchas oportunidades, como una apuesta por un estilo táctico de juego, con sus propios órdenes y lógicas internas. Es decir, lo que unos veían como una renuncia a la victoria para mantener un estilo vistoso por su valor intrínseco, otros lo veían como la búsqueda de una forma particular y propia de lograr una victoria.

En la exploración de estas complejas narrativas, tres líneas retóricas resultaron particularmente interesantes. La primera, sobre la personalización de la derrota, nos dejó ver las lógicas de culpas y redenciones que se establecieron sobre jugadores concretos y, particularmente, sobre Higuita. Aquí intenté proponer una reflexión crítica sobre la forma en que, a la hora de entender nuestros fracasos futbolísticos, y quizás también como sociedad, somos incapaces de dar una mirada de conjunto, que se pregunte por relaciones multicausales, complejas, profundas, difíciles de percibir con la primera mirada. La segunda línea retórica nos acercó a la idea del “triumfalismo” como imaginario que se construye sobre las victorias parciales. Se trata, sin lugar a dudas, de una línea explicativa que merece una problematización más amplia, pero que, en todo caso, permite ver las difusas líneas que se establecen en el discurso sobre las victorias y las derrotas. La tercera línea, mucho más optimista y dulce, permitió descubrir la importancia de la idea de *proceso* en la construcción de los proyectos deportivos y, principalmente, en la tramitación de los altibajos que se presentan en su tejido.

Se trata, por supuesto, de unas reflexiones siempre parciales, que resisten otras miradas y muchas más preguntas. Valdría la pena, quizás, preguntarse por la forma en que ese proceso social y narrativo de lidiar con la derrota se ha transformado en el tiempo. ¿Cuáles fueron, por ejemplo, las narrativas que se construyeron sobre la eliminación de Estados Unidos 94? ¿La idea de proceso habrá tenido el mismo peso o se habrá pensado en el agotamiento de un proyecto deportivo? ¿Cuál fue, en ese momento, el valor del *estilo de juego* para pensar en los resultados? ¿Cuáles son los paralelos que podrían establecerse entre las figuras de Higuita y Escobar² en la construcción de un culpable? Una ampliación en la línea de tiempo que se propuso en este trabajo podría abrir, incluso, una oportunidad para pensar e identificar transformaciones en la sensibilidad frente a la violencia. Como han señalado Elias y Dunning (1992), el deporte nos ayuda a entender los límites que se imponen las sociedades para permitir o sancionar la violencia física. La derrota es un momento en el que se ponen a ¿prueba? esos límites, por la frustración que se puede desen-

.....
2. Andrés Escobar fue un futbolista colombiano. Durante el Mundial de Estados Unidos 94, marcó un autogol que contribuyó a la eliminación de la Selección Colombia. Ese mismo año fue asesinado en la ciudad de Medellín, en el parqueadero de un restaurante, por narcotraficantes que lo habían recriminado previamente por su error.

cadena y las emociones que allí se despiertan. Pensar en los cambios en las lógicas de gestión de la derrota podría contribuir, entonces, a pensar sobre la forma misma en la que se transforman esos límites.

Referencias

- A Colombia le debemos el homenaje de la comprensión (24 de junio de 1990). *El Colombiano*.
- Abad-Faciolince, Héctor Abad (2011). Delicias de la derrota. En *Sueños a la redonda: o el fútbol en la literatura y las artes* (pp. 87-89), editado por Gonzalo Medina Pérez. Medellín: Hombre Nuevo Editores.
- Alabarces, Pablo (2006). Fútbol, violencia y política en la Argentina: ética, estética y retórica del aguante. *Esporte e Sociedade*, 2, 1-14.
- Archetti, Eduardo (1995). Estilo y virtudes masculinas en El Gráfico: la creación del imaginario del fútbol argentino. *Desarrollo Económico*, 35(139), 419-442.
- Arizmendi, Darío (2006). *6 A.M. Hoy por Hoy* [Programa de radio]. Bogotá: Caracol Radio, 07 de junio de 2006. Recuperado de http://caracol.com.co/programa/2006/06/07/audios/1149669900_295551.html
- Bienvenida, Selección Colombia (27 de junio de 1990). *El Colombiano*.
- Bolívar, Ingrid (2016). *El oficio de los futbolistas colombianos en los años 60 y 70: recreación de las regiones, juegos de masculinidad y vida social*. [Tesis de doctorado]. University of Wisconsin-Madison, Estados Unidos.
- Bourdieu, Pierre (1997). La ilusión biográfica. En *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción* (pp- 73-84). Barcelona: Anagrama.
- Clopatofsky, Jairo (24 de junio de 1990a). De todas maneras, gracias, Higueta. *El Tiempo*.
- Clopatofsky, Jairo (1990b). *Maturana*. Bogotá: Intermedio Editores.
- Colombia: chao al mundial (24 de junio de 1990). *El Tiempo*.
- Colombia creyó rozar el cielo (25 de junio de 1990). *El Espectador*.
- Colombia es el único diferente (22 de junio de 1990). *El Tiempo*.
- Colombia es empeño, humildad y sacrificio (13 de junio de 1990). *El Espectador*.
- Colombia pagó caro su error (24 de junio de 1990). *El Espectador*.
- ¡Cumplimos! (24 de junio de 1990). *El Colombiano*.

“El fútbol es de logros, no de merecimientos”: Maturana (24 de junio de 1990). *El Colombiano*.

Elias, Norbert (1991). *Mozart. Sociología de un genio*. Barcelona: Península.

Elias, Norbert; Dunning, Eric (1992). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.

En la casa de René Higueta, como en un velorio (24 de junio de 1990). *El Tiempo*.

“Llegamos lejos”: Luis Alfonso Marroquín (24 de junio de 1990). *El Colombiano*.

Frydenberg, Julio (2013). *Historia social del fútbol: del amateurismo a la profesionalización*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Galvis, Alberto (2008). *100 años de fútbol en Colombia*. Bogotá: Planeta.

García, David (2016). Sísifo en el Atanasio. Mito y aguante en la literatura sobre el Deportivo Independiente Medellín. *Comunicación*, 34, 99-110.

Goleado René Higueta (24 de junio de 1990). *El Tiempo*.

Gumbrecht, Hans Ulrich (2006). *Elogio de la belleza atlética*. Buenos Aires: Katz Editores.

Higueta. El grito de combate (16 de junio de 1990). *El Espectador*.

“Higueta me provoca escalofríos”: Lothar Matthaeus (20 de junio de 1990). *El Colombiano*.

Higueta: “No le temo a la artillería alemana” (17 de junio de 1990). *El Espectador*.

Higueta será superior a Gatti (28 de junio de 1990). *El Espectador*.

Huizinga, Johan (1983). *Homo Ludens*. Madrid: Alianza Editorial.

Korstanje, Maximiliano (2009). El discurso del triunfador en el arquetipo del héroe deportivo (grandeza y miseria de una nación). *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 15, 277-294.

Meneses, Guillermo; Avalos, Juan Manuel (2013). La investigación del fútbol y sus nexos con los estudios de comunicación. Aproximaciones y ejemplos. *Nueva Época*, 20, 33-64.

Nostalgia sí, frustración no (24 de junio de 1990). *El Tiempo*.

Peláez, Hernán (24 de junio de 1990). Qué desencanto. *El Tiempo*.

Peláez, Hernán (1994). *El milagro del fútbol colombiano*. Bogotá: Editorial Oveja Negra.

Peláez, Hernán (2009). *Café Caracol* [Programa de radio]. Bogotá: Caracol Radio, 30 de agosto de 2009. Recuperado de http://caracol.com.co/programa/2009/08/30/audios/1251622800_870751.html

- Peláez, Hernán (2010). *Café Caracol* [Programa de radio]. Bogotá: Caracol Radio, 01 de enero de 2010. Recuperado de http://caracol.com.co/radio/2010/01/20/audios/1263973440_940825.html
- “Por ser arquero son más protuberantes los errores”, se lamenta Higuita (24 de junio de 1990). *El Colombiano*.
- Portelli, Alessandro (1991). Sports, Work and Politics in an Industrial Town. En *The Death of Luigi Trastulli and other Stories. Form and Meaning in Oral History* (pp. 138-161). New York: University of New York.
- René Higuita: “Lo siento, pero hoy me equivoqué” (24 de junio de 1990). *El Tiempo*.
- Valdano, Jorge (22 de junio de 1990). El Loco Higuita, portero del futuro. *El Espectador y El Tiempo*.
- Se necesitan dos René Higuita (16 de junio de 1990). *El Tiempo*.
- Sin tiempo para llorar (25 de junio de 1990). *El Espectador*.
- Somos fieles al estilo sudamericano (23 de junio de 1990). *El Colombiano*.
- Una amarga despedida (24 de junio de 1990). *El Espectador*.
- Vélez, Carlos Antonio (24 de junio de 1990a). Teníamos equipo para más, 24 de junio de 1990. *El Espectador*.
- Vélez, Carlos Antonio (20 de junio de 1990b). Ya lo había dicho. *El Tiempo*.
- Villegas, Rafael (2014). *Café Caracol* [Programa de radio]. Bogotá: Caracol Radio, 27 de diciembre de 2014. Recuperado de http://caracol.com.co/programa/2014/12/27/audios/1419686460_565957.html
- Villegas, Rafael (2013). *Café Caracol* [Programa de radio]. Bogotá: Caracol Radio, 12 de octubre de 2013. Recuperado de http://caracol.com.co/programa/2013/10/12/audios/1381580100_993665.html.
- Villoro, Juan (2006). *Dios es redondo*. México: Planeta.

Contenido de los últimos tres números de la revista

Revista CS 34, Mayo-agosto (2021): Políticas públicas y educación: la pedagogía más allá de su fundamentación técnica

Presentación

Cristian Andrés Tejada-Gómez | Juan Guillermo Mansilla-Sepúlveda | Viviam Unás

Artículos

Cultura y políticas inclusivas en profesorado chileno de educación primaria y secundaria

Laura Espinoza | Nelly Lagos | Karen Hernández | Diana Ledezma

Prácticas pedagógicas para la inclusión en dos modelos educativos alternativos

Jackeline Cantor | José Eduardo Sánchez | Danna Aristizábal-Oviedo

Políticas de inclusión educativa: el desafío de las universidades públicas hondureñas

Eddy Paz-Maldonado | Ilich Silva-Peña

Transformaciones más allá de la política pública de educación superior. El impacto de la formación profesional regionalizada de la Universidad de Antioquia

Edinson Gabriel Brand-Monsalve | Erika Yuliet Álvarez-Calle | Ingrid Yuranie Posso-Serna | Julián Andrés Angarita-Suárez | Katherine Londoño-Arbeláez

Aseguramiento de la calidad en formación técnica de nivel superior y la incidencia de los planes de mejoramiento institucional

Norma Cárdenas-Saldaña | Francisco Ganga-Contreras | Cristian Aguilar-Ruiz

Ley de Carrera Docente en Chile: cómo los docentes y directivos escolares interpretan y desarrollan sus principios

José Miguel Olave-Astorga | Claudio Montoya | Eloísa Paz Sierralta-Landaeta

Formación ética como objetivo transversal de la escuela

Rodrigo Lagos-Vargas | Claudia Keupuchur-Natalini | Marcelo Ramírez-Durán

Los caminos de la politización sexual en el campo educativo: una mirada sociosemiótica a la arena discursiva de la educación sexual en Argentina
Facundo Boccardi

Misiones económicas en Colombia y su incidencia en la educación técnica industrial (1930-1960)
Álvaro Acevedo-Tarazona | Dayana Lucía Lizcano-Herrera

Otros temas

Del sonido corralero al *merequetengue*: glocalidad, localidad regional y translocalidad musical en la Costa Chica de México
Carlos Ruiz-Rodríguez

Una mirada heurística a los resultados de las pruebas PISA (2000-2018): las habilidades en lectura de los jóvenes de 15 años en México
Jorge Bartolucci

Revista CS 33, Enero-abril (2021):

Artículos

Profesoras en medio de la violencia armada: una pedagogía visceral desde las favelas de Río de Janeiro
Alanis Bello-Ramírez | Cláudia Pereira-Vianna

Implicaciones educativas del conocimiento antropológico
Juan Camilo Perdomo-Marín

Los héroes de la pandemia: la construcción discursiva del colectivo de los *trabajadores sanitarios* durante la crisis del COVID-19
Sebastián Moreno-Barreneche

La ruptura de las uniones en Colombia y sus diferenciales. Una aproximación biográfica a partir de la Encuesta Nacional de Demografía y Salud de 2015
Fernando Ruiz-Vallejo

La secularización de los ritos fúnebres en el catolicismo popular: Bogotá (Colombia)

William Mauricio Beltrán | Nicolás Medina-Morales | Yenny Roberto

La comunicación comunitaria: una plataforma para la movilización social y la lucha por los derechos

Julián Camilo Giraldo-Naranjo

Los estudios sobre el conflicto armado y la construcción de paz en Colombia desde una perspectiva territorial: abordajes y desafíos

Cristian Rojas-Granada | Reinaldo Cuesta-Borja

Crimen organizado (narcotráfico) y conservación ambiental: el tema pendiente de la seguridad pública en México

José Luis Carpio-Domínguez

La *renta hídrica* en el riego de cultivos extensivos en el norte de Buenos Aires (Argentina)

Constanza Riera

Reseñas

Etnografiando la trama burocrática del “imaginado” posconflicto colombiano

Jefferson Jaramillo-Marín

Revista CS 32, Septiembre-diciembre (2020):

Orden social más allá del Estado

Presentación

Inge Helena Valencia, Juan Albarracín

Artículos

Estado, ilegalidad y orden social en perspectiva comparativa: una aproximación mediante estudios de caso

Daniel Míguez

Violencia y seguridad en los márgenes urbanos: la respuesta chilena en los vecindarios (2001-2019)

Alejandra Luneke, Fernanda Varela

Ausencia y presencia estatal como forma de reproducción de la violencia urbana en el distrito de Aguablanca (Cali, Colombia)

Carlos Andrés Arana-Castañeda

Orden social y violencia en Buenaventura: entre el outsourcing criminal y la construcción de paz *desde abajo*

Lizeth Sinisterra-Ossa, Inge Helena Valencia

Entre la redención y la ruta de la inclusión. Intervenciones tratamentales de actores no estatales en cárceles bonaerenses

Andrea Natalia Lombraña, Natalia Soledad Ojeda, Carolina Emilia Di Próspero, María Belén Pepe

Otros temas

Corpolítica: Coletiva e Projeto de Extensão LGBT. Extensão Popular e Guerrilha Estético-Política de Vivências LGBT

Evandro Piza-Duarte, Gabriel Santos-Pereira, Gustavo Costa, J. C. Oliveira, Maria Léo Araruna

Transversalización de género: un acercamiento al caso de Colombia y una propuesta interseccional

Yira Isabel Miranda-Montero, Priscyll Anctil-Avoine, Olena Hankivsky

Territorio mutual: una lectura del proceso de transformación territorial desde la alteridad de la comunidad LGBTI víctima del desplazamiento forzado en el Quindío

Carlos Alberto Castaño-Aguirre

20 años sin Nina S. de Friedemann. Un acercamiento al estudio antropológico de las comunidades afrodescendientes en Colombia

Peter Rondón-Vélez

La agricultura periurbana como sostenibilidad silenciosa: desafiando el discurso del desarrollo urbano en Sogamoso, Colombia

Giuseppe Feola, Jaime Alberto Suzunaga, Jenny Soler, Amanda Wilson



Este número de la *Revista CS* se realizó desde el sello editorial de la Universidad Icesi entre septiembre y diciembre de 2021 y estuvo al cuidado de Felipe Van der Huck.

Artículos

CATALINA ARTEAGA-AGUIRRE | VALENTINA CABEZAS-CARTAGENA | FERNANDA RAMÍREZ-CID. *Mujeres, teletrabajo y estrategias de cuidados en el contexto de pandemia en Chile*

NANCY CHÁVEZ-LLAMAS | ANGÉLICA OSPINA-ESCOBAR. *División sexual del trabajo y confinamiento en jóvenes de preparatoria. Un estudio de caso de Aguascalientes, México*

MARÍA GUADALUPE RAMOS-CELA | AURELIA FLORES-HERNÁNDEZ. *Malestares en cuidadoras de personas adultas mayores dependientes en un contexto rural de Tlaxcala, México*

ANA CECILIA GAITÁN. *Los programas de inclusión social juvenil en la gestión de las violencias de género: reflexiones a partir de la implementación del Programa Envión en Buenos Aires*

SANTIAGO LEYVA-BOTERO | CLAUDIA MEJÍA-BETANCUR | JOSE ANTONIO FORTOU. *Más allá del clientelismo y la técnica: la distribución política del presupuesto gubernamental en Colombia*

Documentos

JUAN CAMILO RÚA-SERNA. *“Perder es ganar un poco”: narrativas sobre la derrota de Colombia en el Mundial de Italia 90*